

EL PRESBITERO,
discípulo y misionero de
Jesucristo,
en AMÉRICA LATINA y EL CARIBE

COLECCIÓN
Quinta
CONFERENCIA
ANÁLISIS 6



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

EL PRESBITERO,
discípulo y misionero de
Jesucristo,
en AMÉRICA LATINA y EL CARIBE

Secretaría General del CELAM

Bogotá, D.C. - Colombia
2007

Portada:

Con las debidas licencias eclesiásticas.

© Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM
Reservados todos los derechos
Carrera 5 N° 118-31
Apartado Aéreo 51086
celam@celam.org
Tels: (571) 657 83 30 Fax: (571) 612 19 29
Bogotá, D.C., 2007
ISBN: 978-958-625-647-6

Diagramación: Doris Andrade B.

Diseño de carátula:

Centro de Publicaciones
Avenida Boyacá N° 169D-75
Tel: (571) 668 09 00 Fax: (571) 671 12 13
editora@celam.org

Impresión:

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

PRESENTACIÓN

Durante el período de preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe se programaron varios seminarios sobre algunos temas de especial importancia. Entre ellos destacamos el Seminario sobre Presbiterado, cuya finalidad fue reflexionar sobre la vida y el ministerio de los sacerdotes de América Latina y del Caribe, a partir del tema “El Presbítero, discípulo y misionero de Jesucristo en América Latina”. El discipulado y la misión, aplicado a la realidad presbiteral, se desprendía del tema que entregó el Santo Padre a la V Conferencia General: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida - ‘Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida’ (Jn 14, 6)”.

A ningún observador atento a la realidad resultan ajenas las dificultades por las que transitan hoy las identidades de los individuos, de las instituciones y, en general, de la humanidad, en sus diversas formas de asociación. No es extraño pues que también la identidad y la misión del presbítero acusen las consecuencias del cambio de época. En el *Documento de Participación*, con el que se preparó la reflexión en vista de la V Conferencia, se constataba que hay signos del crepúsculo de una era de la humanidad que concluye y del amanecer de una nueva época. De hecho la relación del ser humano consigo, con la familia, con el mismo Dios, además con la naturaleza, la verdad, la información y la técnica,

está cambiando profundamente, más allá de la evolución orgánica que conlleva el decurso de la historia. Nada de esto es ajeno a la vida del presbítero, por el contrario, incide fuertemente en su identidad y su misión.

Por ello, es urgente, como señalaba el Documento mencionado, que se intensifique mucho más la formación permanente en sus diversos aspectos: humano, espiritual y teológico, y cuyos programas estén dirigidos especialmente a los presbíteros, diáconos permanentes y obispos. Esto exige una atenta reflexión y toma de conciencia, que el presente Seminario quiso asumir convocando a un grupo de especialistas, a los cuales se solicitó con antelación un estudio sobre determinados aspectos de la identidad y la misión del presbítero en América Latina, desde la perspectiva temática de la V Conferencia.

La reflexión del Seminario giró en torno a cinco núcleos principales: 1. Identidad y misión de los Presbíteros; 2. Aproximación a la realidad humana del presbítero; 3. La dimensión eclesial en la vida del presbítero; 4. Presbíteros con corazón y mentalidad misioneros para que nuestros pueblos en Jesucristo tengan vida; 5. Algunos desafíos para los presbíteros hoy. A partir de estos núcleos, los participantes del Seminario desarrollaron su tarea con la metodología de taller, que podemos ver en dos anexos al final del libro.

Los resultados del Seminario se presentan como un subsidio para el participante de la V Conferencia General y, además, se brindan a todo lector interesado en ahondar la reflexión sobre un ministerio que ofrece el servicio de llevar a los hombres a Jesucristo, es decir, a la verdad, al amor y al sentido que necesitan en sus vidas. Y ese llevarlos hasta Jesucristo, hasta la verdad que les da sentido, sucede en la transmisión de las palabras de Jesucristo y en los sacramentos en los que el Señor nos sigue dando su vida. Ser sacer-

PRESENTACIÓN

dote discípulo-misionero es identificarse y seguir a Cristo, que ha venido a servir y a entregarse a sí mismo. Sólo por Él, con Él y en Él es posible realizar este camino, que además, debe estar sostenido por la ayuda, la fe y la oración de los demás.

Esperamos que la reflexión de este Seminario ilumine caminos para cultivar una existencia sacerdotal enriquecida con la perspectiva del presbítero discípulo y misionero de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida.

+ ANDRÉS STANOVNIK OFM Cap
Obispo de Reconquista, Argentina
Secretario General del CELAM

INTRODUCCIÓN

En el Seminario Mayor San José de la Arquidiócesis de Panamá, en Ciudad de Panamá, se realizó, del 27 al 30 de marzo, del 2006, el Seminario-Taller sobre el presbiterado desde su condición de discípulo y misionero de Jesucristo, con 15 participantes, entre obispos y presbíteros, de 10 países latinoamericanos.

El evento se realizó por iniciativa de la Presidencia y Secretaría General del CELAM, bajo la coordinación del Departamento de Vocaciones y Ministerios, con el propósito de reflexionar sobre la vida y ministerio de los presbíteros en las circunstancias actuales de América Latina y El Caribe a la luz del tema central de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

Entre las finalidades específicas del encuentro estaban: reflexionar sobre la situación actual de los presbíteros en el Continente con el deseo que el resultado de tales reflexiones sirva de apoyo y estímulo a los participantes en la celebración de la V Conferencia General (VCG) del Episcopado, a realizarse en Aparecida, Brasil, en mayo del año 2007; se buscaba también impulsar la participación de los presbíteros en todo el proceso de la V Conferencia; y, por último, intercambiar experiencias sobre la vida sacerdotal y proponer líneas comunes para la pastoral presbiteral.

Nos complace ahora, compartir el resultado de esos días de trabajo y estudio, de oración y reflexión, acompañados por el generoso servicio de los padres formadores y el afecto de los seminaristas del Seminario Mayor San José, animados por el amor fraterno a los presbíteros del Continente e ilusionados por los fecundos frutos que aportará el proceso de la VCG en toda nuestra querida Iglesia desde la perspectiva del discipulado y la misionariedad.

En estas páginas encontrarán las sabias y eruditas conferencias de los expertos invitados, teólogos y connotados pastoralistas; las pertinentes y valiosas aportaciones de los obispos miembros del Departamento de Vocaciones y Ministerios; y las importantes y variadas reflexiones que surgieron en las mesas de trabajo y plenarios.

El primer capítulo aborda la identidad y misión de los presbíteros, desde el Evangelio de san Juan y desde la espiritualidad; el segundo intenta una aproximación a la situación humana de los presbíteros, desde la dimensión humana “fundamento necesario” de la vida presbiteral; el tercero ofrece una fundamentación eclesiológica para hablar del presbítero como agente de comunión y constructor de comunidades cristianas; el cuarto, desde la dimensión misionera incursiona en la imperiosa necesidad de contar con presbíteros que tenga corazón y mentalidad misioneros; por último, se abordan algunos desafíos que enfrenta actualmente el presbítero desde el mundo de los jóvenes, desde la ciudad y desde la formación permanente.

Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a todos los que colaboraron en la realización de éste Seminario-Taller, particularmente a los padres formadores y seminaristas del Seminario Mayor San José, por su cálida y fraterna acogida y por su generosos espíritu de servicio; asimismo a cada uno de los conferencistas por el valioso aporte de sus reflexiones y estudio.

I. Parte

IDENTIDAD Y MISIÓN DE LOS PRESBITEROS

1

¿TAMBIÉN TÚ ERES DE SUS DISCÍPULOS? El presbítero como discípulo del Señor, desde la perspectiva juánica

*P. Fidel Oñoro, cjm**
Centro Bíblico del CELAM

INTRODUCCIÓN

Nuestra intervención en este seminario-taller sobre “el Presbítero, discípulo y misionero de Jesucristo en América Latina y El Caribe hoy”, intenta ofrecer un horizonte bíblico para las demás reflexiones que van a venir. Estamos convencidos que toda renovación proviene de la fuerza creadora de la Palabra.

* Nacido en Baranoa, Atlántico, el 8 de diciembre de 1963. Ordenación Sacerdotal el 17 de diciembre de 1988. Miembro de la Congregación de Jesús y María (Padres Eudistas). Magíster en Teología Bíblica de la Pontificia Universidad Javeriana (1988). Licenciado en Ciencias Bíblicas del Pontificio Instituto Bíblico (1998). Estudios en Arqueología Bíblica en la Escuela Bíblica de Jerusalén (1997).

El contexto de la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en la que se busca “descender hasta llegar con profundidad al sujeto”¹ que le dará respuesta a los nuevos desafíos pastorales que nos plantea el nuevo milenio, implica también una atención particular al tema del presbítero en calidad de “sujeto” que responde desde el evangelio al contexto actual.

A lo anterior se puede agregar que lo que estamos reflexionando en este Seminario-Taller es importante: (1) Porque el crecimiento orgánico de la Iglesia implica que todos sus miembros se impliquen en los saltos cualitativos que la historia nos va pidiendo; (2) porque –y por experiencia lo sabemos– de la apertura o no de los ministros ordenados al “cambio” depende en gran parte el logro de cualquier proyecto pastoral en las comunidades; (3) pero sobre todo porque los presbíteros también tenemos necesidades, inquietu-

Estudios de Crítica textual en la Universidad de Birmingham (Inglaterra) (1998). Fue Rector del Seminario Regional Nordeste I, en Fortaleza, Brasil (1991-1994). Vice-rector Académico de la Universidad Minuto de Dios (1998-2001). Fundador y Decano del Instituto Bíblico Pastoral para América Latina de la Universidad Minuto de Dios (2001-2004). Director del Centro Bíblico Pastoral para América Latina del CELAM (2004 hasta la fecha) y presidente de la Asociación de Escritoristas Católicos de Colombia (2005-hasta la fecha). Ha realizado diversas publicaciones como: *La formación en el Nordeste del Brasil* (CNBB, 1992). *Introducción a la Cristología del Nuevo Testamento* (1993). *A la Escucha del maestro. Introducción teórico-práctica a la ‘Lectio Divina’* (1996; 10 ediciones). *A la Sombra del Espíritu. Introducción al Evangelio de Lucas* (1997). *En los Brazos del Padre. Cómo hacer un proyecto de vida a la luz de Mateo* (1998). *La Pedagogía de Jesús en Juan* (2000). Serie de 14 folletos de *Lectio Divina* con los Evangelios en el Año Litúrgico (2003-2005). Artículos en revistas bíblicas y pastorales.

1 Card. Francisco Javier Errázuriz, en la presentación del Documento *Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento de Participación*, CELAM; Bogotá, 2005, 5.

des y nuevas preguntas que son inherentes a un ministerio que camina con la historia y a las cuales un evento como este también debe ayudar a responder con orientaciones pertinentes, positivas y significativas.

El tema del discipulado y la misión como un servicio a la “vida”, implica, sin duda, un estudio bíblico serio y pertinente como contribución a la solidez de las reflexiones y las decisiones que se quieren tomar en Iglesia². Valga aclarar, de antemano, que los tres términos “discipulado”, “misión” y “vida”, están intrínsecamente unidos. Con todo, en nuestra ponencia enfatizaremos más el primer término, teniendo en cuenta la interrelación con los otros dos. Y puesto que es necesaria la delimitación, vamos a concentrarnos básicamente en el enfoque que nos regala el cuarto Evangelio.

Con base estas primeras consideraciones, proponemos ahora estudiar el tema “El Presbítero como discípulo del Señor, desde la perspectiva juánica”³. Nuestro abordaje busca

² El Centro Bíblico del CELAM, CEBIPAL, ha puesto a disposición de los Obispos latinoamericanos una serie de estudios bíblicos concernientes al discipulado y la misión: *Relatos de vocación y misión en la Biblia* (Mons. Santiago Silva), *El discipulado en Mateo* (P. Adolfo Castaño), *El discipulado en Marcos* (P. Hugo Martínez), *Discípulo y discipulado en Lucas* (Mons. Santiago Silva), *El discipulado en Juan* (P. Fidel Oñoro), *El discipulado en los Hechos de los Apóstoles* (P. Hernán Cardona), *Kerigma, discipulado y misión. Nuevas Perspectivas de los estudios bíblicos* (PP. Rafael Aguirre, Santiago Guijarro y Mons. Santiago Silva), *El estilo pedagógico de Jesús maestro* (Arturo Bravo), *María, discípula y mensajera del Evangelio* (P. Carlos Álvarez).

³ Aquí nos limitaremos a algunos aspectos relevantes del discipulado para el ámbito específicamente presbiteral; una visión más amplia del discipulado en Juan la describimos en el subsidio “El discipulado en Juan”. Además, para un estudio del discipulado en el Cuarto Evangelio sugerimos tener presente: R. MORENO, “El discípulo de Jesucristo, según el Evangelio de S. Juan”, en *Estudios Bíblicos* 30.

detectar las características particulares del discipulado del presbítero⁴, a la luz del Evangelio de Juan, en función del planteamiento de su “identidad” en el contexto teológico, eclesial y social de América Latina al comienzo del nuevo milenio.

Un motivo más nos anima a ahondar la perspectiva juánica. En un artículo sobre el ministerio y vida del presbítero, publicado en 1996 por el entonces cardenal J. Ratzinger, el texto inspirador fue tomado del cuarto evangelio:

El sacerdocio del Nuevo Testamento se encuentra en continuidad respecto del Señor que lava los pies: su grandeza sólo puede consistir en su humildad. Grandeza y bajeza están incluidas una en la otra desde que Cristo, siendo el más grande, se hizo el más pequeño, desde que Él, el primero, ocupó el último lugar.

(1971) 269-311; M. VELLANICKAL, “‘Discipleship’ according to the Gospel of John”, en *Jeevadhara* 10 (1980), 131-147; R. SCHNACKENBURG, “Discípulos, comunidad e Iglesia en el Evangelio de Juan”, en *El Evangelio según san Juan. vol. III* (Herder; Barcelona, 1980) 251-267; F. SEGOVIA, “‘Peace I Leave with You; My Peace I Give to You’: Discipleship in the Fourth Gospel”, en F. SEGOVIA (ed.), *Discipleship in the New Testament* (Fortres; Philadelphia, 1985) 76-102; G. MLAKUZHYYL, “Disciples”, en *The Christocentric Literary Structure of the Fourth Gospel* (AB 117; Pontificio Istituto Biblico; Roma, 1987) 279-287; M. R. HILLMER, “They Believed in Him: Discipleship in the Johannine Tradition”, en R. LONGENECKER (ed.), *Patterns of Discipleship in the New Testament* (Eedermans; Grand Rapids / Cambridge, 1996) 77-97.

⁴ En 1965, al final de Concilio Vaticano II, fue publicado un libro sobre sacerdocio y discipulado, de resto, aunque se asume que un presbiterado renovado supone un discipulado renovado se ha enfatizado poco la correlación mediante estudios bíblicos. Cf. K. H. SHELKE, *Discipleship and Priesthood* (Herder; New York, 1965).

*Ser sacerdote significa entrar en esa comunidad de hacerse pequeños
y, así, participar en la gloria común de la salvación⁵.*

1. UN PUNTO DE PARTIDA

Situémonos inicialmente en un pasaje de la pasión según san Juan:

El Sumo Sacerdote interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina.

Jesús le respondió:

*‘He hablado abiertamente ante todo el mundo;
he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo,
donde se reúnen todos los judíos,
y no he hablado nada a ocultas.
¿Por qué me preguntas?
Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado;
ellos saben lo que he dicho’ (Jn 18,19-21).*

1.1. ¿Quién eres tú, Pedro?

El texto que acabamos de leer nos permite asistir a un drama que deja percibir la ironía y, en el fondo, la verdad de una realidad tremendamente dolorosa.

En el cuarto Evangelio, las escenas de las negaciones de Pedro y la del juicio de Jesús en casa de Anás⁶ están inter-

⁵ Citamos la versión castellana que se encuentra en la recopilación: J. RATZINGER, “Ministerio y vida del sacerdote”, en *Convocados en el camino de la fe*, Cristiandad; Madrid, 2004, 180.

⁶ Así dice 18,13, luego en 18,24 se informa sobre el traslado a casa “de Caifás” (el Sumo sacerdote). Esto hace que la segunda y tercera negación de Pedro no coincidan con el lugar del primer juicio a Jesús.

caladas (18,12-18 / 18,19-24 / 18,25-27). El tema del juicio es el discipulado: “*sobre sus discípulos y su doctrina (=didajé)*”. La respuesta de Jesús al Sumo sacerdote (que acabamos de citar arriba), la cual aparece como elemento central, remite a los discípulos mismos: *Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado...*⁷.

Mientras tanto, antes y después del interrogatorio de Jesús, Pedro es interrogado dos veces con la misma pregunta: *¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre? / ... ¿de sus discípulos?* (18,17.25). Es curioso: si a Jesús lo interrogan sobre sus discípulos, al discípulo lo interrogan por su maestro. Notemos, además, que Pedro es interpelado por gente sencilla: la portera (18,17) y un grupo de siervos y guardias (18,18.25). Enseguida viene la respuesta, la cual es idéntica en las dos ocasiones: *No lo soy*⁸.

El comentario siguiente del evangelista en 18,18, muestra cómo el discípulo trata de camuflarse en medio de los demás escondiendo su identidad. Un nítido contraste entre el maestro y el discípulo: mientras Jesús habla *abiertamente ante todo el mundo* y no en secreto (18,20), el miedo lleva a Pedro a esconder su verdadera identidad.

La negación de la identidad distancia enormemente a Pedro de Jesús. Al comienzo del relato se ve a Jesús reafirmar de

7 Jesús subraya el hecho de haber hablado abiertamente y de haber dado testimonio de la verdad ante el mundo. Sus expresiones nos remiten a Jn 6,59 (Jesús en la sinagoga de Cafarnaún al concluir el discurso del “Pan de vida”) y a 2,13-22; 7,14; 2; 10,22-30 (Jesús en el Templo de Jerusalén; especial atención merecen: 8,20.28.59).

8 La pregunta no es una acusación directa (la mujer espera que responda “no”), pero lo cierto es que una respuesta honesta llevaría a Pedro al mismo destino de Jesús.

forma desafiante su identidad frente a sus captores: Yo soy (18,5.6.8)⁹. Pedro hace todo lo contrario del Maestro.

La tercera negación lleva el drama a su punto más álgido. El discípulo que había combatido por Jesús en el huerto es delatado: *¿No te vi yo en el huerto con él?* (18,26)¹⁰. Vuelven a su memoria sus gestos de valentía por el Maestro (cf. 6,68; 13,37; 18,10). Y el que inicialmente parecía pronto y seguro en sus promesas (*Daré mi vida por ti*, 13,37) y acciones (cf. 18,10), al final se muestra débil y lleno de miedo. Desde esta trinchera arroja su última negación, que es casi contemporánea con el canto del gallo (cf. 18,27)¹¹.

El punto principal sigue en primer plano: si por una parte Jesús proclama públicamente su identidad (y su misión) aún de cara a la muerte, Pedro, por la otra, muerto miedo, deci-

⁹ Es la firmeza de una declaración constante. No es sino recordar los anteriores “Yo soy” del Evangelio (4,26; 6,35.41.48.51; 8,12.24.28.58; 10,7.9.11.14.36; 11,25; 13,19; 14,6; 15,1.5). Jesús se expresa con acento soberano y divino. A propósito comenta R. SCHNACKENBURG: “La posición central de la palabra en el relato señala el cenit: Jesús no es un hombre entregado e indefenso, sino que se entrega a sí mismo, proclamando con ello todo su poder”, *op. cit.*, p. 275.

¹⁰ Es mucho más de lo que nos presentan los sinópticos, quienes en la tercera pregunta a Pedro se basan en el ser galileo (Mc 14,70; Lc 22,59) o en su acento (Mt 26,73). Lo que identifica a Pedro ahora son dos detalles: (1) el estar junto con Jesús allí donde el Maestro reafirmó su identidad y (2) su liderazgo en medio de los discípulos al iniciar el ataque de defensa del Maestro (18,10-11). Cf. D. SENIOR, *La Pasione di Gesù nel Vangelo di Giovanni*, Ancora; Milano, 1993, 65-70.

¹¹ La debilidad del apóstol había sido predicha (ver 13,38). El canto del gallo, cual signo obsesionante de la noche, nos remite a aquel anuncio. Precisamente cuando Pedro había proclamado con vigor su lealtad indefectible a Jesús, aún en contravía de las palabras del Maestro: *A donde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde* (13,36).

de negar su propia identidad y pertenencia al grupo de los discípulos.

Entonces, en la hora decisiva, al mismo tiempo que Jesús remite al testimonio que de él pueden dar sus discípulos, vemos cómo el primero de los discípulos renuncia a su identidad de discípulo. La relación compacta de mutua pertenencia entre Jesús y Pedro ha sido resquebrajada.

Y la cuestión sigue abierta también para nosotros: Juan nos enseña que el juicio a Jesús se repite cada vez que el discípulo es interrogado por su identidad.

Pedro negó su propia identidad. Pero el cuarto Evangelio no deja las cosas en este estado. El destino de Pedro no se concluye en este punto. Él tiene que recorrer de forma completa el camino del discipulado para que pueda ser el pastor que da la vida por las ovejas¹². De hecho, el discipulado es condición fundamental del pastoreo. Una vez que el Maestro haya dado la vida por él, cuando se haya dejado amar primero por Jesús, Pedro confesará su identidad de una forma inaudita: “Yo soy uno que te ama con todo el ser; y no es algo escondido, tú lo sabes, todos lo saben”. Cuando llega a este punto, Pedro es confirmado una vez más en su misión dentro de la comunidad.

El seguimiento (o discipulado) vuelve a aparecer en primer plano con el imperativo final de Jesús: *Sígueme* (21,19b.22); y como testimonio de este seguimiento, Pedro finalmente dará su vida por el Maestro (21,29^a).

¹² Las palabras *me seguirás más tarde* se retoman en los relatos pascuales (Jn 20 y 21). El rescate de Pedro ocurre cuando la triple negación se repara con la triple ofrenda de amor y el nuevo llamado que le hace Jesús (cf. 21,15-23).

1.2. La necesidad del discipulado del Pastor

Cuando observamos el conjunto de las escenas del discipulado de Pedro en el cuarto evangelio¹³, notamos que, si bien desde el principio está implícito, el llamado al seguimiento solamente aparece al final (21,19-22)¹⁴. Este ocurre cuando Pedro ha pasado por la crisis de la pasión y ha entrado en la fe pascual junto con la comunidad. Después de la triple confesión de amor (cf. 21,15-17), Jesús le dice solemnemente: *Cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras* (21,18).

El comentario del evangelista en el versículo siguiente relee estas palabras desde la perspectiva del martirio de Pedro. Por lo tanto, el discipulado es tal cuando hay comunión con la cruz pascual del Maestro¹⁵: el joven Pedro que iba donde

¹³ Pedro tiene su primer encuentro con Jesús en 1,41-42 a partir del testimonio de su hermano Andrés, allí es llamado “Cefas”. En 6,67-68, lo vemos ya como el más importante representante de los discípulos: confiesa la fe con un “nosotros”. En 13,24, durante la cena, Pedro provoca el desvelamiento del traidor. Luego, en 13,37, contraponiéndose a sus palabras, le ofrece a Jesús dar su vida por él. En 18,10-11 vemos el episodio de la espada en el momento de la captura de Jesús. Durante el juicio de Jesús por parte del Sumo sacerdote, en 18,12-27, Pedro aparece contrapuesto al testimonio de Jesús. En la mañana del día de la resurrección va a la tumba junto con el discípulo amado (20,2-10). En la segunda conclusión del evangelio, en Jn 21, Pedro aparece en las tres escenas: 21,1-14 (Pedro y los siete compañeros).15-19 (Pedro y Jesús).20-24 (Pedro y el discípulo amado).

¹⁴ En las escenas iniciales de llamado al discipulado de Jn 1,35-51, aparece el “sígueme” dirigido a Felipe (1,43); de resto, se utiliza las expresiones “vengan y vean” (1,39; cf. 1,46) y “permanecer” (1,39).

¹⁵ Enfoque que apareció en los sinópticos (cf. Mc 8,34-35 y par.; Lc 24,25-27).

quería ha quedado atrás, una vez que ha superado el escándalo de la cruz y se ha comprometido de forma incondicional en el camino del Buen Pastor¹⁶. De esta forma se establece una conexión entre el pastoreo y el discipulado¹⁷.

Pedro está en condiciones de dar la propia vida por las ovejas de Jesús cuando *llega a viejo* (más exactamente cuando “se hace”), que en griego es “presbítero”.

Un nuevo aspecto de la identidad de Pedro salta a la vista. Su compromiso con el camino del Buen Pastor le da un nuevo sentido a su vida y a su muerte. El martirio no es una tragedia absurda, sino todo lo contrario: la donación total y amorosa de sí mismo hasta el extremo lo identifica de tal modo con Jesús, que junto con él *glorifica* al Padre (21,19^a)¹⁸; es el mayor logro de una vida con relación a sí mismo y con relación a Dios.

En el episodio siguiente vemos cómo Pedro da sus primeros pasos en la nueva situación sin dejar de caminar detrás del Resucitado (21,20). Las palabras de Jesús no sólo le recuerdan que debe caminar junto con el discípulo amado sin competir –o mejor aún, con caminos entrelazados en función del único Maestro y Señor– sino que le recuerdan también la importancia del ejercicio de un discipulado cotidiano: *Tú, sígueme* (21,22).

¹⁶ Cf. F. J. MOLONEY, *El Evangelio de Juan*, Verbo Divino; Estella-Navarra, 2005, 561.

¹⁷ Dice Moloney: “Las palabras posteriores de Jesús sobre el futuro de Pedro no son sino la consecuencia lógica del fundamento cristológico de su pastoreo” (*op. cit.*, 561).

¹⁸ Por este camino, Jesús reveló el amor de Dios al mundo (3,16) y en él fue glorificado el Hijo (cf. 12,28) y el Hijo le dio gloria al Padre (17,1-5). Cf. MOLONEY, *op. cit.*, 561.

De esta forma, el cuarto evangelio termina con una mirada retrospectiva del camino del discípulo que se hace pastor y que, con todo, nunca deja de ser discípulo.

En síntesis, podemos decir que el presbiterado en la comunidad juánica se define como una vida que se da por Jesús. En otras palabras, el anciano de la comunidad, el que ha llegado a altos niveles en su camino con Jesús y debe orientar a los otros, se define por su capacidad de dar la vida, lo cual implica no solamente la generosidad en las múltiples acciones pastorales sino, ante todo, el “dejarse ceñir” y “guiar” por Jesús, como una atadura definitiva y total con su Señor. Las “manos extendidas” de Pedro quizás sean la expresión simbólica más bella de la profundidad de su ministerio¹⁹. Este “sí” total es el “seguimiento” o “discipulado”: el arrojo para recorrer los caminos inéditos en obediencia al Maestro. Entonces la donación completa y sacrificial de sí mismo se convierte en referente para la comunidad entera, en anuncio real del amor que la genera, al mismo tiempo que eficazmente la vivifica²⁰.

1.3. El del presbítero: un discipulado que suscita discipulado

Un vez que hemos visto la conexión entre el discipulado y la vida y ministerio del “anciano” (presbítero) en la comunidad, es importante aclarar que de los escritos de Juan no emerge la institución sólida de la Iglesia reflejada en las car-

¹⁹ Símbolo de despojo, de docilidad, de entrega total al Señor.

²⁰ Sugerentes las palabras de C. M. MARTINI: “La comunidad está llamada a reconocer en la continua acción de Pedro en la Iglesia la continuación de la acción pastoral de Jesús... Él constituye un signo en el cual estamos invitados a reconocer la presencia del Señor, para apoyarnos en ella y para hacerla punto de referencia de nuestra acción”, *El Evangelio de san Juan*, San Pablo; Bogotá, 1994, 121.

tas de Ignacio ni tampoco algunos ministerios que encontramos en la literatura epistolar paulina como los diáconos, presbíteros y obispos²¹. Por lo tanto, al buscar la figura del presbítero en el cuarto evangelio no se intentan ubicar todos los aspectos que corresponden a una teología ministerial contemporánea²².

Lo que sí hay que destacar es que en el cuarto evangelio el ministerio pastoral, prefigurado en el ministerio de Pedro de “apacentar” y “alimentar” a la comunidad (21,15-17)²³, reproduce de forma actualizada dos relaciones que se complementan como las dos caras de una moneda: (1) la relación estrecha con Jesús y (2) la relación con la comunidad, basada en el mismo estilo de la que Jesús sostuvo con su rebaño y, junto con ella, la relación con toda la sociedad. Así, al interior del ministerio pastoral sigue circulando el don salvífico de Jesús. En cada presbítero se repite la página del Buen Pastor y su programa: *Yo he venido para tengan vida y la tengan en abundancia* (10,10).

²¹ Agrega Moloney que incluso “Las discusiones sobre el ministerio petrino en la tradición católica romana están fuera de lugar en la exégesis de este pasaje” (*op. cit.*, p. 561). De todas maneras esto no quiere decir que la referencia al grupo de los discípulos, particularmente a los Doce, no refleje aspectos históricos de la comunidad primera de Jesús. Al respecto cf. G. SEGALLA, “Dai discepoli di Ges alla comunità cristiana”, en *Evangelo e Vangeli*, EDB; Bologna, 1994, 346-347.

²² Con todo, es interesante el abordaje logrado por C. M. MARTINI en el capítulo “La Iglesia de los Presbíteros”, pp. 147-157, en su célebre retiro sobre Juan arriba citado.

²³ El uso intercalado de los dos verbos en este pasaje es un indicio de la conexión con la alegoría del Buen Pastor, allí el pastor ejerce estas dos funciones: él conduce a sus ovejas (10,3-4), las lleva a buenos pastos (10,9-10), les da vida eterna y las guarda (10,28).

El de Juan es un evangelio que piensa en los líderes de la Iglesia²⁴. Algunos detalles nos dejan ver su intención de mostrar el puente entre Jesús Buen Pastor y aquellos que serán sus representantes, o mejor, los mediadores de Jesús Buen Pastor²⁵. Además cuando Jesús le dice a Pedro *Apacienta mis corderos... mis ovejas*, queda claro que él no solamente es un servidor de una comunidad plural sino que su función es ayudarle a cada uno a mantener siempre viva su comunión con Jesús²⁶.

Con estos criterios podemos dar el segundo paso en este estudio bíblico: ¿Cómo aparece, entonces, la figura del discípulo-pastor en el cuarto evangelio? ¿Cómo se entabla esta relación con Jesús, con la comunidad y junto con la comunidad con la sociedad?²⁷.

24 Afirma G. SEGALLA: "En el Cuarto Evangelio la autoridad es afirmada sobre el trasfondo del grupo histórico de los discípulos y se expresa de forma simbólica más que en un lenguaje jurídico. Su significado es, en todo caso eminentemente cristológico sea en el origen como en el fin que persigue", *op. cit.*, p. 350.

25 En Jn 10,16 se presupone que en el tiempo de la Iglesia hay personas que representan a Jesús y que hacen sentir en su voz el eco de la suya y la invitación a creer en Él²⁶ (cf. también 17,18-20). Observemos de nuevo Jn 21,15-19: en el momento de la redacción parece que Pedro ha glorificado a Dios con su martirio (21,19); su misión pastoral es leída sobre el trasfondo de la gran Iglesia que tuvo origen en los Doce, de la cual el jefe elegido y reconocido por Jesús fue Pedro. Cf. G. SEGALLA, *op. cit.*, p. 349.

26 Es la novedad de contenido que le agrega el posesivo *mis*. Además, queda claro que las comunidades le pertenecen a Jesús, los mediadores de Jesús Buen Pastor tendrán que ser muy sensibles y respetuosos frente a este punto.

27 Hasta ahora nos hemos referido a Pedro, pero tengamos presente que para el cuarto evangelio el modelo del discípulo es el "discípulo amado", quien sigue a Jesús hasta la cruz (19,26) y es el primero en llegar al sepulcro vacío, leer y creer el signo (20,8). El discípulo amado y Pedro podrían representar las dos caras de la moneda: el primero la relación estrecha con Jesús y el otro la apostolicidad.

2. LA CONFIGURACIÓN DEL DISCIPULADO EN JUAN A PARTIR DE SU CONTEXTO COMUNITARIO

Para comprender un poco más el alcance que tiene el discipulado en el cuarto evangelio, es útil hacer la correlación entre el texto y el contexto comunitario que lo provoca y al cual se dirige. Nos preguntamos: ¿Qué realidad comunitaria hay detrás? ¿Cuáles son las dificultades que tienen que enfrentar? ¿Qué se espera de los líderes de la comunidad en medio de los conflictos?

2.1. Desafíos que debe enfrentar la comunidad del discípulo amado en su proceso de formación

Este Evangelio puede ser leído en dos registros: el de la historia de Jesús y el de la comunidad juánica²⁸. Aunque el debate sobre la formación de la comunidad y su evangelio de Juan todavía está abierto²⁹, basados en los consensos (y dejando de lado las divergencias en las hipótesis) podríamos decir que las circunstancias en las que vivió la comunidad del discípulo amado la llevó a buscar hondamente su identidad. Los desafíos que se van presentando influyen cier-

²⁸ El de Juan es un evangelio de muchos debates y disputas, por eso es el que más se presta para una reconstrucción del contexto. El evangelista ha escrito el drama de Jesús, pero por las rendijas de algunos textos deja trasparecer también el drama y la vida de la comunidad a la cual su obra estaba destinada. Consideramos oportuna la advertencia de R. Brown sobre este tipo de trabajos: “Es muy posible que podamos reconstruir más elementos del trasfondo de Juan que de ningún otro evangelio... Pero no hay que olvidar que todo sigue siendo una hipótesis”. *Introducción al Nuevo Testamento*, vol. I, Trotta; Madrid, 2002, 492.

²⁹ Por ejemplo las anotaciones de G. THEISSEN en *Il Nuovo Testamento*, Carocci; Roma, 2003, 126-138, que ponen tela de juicio muchos datos que considerábamos casi seguros, comenzando por el de su redacción final en Éfeso (este año se publica la versión castellana).

tamente en la manera como se perfila el discipulado en esta comunidad.

Sin entrar en demasiados detalles y subrayando lo pertinente para el tema, veamos cómo se perfila el panorama comunitario³⁰.

1. La cuestión de la identidad ante el nuevo panorama religioso: ¿Quiénes somos ante el judaísmo?

Inicialmente la comunidad se ubica en Palestina. Las conversiones de judíos al cristianismo genera problemas, sobre todo los convertidos son acusados por sus hermanos de abandonar el monoteísmo judío haciendo de Jesús un segundo Dios (cf. 5,18; 10,33). De aquí que decidan expulsar del judaísmo a quien se haga creyente en Jesús (cf. 9,22; 12,42; 16,2a)³¹. Por su parte, los cristianos, en respuesta, parecen adoptar una actitud hostil hacia los judíos, a quienes llegan a considerar hijos del Diablo (cf. 8,44).

³⁰ Al respecto: R.E. BROWN, La comunidad del discípulo amado (original 1979), resumida con algunas nuevas precisiones en *Introducción al Nuevo Testamento*, vol. I, pp. 491-495; O. CULMANN, *Le Milieu Johannique*, Genève, 1975; R. A. CULPEPPER, *The Johannine School*, Missoula, 1975; J. D. KAESTLI - J.M. POFFET - J. ZUMSTEIN (Eds), *La communauté johannique et son histoire*, Genève, 1990; F. VOUGA, *Le cadre historique et l'intention théologique de Jean*, Paris, 1977; G. THEISSEN, *op. cit.*, 127-138. Una obra de gran valor al respecto es la de D. BRUCE WOLL, *Johannine Christianity in Conflict*, Chico/California, 1981. De gran valor como introducción mundo del cristianismo juánico: J. Painter, *The Quest for the Messiah. The History, Literature and Theology of the Johannine Community*, T&T Clark; Edimburgo, 1993.

³¹ La expresión “excluido de la sinagoga”, de todo el Nuevo Testamento solamente aparece en Juan.

Pero también parecía ocurrir que algunos cristianos también se permitían tratar con desprecio a los creyentes en Jesús que no rompían abiertamente con la sinagoga, así como lo habían hecho ellos. Un ejemplo de esto en el evangelio son los padres del ciego de nacimiento en 9,21-23, quienes no se arriesgan mucho para no ser expulsados de la sinagoga. Más dicente aún es la cita de 12,42-43:

Aún entre los magistrados, muchos creyeron en él; pero, por los fariseos, no lo confesaban, para no ser excluidos de la sinagoga, porque prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios.

Estos datos de conflictos externos e internos a la comunidad, confirmados también por fuentes externas, parecen ser históricamente plausibles. El hecho es que ser excluido de la sinagoga implicaba para el convertido quedar fuera de la comunidad judía y perder todos los privilegios jurídicos y sociales conectados a ella. Y no todos estaban dispuestos a perderlos.

La comunidad cristiana va tomando conciencia progresiva de tener una identidad propia³². Estamos en una profunda transición hacia un cristianismo más radical perfilado a partir de la confesión de fe en la divinidad de Jesús y en el reconocimiento del mandamiento único del amor a la manera de Jesús como “la Ley” (cf. 13,34-35).

³² Por ejemplo, la manera como se habla de la ley y de las fiestas judías deja ver la conciencia de pertenecer a otro grupo: 7,19; 10,34; 15,25; 6,4; 7,2. Un dato más: entre los capítulos 5 y 10, que refieren el áspero conflicto entre Jesús y los jefes judíos de Jerusalén, notamos la toma de distancia de la comunidad juánica de la judía. El problema central es la confesión pública del mesianismo divino de Jesús, cf. Jn 20,30-31.

2. La cuestión de la identidad ante el nuevo panorama socio-cultural: ¿Quiénes somos ante la sociedad?

La comunidad se sitúa luego en Siria e influye en Asia Menor. La comunidad o parte de ella se había trasladado desde Palestina a la Diáspora para enseñar a los griegos (cf. 7,35). La comunidad se ve en medio de una cultura helenística en pleno florecimiento.

La llegada de los griegos a la fe parece haber sido considerada como cumplimiento del plan de Dios (cf. 12,10.23). El pensamiento se abre a perspectivas más universalistas, a un público más amplio.

De nuevo vienen las dificultades. También en el medio helenista encuentran oposición. El rechazo y la persecución, convencieron a algunos a pensar que el “mundo” también se oponía a Jesús.

Algunos llegaron a considerarse a sí mismos como no de este mundo, el cual estaría bajo el poder de Satán, “el Príncipe de este mundo” (cf. 17,15-16; 14,30; 16,33).

3. La cuestión de la identidad ante el nuevo panorama eclesial: ¿Quiénes somos como Iglesia?

La comunidad (o las comunidades) del discípulo amado no era la única, también había otras y con distintas tendencias. La comunidad de Juan se ve ante el desafío de insertarse en la “gran” Iglesia. Surge, entonces, nuevos conflictos internos y externos.

Parecen darse divisiones entre los grupos. Unos se creen mejores que los otros. A algunos los consideran creyentes débiles, porque manejaban una cristología inadecuada (cf. 6,60-66). A otros, a los que creían sólidamente

en Jesús (6,67-69), los consideraban más fuertes pero sin tanta profundidad espiritual como los cristianos de su comunidad, simbolizados en el discípulo amado (cf. 20,6-9). Con todo, se nota que albergaban la esperanza de que las divisiones entre ellos y la comunidad juánica se subsanaran y fueran uno (cf. 10,16; 17,11).

No sólo hay conflictos entre las comunidades, también los hay en entre los líderes. Algo de esto se nota al final del evangelio: un conflicto entre Pedro y Juan (cf. 21,20-24)³³.

El punto, y en esta línea va el evangelio, es que la comunidad reconoce la existencia de pastores humanos al lado de Jesús, quien es el pastor ideal.

2.2. La comunidad y sus pastores

Como vimos, la comunidad del discípulo amado pasa por las vicisitudes de la maduración enfrentando el nuevo panorama religioso, socio-cultural y eclesial. Los conflictos se dan hacia fuera y hacia dentro de ella.

El panorama eclesial podríamos intentar resumirlo en dos afirmaciones:

- Una comunidad que busca la unidad en medio de la fragmentación

De todo lo dicho, parece que el conflicto con la sinagoga y con el mundo político-religioso pagano haya favorecido la cohesión interna de la comunidad y la acentuación de su

³³ Sobre todo en las cartas juánicas se perciben ya conflictos con la autoridad. Hay que ver por ejemplo la figura de Diotrece en Jn 3 Jn 9-10.

identidad cristológica en comunión con otras comunidades de manera que resistan a las dificultades internas y externas, en la apertura misionera al mundo.

- Una comunidad no del mundo, sino en el mundo y para el mundo³⁴.

Como la comunidad histórica de Jesús, estaba en el mundo pero no era del mundo así también la comunidad juánica está en el mundo y se confronta con el mundo que la odia, precisamente porque no pertenece al mundo (cf. 15,18-20; 17,11-16).

En medio de todo este panorama el evangelista hace un anuncio nuevo de la persona de Jesús. No olvidemos que el de Juan es ante todo un “evangelio”: el centro, el protagonista es Jesús y es él quien, en última instancia, determina el orden narrativo del evangelio³⁵. Pero el evangelio va haciendo un camino de Jesús Buen Pastor hacia los pastores de la Iglesia. Por eso es oportuno preguntarse por el perfil del discípulo-pastor que el evangelista va visualizando para la comunidad.

Tengamos presente que el panorama esbozado anteriormente en rápidas pinceladas nos permite ver que quien está al frente de la comunidad tiene que vérselas por lo menos, con cinco desafíos:

1. Su insuficiencia personal.
2. La solución de cuestiones doctrinales.

³⁴ Cf. G. SEGALLA, *op. cit.*, 350.

³⁵ Cf. V. MANNUCCI, *Giovanni il vangelo narrante. Introduzione all'arte narrativa del quarto vangelo*, EDB; Bologna, 1997.

3. Los conflictos de la comunidad: divisiones, partidismos, antitestimonios.
4. La relación con un “mundo” que seduce para otro proyecto centrado en intereses personales.
5. La implicación martirial del ministerio: sentido de la vida y de la muerte.

El camino para dar una respuesta adecuada a estos desafíos es el discipulado. Es Jesús quien capacita al Pastor. El cuarto evangelio nos enseña que para ser buen pastor primero hay que saber ser buena oveja. Veamos, entonces, la propuesta del discipulado y saquemos las consecuencias para la vida del pastor.

3. HACERSE BUENA OVEJA PARA PODER SER BUEN PASTOR: LAS COORDENADAS DEL DISCIPULADO EN JUAN

Una expresión emblemática sobre el discipulado está precisamente dentro de la alegoría del Buen Pastor: *Las ovejas escuchan su voz* (10,3b). La situación de discipulado está recogida en el verbo “escuchar”³⁶. Y se trata de “escuchar” a aquel que desde el principio ha sido presentado como el *Verbo* (Jn 1,1-14).

En este mismo pasaje vemos cómo el discipulado se configura progresivamente a partir de:

- El conocimiento personal y el llamado: *A sus ovejas las llama una por una...*

³⁶ Que se refiere al discipulado lo confirman citas como la de 6,45: *Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí*. Sobre el valor salvífico de esta entrada en el discipulado: *El que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida* 5,24.

- Un gesto pascual: *Las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas...*
- El seguimiento: *Va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz...*³⁷.
- El discernimiento: *Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños (10,3c-4).*

Estos cuatro elementos determinan un nuevo tipo de interrelación dinámica y procesual entre Jesús y aquellos que son llamados; ésta se va delineando dentro del evangelio con términos precisos y con escenas elaboradas.

Por lo demás, en Juan hay tres citas en la que se presentan las cartas credenciales de un discípulo de Jesús:

- 8,31: *Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos,*
- *y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*³⁸.
- 13,35: *En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros*

³⁷ Una reformulación de esta parte central la encontramos en 10,27: *Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas mi siguen.*

³⁸ Esta cita merece una ejemplificación. La definición del discípulo genuino como el que permanece en su palabra y quien es liberado (8,31-32) se verifica en la curación del ciego, quien, actuando con base en la palabra de Jesús (9,7.11.15), fue liberado no sólo de su enfermedad física sino también de la tiniebla espiritual al hacerse discípulo de Jesús (9,28) y venir a conocer quién es verdaderamente Jesús (9,17.31.35-38). Un excelente estudio sobre este pasaje y una exploración del tema del discipulado a partir de él en: O. MUÑOZ, *Mathetes. Un estudio exegético-teológico en el cuarto evangelio, a la luz de Jn 8,31-32*, Tesis Pontificia Universidad Gregoriana; Roma, 1988.

- 15,8: *La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos.*

Teniendo presente estas dos anotaciones previas y navegando ahora dentro de la geografía interna del Evangelio, veamos cómo se va generando y expandiendo esta relación con Jesús en cinco coordenadas:

3.1. Primera coordenada del discipulado: los discípulos están en lugares clave del Evangelio

Teniendo en cuenta que el término “discípulo” (en griego *mathētes*) aparece en el cuarto evangelio con una alta frecuencia³⁹ y que casi siempre se refiere a los discípulos de Jesús⁴⁰, notemos:

1. Que ellos aparecen estratégicamente mencionados en el primer signo revelatorio de Jesús (cf. 2,1.11) y luego en la primera conclusión del evangelio (cf. 20,30).
2. Que el cuarto evangelio se permite construir escenas en las cuales se intensifica la relación de Jesús con sus discípulos mediante un trato exclusivo con ellos:

³⁹ Aparece 78 veces en Juan, mientras que en es mucho menos en los otros evangelios (73 en Mateo, 46 en Marcos y 37 en Lucas). Habría que agregar el término “con-discípulo” (11,16). Además, “discípulo” es el cuarto término con mayor frecuencia en Juan, después de “Jesús”, “Padre” y “Dios”.

⁴⁰ Es notorio que 74 de las 78 veces el término se refiere a los discípulos de Jesús. Cuatro veces, cuando se refiere a otros discípulos, sean de Juan bautista (1,35.37; 3,25) o de Moisés (9,28), el término es usado en conexión con algunos de ellos que se hacen discípulos de Jesús (1,35.37) o están dudando (3,25) o están a punto serlo (9,28). Esta es una clara indicación del exclusivo interés del discipulado en Juan. cf. G. MLAJUZHYIL, *op. cit.*, p. 280.

- En la cena y los discursos de despedida (cf. los capítulos 13 a 17).
 - En las últimas escenas (cf. todo el capítulo 21).
3. Que su presencia aparece de forma estratégica en pasajes clave como los del capítulo 6, donde juegan una función importante al comienzo y al final del capítulo del “pan de vida” (6,1-15.16-21.60-66.67-71). Y lo mismo puede decirse del relato de la pasión y del día de la resurrección (18,1-14.12-27; 20,1-18.19-29; 21)⁴¹.
 4. Que Juan nos entrega pasajes, que no están en los sinópticos y en los cuales Jesús dialoga expresamente con sus discípulos: en medio del relato de la samaritana (4,31-38), al principio del relato del ciego de nacimiento (9,2-5), en medio del relato de la resurrección de Lázaro (11,7-16).

3.2. Segunda coordenada del discipulado: los discípulos conviven establemente con Jesús

Los discípulos conviven con Jesús. Esto lo vemos desde la primera escena de discipulado en este evangelio: *‘Rabbí... ¿dónde vives?’ Les respondió: ‘Venid y lo veréis’. Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día (1,38-39)*. El término “permanecer” indica convivencia prolongada con Jesús y la adhesión vital que poco a poco se le da⁴².

⁴¹ Efectivamente, la presencia de los “discípulos” se enfatiza en los capítulos donde mayormente se refleja el tiempo de la Iglesia: 12 veces en Jn 6 y 20 veces en Juan 20-21

⁴² Cf. M. BRUNINI, *Maestro, dove abiti? Donne e uomini alla scuola di Gesù nel Vangelo di Giovanni*, Dehoniane; Bologna, 2003.

A partir de este pasaje vemos a los discípulos asociados estrechamente al maestro. Es diciente la cita: *Se retiró de allí a la región cercana al desierto, a una ciudad llamada Efraím, y allí residía con sus discípulos* (11,54); igualmente las palabras de Jesús en la cena: *Vosotros sois lo que habéis estado conmigo desde el comienzo* (15,27)⁴³.

Los discípulos no sólo acompañan a Jesús sino que se ocupan de sus necesidades, como la comida (4,8.31), y también le ayudan en su ministerio (4,2.38)⁴⁴.

3.3. Tercera coordenada del discipulado: los discípulos se distinguen de los demás porque “creen” en Jesús

Muchas personas acompañan a Jesús, pero discípulos propiamente tales son los que se han hecho creyentes⁴⁵ a través de la palabra y las obras de Jesús; así ocurre en la primera escena del ministerio público de Jesús: *Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos* (2,11; cf. 14,1).

En el evangelio vemos cómo el “creer” pasa por tres etapas:

- Se le “cree” a Jesús. Por ejemplo: *Créeme, mujer, que...* (4,21; ver también 14,11).
- Se “cree” en la identidad y la misión de Jesús. Por ejemplo: *Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios* (6,69)⁴⁶.

⁴³ Otras citas que refieren la convivencia de Jesús con sus discípulos: 2,2.12; 3,22; 6,3; 9,2; 13,5; 18,1-2. O implícitamente: 2,17.22; 11,7; 12,16.

⁴⁴ Pero tengamos presente que este aspecto no es tan subrayado por Juan.

⁴⁵ Cf. Jn 1,50; 6,69; 14,10-11; 16,30; 17,8.

⁴⁶ Cf. Jn 11,17.42; 13,19; 17,8.21.

- Se “cree” en la persona de Jesús, uno se adhiere a él. Por ejemplo: *Para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna* (13,16)⁴⁷. Este el grado cumbre, el que es condición indispensable para recibir la *vida eterna* que Jesús ofrece⁴⁸.

El evangelio de Juan hace notar procesos pedagógicos en camino de la fe⁴⁹. Los discípulos van descubriendo poco a poco a Jesús como el Cristo y el Hijo de Dios. Así cumple su programa expuesto en conclusión:

Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre (20,30-31)⁵⁰.

⁴⁷ Cf. Jn 3,16.18.18; 6,29.35.40; 7,5.31.38.39.48; 8,30; 11,25.26.45.48; 12,11.36.37.42.44.46; 14,1.12.

⁴⁸ Cf. Jn 1,12; 3,16.36; 6,40; 11,25-26.

⁴⁹ Cf. el estudio específico de la pedagogía de Jesús con sus discípulos en el cuarto evangelio a partir del análisis de escenas, en: F. OÑORO, *El encuentro con Jesucristo vivo en la pedagogía de san Juan*, CELAM; Bogotá-Santiago-México, 2000.

⁵⁰ G. MLAKUZHIL, *op. cit.*, pp. 300-304, ha hecho notar que en el camino de descubrimiento mesiánico de Jesús en Jn 1,35-51 hay doce elementos: (1) Otro da testimonio de Jesús (v. 36); (2) escuchar el testimonio (v. 37); (3) seguimiento de Jesús (v. 37-38); (4) buscar a Jesús (v. 38); (5) Venir y ver por sí mismo (v. 39); (6) Permanecer con Jesús (v. 39); (7) Descubrir la identidad mesiánica de Jesús (v. 41); (8) Buscar a otros (v. 41); (9) Anunciar a Jesús a otros (v. 41); (10) Conducir a otros a Jesús (v. 42); (11) Descubrir que se es conocido por el Cristo (v. 42); (12) Transformación de uno mismo (cambio de nombre) (v. 42). Estos se repiten en es el mismo pasaje y a lo largo del evangelio.

El vocabulario del “creer” a lo largo del evangelio se va enriqueciendo con sinónimos⁵¹, pero permanece vigente que el discipulado ocurre en el centramiento de la propia vida en la de Jesús.

3.4. Cuarta coordenada del discipulado: los discípulos tienen dificultades para comprender a Jesús, pero el Maestro los conduce para que logren conocerlo

El camino de la fe no es un camino fácil. Juan también expone la dificultad de los discípulos para comprender en profundidad el significado de las palabras, de los hechos y de la identidad de Jesús durante su ministerio terreno. Con todo, en el evangelio se muestra cómo los discípulos llegan a comprender la identidad, el sentido de ministerio del Maestro y la propuesta el evangelio.

1. La incompreensión de Jesús.

Esto se puede observar en algunas escenas ejemplares:

- Los discípulos muestran extrañeza cuando lo encuentran conversando con una mujer (4,27).
- Los discípulos malinterpretan sus palabras acerca del misterioso alimento (4,32-33) e igualmente sobre el sueño de Lázaro (11,11-13).
- Los discípulos no comprenden el sentido de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (12,16).
- Los discípulos no entienden varias de los gestos y palabras de Jesús durante la cena (13,7; 14,4-5; 16,16-18).

⁵¹ Entre ellos: “recibir a Jesús”, “venir a Jesús”, “buscar a Jesús”, “escuchar a Jesús”, “guardar la palabra de Jesús”, “permanecer con Jesús”.

Considerando el evangelio de forma lineal podemos notar que no es igual el discipulado antes y después de la crisis galilea reflejada después del discurso del pan de vida. Un amplio grupo de seguidores se escandaliza con la propuesta de Jesús: *Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?* (6,60). La respuesta de Jesús no parece satisfacerlos y llega momento difícil: *Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él* (6,66). De aquí en adelante el grupo de los seguidores genuinos de Jesús, con contadas excepciones, parece coincidir con el grupo de los Doce⁵².

A éstos Jesús les explica una y otra vez y, aunque dicen haber entendido sus enseñanzas y su origen divino (16,29-30), la deserción a la hora de la pasión mostrará lo contrario: *¿Ahora creéis? Mirad que llega la hora (y ha llegado ya) en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo* (16,31-32).

2. La comprensión de Jesús.

Pero esto no quiere decir que los discípulos no lleguen a conocer a Jesús completamente. Es el caso de la confesión de fe de Pedro, la cual en principio es correcta (cf. 6,69). De hecho, Jesús mismo afirma que el pastor y las ovejas se conocen profundamente: *Conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí* (10,14; cf. 17,7-8.25).

A la luz de la pascua es que el conocimiento de Jesús llega a su culmen:

⁵² Interesante la anotación de R. MORENO: “A partir de este momento son ellos [*hoi dodeka*], con toda probabilidad, los que acompañan a Jesús en los restantes episodios en que aparecen los ‘discípulos’ [*mathetai*]” (art. cit., p. 272).

- Después de la resurrección comprendieron el sentido de las palabras de Jesús en la expulsión de los vendedores del Templo:

Quando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús (2,22).

- Igualmente la otra acción simbólica de la entrada de Jerusalén:

Esto no lo comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en la cuenta de que esto estaba escrito sobre él, y que era lo que le habían hecho (12,16).

- A esta comprensión postpascual se refería Jesús cuando le dijo a Pedro en el lavatorio de los pies: *Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde (13,7).*
- Y, sin duda, la promesa hecha a todos: *Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros (14,20)*

Por esta razón, el discipulado no es completo sin la experiencia pascual. En este momento⁵³ el discípulo recibe la guía del Espíritu Santo: *El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho (14,26).*

⁵³ El Espíritu Santo se recibe en la glorificación de Jesús (cf. 7,39; 19,30; 20,22).

En el tiempo postpascual –que es el nuestro– el Espíritu Santo sigue obrando como Maestro, enseñando poco a poco todo lo que Jesús tiene para decirle a sus discípulos y para guiarlos por su camino, pero que de momento no están en condiciones de aprender:

Quando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros (16,13-14).

3.5. Quinta coordenada del discipulado: la relación de fe y de conocimiento es dinamizada por el amor

Se ha hecho lugar común afirmar que Juan es el evangelista del amor. Es cierto, pero esto hay que verlo de forma concreta en dinamismo del discipulado⁵⁴.

Este dinamismo pasa por tres fases:

1. El amor de Jesús como experiencia “fundante”.

Jesús nunca pide que lo amen, lo que manda es que se amen los unos a los otros: *En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros (13,35).*

⁵⁴ El tema del amor se desarrolla de manera especial dentro el primer y el tercer discurso de despedida: 13,31-14,31 y 16,4-33. Sobre la disposición del tema en estos discursos, cf. Y. SIMOENS, *La gloire d'aimer. Structures stylistiques et interprétatives dans le Discours de la Cène*, AnBib 90; Rome, 1981. Para un tratamiento más amplio remitimos a: F. SEGOVIA, *Love Relationships in the Johannine Tradition*, Scholars; Chico, 1982 y J. C. THOMAS, *He Loved Them until the End. The Farewell Materials in the Gospel according to John*, Fountain; Pune-India, 2003.

En esta cita hay que tener en cuenta que:

- El amor de Jesús por ellos, que se comprende plenamente en la Cruz, es el modelo del amor entre los discípulos⁵⁵.
- Jesús no los ama para recibir la contraprestación, sino para hacerlos capaces de amar.
- Se trata de una novedad distintiva de los seguidores de Jesús⁵⁶.

Como afirma luego, este amor que salva es el fruto abundante que da gloria al Padre: *La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos* (15,8). Y consiste en esto: *Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos* (15,13). Por tanto, amando a la manera del Maestro, el discípulo se dona a sí mismo aún con el sacrificio de su propia vida.

2. El amor por Jesús implica la obediencia a su Palabra.

Avanzando, vemos que Jesús le enseña a sus discípulos que el amor no es un simple sentimiento religioso, por

⁵⁵ Que el amor de Jesús por el discípulo tiene la prioridad, lo muestra la forma quiásmica en que está dispuesta la frase: *Un nuevo mandamiento os doy: (a) que os améis unos a otros, (b) como yo os he amado, (c) que vosotros también os améis unos a otros* (14,34; cf. 15,12).

⁵⁶ Como señala G. MLAKUZHYIL, *op. cit.*, p. 286, n. 148, esta novedad se comprende si comparamos con la norma del Levítico: *Ama a tu prójimo como a ti mismo* (Lv 19,18; citado en Mt 19,19; Mc 12,31). Es claro que quien ama a otro solamente como a sí mismo no necesita morir por esa persona. En cambio, quien ama como Jesús ama a los otros, ama más que a sí mismo (ver, por ejemplo, cómo lo hace con Lázaro: 11,11.15-16.50-52).

eso el criterio para juzgar el verdadero amor es querer junto con el amado: *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos* (14,15)⁵⁷. Esto quiere decir que el discípulo lleva a cabo los deseos expresados en las “palabras” (o “mandamientos”) de Jesús⁵⁸.

3. El amor se vuelve trinitario.

Ahora bien, no se trata de un amor exclusivo con Jesús. La relación se expande, Jesús anuncia que los discípulos que lo aman con hechos, serán amados por él y por el Padre: *El que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él* (14,21)⁵⁹. El discípulo entonces recibirá el don de la inhabitación del Padre y del Hijo en él: *Vendremos a él, y haremos morada en él* (14,23).

En 16,27 encontramos una afirmación sorprendente de Jesús. Le dice a sus discípulos que el Padre, puesto que ellos aman apasionadamente a Jesús como amigo (*porque me queréis a mí; en griego pephilêkate*)⁶⁰ el Padre mismo los amará tiernamente (*Padre mismo os quiere, en griego phileo*).

En fin...

En síntesis, podemos decir que la característica más importante del discipulado es el centramiento de la vida en Jesús.

⁵⁷ Esto es tan importante que Jesús lo repite 4 veces en 10 versículos (14,15-24: 15.21.23.24).

⁵⁸ De la misma manera que el amor de Jesús por el Padre se revela en el “llevar a cabo” la voluntad suya expresada en sus mandamientos (cf. 4,34; 14,31; 15,10).

⁵⁹ Cf. Jn 13,1.24; 15,9.11; 17,23.

⁶⁰ Sobre el amor de los amigos (*philos*): 11,3.11; 15,15.

Este centramiento es causado inicialmente por el mismo Jesús, por la fuerza del amor que despliega a lo largo de todo su ministerio, especialmente desde la Cruz: *Cuando sea levando de la tierra, atraeré a todos hacia mí* (12,32).

La relación estrecha con Jesús tiene como fundamento el amor primero del Maestro, pero supone el camino de la fe. Juan se encarga de describir la naturaleza, los modos y los itinerarios de la fe.

Pero ésta no es finalidad en sí misma. El creyente, como el Dios revelado en el Evangelio, se desborda hacia fuera en el amor y compromiso con la vida de todos con las mismas actitudes y acciones de Jesús: *El que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre* (14,12).

El discipulado es una realidad dinámica que va creciendo al interior de proceso que parte de la raíz de la fe, que crece en el conocimiento de Jesús y que florece en el amor por Jesús y fructifica en el amor fraterno⁶¹. En otras palabras, confesando su fe en Jesús como el Cristo e Hijo de Dios (cf. 20,30-31), el discípulo entra en íntima relación con Jesús y hace lo que él pide en su Palabra⁶². Y lo que el Maestro pide tiene que ver con la continuación de su misión salvífica en medio de la historia humana.

⁶¹ Reelaboramos aquí la metáfora hindú utilizada por G. MLAKUZHYYIL, *op. cit.*, p. 287, quien termina con la conocida moraleja: *A good coconut tree is known by the coconuts it produces.*

⁶² Cf. las conclusiones sobre el discipulado en el cuarto evangelio en M. R. HILLMER, *op. cit.*, p. 93.

4. EN CONCLUSIÓN

Tenemos que llegar al final de nuestra ponencia. Nos corresponde ahora, en este seminario-taller, a partir de la Palabra, delinear juntos los rasgos específicamente presbiterales a la luz de la teología del ministerio y, sobre todo, de los desafíos que nos plantean estos nuevos tiempos. La *Lectio divina* vamos a hacer dentro de poco sobre la página del Buen Pastor en Juan, será nos dará nuevos ingredientes para el ejercicio.

El planteamiento del discipulado implica un nuevo llamado para el presbítero en América Latina: una nueva escucha profunda de la Palabra que llama, constituye y envía; una renovación de la entrega creyente y oblativa; una nueva manera de comprender su presencia en medio del pueblo; una nueva misión con disposición martirial, dentro de una gran apertura para los nuevos tiempos de la sociedad y de la Iglesia.

Si tuviera que resumir lo que se espera de un presbítero en la Iglesia y la sociedad de hoy, lo propondría como un prisma con siete lados que se integran entre sí:

- Presbítero “creyente”
- Presbítero “mártir”
- Presbítero “comunitario”
- Presbítero “encarnado” en la realidad junto con su pueblo
- Presbítero de los “signos” de vida
- Presbítero “unificado y unificante” (hombre reconciliación)
- Presbítero “intérprete del Espíritu” y guiado por Él.

Los presbíteros estamos llamados a ser hombres generadores de relaciones fuertes y profundas en un contexto que jalona hacia la disgregación, la marginación y el individualismo. Es desde aquí que se hace aún más significativa una vida entera orientada hacia la autodonación.

Anexo

EJERCICIO DE *LECTIO DIVINA*

LA EXCELENCIA DEL PASTOR (Jn 10,11-18)

P. Fidel Oñoro, cjm
CEBIPAL-CELAM

Queremos darnos, dentro de nuestro seminario-taller, un espacio para lectura orante de la Palabra de Dios. Vamos a tomar la tercera parte del evangelio del Buen Pastor en Juan 10,11-18, dando los pasos de la lectura, la meditación y la oración. La escucha orante de la Palabra nos permitirá abrirnos, una vez más, a la voz del Señor que nos dice cómo quiere que sea hoy nuestro ministerio.

Comencemos orando con el Salmo 23:

*El Señor es mi Pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.
Preparas una mesa ante mí
enfrente de mis enemigos;*

*me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.
Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.*

Tengamos presente a lo largo de esta *Lectio* que la imagen del Pastor ante todo indica relacionalidad profunda y por eso puede ayudarnos a buscar el camino de oración propio de la Biblia.

En la pedagogía bíblico-espiritual de la Iglesia, la alegoría del Buen Pastor se proclama el cuarto domingo de Pascua porque quiere ayudarnos a tomar conciencia de que Jesús es el Pastor que dio su propia vida para darnos vida y ahora está en medio de nosotros conduciéndonos en la historia como Señor Resucitado.

Profundicemos entonces en la relación que Jesús tiene con nosotros hoy y también en el tipo de relaciones que nos invita a establecer con los demás, poniéndonos a la escucha de Juan 10,11-18. Leamos muy despacio...

*Yo soy el Buen Pastor.
El Buen Pastor da su vida por la ovejas.
Pero el asalariado, que no es pastor,
a quien no pertenecen las ovejas,
ve venir al lobo,
abandona las ovejas y huye,
y el lobo hace presa en ellas y las dispersa,
porque es asalariado
y no le importan las ovejas.
Yo soy el Buen Pastor;
y conozco mis ovejas*

*y las mías me conocen a mí,
como me conoce el Padre
y yo conozco a mi Padre
y doy mi vida por las ovejas.
También tengo otras ovejas,
que no son de este redil;
también a éstas las tengo que conducir
y escucharán mi voz;
y habrá un solo rebaño,
un solo pastor.
Por eso me ama el Padre,
porque doy mi vida,
para recobrarla de nuevo.
Nadie me la quita;
yo la doy voluntariamente.
Tengo poder para darla
y poder para recobrarla de nuevo;
esa es la orden que he recibido de mi Padre.*

1. CONTEXTUALICEMOS

“Pastor” indica relacionalidad

Para que entendamos la importancia que tiene en la Biblia el tema del Pastor, es bueno que refresquemos un poquito el contexto.

Los beduinos del desierto nos dan hoy una idea de los era en otro tiempo la vida cotidiana en las tribus de Israel: en esta sociedad, la relación entre pastor y rebaño no es únicamente de tipo económico, basada en el interés, en el provecho que el pastor le pueda sacar a sus ovejas para subsistir él y su familia: sacarla la lana, beber su leche, hacer deliciosos asados con su carne, venderlas cuando necesita dinero, etc. En otras palabras no es una relación de “propiedad”.

En el mundo la Biblia, como sucede también hoy con los beduinos del desierto, entre el pastor y su rebaño se desarrolla una relación casi personal. Día tras día se la pasan juntos en lugares solitarios mirándose el uno al otro, sin nadie más en el entorno. El pastor termina conociendo todo sobre cada oveja y cada oveja reconoce y distingue, entre todas, la voz de su pastor, que habla con ella con frecuencia.

En la historia de la revelación aparece con frecuencia esta imagen

Precisamente porque la relación entre el Pastor y sus ovejas representaba una de las relaciones más estrechas que se podían observar en la cotidianidad de un israelita, se explica por qué Dios utiliza este símbolo para expresar su relación con su pueblo elegido y con toda la humanidad. Uno de los Salmos más bellos del salterio describe la seguridad que un orante tiene de que Dios es su Pastor: *El Señor es mi pastor, nada me falta* (23,1).

Pero esto vale también para las relaciones humanas, de ahí que en la Biblia el título de pastor también se le de, por extensión, también a todos aquellos que imitan la premura, la dedicación de Dios por el bienestar de su pueblo. Por eso a los reyes en los tiempos bíblicos se les llama pastores, igualmente a los sacerdotes y en general a todos los líderes del pueblo.

En este orden de ideas, cuando un profeta como Ezequiel se refiere a los líderes del pueblo, los llama pastores, pero ya no para referirse a la imagen que deberían proyectar, de seguridad, de protección, sino a lo que realmente son: líderes irresponsables que llegan incluso hasta la delincuencia para sacar ventaja de su posición mediante la explotación y la opresión.

Es así cómo al lado de la imagen del buen pastor aparece también la del mal pastor o del mercenario. En el profeta Ezequiel, en el capítulo 34, encontramos un juicio tremendo contra los malos pastores que se apacientan solamente a sí mismos y por eso vemos que Dios, él mismo, decide ocuparse personalmente de su rebaño: *Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él* (Ez 34,11).

La gran responsabilidad de un pastor: la vida de la oveja

El criterio para distinguir un buen y mal pastor era su sentido de la responsabilidad. El Pastor en Palestina era totalmente responsable de las ovejas: si algo le pasaba a cualquiera de ellas, él tenía que demostrar que no había sido por culpa suya.

Observemos rápidamente algunas citas impresionantes:

Amós 3,12: Como salva el pastor de la boca del león dos patas o la punta de una oreja, así se salvarán los hijos de Israel. El pastor debe salvar todo lo que pueda de su oveja, ni que sean las patas o la punta de la oreja de su oveja.

Éxodo 22,9.13: Si un hombre entrega a otro una oveja o cualquier otro animal para su custodia, y éstos mueren o sufren daño o son robados sin que nadie lo vea... tendrá que restituir. En este caso el pastor tendrá que jurar que no fue por culpa suya (v. 10) y traer una prueba de que la oveja no había muerto por culpa suya y de que él no había podido evitarlo.

En fin, el pastor se la juega toda por sus ovejas, aún combatiendo tenazmente contra las fieras salvajes, haciendo gala de todo su vigor e incluso exponiendo su vida, como vemos que hizo David de manera heroica con las suyas:

Cuando tu sierva estaba guardando el rebaño de su padre y venía el león o el oso y se llevaba una oveja del rebaño, salía tras él, le golpeaba y se la arrancaba de sus fauces, y se revolvía contra mí, lo sujetaba por la quijada y lo golpeaba hasta matarlo (1 S 17, 34-35).

La premura del Pastor: un amor que vivifica

Todo que vimos anteriormente es lo que Dios hace con los suyos. Los orantes bíblicos, como lo hace notar el Salmo 23, encontraban en la imagen de Dios-Pastor su verdadero rostro: su amor, su premura y su dedicación por ellos. En Dios encontraron su confianza para las pruebas de la vida. Ellos tenían en la mente y arraigada en el corazón esta convicción: “Sí, como un pastor bueno, Dios se la juega toda por mí”.

Ellos tenían la certeza de que Dios siempre estaba cuidando de ellos y combatiendo por ellos. Así predicaba el profeta Isaías:

Como ruge el león y el cachorro sobre su presa, y cuando se convoca contra él a todos los pastores, de sus voces no se intimida, ni de su tumulto se apoca; tal será el descenso de Yahveh de los ejércitos para guerrear sobre el monte Sión y sobre su colina (Isaías 31,4).

Y en el texto de Ezequiel, que ya mencionamos, vemos que nada se le escapa al compromiso y al amor de Dios-Pastor: *Buscaré la oveja perdida, tornaré a la descarriada, curaré a la herida, confortaré a la enferma (Ez 34,16).*

2. EL TEMA CENTRAL DE JUAN 10,11-18

Jesús en el evangelio retoma este esquema del Buen y del Mal Pastor, pero con una novedad. Él dice: *¡Yo soy el Buen Pastor!* La promesa de Dios se ha convertido en realidad, superando todas las expectativas. Jesús hace lo que ningún pastor haría, lo que ningún pastor por muy bueno que sea se atrevería a hacer: *Yo doy mi vida por las ovejas.*

Leamos despacio el texto y subrayemos las insistencias:

- Dos veces dice: *Yo soy el Buen Pastor* (vv. 11 y 14).
- Cinco veces se dice que *da la vida* (por las ovejas) (vv. 11.15.17 y 18).
- Cuatro veces se dice que el Buen Pastor “conoce” y “es conocido” (vv. 14 y 15), conduciendo así a una gran relación de comunión entre las ovejas, entre ellas con él y de todos juntos con el Padre (vv. 14-16).

(Podemos también por nuestra propia cuenta hacer un pequeño listado de las acciones reflejadas en los verbos –que caracterizan a Jesús).

De esta manera, el discurso de Jesús sobre el Buen Pastor se va desarrollando despacio, haciendo anotaciones precisas sobre el “hacer” característico de Jesús con sus discípulos y conduciendo al lector oyente hasta la contemplación de su gran obra por los suyos: el misterio pascual y su don.

En el desarrollo de esta parte de la catequesis de Jesús, distinguimos dos partes:

- Los versículos 11-13, que trazan el contraste entre un el Buen y el Mal Pastor, lo que podríamos llamar “el verdadero pastor”.

- Los versículos 14-18, que describe el rol del Buen Pastor, lo que podríamos llamar: “la excelencia del Pastor”.

El verdadero pastor (Jn 10,11-13)

¹¹*Yo soy el Buen Pastor.*

El Buen Pastor da su vida por la ovejas.

¹²*Pero el asalariado, que no es pastor,
a quien no pertenecen las ovejas,
ve venir al lobo,
abandona las ovejas y huye,
y el lobo hace presa en ellas y las dispersa,
¹³porque es asalariado
y no le importan las ovejas.*

Notemos las siguientes afirmaciones de Jesús:

1. Es “Pastor Bueno”.

Conviene aquí hacer una anotación sobre el vocabulario utilizado en el evangelio. En griego hay dos palabras que se traducen por “bueno”: (1) el término *agathós*, que describe la cualidad moral de una persona que buena; (2) el término *kalós*, que también se traduce como “bello”, el cual le añade a la bondad una cualidad encantadora que hace a la persona que la posee atractiva y simpática (como cuando decimos: “¡Es una bellísima persona!”), refiriéndonos a sus cualidades internas como la amabilidad, la paciencia, la disposición para el servicio, etc.) y que hace que todo mundo quiera ser amigo de esa persona.

Cuando leemos “Buen Pastor”, vemos que en griego dice *Kalós*, es decir, el “pastor bello”, indicando así que más que la eficacia (administrativa) lo que le caracteriza es

la belleza integral de su personalidad. Junto con la fuerza y la eficacia, en Jesús “Buen Pastor” se reflejan su amor y su simpatía.

2. Tiene “sentido de pertenencia”.

A Él “le pertenecen las ovejas”. Y por esto mismo es “confiable”, perseverará en sus responsabilidades cueste lo que cueste.

En tiempos de Jesús el verdadero pastor lo era de nacimiento, podríamos decir que lo hacían por “vocación”. Un pastor así no se ocupaba de nada más, las ovejas eran el motivo de sus desvelos y cuando se levantaba por la mañana corría alegre a cumplir con su deber.

En cambio había personas que no encontraban empleo en el pueblo y, ante la falta de alternativas, no les quedaba más remedio que ir al campo a pastorear ovejas, de ahí que no sentían mucho aprecio por la responsabilidad de su tarea, se volvían simples “asalariados” y por lo tanto “mercenarios” (este era su “negocio”, el valor mayor era su propia subsistencia).

A diferencia del “asalariado”, el buen pastor considera a sus ovejas como propias y por lo tanto no espera una paga. El que trabaja por el provecho que pueda sacar a su servicio, no piensa más que en el dinero y cuando éste –o cualquier otra gratificación falta– no persevera. Pero donde hay sentido de pertenencia hay amor y donde hay amor hay gratuidad.

La motivación fundamental del buen pastor es el amor y quien ama antes que esperar recibir lo que quiere es dar. El verdadero amor lleva hasta el don de la propia vida:

nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos (Jn 15,13).

3. Su compromiso no tiene límites.

Y este compromiso es por la vida: Yo he venido para tengan vida y la tengan en abundancia (10,10).

Pero Jesús va más allá, no es suficiente decir que ha venido a dar vida, lo que llama la atención es el “cómo”: su manera de trabajar por la vida es dando la propia, *El buen pastor da la vida por las ovejas*. El Pastor auténtico no vacilaba en arriesgar y en dar su vida para salvar a sus ovejas ante cualquier peligro que las amenazara.

Es decir: no repara ni siquiera en su propia vida, nos ama más que a su propia vida y de este amor se desprende todo lo que hace por nosotros.

Esto es lo que se va a profundizar enseguida en los vv.14-18: la “excelencia del pastor”.

La excelencia del Pastor (Jn 10,14-18)

¹⁴*Yo soy el Buen Pastor;
y conozco mis ovejas
y las mías me conocen a mí,
¹⁵como me conoce el Padre
y yo conozco a mi Padre
y doy mi vida por las ovejas.
¹⁶También tengo otras ovejas,
que no son de este redil;
también a éstas las tengo que conducir
y escucharán mi voz;
y habrá un solo rebaño,
un solo pastor.*

*¹⁷Por eso me ama el Padre,
porque doy mi vida,
para recobrarla de nuevo.*

*¹⁸Nadie me la quita;
yo la doy voluntariamente.
Tengo poder para darla
y poder para recobrarla de nuevo;
esa es la orden que he recibido de mi Padre.*

Esta sección se va mucho más a fondo, considerando ahora únicamente la figura del “Pastor Bueno” (que cumple los tres requisitos anteriores) delinea la belleza su personalidad, o mejor de su espiritualidad, de su secreto interno, respondiendo a estas preguntas: ¿Qué significa dar vida ofreciendo la propia? ¿Cuál es el contenido de esa vida? ¿A qué debe conducir? ¿Cuál es la raíz última de toda la entrega del Pastor?

En otras palabras, nos encontramos aquí con el contenido de la relación del buen pastor con sus ovejas. Esta es:

1. Una relación ardiente (Jn 10,14-15).

La relación del buen pastor con sus ovejas no es fría, material, impersonal, sino que está moldeada en la relación más cordial y personal que existe: la comunión del Padre y del Hijo (ver la introducción y la conclusión del Prólogo del Evangelio de Juan 1,1-3 y 18):

*Conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí,
como me conoce el Padre y yo conozco al Padre
(10,14-15)*

Como me conoce el Padre... La actitud de Jesús lleva la impronta de su relación con el Padre. Padre e Hijo se

conocen profundamente, viven en una familiaridad recíproca, se aprecian mutuamente, se aman intensamente.

Conozco mis ovejas... Si la relación de Jesús con nosotros es de este tipo, podemos apreciar que la relación del pastor es una relación “volcánica”, apasionada, ardiente de corazón. Si él es así con nosotros, también nosotros debemos serlo con él: *las mías me conocen a mí*.

¿Por qué Juan prefiere aquí el término “conocer”? Porque el “amor” está basado en el “conocimiento” personal. Para Jesús-Pastor “Bueno”, no somos números, él conoce nuestra historia, nuestras dificultades, nuestros defectos y todas nuestras características.

Porque nos conoce nos ama, es decir, nos acepta tal como somos y nos sumerge en la comunión con él.

Pero hay que ver también lo contrario: es necesario que “Jesús” no sea para nosotros un simple nombre, hay que aprender a conocerlo cada vez mejor, precisamente como el “Buen-bello Pastor” y tejer una relación profunda y fiel de amor con él.

La relación con Jesús “Buen Pastor” es la de una íntima comunión. El Buen Pastor no nos mantiene a distancia, no quiere mantenernos pequeños e inmaduros. Debemos madurar cada vez más para llegar a ser capaces de entrar en comunión personal con él.

2. Una relación en la que caben todos (Jn 10,16).

La comunión que se construye con Jesús comienza a abarcar, poco a poco, todas nuestras relaciones y apunta a la unidad de la vida (con todas sus diversidades y complejidades) en el amor de Jesús.

El amor presupone el “conocimiento” y luego apunta hacia la unidad de las diversidades porque el amor es “unificante”:

*También tengo otras ovejas,
que no son de este redil;
también a éstas las tengo que conducir
y escucharán mi voz;
y habrá un solo rebaño,
un solo pastor.*

La premura de Jesús pastor no se limita al pueblo de Israel. Él ha recibido del Padre la tarea de cuidar toda la humanidad, de hacer un solo rebaño, una comunidad de creyentes en él. Ésta es, en última instancia, su misión. Nadie es excluido de su cuidado pastoral, así la presencia del amor de Dios en él vale para todos los hombres.

Podemos ver en esta gran unidad dos líneas históricas: (a) una vertical, que unifica pasado, presente y futuro (comunidad de Israel, comunidad de los Doce, comunidad de todos los futuros creyentes en Cristo) y (b) una horizontal, que unifica a los diversos grupos de creyentes en Cristo y con ellos incluso a los no creyentes.

Por medio de Jesús, que es el único Pastor, y por medio de la comunión con él todos (y todas las comunidades) están llamadas a convertirse en una gran comunidad. Esta comunidad, que los hombres nunca podremos obtener por nosotros mismos (por más coaliciones que hagamos), será obra suya.

Sabremos vivir en comunidad cuando tengamos la mirada puesta en Jesús, el único Pastor. La excelencia de todo pastor está en saber construir unidad dondequiera que esté, y no en torno a él sino a Jesús.

3. La fidelidad: raíz del amor apasionado y unificante del Pastor Bueno (Jn 10,17-18).

La catequesis sobre el Buen Pastor termina con una contemplación del “misterio pascual”. El atardecer de la vida del Pastor, su gloria, su plenitud es la entrega de su propia vida en la Cruz: la hora de la fidelidad.

*Por eso me ama el Padre,
porque doy mi vida,
para recobrarla de nuevo.
Nadie me la quita;
yo la doy voluntariamente.
Tengo poder para darla
y poder para recobrarla de nuevo;
esa es la orden que he recibido de mi Padre.*

Este último criterio de la “excelencia” del Pastor está relacionado con el anterior. Notemos que en torno al versículo 16 (sobre la unidad a la cual conduce el Pastor) se repite (como enmarcándola) la frase: *doy mi vida*. Se entiende entonces que Jesús construye la “gran unidad” en la Cruz; efectivamente, él murió *no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos* (Jn 11,52).

Pero observando internamente esta última parte, notemos que la referencia a Dios-Padre enmarca los versículos 17 y 18: *Por eso me ama el Padre... y esta es la orden que he recibido de mi Padre*. La relación de Jesús con el Padre explica su fidelidad y esta fidelidad es la que sustenta su “excelencia”:

Se trata de una fidelidad:

- Sostenida por el amor fundante del Padre.

- Vivida desde la libertad.
- Expresada en la obediencia.

Esta fidelidad toma cuerpo:

- En el “dar” y “recibir” (notar la repetición de los términos).
- En la “autonomía” (tengo “poder”) y la “responsabilidad” (“para” o “en función de”)
- En la escucha del mandato (la “orden”) y la respuesta (la obediencia: “lo he recibido”).

Notemos finalmente que en el centro se afirma: *Yo la doy (mi vida) voluntariamente*. Y enseguida se dice: “Tengo poder para darla y poder para recibirla de nuevo”. En última instancia el “poder” de Jesús (término que se repite dos veces) se ejerce en la responsabilidad del “darse” a sí mismo apoyado en el amor fundante del Padre, de quien lo recibe todo (la vida siempre es recibida) y con quien tiene un solo querer (la raíz de su vida es el amor maduro: el que se hace uno solo con el amado).

Esta es la gran conciencia que Jesús refleja de sí mismo y de su ministerio en la Cruz, la que lo acompaña en el momento sublime de dar “vida en abundancia” a todas sus ovejas. Esta misma conciencia de sí mismo y de su ministerio que debe acompañar todos los días de la vida de un presbítero, pastor de las comunidades, en la Iglesia. Todo está basado en este arrojito increíble del amor de Jesús, el Buen Pastor crucificado que vivifica al mundo.

3. CULTIVEMOS LA SEMILLA DE LA PALABRA EN LA VIDA

Después de esta breve introducción a la lectura del pasaje bíblico, invitamos a releerlo muy despacio y a darle paso a la meditación. En la meditación confrontamos la Palabra con la vida y la escuchamos como Palabra viva de Dios para nosotros hoy. Algunas preguntas nos pueden ayudar:

- 4.1. ¿A quién se dirige hoy esta bellísima página del “Buen Pastor”? No olvidemos que la leemos en cuanto discípulos, en cuanto comunidad, pero también en cuanto “Presbíteros”.
- 4.2. ¿Qué correlación hay entre los tres momentos de la vida del Pastor en Juan 10,1-18 y las etapas de nuestro ministerio?
- 4.3. ¿Cuál es la diferencia entre el Buen y el Mal Pastor? ¿Qué es lo que identifica a un “verdadero” pastor? ¿Qué implica particularmente desde nuestro contexto latinoamericano?
- 4.5. ¿Cuáles son los valores en los que se verifica que un Pastor alcanza un alto grado de “excelencia”? ¿En qué está basada la “excelencia”?

4. LA ORACIÓN DE UN DISCÍPULO-PASTOR

La *Lectio Divina* nos conduce poco a poco hacia la oración. Ésta brota a partir del fuego de la Palabra en el corazón. Proponemos aquí una bella oración compuesta por un Padre de la Iglesia.

*La gloria en este mundo, gloria vana, no me des,
¡oh Maestro mío!
No me des la riqueza transeúnte, ni talentos de oro;*

¿TAMBIÉN TÚ ERES DE SUS DISCÍPULOS?

*tampoco un trono excelso
ni poder sobre realidades que pasan.*

*Ponme más bien al lado de los humildes,
de los pobres y en medio de los mansos,
para que también me haga humilde y manso.*

*En cuanto a mi oficio,
si es que no puedo revestirlo de modo útil,
que al menos pueda complacerte y estar a tu servicio.
Que no sea rechazado
y si lloro que sea solamente,
oh Maestro, por mis pecados.*

*Que mi única preocupación sea tu justo juicio
y el cómo recuperarme
después de tanto haberte ofendido.*

*Sí, oh dulce, bueno y compasivo Pastor,
que salvas a todos lo que creen en ti,
ten piedad, escucha la oración que te presento:
no te irrites, no apartes tu rostro de mí,
enséñame a cumplir tu divina voluntad,
porque no pido que se haga mi voluntad,
sino la tuya, y que así servirte yo pueda,
¡oh misericordioso!*

(Simeón el Nuevo Teólogo, Himno 17, 949-1022)

LA IDENTIDAD ESPIRITUAL DEL PRESBITERO

*Pbro. Dr. Víctor Manuel Fernández**

1. SITUACIÓN

No se puede hablar hoy sobre la identidad sacerdotal sin tomar conciencia de algunos aspectos de la cultura actual que inciden negativamente en la configuración y en el afianzamiento de dicha identidad.

* Nacido en Alcira (Córdoba, Argentina) el 18/07/1962. Ordenado sacerdote en 1986, completó su licenciatura en teología en 1988 en la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Recibió el doctorado en teología en 1992 en la Pontificia Universidad Católica de Buenos Aires. Fue párroco, director de catequesis, asesor de movimientos laicales, fundador de un Instituto de formación laical, formador del Seminario Mayor y colaborador en la formación permanente de los presbíteros en la Diócesis Villa de la Concepción del Río Cuarto. Colaboró con la Conferencia Episcopal Argentina en la comisión de Fe y Cultura y en el Secretariado para la Formación Permanente de los Presbíteros. Colaboró también, en la redacción de los documentos episcopales: “Jesucristo Señor de la Historia”, “La Nación que queremos” y “Navega Mar Adentro”. Actualmente es profesor ordinario titular, director de la revista “Teología” y vicedecano, por un

Destaco al respecto un problema de fondo, que es precisamente la debilidad de la identidad cristiana y sacerdotal, y dos síntomas estrechamente conectados.

1.1. Problema de fondo: Los complejos y contradicciones que debilitan la identidad espiritual

La cultura mediática y los ambientes intelectuales transmiten una marcada desconfianza hacia lo religioso. En este contexto, los agentes pastorales desarrollan una especie de complejo de inferioridad que les lleva a relativizar su identidad cristiana y no les permite ser felices con lo que son ni estar plenamente identificados con su misión y su mensaje. Esto no deja de afectar a los presbíteros.

Hay una excesiva división entre lo sagrado y lo mundano. Por eso se puede pasar de una predicación donde Dios es todo, a buscar un grupo de amigos donde jamás se lo mencione y donde se prefiere que el tema religioso no aparezca.

Por esta esquizofrenia pueden coexistir dos cosas: Por un lado un rechazo del mundo perdido, un lamento ante el fenómeno de la secularización, un dolor por los ataques a la Iglesia, un espíritu religioso que se siente amenazado, etc. Pero por otra parte, una tendencia casi inconsciente a amoldarse al mundo, a no perderse nada de lo que la modernidad ofrece, en una especie de obsesión por *ser como todos y tener lo que tienen los demás, procurando esconder las propias opciones*. Esta obsesión, que es un modo de aplazar

segundo período, en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina (Buenos Aires). Es también director de estudios del Seminario de Río Cuarto. Ha publicado más de cien artículos en revistas científicas, y más de noventa libros de teología, exégesis, espiritualidad y formación permanente en Argentina, México, Colombia, Brasil, España, Italia y Bélgica.

la propia conversión, también es altamente desgastante, porque se trata de escapar de aquello que precisamente otorga una identidad que le da sentido a la actividad. Sin esta identidad las tareas se vuelven forzadas.

Aquí aparece la dicotomía más peligrosa, porque afecta profundamente al ser personal: es la separación entre *identidad* personal y *misión* religiosa. La misión que Dios confía no termina de marcar a fondo la identidad personal. Entonces, por ejemplo, yo soy por una parte sacerdote (o religiosa, o un creyente comprometido), hombre de Dios y de lo sagrado, y hombre para los demás; pero por otra parte soy yo mismo, este ser humano concreto con sus necesidades, nostalgias y sueños. *No se fusionan ambas cosas en la unidad personal.* Por eso puede suceder que algunos sacerdotes, a la hora de plantearse una eventual deserción, destaquen sólo que su actividad es reemplazable, sin plantearse lo que eso significa para el sentido personal de sus vidas. Como la misión no marcó su identidad personal, el ministerio de vuelve fácilmente prescindible. En esta línea, en algunos curas aparece el deseo de estudiar alguna otra carrera para mostrarle a la sociedad que ellos no se reducen sólo a cosas ligadas a la religión y que también son competentes en otros asuntos. Subyace un fuerte complejo de inferioridad, que se deja contagiar por el escepticismo de ciertos sectores, y muy presente en los medios de comunicación. Si no estudia otra carrera, quizás encauce de otro modo esta obsesión por demostrar que él es capaz de algo más que el ministerio: tratando de sobresalir en el deporte, tocando algún instrumento, y hasta bailando. Esta obsesión lleva muchas veces a dedicarle más tiempo a estas cosas que al ministerio sacerdotal. El ministerio de la Palabra puede ser usado para demostrar que uno conoce lo que pasa en el mundo, que sabe diagnosticar cuáles son los problemas sociales, que entiende de psicología, etc. Algo semejante sucede en algunos curas que se dedican fundamentalmente a la asistencia

social, no tanto por un genuino amor a los pobres, sino porque advierten que los sectores ilustrados más secularizados valoran que el cura se dedique a esa tarea.

Son diversos mecanismos que, detrás de la apariencia de un diálogo con el mundo, implican un miedo a ser despreciados y una renuncia a ser identificados como personas que viven en alianza con Dios. Esto es un veneno, porque el que no está contento con su identidad se expone a estar cada vez más insatisfecho y necesitado de compensaciones.

Todo se vuelve más complejo si se tiene en cuenta que hoy han caído las certezas colectivas que antes movilizaban una actividad evangelizadora entregada y entusiasta. Hoy los agentes pastorales, incluyendo los sacerdotes, no están del todo convencidos de que muchas de las cosas que hacen realmente sean necesarias, ni de que todo lo que enseñan sea tan cierto. No se identifican firmemente con una enseñanza o con una propuesta. Además, si en otra época el ideal de salvar un alma podía motivar cualquier esfuerzo e incluso el martirio, hoy parece que la propia tarea no es tan necesaria o indispensable, por lo cual se hace más fuerte la tentación de ceder al relativismo mundano y al mismo tiempo entregarse confusamente a las múltiples ofertas del mundo, renunciando a la propia identidad cristiana.

1.2. Primer síntoma: la acedia pastoral que mata el fervor evangelizador

No estamos en una época caracterizada por un gran fervor evangelizador. Tenemos mayores desafíos, pero los sujetos que intervienen en la evangelización son también más vulnerables. Los cansancios, los fracasos, la rutina, el temor al desgaste y a ser absorbidos, el cuidado obsesivo de la privacidad, y otras dificultades muchas veces terminan quitando el gozo de evangelizar. Ciertas exigencias pastorales,

que son permanentes, se viven a la defensiva, como cuando alguien dice: “padre, usted y yo tenemos que tener una larga conversación”, o “padre, llaman urgente por un enfermo grave”, o “padre, no se olvide lo que tenemos pendiente”, o “padre, aquí lo necesitamos, no se borre tanto”.

Frente a estos reclamos, hoy muy frecuentes, los curas necesitan imperiosamente cuidar sus espacios de autonomía, o “tomar un poco de aire”, como si una tarea evangelizadora fuera un veneno que sólo puede tomarse de a gotas y por poco tiempo para no enfermarse. Esto ocurre particularmente en las tareas donde uno debe dialogar con otros, escucharlos, comprenderlos, acompañarlos en sus dificultades. Muchas personas que realizan este tipo de trabajos frecuentemente advierten que comienzan a escapar de los demás.

Pero al existir una permanente tensión defensiva, la actividad cansa más de lo razonable, y ya no se vive como respuesta al amor de Dios que convoca a la misión, sino como un peligro para la propia realización. Prestemos atención: más que la tarea en sí misma, lo que desgasta y agota es la *resistencia interna* –ante algunas personas, tareas o imprevistos– que quema a la persona.

Muchas veces da la impresión que en sacerdotes y religiosas jóvenes, por ejemplo, la disponibilidad, la resistencia y la contracción al trabajo durante un tiempo prolongado en general parecen ser menores que en algunas profesiones muy exigentes. Pensemos por ejemplo en un médico que atiende muchas horas en un consultorio a personas que le exigen eficiencia y consuelo, luego tiene que visitar a los internados, además de ocuparse de su casa y resolver los problemas de su familia.

No puede negarse que suele haber un cuidado excesivo de la privacidad: “Yo tengo mis espacios personales, privados,

donde puedo respirar tranquilo, sin que me exijan cosas, me cuestionen o me absorban”. El problema es que muchas veces esos espacios privados *pasan a ser los más importantes, se convierten en lo que uno más desea*.

Evidentemente, la variedad de exigencias pastorales de una parroquia de hoy obliga al cura a adaptarse permanentemente a muchas situaciones y necesidades, y por lo tanto la tarea aparece como una permanente amenaza para la propia privacidad, donde uno es el que elige libremente. De este modo, la tendencia actual a la individuación se traduce fácilmente en aislamiento egocéntrico. Por eso, para muchos curas, el momento en que acaba la actividad apostólica y pueden salir a la calle, ir a una casa acogedora, viajar, o simplemente refugiarse en su casa, en Internet o en la TV, se produce *un gran alivio*: “aquí soy yo, aquí decido nada más que yo, aquí hago lo que quiero”. Entonces, la entrega apostólica, la misión, deja de ser “lo que yo quiero” y pasa a ser una función pasajera, que se trata de realizar bien, pero en un tiempo limitado y controlado por uno. Sin embargo, hoy los momentos de privacidad están lejos de brindar la satisfacción y la realización personal soñada. Hay un problema con el tiempo y el propio control de ese tiempo, que, al convertirse en obsesión, no permite vivir bien el momento presente. A ese momento se lo imagina como algo absoluto, que debería brindar una plenitud ilimitada. Por eso, uno siente que nunca está gozando lo suficiente, brota la ansiedad por conseguir lo que no tiene, y en definitiva se carga con la culpa de no ser feliz. No se trata entonces de la sana capacidad de vivir el presente, adaptándose a él con realismo y sencillez, sino de exigirle al momento lo que no puede dar. En esa situación, tener que volver a sacrificarse en una actividad apostólica, que en el fondo no es deseada, provoca una nueva angustia.

Hay, al mismo tiempo, un permanente autoanálisis, una creciente introspección, que no implica tanto revisar en la ora-

ción la propia respuesta apostólica al amor de Dios, sino escrutar quien soy, si soy feliz o no lo soy, si me dan afecto o no, etc. Más que de una profunda interioridad, se trata de un marcado subjetivismo egocéntrico. El sueño de responder al amor de Dios con toda la vida se somete a la necesidad imperiosa de disfrutar la vida mientras sea posible.

En este contexto muchos pasan de la hiperactividad a la desilusión o al cansancio abúlico (acedia), y entonces reducen su tarea al mínimo o a lo que les brinda satisfacciones inmediatas, descuidando otras tareas. Esto sucede cada vez más tempranamente, aun en los seminaristas, con diversas formas de escapar de la gente.

Se advierte que el problema no es siempre el exceso de actividades sino las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad de la acción misma, sin una adecuada preparación, sin un orden y una selección prudente de acuerdo a la jerarquía objetiva de las tareas, sin libertad interior, etc. Por eso las tareas cansan más de lo razonable, ya que no se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho, y en definitiva *no aceptado*. Ese cansancio enfermizo no requiere sólo espacios normales –reducidos y acotados– de reposo y esparcimiento, sino cada vez mayores tiempos de autonomía.

En síntesis, hay un *modo* de vivir la misión que no nos hace felices. Esto hace imposible lograr una identidad firme, ya que la identidad sólo se entiende como una misión, es un “ser para”.

1.3. Segundo síntoma: el individualismo consumista que impide la espiritualidad de comunión y la pastoral orgánica

El cura posmoderno está muy concentrado en sus necesidades inmediatas y frecuentemente insatisfecho con sus rela-

ciones humanas. Tiende a desarrollar ese estilo de vida individualista que le lleva sobre todo a escapar de los que sufren, de los feos, de los necesitados, de los angustiados. La comunión cercana con los pobres y los sufrientes podría permitirle a un presbítero no exacerbar tanto sus propias insatisfacciones y le ayudaría a relativizar sus necesidades de confort, descanso, esparcimiento y reconocimiento. El problema es que los desafíos del mundo de la pobreza, la exclusión y el sufrimiento parecen superar a los cristianos de tal manera, que como no pueden resolver todos los problemas de los demás, finalmente cauterizan sus conciencias, escapan, y optan por un mínimo indispensable, o reducen su relación con los pobres a lo discursivo, cuando no terminan culpando alegremente a los pobres de sus propios males.

A los sacerdotes, que a veces pueden vivir su celibato como aislamiento, el contacto con las familias les permite recuperar el realismo, conectándose con los problemas reales de la gente. De este modo pueden descubrir que sus renunciaciones e insatisfacciones a veces palidecen al lado de las preocupaciones y cansancios de un padre y esposo. Pero la opción por las familias a veces se reduce a un círculo pequeño y cerrado de hogares, con gente linda y agradable donde el cura se siente cómodo.

Por otra parte, el inmediatismo ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales necesiten resultados rápidos y fáciles y que no toleren lo que signifique alguna contradicción, una revisión de sus propuestas, o un replanteo de lo que han decidido. Esto no favorece un verdadero trabajo en equipo.

También hay un individualismo “pastoral” que se expresa en mirar a los demás agentes pastorales como competidores, o ver las reuniones de planificación como un mal inevitable.

Puede existir una capacidad de relacionarse con afabilidad y un gusto por sostener largas conversaciones, pero al mismo tiempo una incapacidad para insertarse en un proyecto verdaderamente comunitario. Puede suceder, por ejemplo, que tres sacerdotes convivan respetuosa y amablemente en una parroquia, y que tengan también conversaciones íntimas, pero cada uno con su propio proyecto pastoral, debido a una suerte de “negociación” tácita que le permite a cada uno hacer su vida sin interferencias.

Lo peor sucede con los curas que se aíslan. La falta de un contacto frecuente con los otros curas no les permite a los presbíteros alimentar su sentido eclesial y trascender los límites de sus logros parroquiales y de sus proyectos personales, o quizás de su pereza. Esto implica un *aislamiento malsano*, en el cual es posible que el cura pierda perspectivas, que se le desdibuje el sentido de la realidad, que pierda una percepción clara de lo que es bueno o malo para él, y se deje llevar más fácilmente por las malas inclinaciones y pierda identidad. Hoy, rodeados de estímulos y ofertas de todo tipo, el aislamiento es particularmente peligroso para todos.

En la cultura actual el individuo es el que define lo que está bien y lo que está mal de acuerdo a lo que él considera que lo realiza como persona, sin que pesen en esta consideración criterios externos a su perspectiva, sin dejarse interperlar por los otros. Por eso es posible que termine decidiendo de acuerdo a sus conveniencias momentáneas.

Se trata de un individualismo consumista, porque en la verdad íntima de lo que moviliza realmente a cada uno, y más allá de lo que de hecho predicamos, lo sensible se vive como más importante que el razonamiento, que la decisión o el esfuerzo, que la educación de la voluntad y de las pasiones, que la entrega a los demás y la realización de la propia misión en el mundo. Y no podemos negar que para quien tiene

como principal propósito *real* la satisfacción de sus deseos inmediatos, es muy difícil sacrificarse por otros y vivir en generosa comunión fraterna. La persona se obsesiona por sus necesidades y por el deseo de satisfacciones, y así puede caer muy fácilmente en la tentación de la corrupción –en sus variadas formas– para poder calmar sus apetencias. El placer, la distensión y la necesidad de reconocimiento, parecen tener prioridad absoluta –no en el razonamiento sino en los hechos– por sobre la comunión con los demás, la vida compartida, el caminar y el luchar juntos.

Este individualismo hedonista hace que la propia identidad sea entendida de un modo también individualista, olvidando que la propia persona es un “ser para” y un “ser con”.

2. ALIMENTAR UNA IDENTIDAD CLARA Y FIRMEMENTE ACEPTADA

La debilidad de la identidad sacerdotal no es una cuestión menor, porque una de las causas fundamentales de las crisis y de la falta de fervor apostólico –posiblemente la más importante– es la no identificación con la propia misión, o la no aceptación profunda de la propia identidad espiritual y pastoral.

La identidad personal y la misión no se funden en el yo de la persona. La misión pasa a ser así un apéndice, subordinado a muchas otras necesidades personales. Por esa misma razón no termina de impregnar la oración personal.

Por una parte conviene que de diversas maneras hagamos crecer la convicción interior de que tenemos un tesoro que ofrecer y de que por consiguiente no caben sentimientos de inferioridad. El mundo no tiene nada mejor para ofrecer, y de hecho es incapaz de ofrecer un sentido profundo para la

existencia de la gente. Nosotros lo tenemos, y es luz, es vida, es sal. La actividad evangelizadora ofrece inmensas posibilidades de sembrar el bien. Siempre me pregunto qué nos dirían san Pablo, san Agustín, san Francisco de Asís o la Madre Teresa viendo que no asumimos nuestra identidad creyendo que el mundo decadente ofrece algo mejor. Es cierto que cada tanto aparece alguna humillación pública –por errores propios o ajenos– que alimenta cierto sentimiento de inferioridad y de vergüenza. Habrá que aprender de esos momentos a encontrar el tono adecuado de decir las cosas, a liberarse del triunfalismo y a reconocernos como humildes servidores. Pero la humildad no nos impide valorar con humilde gratitud y profunda ternura la dignidad de haber sido agraciados por Dios con su amistad y con una misión peculiar. Esa experiencia despierta una respuesta agradecida, una reacción amorosa que nos lleva a entregarnos gratuitamente en un camino de crecimiento y de servicio.

Es indispensable que cada uno reconozca qué es lo específico y distintivo de la misión que Dios le ha confiado. Sólo reconociendo eso, es posible identificarse con esa misión, aceptarla como parte inseparable de la propia identidad, y enamorarse de esa identidad. Esa configuración existencial y espiritual profunda con la propia misión le devuelve el fervor y la generosidad a la tarea.

Afrontando esta cuestión de la identidad, podremos cargar de profundidad espiritual las tareas, porque esa calidad espiritual sólo se alcanza cuando una tarea es asumida como una misión que hemos recibido y que es parte integrante de nuestra propia identidad.

Por todo esto, en la primera parte de esta reflexión nos detendremos a desarrollar la cuestión de la identidad, para que luego, en la segunda parte, podamos proponer diversos modos de *orar* con esa identidad. Porque esa identidad fir-

me requiere espacios de soledad, de reflexión, de oración privada que la construyan y la alimenten. Una función sumamente importante de los espacios de oración personal es precisamente la de alimentar la conciencia gustosa de la propia identidad pastoral.

Pasemos entonces a la primera parte de esta reflexión, donde abordaremos los diversos aspectos de la cuestión de la identidad hasta llegar a lo que más nos interesa para los objetivos de esta reflexión: la identidad “pastoral” y cómo incorporarla en la espiritualidad sacerdotal personal.

2.1. Cómo se constituye la propia identidad

Veamos cuáles suelen ser de hecho los elementos que construyen una identidad:

- a. La autoconsciencia corporal y la aceptación del propio cuerpo.
- b. Las propias capacidades y carismas, ejercitadas y cultivadas.
- c. El propio modo de relacionarse con el mundo, con los demás y con Dios.
- d. Una serie de ideas que uno valora y que lo convencen y apasionan.
- e. Algunas opciones firmes que uno ha hecho desde el corazón y que mantiene más allá de las conveniencias circunstanciales.
- f. El propio ser histórico-cultural, que incluye todo lo recibido o heredado con lo cual uno se siente identificado.

En un juego entre todos estos elementos, la identidad personal no sólo se piensa sino que se va construyendo con un

estilo de vida coherente que la afianza y la arraiga. Porque la conciencia de una identidad personal es también la experiencia de una *estabilidad* y la experiencia de que la propia vida es básicamente *algo positivo* (que la percepción de sí mismo no sea predominantemente negativa, aunque siempre haya cosas que resolver).

Pero lamentablemente las personas suelen construir su identidad con elementos parciales y superficiales que no otorgan firmeza y profundidad a esa identidad. Las conversaciones cotidianas muestran cómo estos elementos superficiales suelen apasionar a las personas llevándolas a apoyar en ellos su sentido de identidad. Me refiero, por ejemplo, a ciertos gustos (un tipo de comida, una forma de vestir, un género musical), a algunas características del temperamento (“Yo soy una persona tranquila, a mí no me quiten la tranquilidad”), a la ascendencia (“Se me nota que mis abuelos eran irlandeses”), al apellido, a un equipo de fútbol (“Yo doy la vida por Boca”), etc.

Es verdad que todos estos elementos también se integran en la identidad personal, no tienen por qué ser despreciados, y además suelen ser reveladores de cuestiones más profundas de las cuales son como símbolos o manifestaciones. El problema es que se constituyan en los principales recursos para reconocer construir y reconocer la propia identidad.

Avancemos un poco más en cuatro de estos modos más comunes –no los más importantes– de sustentar la propia identidad:

El consumir

La verdad es que en el contexto actual muchas personas, profundamente atontadas por el mecanismo de la publicidad, se mueven y se sienten positivas sólo en función de lo

que puedan consumir. Todo lo que planifican, buscan y realizan, aunque no lo digan, tiene la finalidad de consumir algo, y cuando lo logran sienten que su existencia es algo positivo y está –por el momento– lograda.

Aunque nos indigne todo lo superficial y vacío de ese estilo de vida, tenemos que decir que el consumo no puede excluirse completamente de la construcción de la propia identidad. Porque quien no puede disfrutar de nada en esta vida –porque no tiene posibilidades o porque no lo valora, o por un complejo de inferioridad o indignidad– difícilmente podrá sentirse sinceramente amado y experimentar su existencia como algo positivo. Es más, la capacidad no obsesiva de gozar de las pequeñas cosas de la vida permite percibir el amor de Dios que nos quiere felices y que nos provee de muchas cosas “para que las disfrutemos” (1 Tm 6, 17).

El cuerpo, la figura, lo que aparece

Siguen otros tres modos imperfectos de construcción de identidad que tienen más que ver con la imagen que uno da en orden a suscitar aprobación o afecto.

La identidad corporal es ineludible, porque sólo podemos tener una identidad reconociéndonos de modo corpóreo, tocándonos, mirándonos al espejo, y sobre todo haciendo una experiencia corpórea, “sintiéndonos” a nosotros mismos, reconociendo las sensaciones que sólo pueden ser corpóreas. Nada de lo que somos, pensamos o sentimos deja de tener una resonancia corpórea. Muchas personas hoy son más capaces de amar su propio cuerpo, de cuidarlo, de experimentarlo. El problema es cuando esta dimensión central se vuelve exclusiva, y sólo nos aceptamos y valoramos a nosotros mismos si sentimos que nuestro cuerpo es sano, fuerte y bello. Entonces, el inevitable desgaste orgánico nos hace sentir que cada vez “somos” menos, y nos impide re-

conocer que hay otras dimensiones de la propia identidad que pueden fortalecerse, cultivarse y disfrutarse cuando el cuerpo está decayendo o perdiendo hermosura.

En realidad, cuando hay una aceptación básica de sí mismo, incluyendo el propio cuerpo “real” (no el meramente imaginado) la persona no siente que pierde belleza con el paso del tiempo, sino que esa belleza se modifica, adquiere otra forma diferente que también es hermosa, aunque no responda a los patrones de la sociedad que rinde culto al cuerpo joven y firme.

Lo más problemático es cuando lo que adquiere primacía es la apariencia externa. La preocupación exagerada por “verse bien” lleva a depender tanto de la mirada ajena que perdemos conciencia de la propia identidad, ya no sabemos quién somos en realidad, porque sólo cuenta qué somos ante la mirada ajena. Algunas veces un cierto desprecio de los demás o un narcisismo galopante hace que este cuidado por la apariencia física ni siquiera tenga que ver con las relaciones humanas, sino con un deseo ególatra de considerarse a sí mismo de “buena apariencia”. Es verdad que esta inconsistencia no siempre es enfermiza o grave, y por lo tanto puede coexistir con una identidad sana; pero ciertamente lleva a desgastar energías en algo vano y limita las perspectivas de la propia vida.

El tener: dinero, propiedades, títulos, conocimientos, talentos y capacidades, perfección ética

Otras personas creen no depender tanto de la apariencia, pero en realidad la procuran de una manera más sutil. Sucede cuando uno se siente alguien positivo a partir de las cosas que tiene. Entonces sigue sin llegar al centro de su identidad y se vuelve esclavo de la periferia. Pero conste que no hablamos sólo de los bienes materiales, como cuando

alguien sólo se siente valioso si ha acumulado posesiones. Esto vale también para otras posesiones más altas, como la capacidad intelectual o los logros intelectuales (títulos, publicaciones, etc.), los talentos artísticos e incluso el desarrollo ético de la persona (su forma de actuar, las acciones buenas que realiza o el testimonio moral que da a los demás). Pero si llega a cometer un error, o no es debidamente reconocido por los demás, o sufre una humillación pública, un individuo así puede sentir de golpe que no es nadie, que no tiene identidad, que no sabe para qué vive, que ha perdido su valor, y probablemente se aislará resentido, sintiéndose el único mártir o se dedicará a procurarse alguna fuente de placer que compense su dolor (se rebaja al nivel del mero “consumir”), porque le han pedido mucho y no le han dado a cambio lo que él merecía. Así su identidad se verá gravemente dañada, ya no sabrá cuál es su valor. En cambio, una persona que valore estas diversas posesiones y las disfrute, pero que sepa subordinarlas a niveles más profundos de identidad, no dejará de sentirse alguien si las pierde, sentirá que sigue siendo él mismo y que tiene derecho a un lugar en el mundo, y no dejará de valorarse a sí mismo.

Los logros personales

Muchos basan la percepción positiva de sí en los éxitos, logros, reconocimientos sociales que consigan a partir de su trabajo, o en los proyectos para conseguir, mantener o acrecentar esos reconocimientos en el futuro. Es importante no confundir esta inconsistencia con una sana identificación con la propia misión como llamado de Dios para los demás. La identidad pastoral no es la dependencia de una función social, de un rol que se cumple ante los demás, ni siquiera de una profesión. Por lo tanto, tampoco de los éxitos y resultados. Hay personas tan preocupadas por hacer carrera y ser protagonistas (no ser uno más) que prefieren desempeñar un papel, tratar de contentar a quienes puedan favore-

cerlas, y vivir pendientes de sus resultados, que verdaderamente, si se detienen a pensar, ya no saben cuál es su identidad real. Es decir, su identidad se confunde con sus logros.

No gozan por estar cumpliendo una misión que Dios les confía, que los pone al servicio del bien de los demás. Cuando hay una clara identidad pastoral, esa misión forma parte central de su identidad y se mantiene en pie en medio de los fracasos, porque se sabe que Dios actúa a través de sus instrumentos más allá de sus éxitos visibles, y les hace cumplir su misión de una manera o de otra. Pero los que no alcanzan esa identidad pastoral y viven en el nivel de los logros, sólo se sienten alguien, y alguien positivo, si consiguen resultados elogiados, y sobre todo si esos resultados son efectivamente reconocidos, alabados y recompensados con gloria.

Cuando la propia vida es una misión, lo que importa es cumplir con el proyecto de Dios, y en todo caso escuchar a los demás para discernir si se está cumpliendo adecuadamente esa misión. Pero cuando el eje son los logros, lo que importa es solamente la mirada de los demás, su aprobación o su aplauso. Cuando esto sucede, la persona en realidad está siempre insatisfecha, porque los reconocimientos nunca son suficientes. Brindan un consuelo fugaz y pronto se vuelven insulsos. Hace falta más. Para colmo, es imposible tener a todos contentos y lograr éxito en todo. La vida sacerdotal está surcada de resultados incompletos o parciales, de fracasos, de límites y de contradicciones. Quien asienta su seguridad personal en los logros, se somete a un sufrimiento permanente y a una fuerte tensión interna. Esto se une frecuentemente a una personalidad narcisista, que en el fondo vive una convicción de no ser digno de un gran amor, con el sentimiento de no haber sido nunca suficientemente amado y por lo tanto de ser alguien “negativo”. Así se produce el mecanismo interno de procurar obsesivamente agradecer, sig-

nificar algo para otros, ser objeto del amor de las personas importantes (poderosas o bellas). Frecuentemente esto implica crear una máscara y ocultar los propios gustos y opiniones para evitarse mayores conflictos.

Si alguien se queda en este nivel, en realidad se vuelve autónomo frente a Dios, porque necesita probar que él puede solo. No quiere nada “regalado”, sino demostrar que él puede. Por lo tanto, aunque exprese su confianza en Dios o diga que él solo no puede nada, en la práctica actúa confiando sólo en sus capacidades y previsiones, obsesionado por cumplir lo que él cree que le brindará un lugar en la sociedad o en la Iglesia y el reconocimiento y la aceptación de los demás. No está tratando de realizar el proyecto de Dios sino de satisfacer una necesidad egocéntrica.

2.2. La identidad religiosa

La identidad religiosa se ubica de lleno en el orden del ser, del fundamento, de la raíz última de la propia identidad. Se trata de estar religado a Dios y entenderse a sí mismo desde él, sobre todo a partir de su amor creador y redentor, que sacia la necesidad más profunda de ser amado incondicionalmente. Para los cristianos es asumírnos como discípulos de Jesucristo, pero con la conciencia de depender del Padre creador que sustenta nuestra existencia.

Dios crea a la persona

por un acto que sienta de antemano y fundamenta por ello su dignidad: por la llamada. Esto significa que Dios llama a la persona a ser un tú, o más exactamente, que Dios mismo se determina a ser el Tú del hombre¹.

¹ R. GUARDINI, *Mundo y persona*, Madrid, 2001, 123.

En este sentido, cualquier persona humana existe con una “necesidad absoluta”², tiene una *dignidad infinita*³ y es objeto de un amor *eterno* (cf. Jr 31, 3) dirigido de un modo directo y personalísimo a cada uno.

Por otra parte, el Señor no se relaciona con cada uno de nosotros como distribuyéndose o “repartiéndose” un poco en cada uno, “sino que está todo en cada uno, y por eso puede afirmarse que cada uno ocupa *toda* su intimidad”⁴. Esto hace posible que cada uno tenga una relación única y personalísima con él.

Para que esta relación con Dios configure una identidad firme, requiere reunir algunas características:

- a) Que sea sincera, que el corazón se abra verdaderamente a Dios, no sólo para escuchar a Jesucristo y acoger su amistad, sino para mostrarle nuestras rebeldías, dudas y lamentos hasta que él pueda realizar su obra liberadora.
- b) Que el trato sea frecuente, y el diálogo con él se vaya haciendo presente, no ocasionalmente, sino en medio de las diversas circunstancias de la vida.
- c) La clave para que esta relación otorgue solidez a la propia autoconciencia, está en reconocerse amado, sostenido por Dios *pase lo que pase*, y saberse objeto de un proyecto peculiar de él que incluye una *misión* para mí en esta tierra.

² Cf. S. TOMÁS DE AQUINO, *Contra Gentiles* II, 30.

³ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje a los discapacitados* en el *Ángelus* del 16/11/1980; G.W.F. HEGEL, *Filosofía de la Religión* III, 134, 1124; *Enciclopedia* § 482 N.

⁴ E. TERRASA, *El viaje hacia la propia identidad*, Pamplona, 2005, 135.

- d) Finalmente, para entrar en este nivel profundo de identificación personal, hace falta reconocer que uno necesita la luz de Dios en orden a conocerse a uno mismo como desconocido por él. Sólo él sabe plenamente quién soy yo y quién estoy llamado a ser.

Fuimos creados a imagen de Él y según su proyecto; por lo tanto sólo podemos conocernos a nosotros mismos conociéndolo a Él y entonces mirándonos desde Él. Esa es la mejor manera de pasar del yo imaginado (fantaseado) al yo real.

Es verdad que, siendo obra del amor creador de Dios, en cada persona hay un punto de partida que es obra de Él, un trasfondo que luego se desarrolla a partir de las opciones libres, acicateado por la historia, las ideas, las motivaciones, la cultura. Es el “yo metafísico” que Dios creó con una identidad en germen, llamada a plenificarse en el discipulado, siguiendo e imitando a Jesucristo de un modo personal. Nadie construye su identidad de la nada.

No se trata de construirse a sí mismo de modo independiente, con absoluta espontaneidad, al margen de toda influencia externa o de toda referencia objetiva, e incluso al margen del proyecto de Dios en Cristo. Hoy en día nadie podría afirmar tal ingenuidad. Hay miles de cosas que influyen en nosotros y de las cuales no tenemos nunca un dominio completo. Tampoco sería válido lo opuesto: pensar que hay una realidad que nos condiciona completamente de antemano, de tal modo que el propio explayarse consciente no sería más que el desarrollo de leyes genéticas, psicológicas, culturales, o el desarrollo de una predestinación divina que ha prefijado todo. Ni pura espontaneidad ni destino fatal. En todo caso, el yo ideal pasa a ser aquello que todavía no he alcanzado del proyecto que Dios tiene para mi vida, que estimula mi respuesta libre, y me mantiene en una tensión sana, positiva y estimulante hacia el futuro, porque es su

amor incondicional el que me espera y es el poder de su Espíritu el que me impulsa. Ese llamado me lleva a estar permanentemente reelaborando mi identidad e integrando nuevos elementos y experiencias que me educan. De eso se trata el seguimiento de Jesucristo, que me ofrece el modelo de su vida y el poder de su Espíritu para que me configure con él de un modo propio. Cada etapa me obliga a volver a optar de un modo distinto por la amistad con Dios y por la misión que Dios me confía. Precisamente porque el llamado de Dios promueve mi libertad, no puedo dar por supuesto un sí que puede ser sólo una inercia de muerto. Hace falta volver a elaborar creativamente esa identidad y volver a dar el sí al llamado de Jesús, renovado, enriquecido, madurado, profundizado. Por eso, la propia identidad es dinámica. La seguridad de ser amados por Dios permite que ese dinamismo sea vivido con naturalidad, con paz y no con ansiedad. Puedo vivir serenamente, sin ansiedad y con gozo el hecho de ser todavía incompleto, de tener un proyecto inacabado. Porque sé que hoy, como ser histórico y caminante, como discípulo que procura “hacerse Cristo”, mi vida tiene pleno sentido, aunque esté inacabado como todo ser histórico. Se trata de un llamado al crecimiento que estructura mi identidad terrena y que, por lo tanto, no es un amor propio herido e insatisfecho. Es alegría y esperanza ante un Padre amante que me promueve, que toma en serio mis posibilidades, y por eso en Cristo me propone más y me ofrece más. Reconociéndolo, puedo aceptar que alejándome de él seré cada vez menos yo mismo.

Esta identidad religiosa, que lleva a la persona a entenderse desde el amor creador de Dios y desde su proyecto, se ve particularmente dañada en la actualidad cuando todo lo que está relacionado con la fe suele objeto de burla, de cuestionamientos variados o de permanente desconfianza, y donde lo que se ofrece como sustituto –sostenido por una impresionante y omnipresente maquinaria publicitaria– es

una engañosa libertad sin límites y un consumo desenfrenado. Esto hace que los creyentes tiendan a vivir su fe sólo como una parte de la vida, una relación con Dios limitada a ciertos momentos y a algunas tareas, sin permitir que marque a fondo su identidad y el sentido de su existencia, y tratando de mantenerla bien oculta en determinadas circunstancias y delante de algunas personas. Entonces, esa relación con Dios no llega a transformar la identidad personal. Por eso mismo, una misión vivida como respuesta a un llamado de Dios, no puede terminar de marcar a fondo la propia identidad.

2.3. Elementos centrales de la autoidentificación

Esta identidad religiosa, que me sitúa en el orden del ser, no se realiza en un proyecto abstracto sino en este ser concreto y encarnado que soy yo. Por consiguiente, incluye los elementos corpóreos distintivos, las capacidades y carismas personales, los modos propios de vivir, de relacionarse, de pensar y de optar. También incluye las notas del propio modo de actuar que proceden de una historia personal y de la cultura donde uno ha crecido. Sobre los aspectos de la identidad ligados al cuerpo, a las posesiones, capacidades y logros ya hemos hablado. Veamos ahora algunos elementos más importantes para percibir y elaborar adecuadamente la propia identidad.

a) Elementos históricos-culturales

Si asumo que no soy un ser etéreo, celestial o desencarnado, sino un ser cultural, inmerso en la historia, situado en un contexto, y advierto que no puedo entenderme a mí mismo sin ese contexto, entonces puedo comprender que mi identidad se construye también con todos esos elementos de mi familia, mi historia, mi cultura, mi región, mi país. Estar entrelazado y fundido con todos esos elementos históricos,

simbólicos, emotivos, culturales, es constitutivo de mí. Es imposible entonces elaborar mi propia identidad pretendiendo prescindir de esos elementos, haciendo una especie de “purificación” o de abstracción, como si pudiera lograr alcanzar un núcleo de mi ser que fuera completamente independiente de esos factores. Sería un esfuerzo completamente inútil. La cultura y la historia me marcan desde la superficie hasta lo más íntimo, aun cuando yo reniegue de todo eso.

Por eso es importante orar con la propia historia, integrarla de alguna manera en la oración personal, tratar de comprenderla, de interpretarla, de iluminarla, y también de asumirla y de sanarla de alguna manera para que se integre plenamente en el proyecto que le da unidad a la propia vida y que a su vez trasciende los momentos particulares. Escapar de la propia historia no hará más que crear una nebulosa en torno a la propia identidad. Ignorarla nos llevará a no saber quiénes somos realmente.

Se trata de la “identidad narrativa”, la consciencia de sí que se adquiere narrando la propia historia. Esta historia no son sólo hechos sueltos, acontecimientos aislados que yo recuerdo, episodios que puedo narrar a otros como si fueran una novela, sino una historia de salvación, mirada y leída a la luz de Dios, procurando desentrañar los signos de un proyecto y de un designio de amor. Sólo mirada así, en un contexto orante, la propia historia puede enriquecer mi identidad y lanzarme hacia delante en un proceso de maduración y de cambio.

b) La identidad relacional

En conexión directa con lo anterior, digamos que la identidad es en sí misma relacional. Yo soy alguien que sólo puede entenderse dentro de un conjunto de relaciones, tanto reales como deseadas o imaginadas. Si me pregunto quién

soy yo debo responder también que yo soy un modo único y personal de relacionarme y de construir el mundo. Cada vez que un nuevo ser se integra en mi mundo de relaciones, lo modifica y lo enriquece, y por lo tanto modifica mi identidad.

Entonces, para conocerme a mí mismo y reconocer mi propia identidad, tendré que considerar esas relaciones, descubrir mi modo personal de entrar en relación, llevarlo a la presencia de Dios, iluminarlo, y también reconocer sus límites, purificarlo, sanarlo y perfeccionarlo.

Es verdad que, si cada persona es alguien único e irrepetible, en ese sentido hay un núcleo no comunicable; pero no se trata de un centro autosuficiente, sino esencialmente referido a los demás y radicalmente necesitado de ellos y ante todo de Dios.

Por otra parte, nadie puede conocerse a sí mismo sin los demás, porque nadie tiene una capacidad intuitiva tan grande que le permita estar atento a todos los detalles del propio ser. Es necesaria también la opinión de los demás. Al igual que en cualquier discernimiento, no se puede llegar a una conclusión sólo a partir de un proceso subjetivo; es necesaria la consulta y tener en cuenta otras perspectivas que aporta la opinión de los demás. Mejor todavía si hay riqueza y variedad de relaciones, que nos liberan de encerrarnos en algunas ideas fijas que limitan nuestra perspectiva.

No se trata de vivir pendientes de las miradas ajenas. Alguien que está firme en Dios y seguro de sí mismo puede escuchar críticas o exhortaciones sin que eso le quite la paz, y sin desestructurarse por eso. Puede considerar y analizar lo que los demás le dicen para conocerse mejor a sí mismo, pero no porque necesita su aprobación para estar en paz, sino porque los demás pueden ser instrumentos de Dios para reconocer sus posibilidades.

Es verdad que debe haber un sano equilibrio entre autoafirmación e integración social, pero el dilema entre ambas necesidades no se resuelve negociando y retaceando espacios. Se resuelve cuando uno acepta y decide libremente ser con los demás y para los demás, ofreciéndoles su aporte único y original desde la propia identidad, y dejándose enriquecer e interpelar por ellos.

Si uno mira a los demás como obstáculos, como límites a la propia espontaneidad, entonces vivirá en una tensión defensiva que le impedirá realizar su misión y elaborar su plena identidad.

Finalmente, destaquemos que un elemento constitutivo de la autoidentificación es el sentido de pertenencia a una comunidad, el ser “con” los otros. Alguien que está desarraigado, que siente que no pertenece a ningún lugar y que no tiene una comunidad de referencia, difícilmente podrá sentirse seguro consigo mismo. Siempre le faltarán elementos para reconocerse a sí mismo y para experimentar una identidad firme y sólida.

c) Las propias convicciones

La propia identidad no puede excluir la capacidad de pensar, como si no tuviéramos cabeza. Esa identidad también implica un modo personal de ver las cosas, de analizar lo que sucede, una serie de ideas y de convicciones personales. Algunas son secundarias, pueden y deben modificarse o cambiarse con el diálogo y el paso del tiempo. Pero otras son centrales, básicas, fundamentales. Son dos o tres convicciones profundas, que para un cristiano son las grandes verdades del Evangelio, que no son negociables. Pueden ser profundizadas, mejor comprendidas, completadas, pero nunca abandonadas ni ocultadas. Mantener esas convicciones siempre tiene un precio, porque algunos no estarán

de acuerdo, y buscarán hacernos sentir tontos o ingenuos. Pero si resignamos estas convicciones para disfrutar de cierta paz social, estamos renunciando a nosotros mismos y nos convertimos en una máscara vacía. Y el vacío tarde o temprano tiene un angustiante sabor a nada. Es la amarga sensación de no saber ya lo que uno piensa en realidad, de no ser nadie, de no tener identidad.

Además, llega un momento que la persona que nunca defiende con claridad sus convicciones, es descubierta en su diplomacia cómoda y pierde así el respeto de los demás. La vida en una sociedad pluralista requiere una actitud tolerante, pero no cobarde, porque la sociedad necesita el aporte de los creyentes.

d) Las grandes opciones

Junto con las ideas están las opciones, porque las grandes convicciones, si son auténticas, no se quedan en la mente, sino que nos llevan a tomar algunas decisiones, a vivir de una manera y no de otra. Esas grandes opciones requieren también un sinnúmero de pequeñas elecciones fieles y coherentes. Sólo es posible tener, mantener y profundizar una identidad clara cuando se hacen estas opciones cotidianas. De otro modo, la esquizofrenia entre lo que decimos o pensamos, por un lado, y lo que hacemos, por otro lado, provocará en algún momento una dolorosa crisis de identidad.

Estas opciones son fuente de una satisfacción profunda cuando implican decisiones firmes, cuando uno es capaz de mantenerlas en medio de las distintas circunstancias y es capaz de dejar algunos beneficios de lado para decidir siempre en la línea de estas opciones fundamentales, para mantenerse en ese camino que a uno le otorga identidad. La satisfacción de estas opciones procede de una intervención firme de la voluntad motivada, y se mantiene en

medio de ciertas insatisfacciones sensibles porque pertenece a otro nivel. A esta satisfacción más honda se refería un maestro espiritual al decir que “hay que conservar preciosamente el fervor íntimo y sólido de las resoluciones, pero no hay que ocuparse demasiado del fervor variable de los sentimientos”⁵.

2.4. Reconocer, aceptar y gozar la propia identidad pastoral

Vamos ahora a lo que más nos interesa:

La identidad religiosa es al mismo tiempo e inseparablemente “pastoral”. El discipulado es para la misión, y releendo el Evangelio podemos descubrir que Jesús llamaba discípulos para confiarles una misión. La propia identidad religiosa no se entiende sino bajo la forma de una misión en esta tierra al servicio de los demás.

No sólo el propio ser, sino también la misión que uno tiene en el mundo supone un llamado divino que le da origen. En realidad se trata del *único* llamado que al mismo tiempo que me constituye en esta persona singular me otorga una misión singular. El Dios amante que me hace existir, también me otorga una misión en el mundo, misión que no “tengo” sino que “soy”. Porque “Dios, al *llamarnos* a cada uno, en *un mismo acto* nos entrega nuestro nombre y nuestra misión en la vida”⁶.

Esa misión está ligada indisolublemente al lugar único e irrepitible que ocupo en la historia, y al cumplirla voy respondiendo al llamado lleno de amor que Dios me hizo y me hace. Sólo así me voy construyendo como persona y alcan-

⁵ A. DE LOMBEZ, *Práctica de la paz interior*, Buenos Aires, 1987, 12.

⁶ E. Terrasa, *El viaje hacia la propia identidad* (cit), 72.

zando mi identidad plena. Como consecuencia, “cuanto mayor sea la identificación de cada uno *con la misión* encomendada por Dios, más rica será su identidad y más definida y plena aparecerá su personalidad”⁷.

Si somos únicos e irrepetibles es precisamente porque somos personas creadas en un acto singularísimo del amor de Dios con un *proyecto* único, porque en realidad sólo Dios, en su creatividad infinita, nunca se repite.

Aun las situaciones adversas e inevitables pueden ser asumidas de diversos modos por cada sujeto libre. Pero esa libertad carecería de significación, de orientación y de posibilidades definitivas si detrás no estuvieran siempre Jesús y su Espíritu, proponiendo un sentido en lo que nos sucede, reorientando el cumplimiento de nuestra misión, integrando lo que nos sucede en un proyecto más amplio, e invitándonos a descubrir qué bien quiere sacar él del mal que nos aqueja. Por eso “lo definitivo no es aquí mi decisión, sino el hecho de que yo me abandone a quien decide, y por ello esté decidido a dejarme moldear por el único que se brinda al encuentro”⁸.

Eso no significa que siempre veamos claro qué conexión tiene lo que nos sucede con la misión que tenemos que cumplir en la vida. Por consiguiente, no cabe angustiarse por la conciencia de cierta falta de claridad en la propia autoidentificación:

Si la identidad del ser humano se encuentra en proceso hacia su cumplimiento, todo lo que le suceda

⁷ *Ibid*, 73.

⁸ H. U. VON BALTHASAR, *Teodramatik II/I: Die Personen des Spiels. Der Mensch in Gott*, Einsiedeln, 1976, 28-29.

mientras dure ese proceso tendrá un sentido incompleto. No sabemos qué significado final tendrán las cosas buenas y malas que nos sucedan. Por eso, muchas veces resulta difícil explicar el por qué de lo que nos pasa. Y no tenemos más medio que postergar esa explicación a un final donde todo se verá cumplido. Mientras tanto, sólo nos queda confiar en la Providencia amorosa de Dios, que nos llama en esta circunstancia que no parece tener sentido, al menos ahora y para mí⁹.

Dios me llama en cada circunstancia, pero la misión que Dios me ha confiado abarca todo el arco de la propia existencia, no una sola de sus etapas o situaciones. Entonces, si bien la misión se va cumpliendo misteriosamente en cada situación, sólo se verá acabada al final. Por eso hay que vivir el misterio de cada momento y de cada tarea con una disponibilidad confiada, asumiendo serenamente los riesgos y renunciando a veces al bienestar, a determinadas seguridades, a un plan personal o a una satisfacción inmediata del ego.

El hedonismo actual nos lleva frecuentemente a sentir que perdemos identidad cuando no podemos hacer lo que deseamos. Si debemos realizar una tarea que nos cuesta y nos quita tiempo de placer (no sólo de placer físico, sino de placer estético, religioso, pastoral, etc.) sentimos que ya no sabemos lo que queremos ni quienes somos en realidad. Porque este hedonismo nos ha marcado de tal manera que ha penetrado en la misma experiencia de autoidentificación. Pero la verdad es que podemos seguir manteniendo una firme opción que nos da identidad en el cumplimiento de una

⁹ E. TERRASA (cit) 87.

misión, aunque estemos haciendo algo que no nos procure un placer inmediato. Muchas veces las crisis de identidad son falsas, porque se confunden con el malestar tenso que experimenta alguien ante una situación no placentera, quedándose sólo en el nivel de las sensaciones, sin capacidad de trascenderlas reconociendo en ellas mismas un llamado superior. La satisfacción está en el hecho de saber que la propia vida tiene sentido porque se está realizando esa misión, más allá de las sensaciones de insatisfacción que puedan producir algunas de las tareas que integran esa misión:

En un ser finito como el hombre, la existencia y la esencia no pueden ni deben coincidir y ser congruentes; por el contrario, el sentido debe preceder siempre al ser [...] La existencia se desploma y se viene abajo cuando no se trasciende a sí misma, cuando no sale de sí misma para alcanzar algo que está más allá de ella¹⁰.

También los errores y pecados, mediante el arrepentimiento –y sobre todo mediante el perdón generoso de Dios– pueden reorientarse en el sentido del llamado de Dios. En el pecado o el fracaso siempre se corre el riesgo de encerrarse en una angustia solipsista, como si uno se quedara sin identidad. Pero allí siempre puede volver a escucharse la llamada que abre el horizonte y saca algún bien de los males.

Puesto que la misión es misteriosa y sobrenatural, también es objeto de fe y de esperanza. No se la puede identificar sin más con una serie de acciones y de logros. La vida se convertiría así en una lucha por conseguir resultados y caeríamos nuevamente en el intento de identificar nuestra identidad con nuestros éxitos personales. No hay que olvidar que

¹⁰ V. FRANKL, *Psicoanálisis y existencialismo*, México, 1982, 111.

“la personalidad y la misión otorgada a cada cristiano es siempre una forma de participación gratuita en la misión única y universal de Jesús”¹¹, y que “el seguimiento de Cristo tiene una forma propia, intransferible y personal para cada hombre; por eso el Espíritu Santo se ocupa de distribuir a cada uno su misión”¹². Esto trasciende todo resultado particular y siempre ilumina al mundo de un modo o de otro. Toda la vida de la persona se incorpora en esta misión, porque “dentro de esta misión debe encontrarse todo lo que el cristiano ha de obrar en el mundo”¹³. Por eso en definitiva todo ayuda a que la persona cumpla su misión, de una manera o de otra. Por supuesto, en primer lugar hay que decir que esta conciencia gozosa de la propia identidad tiene que penetrar las tareas concretas que uno realiza, para no volverse algo meramente idílico e ineficaz, una mera fantasía. Entonces hay que decir también que esta misión es inseparable de los logros, los conozca yo o no los perciba todavía, porque para el que se entrega con confianza la propia entrega *siempre es fecunda*, en la luz o en el misterio. En un púlpito o en una silla de ruedas, en el gozo o en el llanto, en una cama de enfermo o en medio de la multitud, en el cansancio y en el descanso, cuando uno ha asumido una misión y se entrega con confianza en Dios, esa misión se cumple sí o sí. Dios bendice a su pueblo a través de los éxitos y a través de los fracasos de sus elegidos. Pero la vida siempre es incomprendible sin la misión.

Evidentemente, el cumplimiento de la misión se vuelve más luminoso y más gozoso cuando hay buenos resultados que

11 V. AZCUY, *La figura de Teresa de Lisieux. I. Ensayo de fenomenología teológica según Hans Urs Von Balthasar*, Buenos Aires, 1997, 204.

12 H. U. VON BALTHASAR, “Persönlichkeit und Form”, en *Gloria Dei* 7/1 (1952), 12.

13 H. U. VON BALTHASAR, *Christlicher Stand*, Einsiedeln, 1977, 178.

uno pueda ofrecer con amor a Dios y a los demás, porque la persona que ama en serio procura ofrecerle a los demás algo que valga la pena.

En realidad, esas obras logradas son una prolongación del propio yo. Un pintor es inseparable de sus cuadros, sean estos elogiados o no. Pablo Neruda es inseparable de sus poemas. La Madre Teresa es inseparable de los pobres que ha atendido en su vida. Por eso dice el Concilio Vaticano II en un texto memorable:

Todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal (GS 39).

La misión que cumplimos no sólo nos otorga una identidad mientras estamos en esta tierra, sino que nos marca para siempre y tiene un sentido eterno.

Pero lo importante es destacar que las acciones y resultados sólo valen en la medida en que estén relacionados íntimamente con la misión que Dios nos confía. El discernimiento es simple: cuando la preocupación por las actividades y logros provoca ansiedad, obsesión y despersonalización, ciertamente comienzan a estar en contradicción con el llamado divino, porque Dios no necesita seres que se mutilen a sí mismos en una lucha inhumana por lograr determinados resultados en el mundo, como no necesita dañar a unos para beneficiar a otros.

Hay que reconocer que la misión supone determinadas renunciaciones cuando ciertas cosas se oponen a ella y nos exigen una opción. En estos casos en cierto sentido la misión se

coloca por encima de la propia autorrealización terrena. Pero, como bien ha explicado V. Frankl, no es la búsqueda de la autorrealización lo que verdaderamente nos realiza como personas y le otorga sentido y orientación a la vida, sino la capacidad de trascenderse a sí mismo hacia un bien que supera las necesidades inmediatas¹⁴.

A veces el sentido profundo de una misión se realiza simplemente estando, permaneciendo en un lugar, persistiendo allí junto con los otros e identificándose con sus vidas, aun cuando ese lugar no brinde todas las posibilidades de acción, eficacia y éxito que podrían brindar otros lugares o tareas, donde uno podría explayar de modo más admirable sus capacidades. Pensemos, por ejemplo, en el caso de Carlos de Foucauld y en la fecundidad de su opción.

Vemos así que la misión que Dios nos confía penetra todos los momentos de la vida. Es, a su modo, totalizante. Por eso tenemos que decir que de la propia identidad no se descansa nunca. Se puede descansar momentáneamente de alguna tarea en lo que tiene de arduo, pero no de la propia misión y de la identidad que ella nos otorga. Si pretendemos buscar momentos de “liberación” de lo que somos, tratando de desligarnos completamente de ello, entonces terminamos más cansados por la tensión interna que provoca esa esquizofrenia, nos quemamos por dentro a causa de esa falta de unidad personal. No puedo olvidarme de lo que soy. Pero esto requiere haber percibido la belleza y el atractivo de la propia vocación, no porque sea superior a las demás, sino porque es la que Dios me regala como parte esencial del sentido de mi vida, y que me configura en mi identidad.

¹⁴ V. FRANKL, *Psicoanálisis y existencialismo* (cit), 109-110.

Sin embargo no está todo dicho hasta que no explicitamos con toda claridad que esa misión es “para los demás”. Ese llamado de Dios a cumplir una misión me coloca en referencia a los otros, y de diversas maneras me llega también a través de ellos, porque mi misión es para ellos, y ese lugar único que cada uno ocupa en el mundo “está determinado a su vez por su posición respecto de otros lugares, y la persona por su relación a todo lo demás”¹⁵.

Por todo esto cada uno de nosotros, como Jesús, es un ser “para”. El amor a Dios es inseparable del amor a los demás, hasta el punto que quien no ama al hermano “camina en las tinieblas” (1 Jn 2, 11), “permanece en la muerte” (1 Jn 3, 14) y “no ha conocido a Dios” (1 Jn 4, 8).

Cuando hablo de conocer ese proyecto de Dios para mí, que me otorga identidad, no estoy pensando en mi persona aislada, sino en la misión que estoy llamado a cumplir en esta tierra para el bien y la felicidad de los demás.

Entonces la misión sólo termina de unificar la propia existencia si de verdad la cumplimos procurando apasionadamente el bien y la felicidad *de los otros*, a los cuales nos envía Dios para que alcancemos así nuestra propia plenitud, ya que el ser humano “no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (GS 41). Su misma existencia en esta tierra, y no todavía en el cielo, sólo se entiende desde ese punto de vista.

Para expresarlo mejor, podemos decir que estamos siendo fieles a la orientación que nos ofrece el mismo Evangelio, donde la propia vida se entiende al servicio del “Reino”. Por eso nos exhorta: “Busquen el Reino de Dios y su justicia y

¹⁵ P. SPAEMANN, *Personas*, Pamplona, 2000, 55.

todo lo demás se les dará por añadidura” (Mt 6, 33). El Reino no es sólo Dios, sino Dios reinando entre nosotros y a través de nosotros, y también *todo lo que resulta de ese reinado, el estado de cosas que surge en el mundo*. Ese Reino no se identifica con la Iglesia, sino que trasciende sus fronteras y está presente en la humanidad por todas partes y de diversas maneras. También trasciende este mundo, porque se orienta a la plenitud definitiva de la comunidad humana en la gloria eterna de Dios; pero se anticipa en esta tierra. Se hizo visible de un modo perfecto en Jesús resucitado pero lucha por penetrarlo todo. Nuestra vida está al servicio de ese Reino, y buscándolo encontramos nuestra identidad y nuestra plenitud.

2.5. La identidad del sacerdote

Con todos estos presupuestos podemos preguntarnos ahora acerca de la identidad específica del presbítero, ministro ordenado.

Si decimos que lo que distingue al sacerdote de los demás es el amor a Dios, en realidad estamos diciendo algo que es propio de todo cristiano; si decimos que lo principal es la opción por los pobres, en realidad se trata de una opción que deben haber todos los creyentes de alguna manera. Si decimos que es evangelizar, también le estamos atribuyendo al cura algo que es un deber común de todos los discípulos de Jesús. ¿Qué es entonces lo que distingue al sacerdote, aquello que se deriva inmediatamente del sacramento del Orden sagrado que él ha recibido, aquello que quienes no han recibido ese sacramento no pueden nunca realizar?

a) Comprensiones insuficientes de la “caridad pastoral”.

A veces decimos que lo que identifica a un cura es la caridad “pastoral”, que el cura diocesano se santifica

ante todo “en el ejercicio mismo del ministerio” (PO 13). La *caridad pastoral* es el eje de su vida espiritual y al mismo tiempo es el móvil interno de la actividad pastoral. Por eso “existe una relación íntima entre la vida espiritual y el ejercicio del ministerio” (PDV 24). El ministerio debe ser movilizado por la caridad, y entonces es profundamente “espiritual” (mucho más que el cumplimiento externo de una profesión). Pero esa caridad debe expresarse necesariamente en el cumplimiento de la propia misión de pastor, y por eso se llama “pastoral”. Entonces, para el sacerdote, ser santo es lo mismo que ser buen pastor, imitando a Jesucristo.

Pero ¿nos damos cuenta que, si no lo entendemos bien, lo mismo podríamos decir de una madre, de un maestro, de un misionero? La caridad pastoral se expresa en esas actitudes propias de quien toma a otro bajo su cuidado (el pastor cuida las ovejas). Pero en realidad esto también es común a todos los cristianos: nos cuidamos unos a otros. Los padres biológicos son pastores de sus hijos, los vecinos deben serlo entre sí, los maestros son pastores de sus alumnos, todos los miembros de una comunidad cristiana son pastores unos de otros, deben serlo. En realidad esto mismo podría llamarse “maternidad”, porque implica cuidado cercano y generoso; pero estamos hablando entonces de una función propia de la *comunidad* cristiana, de todos sus miembros, más que del sacerdote. Así lo reconoce expresamente *Presbyterorum Ordinis*:

La comunidad eclesial ejerce, por la caridad, la oración, el ejemplo y las obras de penitencia, una verdadera maternidad para conducir las almas a Cristo (PO 6).

Por eso, cuando decimos “caridad pastoral” estamos mencionando un elemento importante para caracterizar

la identidad espiritual y pastoral del sacerdote, pero tenemos que agregarle otras notas para que quede claro de qué manera eso es específico y distintivo del sacerdote.

b) Una relación única con la Eucaristía.

¿Qué es entonces lo propio de la identidad del sacerdote, y cuál es su vivencia espiritual *distintiva*? Hay que reconocer, como ya lo explicaba Trento, que eso debe buscarse en el carácter sacerdotal recibido en el orden sagrado, porque ese carácter exclusivo lo capacita *sólo a él* para presidir la Eucaristía. Es la Eucaristía lo que le da al sacerdocio su último sentido. No hay vueltas.

Evidentemente, la identidad propia y exclusiva del sacerdote sólo puede entenderse desde su función específica, principal e indelegable, que es celebrar la Eucaristía e impartir la absolución sacramental. Es decir, en cuanto él es instrumento de la donación de la gracia santificante, que se derrama sobre todo en esos Sacramentos. Entonces, evidentemente, desde allí hay que entender todo lo demás.

La identidad sacerdotal se entiende muy mal si se la piensa ante todo desde la autoridad, como si lo distintivo del sacerdocio fuera el poder que tiene como máxima autoridad de la comunidad. Esto implica olvidar que el ejercicio principal del sacerdocio ministerial, el que lo constituye en su núcleo esencial insustituible, no es la autoridad sino la celebración de la Eucaristía como ministro consagrado.

¿El sacerdote no es signo de Cristo “cabeza”? Sí, pero ante todo en referencia a la gracia que brota de Cristo como cabeza, la llamada “gracia capital”. Por consiguieren-

te, esta asociación a Cristo “cabeza” no hace referencia en primer lugar a la autoridad, sino al derramamiento de la gracia, de la cual el sacerdote es signo. Juan Pablo II ha recalcado que aún cuando esta función sacerdotal se considere “jerárquica”, no debe entenderse tanto por la necesidad de alguien que esté por encima de los demás, sino que “está *totalmente* ordenada a la santidad de los miembros de Cristo” (MDi 27). Por eso su clave y su eje no es el poder, sino la potestad de administrar el sacramento de la Eucaristía, que es la fuente primera de la santidad de los fieles.

También los laicos alimentan y curan a los demás, pero el sacerdote lo hace sobre todo ofreciendo la fuente principal de la vida de la gracia, la Eucaristía. Él hace presente, como signo, al Buen pastor, que trae vida abundante (Jn 10, 10), alimenta a las ovejas en la Eucaristía y las cura en el Sacramento del perdón para que puedan celebrar dignamente el banquete. Entonces, la identidad del sacerdote, su espiritualidad y su “caridad pastoral” deberían entenderse desde allí. Sólo el cura es tomado por Cristo de esa manera peculiar, que lo convierte en signo del Buen Pastor cuando se hace presente a través de él en los Sacramentos y expresa con su boca, su voz y sus manos: “Esto es *mi* cuerpo”, “Yo te absuelvo”. Sólo él es pastor de ese modo. Por eso, “la caridad pastoral, que tiene su fuente específica en el sacramento del orden, encuentra su expresión plena y su alimento en la Eucaristía” (PDV 23).

Algunas corrientes aparentemente progresistas se resisten a destacar la administración de la Eucaristía como lo más específico del cura y prefieren atribuirle una multitud de funciones. Pero no se dan cuenta que eso es una manera sutil y aparentemente renovadora de mantener en pie el viejo clericalismo. Porque se sobrecarga de fun-

ciones la figura del cura a costa de la riqueza y la variedad de la vida comunitaria. Los laicos pueden desempeñar muchas funciones, y pueden hacerlo con creatividad y dedicación. Pero no le hace bien a esa riqueza sobrecargar míticamente la figura sacerdotal y llenarla de atribuciones que no derivan necesariamente del orden sagrado, y que pueden cumplir los demás miembros de la comunidad.

c) Al servicio del Sacramento de la unidad.

Vayamos ahora a una segunda nota del sacerdocio que se deriva como una exigencia directa de su función de presidir la Eucaristía.

Precisamente por su relación única con la Eucaristía, hay una función de guía y conducción que el sacerdote nunca debería delegar: es la de armonizar los diversos carismas y ministerios en la *unidad* de la comunidad y en la comunión de ésta con la Iglesia diocesana. Él está particularmente ligado a la Eucaristía, que es el Sacramento que significa y realiza la *unidad* de la Iglesia (cf. LG 3). Por eso el cura es el *primer responsable* de asegurar la comunión fraterna, aun en los casos en que cumpla sólo la función de asesor o de moderador. Él es el hombre de las relaciones, que donde está genera comunión. Se trata de una dimensión específica de su sacerdocio puesto que se lo exige la Eucaristía que él administra, sacramento que impele hacia la unidad.

Para asegurar la comunión necesita tener autoridad, y en ese sentido, por ser el que preside la Eucaristía y hace posible su celebración válida, el cura recibe de ella la autoridad necesaria para tomar decisiones que *aseguren* la comunión fraterna allí donde él ejerce su ministerio.

Del obispo recibirá la jurisdicción, pero de Cristo presente en la Eucaristía recibe permanentemente este llamado y esta misión de procurar la comunión y de conducir la variedad de la vida comunitaria a la unidad fraterna.

Al servicio de esta misma función reconciliadora se sitúa la administración del sacramento de la Reconciliación, que sólo él puede administrar, y que implica también una reconciliación con la Iglesia.

Pero para que este ministerio sea coherente y testimonial, el sacerdote debe amar y buscar la unidad con sus pares, orar y trabajar con ellos en un proyecto común, para que también sus fieles estén integrados en el proyecto de la comunidad diocesana. El ministerio sacerdotal que brota del orden sagrado que todos los sacerdotes han recibido, y que se ordena al Sacramento de la unidad y está a su servicio, tiene una “radical forma comunitaria” y sólo puede ser una “tarea colectiva” (PDV 17) para no contradecir su orientación esencialmente eucarística.

d) La verdadera unidad eucarística.

Pero hay que entender bien qué tipo de comunión es la que fomenta el sacerdote: se trata de la unidad *en la diversidad*. A la Eucaristía se lleva la variedad de servicios, funciones y ministerios de la vida comunitaria, y en la Eucaristía toda esa riqueza tiene un centro de unidad. A su vez, la Eucaristía debe promover esa riqueza. Por lo tanto, de allí se deriva la función del sacerdote de *fomentar la variedad* de carismas y ministerios de los laicos, asegurando que confluyan en la unidad de la comunidad. No se trata de una unidad monolítica o empobrecida.

Es la centralidad de la Eucaristía lo que otorga al sacerdote una importancia insustituible en la comunidad. Pero *esta misma centralidad* es la que plantea hoy la exigencia de que el párroco delegue en otras personas muchas de las funciones con las que tradicionalmente se ha sobrecargado su ministerio. Porque si sobrecarga su ministerio, eso le impide muchas veces una celebración digna, rica y bien preparada de la Eucaristía, y la administración de la Reconciliación que permita a muchos fieles acceder adecuadamente a la comunión sacramental. En este sentido, se nos plantea un conflicto: Seguimos optando porque el sacerdote mantenga un tipo de ejercicio del poder que le impone múltiples obligaciones, con el descuido de la celebración eucarística, la ausencia de un tiempo adecuado para la atención de confesiones (lo cual también atenta contra la digna y frecuente recepción de la Eucaristía), y la dificultad para promover una rica comunión fraterna. O, por el contrario, tomamos la decisión más adecuada de priorizar la función específica del sacerdote y la centralidad de la Eucaristía, y entonces acentuamos la necesidad de dejar ordinariamente los diáconos y laicos cumplan muchas funciones en la comunidad.

Podría objetarse que los laicos no están preparados suficientemente para que puedan cumplir esas funciones. Pero se olvida que el mejor aprendizaje se realiza precisamente a partir de las exigencias y desafíos de la práctica. ¿De hecho no es así como aprenden muchas cosas, mejor que en el Seminario, muchos sacerdotes jóvenes?: a aconsejar, a enseñar, a acompañar.

Por todo esto, se nos invita a volver a la esencia del sacerdocio y, *al mismo tiempo*, a fomentar y desarrollar la variedad de ministerios (NMI 46), que no son exclusivos del sacerdote.

Esta vuelta a lo esencial y específico del sacerdocio ministerial, situado en el contexto de una amplia variedad de ministerios laicales, puede permitir una vivencia del ministerio que plenifique al sacerdote. Porque le da la posibilidad de gozar y de enriquecerse en la contemplación, acompañamiento y promoción de la variada riqueza comunitaria, en lugar de destruirse llenándose de funciones innecesarias.

- e) Una identidad “histórica” y situada.

Además de estas dos o tres notas principales, que se derivan más directamente de la potestad que le confiere el sacramento del Orden, podemos mencionar otras “notas histórico culturales”, que, por su inserción mundana y evangelizadora, pueden caracterizar al sacerdote en una época determinada, aun cuando podrían separarse del ejercicio del ministerio o cuando podrían ser asumidas por otros cristianos no ordenados. Tienen que ver con lo que la Iglesia discierna para cada época y lo que cada uno configure de acuerdo a su identidad personal y a sus carismas peculiares.

Actualmente, por ejemplo, son los sacerdotes quienes de ordinario predicán en la Misa, aunque para ello no sea indispensable el sacramento del Orden. Esto, ciertamente, podría cambiar, pero la Iglesia prefiere mantenerlo. También el modo de ejercer la autoridad en las comunidades, que hoy se concentra particularmente en el sacerdote, podría modificarse; pero hoy el derecho canónico establece que haya algunas atribuciones indelegables. El celibato, si bien no es una nota inseparable del sacerdocio, sí lo es en Occidente, de manera que hoy los sacerdotes occidentales necesariamente tienen que pensar su identidad incluyendo el celibato.

Pero además hay una serie de características y de tareas que pueden variar de un lugar a otro y de una diócesis a otra. Por eso, en cada diócesis, los sacerdotes junto con su obispo, y escuchando a los demás fieles, pueden delinear un determinado perfil sacerdotal que consideren necesario para la época que les toca vivir y para el lugar concreto donde ejercen el ministerio.

Sabemos que cuando los agentes pastorales reniegan de la cultura *del tiempo* que les toca vivir, se produce una nueva ruptura entre la Iglesia y el mundo. Eso sucedería si hoy no se asumiera el diálogo con la nueva cultura de la globalización¹⁶. Es cierto que hoy abundan antivalores, que hay mucho que sanar, purificar y elevar. Pero un agente pastoral debe ser capaz de descubrir los valores y las inquietudes legítimas del tiempo que le toca vivir, y adaptar a ello el modo de ejercer su ministerio, porque es el tiempo de su gente. Por eso, no podrá ser un resentido con su época, destacando sólo lo negativo del mundo actual. De otra manera, no podrá partir de lo que viven sus fieles, de sus búsquedas valiosas y de su modo de vivir.

La identidad también tiene que ver con *el lugar* donde al sacerdote le toca vivir, que es el mismo lugar donde viven los fieles. Por lo tanto, deberá enamorarse de ese lugar y ser uno más, como lo fue Jesús en su tierra, y adecuar a ese lugar su ministerio. Como todo evangelizador, el sacerdote está llamado a “inculturarse” en la tierra donde vive “con el mismo *afecto* con que Cristo se

¹⁶ Cf. U. BECK, *La sociedad del riesgo*, Barcelona, 1998; CELAM, *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y El Caribe*, Bogotá, 2003; J. E. STIGLITZ, *El malestar de la globalización*, Madrid, 2002.

unió por su encarnación a *las determinadas condiciones sociales y culturales* de los hombres con quienes convivió” (AG 10), y entonces reflejará su fe “en el ambiente de la sociedad y de la cultura patria, según las tradiciones de la nación” (AG 21). De este modo, “por experiencia directa” (RMi 53) los agentes pastorales, “familiarizados con sus tradiciones nacionales y religiosas, descubren con gozo y respeto las semillas de la Palabra que en ellas laten”. Así pueden vivir la alegría de “advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios generoso ha distribuido a la gente” (AG 11). Esto implica encarnarse en “las aspiraciones, las riquezas, los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida que distinguen a tal o cual conjunto humano” (EN 63). Sólo así un catequista puede transmitir el Evangelio “de manera creíble y fructífera” (RMi 53).

En Córdoba, un sacerdote deberá ser bien cordobés, en Río de Janeiro deberá ser marcadamente carioca, etc. Su identidad debería estar embellecida por lo mejor de su tierra, por las notas culturales que distinguen también a sus fieles.

Sin embargo, esta identidad cultural local, no niega ni rechaza la vocación universal que tiene como ser humano y como cristiano, sino que es complementaria a ella. En realidad, podríamos decir que el 90% de cualquier ser humano, está constituido por realidades comunes con toda la humanidad, y sólo un 10% de su realidad personal está conformado por notas exclusivas de la cultura local.

El perfil básico y permanente del sacerdocio debe ser reelaborado comunitariamente en cada lugar y en cada época, reconociendo ante todo lo que Dios mismo quiere comunicar al mundo en ese contexto. Sólo así es posi-

ble apasionarse con el ideal sacerdotal y proponerlo vocacionalmente a otros.

Finalmente, digamos que cada sacerdote es un individuo único e irrepetible, y además de la potestad que recibe en el Orden sagrado, posee algunos carismas propios que tiene derecho a ejercitar para bien de la Iglesia. No hay un molde fijo para todos los sacerdotes. Estas características y carismas personales configuran en cada caso un modo único de ser sacerdote. Si cada uno no fuera él mismo, privaría a la comunidad de una riqueza que sólo él puede ofrecer, con su forma única de ser. Ser fiel a la propia identidad es ser fiel al Dios amante que la creó. Pero para ello, es necesario volver siempre en la oración y en la vida a la convicción de ser amado por Dios personalmente, directamente, con una ternura infinita y un cariño indefectible. Porque es demasiado poco lo que nos conocemos a nosotros mismos¹⁷, y sólo Dios puede revelarnos claramente nuestra propia identidad pastoral, lo que él espera de nuestra tarea.

Todas estas notas históricas y personales, sin embargo, deberían estar necesariamente unidas a las tres notas principales e inseparables del sacerdocio ministerial y configurarse de tal manera que estén al servicio de ellas. Alguien que presta una serie de servicios sin celebrar jamás la Eucaristía, por ejemplo, o separando esos servicios de la celebración eucarística, está haciendo cosas para las cuales no necesariamente debía recibir el Orden sagrado.

¹⁷ Cf. M. SZENTMÁRTONI, *Identità personale. Un concetto ambiguo*, en *Orientamenti Pedagogici* 35 (1988), 440-450.

De todos modos, este sacramento produce una configuración tal, que lleva al sujeto a cumplir una misión como instrumento de gracia que de una manera o de otra *siempre* se cumple. Esto es verdad en toda circunstancia: Los curas somos curas, instrumentos de Cristo para la salvación del mundo, también cuando sufrimos, también cuando fracasamos, también cuando nos sentimos humillados. La misión nos toma por entero, y la cumplimos de una manera o de otra, pero la cumplimos por la obra kenótica de Cristo en nosotros y por la acción misteriosa del Espíritu.

f) Orar al Dios pastor.

Con todas las aclaraciones hechas hasta ahora, decimos que el eje unificador de la espiritualidad sacerdotal es la “caridad pastoral”, lo cual se expresa de otro modo al decir que el cura diocesano se santifica ante todo “en el ejercicio mismo del ministerio” (PO 13). Pero así como la caridad implica al mismo tiempo el amor a Dios (dimensión vertical) y el amor al prójimo (dimensión horizontal), lo mismo sucede en la caridad “pastoral”. Por lo tanto, la caridad pastoral incluye un modo “pastoral” de amar a Dios. Veamos dos maneras como se expresa este peculiar amor a Dios que caracteriza a un pastor:

La misma imagen de Dios, con el cual se encuentra un sacerdote en la oración personal y en la celebración litúrgica, está hondamente marcada por la identidad *pastoral*. Es decir: Dios es percibido y amado por el pastor ante todo como fuente de vida para los demás, como plenitud que es a la vez un manantial desbordante de vida para el pueblo. El cura es un signo de vida para el pueblo porque él mismo vive de un Dios que es manantial permanente para que el pueblo tenga vida:

Se trata de un amor cautivado por la gracia, por el Dios que es Vida y hace participar al hombre de su vida divina; es un amor agradecido y admirado ante el Dios generoso que se comunica, que salva al hombre... Y puesto que ni el sacerdocio ni la caridad se terminan, podríamos decir que la alegría suprema y definitiva de un cura será encontrarse plenamente con Dios y gozar viéndolo comunicar su Vida al pueblo feliz y liberado¹⁸.

Esto es sumamente importante, porque la misma imagen de Dios hace que ya en el encuentro íntimo con el Señor brote un impulso hacia la actividad pastoral.

Esta adoración a Dios como fuente de vida hace que la espiritualidad del sacerdote sea profundamente sacramental, ya que es particularmente en medio de la celebración de los Sacramentos –sobre todo en la Eucaristía– donde Jesucristo se hace presente como fuente de vida para el pueblo:

Este amor a Dios se dirige más expresamente al Dios presente y actuante en los Sacramentos. Es ante todo la presencia eucarística el manantial donde el cura busca saciar su sed de Dios. Su encuentro de amor, donde renueva el pacto de amistad con él, es habitualmente la celebración de la Misa. Aunque también lo ama descubriéndolo actuante en los demás Sacramentos, y en la Palabra que administra¹⁹.

¹⁸ V. FERNÁNDEZ, “Un sentido estructurante en el amor sacerdotal”, en *Pastores* 10 (1997), 12.16.

¹⁹ *Ibid.*

Pero es destacable que Dios es visto como “actuante” en los Sacramentos, por lo cual en esa contemplación se incorpora al pueblo, objeto de esa acción sobrenatural de Dios.

De este modo, “la caridad pastoral, que tiene su fuente específica en el sacramento del Orden, encuentra su expresión plena y su alimento en la Eucaristía” (PDV 23). Cuando se contempla en la Eucaristía a Cristo que se hace presente, se considera peculiarmente que está allí para derramar su vida en el pueblo: “Yo he venido para que tengan vida” (Jn 10). El sacerdote no tiende a aplicar esa realidad inmediatamente a sí mismo, sino al pueblo, y a sí mismo en cuanto parte del pueblo amado.

g) Paternidad espiritual.

Debemos decir que todo agente pastoral vive alguna forma de paternidad o maternidad espiritual, pero en el caso del sacerdote que ha asumido el celibato, esta nota de “espiritual” adquiere una dimensión y una intensidad particular puesto que ha renunciado a la paternidad biológica y a la pareja, de manera que las energías que normalmente se encauzarían en una familia, se transfiguran y se orientan a esta otra forma de paternidad que se vuelve así muy honda y central. El celibato no implica sólo una relación de amor con Jesucristo que no se comparte con otro amor exclusivo, sino que, en el caso del sacerdote –a diferencia de un monje o de otras formas de virginidad– se orienta directamente al servicio pastoral disponible y desinteresado. Si esto se vive adecuadamente, evita que ese servicio se vuelva un profesionalismo, porque está impregnado por algunas notas que le vienen de esa carga afectiva que se desplaza de la esposa y de los hijos biológicos a muchos hijos espirituales:

El mecanismo psíquico de la sublimación opera aquí. No consiste en una alquimia por la que los impulsos sexuales y los procesos eróticos se transforman en amor pastoral, pero sí en un proceso en el que la constelación de intereses, deseos, proyectos en torno al polo genital se desplazan a la opción espiritual y pastoral que constituye el núcleo de la vida del pastor. Pero este potencial desplazado, que espontáneamente estaba orientado hacia la entrega a una mujer y hacia la formación de la familia, guarda siempre una cierta 'marca de fábrica'. Guarda el vestigio de su origen y se expresa en forma de familiaridad²⁰.

Esto implica unas notas de disponibilidad, cercanía, capacidad de compartir la vida de la gente con sus alegrías y dificultades, entrar en sus vidas y permitir que invadan la propia, como sucede en cualquier pareja o familia sana.

h) Renovar la decisión de ser cura.

La reflexión orante sobre su identidad sacerdotal, debería llevar al sacerdote a una oración como la siguiente:

Ya que estoy en esto lo acepto, renuncio a vivirlo a medias y me asumo como cura hasta los tuétanos. Reconozco que mi identidad no puede entenderse ya sin el sacerdocio y me miro a mí mismo como cura, y aprendo a disfrutar de que los demás me reconozcan como tal. Renuncio de una vez a la paternidad biológica y acepto la belleza

²⁰ J.M. URIARTE, "La caridad pastoral modela la espiritualidad presbiteral", en *Pastores* 34 (2005), 11.

sublime de la paternidad espiritual (Mc 10, 28-31). Advierto que el cambio vale la pena porque me lleva a profundidades vitales insospechadas, y acepto que eso es lo mío hasta la muerte.

Si no tomo esta decisión profunda, preparada y expresada en primer lugar en la oración personal, soy como un cóndor con las alas arrancadas, arrastrándome en el polvo. Hecho para las alturas, pero entretenido lastimosamente en lamentos y distracciones. Así termino renunciando no sólo a las cumbres de la vida mística sino a las cumbres de la experiencia pastoral y de la fraternidad y paternidad espiritual, que brindan gozos altísimos.

Vuelvo a elegir ser hombre de Dios para los otros, sin necesitar nada más. Acepto que cualquier otra opción sea secundaria y subordinada a ésta. Y vuelvo a dar el sí a esta identidad con lo que tenga de poco lustroso, de áspero, y también de contracultural, de incomprendido y de marginal en el mundo de hoy.

Vuelvo a escuchar el “sígueme” de Jesús, pero ahora sabiendo bien lo que implica de disponibilidad gratuita, de límites, y también de rutinaria entrega.

Y digo que sí con la alegría de quien se sabe objeto de una mirada de amor, como escuchando: “Carlos, te quiero para esto”. Esa conciencia de una elección amorosa me permite saber que mi vida seguramente tendrá sentido y será fecunda pase lo que pase.

La oración personal debería ser un horno donde se gusta y se alimenta el fuego gozoso de esta identidad, de manera que se la pueda vivir cada vez con más intensidad en medio del ejercicio del ministerio.

3. ORAR CON LA PROPIA IDENTIDAD PASTORAL

La oración sincera se expresa y se alimenta la verdadera identidad pastoral, y que esa identidad otorga a la propia oración “pastoral” unas notas características. Pero tendríamos que acotar brevemente de qué manera concreta la oración personal alimenta y afianza esa identidad pastoral, para que la tarea sea vivida con convicción, entrega y profundo agrado.

Necesariamente debe haber espacios de contemplación de esa identidad pastoral que Dios nos regala. A veces simplemente recordando y agradeciendo las notas de esa identidad; otras veces pidiendo la gracia de identificarse más a fondo con esa misión. De este modo, uno puede llegar a reconocer poco a poco que la propia vida está marcada a fondo por esa misión, que no es un aspecto secundario o limitado de la propia existencia, y que si uno la asume a medias se priva de los gozos más altos que esa misión puede brindar.

Uno podría decir que la oración personal por sí sola alimenta la relación con Dios y nos lleva más y más al centro de nuestra identidad más profunda. Porque nos permite participar de la mirada de Dios y así conocernos mejor a nosotros mismos desde su amor fundante y desde su proyecto para nosotros. Pero en la práctica no podrá construirse la propia identidad en la oración y en la reflexión personal si no se integra la propia misión en esa oración, si no se dialoga con Dios sobre la misión, si no se llevan a su presencia las personas a las que se dirige la misión, si no se purifican en el fuego de Dios las mezquindades y las debilidades de la tarea, etc.

Una oración personal que integre la propia misión, si es fuente de una identificación cada vez mayor con esa misión, le

otorga a las tareas un hondo sentido y un profundo fervor, unificando todas las energías de la persona en función del cumplimiento de esa misión.

La oración que profundiza la propia identidad pastoral tiene entonces un gran potencial unificador y armonizador de toda la existencia. Ya no decimos que es simplemente la relación personal con Dios lo que unifica todo, sino la misión para los demás, que no excluye a Dios, sino que es una misión religiosa, porque se la vive ante todo como respuesta al llamado amoroso de Dios.

Se trata de recoger las motivaciones que nos muestran la hermosura de la propia vocación y de las tareas que la expresan, y de profundizarlas, gustarlas y contemplarlas en la oración. Para eso es útil acudir a textos escritos por personas que se han apasionado por esa vocación, o dialogar con personas que se han identificado a fondo con esa vocación, y tomar nota de todo lo que encontremos al respecto. También sirven los testimonios de santos y de personas particularmente entregadas que podamos recordar. Igualmente pueden ser útiles algunos textos del Magisterio que se refieran a esa vocación.

Pero lo importante es que todo eso sea objeto de una contemplación detenida en un momento de oración personal, hasta que llegemos a agradecer a Dios de corazón que nos haya regalado esa misma vocación.

A veces no se trata de detenerse en la propia misión, sino simplemente en el llamado a la vida cristiana que puede haberse desdibujado. Si el mundo nos está convenciendo de que entregarse por el Evangelio no vale la pena, entonces hay que volver a convencerse en la oración de que el mundo nos engaña y que no tiene nada mejor que proponernos.

Lo que podemos ofrecer a este mundo como testimonio es lo mismo que nos realiza a nosotros: salir de nosotros mismos, estrechar lazos, buscar la felicidad de los demás, desvivirnos por llevar a otros la luz del Evangelio, construir el Reino de justicia y de paz. Esa es la apuesta contra el individualismo cómodo, consumista y egoísta de nuestra época. La Palabra de Dios y el testimonio de vida de muchos santos y personas entregadas nos ofrecen estímulos que podemos recoger en una oración serena, hasta que volvamos a decir “sí” de corazón al Señor.

A veces sucede que uno valora en teoría la propia misión, pero el problema es que durante mucho tiempo se ha imaginado a sí mismo como un ser mundano, egoísta, preocupado sólo por sí mismo y su bienestar. Esa imagen de sí mismo tiene mucha fuerza para llevarnos en otra dirección y suele impedir que aceptemos a fondo ser transformados de acuerdo a lo que Dios nos propone. Por eso podemos hacer un proceso en la oración personal que nos lleve a mirarnos a nosotros mismos como plasmados, identificados, modificados a fondo con esa misión que Dios nos confía. Es necesario todos los días detenerse un momento a invocar al Espíritu Santo y a pedirle:

Enséñame a reconocer este cambio que se ha producido en mí, ayúdame a descubrir cómo me has cambiado con este nuevo don. Transfigura todo mi ser, mis pensamientos, mis deseos y mis reacciones para que reflejen esta nueva realidad que has hecho de mí.

3.1. Llevar las tareas a la oración privada

La propia misión normalmente se expresa en una serie de tareas y compromisos. Puede suceder que uno llegue a aceptarse como configurado con una misión, pero no terminar de aceptar las tareas concretas, que pueden ser a veces pe-

sadas o exigentes. Eso indica que la propia identificación pastoral todavía es débil o algo idealista. Para superar esa dificultad y lograr identificarse más concretamente con la propia misión, simplemente hay que tratar de practicar las diversas formas de oración “pastoral”: la intercesión, el agradecimiento pastoral, la oración que sana las propias resistencias e inconsistencias o enfermedades pastorales, etc.

Ahora es necesario que ahondemos más directamente en el sentido pastoral de los espacios de oración privada, de manera que no se trate de una mera soledad vivida con Dios, sino de que esa soledad esté poblada por las personas a las cuales el Señor nos envía y por las tareas que él nos ha confiado para mejorar el mundo. Quiero proponer una oración personal que no solamente esté conectada con los demás y con las tareas, sino que verdaderamente alimente la calidad espiritual de la actividad.

Cabe recordar, por otra parte, que la vida espiritual tiene dos columnas, o dos maneras diferentes de nutrirse y crecer: por un lado una actividad bien vivida, por otro lado la oración personal. Cuando insistimos en la necesidad de vivir el dinamismo espiritual y la oración en medio de las actividades, eso no significa que los espacios de oración solitaria fuera de las tareas se vuelvan superfluos. Porque si faltan esos momentos, la vida espiritual queda mutilada, recibe sólo una de sus fuentes de crecimiento. Es como si un organismo recibiera sólo alimentos sólidos y se lo privara de los líquidos. En realidad, es evidente que la oración personal es lo que en primer lugar nos permite encontrar los modos de vivir profundamente la actividad, nos aporta los recursos interiores para poder vivir con calidad espiritual las tareas y por eso es el punto de partida que inicia un modo nuevo de vivir.

Detengámonos entonces en este segundo modo –tan indispensable como el otro– de alimentar la vida espiritual.

a) El valor espiritual de la intercesión

Sin dudas la oración de intercesión es una clave sumamente importante para descubrir si una persona ha desarrollado tanto la fe en Dios como el amor al prójimo, y es indispensable para confirmar si las dos cosas están adecuadamente unidas en el corazón de la persona. Porque la oración de intercesión es al mismo tiempo un acto de confianza en Dios y un acto de amor al prójimo.

Por cierto dualismo que se nos mete adentro, a veces pensamos que la oración de una persona santa o entregada a Dios debe ser una contemplación pura de la gloria de Dios sin distracciones, como si pensar en otros seres humanos nos alejara de esa contemplación concentrada, y perjudicaría nuestro encuentro con Dios. La Palabra de Dios nos dice más bien lo contrario, sobre todo en la primera carta de Juan, donde repetidamente nos indica que nuestra relación con Dios, por más mística que parezca, puede ser un engaño, ya que no es posible amar auténticamente a Dios si el corazón no está bien abierto a los hermanos, deseando y buscando su felicidad. Tenemos que llegar a convencernos de una ley básica de la vida espiritual, que es imprescindible para no errar el camino desde el principio: Si alguien no ama sinceramente a los demás no puede decir que tiene una experiencia de Dios, que llegado a conocer a Dios, porque según la Biblia “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). Entonces, “quien no ama al hermano que ve no puede amar a Dios, a quien no ve” (1 Jn 4, 20).

Por eso mismo, si nos preguntamos cómo es posible saber si uno está realmente en la luz, la respuesta es clara: “Quien dice que está en la luz, pero aborrece a su hermano, está todavía en las tinieblas” (1 Jn 2, 9). Igualmente, si queremos tener algún indicio para discernir si tenemos en el corazón la vida de Dios, la respuesta bíblica es contundente: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la

vida porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte” (1 Jn 3, 14).

¿Necesitamos orientaciones más claras, más firmes y seguras? Leyendo la Biblia podemos tener esta certeza: Nuestro supuesto encuentro con Dios no nos garantiza nada si no alimentamos la vida interior con actos generosos de amor al prójimo: de paciencia, de servicio, de escucha, de ayuda, de evangelización, etc. Cuando el amor a Dios es auténtico, cuando es una verdadera apertura del corazón al Otro, ese corazón no se cierra cuando se encuentra con un hijo de Dios, sino que sigue abierto para recibir a todos. Por eso, cuando esa persona se pone a orar, le brota espontáneamente una oración por los demás. La intercesión es un acto de amor al prójimo hecho en la presencia de Dios y confiando en Él. Él, que es Padre de todos, espera que tengamos un corazón de hermanos, y la mejor adoración que recibe es cuando nos preocupamos con amor por los demás. Por eso decía S. Tomás de Aquino que la misericordia con el prójimo es la más grande de todas las obras exteriores (ST II-II, 30, 4, ad 2), es la virtud que más nos hace parecidos a Dios (ad 3), ya que Dios “no necesita de nuestros sacrificios”, y prefiere el culto de la misericordia con el prójimo (ad 1).

Reconozcamos entonces que, si en la oración de un evangelizador, la intercesión ocupa poco espacio, eso es realmente una mala señal. Al mismo tiempo, digamos que, para alimentar un espíritu evangelizador, es necesario motivar y desarrollar el hábito de interceder detenidamente por los demás. Porque orando por ellos nos va brotando el deseo de que les vaya bien, de que sean felices, de que encuentren al Señor, y eso nos motiva para ayudarlos, para ser instrumentos de Dios, de manera que eso sea posible.

La Palabra de Dios nos muestra concretamente el valor de la intercesión cuando nos permite mirar por un momento el

corazón del evangelizador. Por ejemplo, en Flp 1, 4-11. Allí descubrimos hasta qué punto la oración de san Pablo estaba llena de seres humanos: “En *todas* mis oraciones *siempre* pido con alegría por *todos* ustedes... porque los llevo dentro de mi corazón” (Flp 1, 4.7).

En ese texto vemos dos cosas importantes: primero, que la intercesión no es una oración que el Apóstol hace sólo algunas veces, para no distraerse de la adoración a Dios; al contrario, “en todas” sus oraciones y “siempre” que ora se detiene a pedir por los hermanos. En segundo lugar, no es una oración que él hace por obligación, sólo para cumplir con una norma divina, sino que brota de su corazón que ama, y por eso es una oración hecha “con alegría”.

También en Col 1, 9 los dirigentes dicen: “No dejamos de orar por ustedes”. No dicen que algunas veces los recuerdan en la oración, sino que constantemente los tienen presentes en su oración.

Hay que liberarse entonces de ese falso perfeccionismo espiritual que lleva a pensar que la intercesión es una oración de segunda calidad, que distrae de la contemplación, porque la contemplación que deja afuera de los demás es un engaño que no responde al deseo de Dios.

Pero no hay que pensar que la intercesión abarca sólo a nuestros seres queridos y más cercanos. Eso sería sólo una forma de amor muy interesada, porque nos encerramos en ese círculo cerrado y nos conviene que los que están cerca de nosotros vivan bien. Por eso, más adelante, la carta a los Efesios nos exhorta: “Oren por *todo* el pueblo santo de Dios” (6, 18). Cuando una persona es realmente generosa, le duele todo el pueblo de Dios y no sólo aquellos que están a su cargo. No se siente un profesional preocupado por los que han sido encomendados a su tarea, sino que le preocupa la

Iglesia entera y ora por ella con el corazón abierto, porque es la esposa que Cristo ama y “cuida con cariño” (5, 29). Se trata de una oración confiada, porque cuando alguien trabaja en la Iglesia y por ella, le duelen verdaderamente los problemas eclesiales, le preocupa el crecimiento, la renovación y la fidelidad de la Iglesia al Evangelio. Pero en esa preocupación puede pretender imponer sus esquemas y deseos personales al futuro de la Iglesia, que no es propiedad suya. Una oración adecuada sería pedir al Señor que bendiga a su Iglesia para que pueda realizar el proyecto que tiene sobre ella, que en definitiva es el proyecto que quiere realizar a través de ella. Pero también puedo rogar al Señor que me ilumine para poder descubrir ese designio que el tiene sobre su Iglesia y que me de la fuerza para aceptarlo y asumirlo, renunciando si es necesario a mis propios proyectos.

No obstante, es cierto que tenemos una especial responsabilidad hacia las personas que tenemos más cerca y hacia las que tratamos en nuestras tareas, y es natural que las llevemos especialmente en el corazón. Por eso, cada vez que terminemos una tarea por los demás, es bueno que dediquemos al menos unos breves minutos a interceder por las personas que hemos tratado. Esta es una manera muy eficaz para evitar que la tarea se convierta en un profesionalismo que cumplimos por obligación. Porque, si al finalizar la tarea sentimos que nos hemos “liberado”, y corremos a buscar descanso en la televisión o en otros placeres personales, eso puede llevarnos a sentir que nuestra tarea es sólo un pesado deber que no nos llena la vida.

b) La acción de gracias pastoral

Esta presencia constante de los demás en la propia oración no es solamente la súplica. El amor a la gente, en el corazón del evangelizador, se convierte también en agradecimiento

a Dios. Así lo vemos en la oración de san Pablo: “Ante todo, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos ustedes” (Rm 1, 8). Es un agradecimiento constante: “Doy gracias a Dios *sin cesar* por todos ustedes a causa de la gracia de Dios que les ha sido rogada en Cristo Jesús” (1 Co 1, 4). No es un agradecimiento que surge algunas veces cuando el apóstol se aparta a orar, sino que es una plegaria feliz que le brota cada vez que se acuerda de los hermanos: “Doy gracias a mi Dios *todas las veces* que me acuerdo de ustedes” (Flp 1, 3). Por lo tanto, también surge espontáneamente en los momentos de oración: “Damos gracias a Dios *siempre* por todos ustedes, recordándolos en nuestras oraciones *sin cesar*” (1 Ts 1, 2).

Pero precisemos algo: no se trata de olvidarse de Dios por pensar en los demás, sino de unir dos cosas estrechamente en la oración personal: el amor a Dios y el amor a los demás. Un modo especial de lograr esta unión es una oración poco común: dar gracias a Dios por lo que Él hace en los demás. Cuando un sacerdote ha logrado desarrollar este modo de oración y se le ha vuelto espontáneo, creo que entonces no quedan dudas de que ha logrado identificarse a fondo con la misión que Dios le ha confiado en esta tierra. Su corazón se ha expandido verdaderamente para dar espacio a los demás. Pero advirtamos ahora que estamos hablando de una oración profundamente contemplativa, porque para poder dar gracias de esta manera, la persona debe estar muy atenta para descubrir lo que Dios hace en los demás, y para reconocerlo como una obra amorosa de Dios, que merece nuestro agradecimiento: “Como es justo, en todo tiempo tenemos que dar gracias a Dios por ustedes hermanos, porque la fe de ustedes está progresando mucho y va creciendo el amor mutuo” (2 Ts 1, 3). No es una mirada incrédula sobre los demás, no es una mirada negativa y desesperanzada. Es una mirada espiritual, de profunda fe. Al mismo tiempo, esta oración es bien fraterna y pastoral; es

la gratitud que brota de un corazón verdaderamente preocupado por los demás.

Por otra parte, esta acción de gracias pastoral, es también un sentido agradecimiento personal por la misión que el Señor ha querido confiarnos para el servicio de los demás, y porque él nos capacita para cumplirla: “Doy gracias a aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio” (1 Tm 1, 12).

También es muy sano que, una vez terminada una tarea, nos detengamos un instante a dar gracias a Dios por haberla realizado, y por las cosas buenas que pudimos descubrir en los demás.

c) Reparación, purificación y sanación

Por último, otra manera de llevar nuestro servicio a los demás a la oración personal, es dedicar un tiempo de esa oración a purificarse de todo lo que no ha sido bien vivido en esa tarea, después de atender o visitar personas, después de una reunión, al volver a casa después de cualquier trabajo, etc.

Esa purificación implica en primer lugar pedir perdón a Dios por lo que no ha sido bien realizado, por las intenciones torcidas que se han entremezclado en la tarea, por la falta de confianza, por no haber trabajado con alegría, fervor y humildad, porque me busqué a mí mismo, no me entregué entero, lo viví sin paz, no salí de mí, no bendije a los demás, etc.

Pero también puede ser un momento de sanación interior, con la gracia de Dios, por los sufrimientos vividos en la tarea, por los fracasos, por las desilusiones, por las agresiones

recibidas, por los temores, y por cualquier sentimiento indeseable que haya quedado dando vueltas por el corazón, y que podría debilitar nuestro fervor y nuestro gozo. Se trata de sacar afuera, en la presencia de Dios, todo lo que nos ha dejado inquietos después de la tarea: “Confíenle todas sus preocupaciones, porque él cuida de ustedes” (1 P 5, 7).

A veces esta oración deberá llevarnos a tratar de perdonar a algunas personas que nos han enervado, de manera que ese mal sentimiento se debilite y no se arraigue en el corazón: “Que la puesta del sol no los encuentre enojados” (Ef 4, 26).

Si no acostumbramos realizar esta oración liberadora, es posible que las malas experiencias se vayan acumulando en el corazón, y que finalmente nos cansemos y escapemos de la tarea o la limitemos a lo mínimo indispensable, buscando refugio en otras cosas y debilitando la propia identidad.

Este es en definitiva el significado de Mt 10, 14, donde Jesús pide a los apóstoles que, cuando no los reciban en algún lugar, al salir de allí “sacudan el polvo de sus pies”. Es como decir: “No permitan que se les quede pegada la incredulidad, la duda, la indiferencia. Sacúdanse todo eso”.

Una vez que uno ha terminado una tarea, nunca debería pasar a otra cosa, o sentarse a descansar, si primero no ha hecho esta oración de liberación y purificación. Sólo de ese modo uno podrá mantener vivo el deseo de seguir entregándose a esa tarea sin bajar los brazos. Porque, aunque haya dificultades, si las llevamos a la presencia del Señor, él nos libera de la negatividad y puede darnos las fuerzas para que el desaliento no nos domine: “Todo lo puedo en Aquel que me fortalece” (Flp 4, 13).

Tampoco se trata de liberarse de toda angustia, porque a veces algunos sufrimientos son parte de nuestra misión, son

una fuente de bendición para los demás y también nos santifican a nosotros y nos ayudan a ser humildes y desprendidos. Porque estamos llamados a las alturas de la unión con Dios, a las que no se llega sin la humildad y el desprendimiento que se aprenden en los malos momentos. Recordemos el consejo de san Juan de la Cruz:

Mira que la flor más delicada más pronto se marchita y pierde su perfume. Por tanto, cuídate de querer caminar por espíritu de sabor, porque no serás constante. Elige para ti un espíritu robusto, no atado a nada, y encontrarás dulzura y paz en abundancia; porque la fruta sabrosa y durable se encuentra en la tierra fría y seca (Avisos y sentencias, 39).

En la oración no simplemente nos lamentamos, sino que logramos aceptar algunos sufrimientos inevitables como parte de nuestra misión, y aceptándolos encontramos consuelo, pero este consuelo que recibimos del Señor en la oración no es para que nos quedemos tranquilos en nuestra casa o en el templo, sino todo lo contrario, para que así nos volvamos capaces de fortalecer y consolar a los demás, que también tienen que enfrentar muchas dificultades para cumplir su propia misión en la vida. Alabamos a Dios que nos consuele en nuestras angustias y perturbaciones “para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación con ese consuelo que nosotros hemos recibido” (2 Co 1, 4). Porque “si somos consolados, es para el consuelo de ustedes, que les de fuerzas para soportar los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos” (2 Co 1, 6). Todo lo que Dios hace en nuestras vidas no se ordena sólo a nuestra felicidad, sino también a que cumplamos nuestra misión en esta vida. Por eso, si llevamos a la oración la misión que tenemos en la vida, eso siempre redundará en beneficio de la misma misión.

**d) Una clave: no abortar la vida espiritual
después de una tarea**

Consideremos ahora un error muy frecuente que le hace daño a la vida espiritual y a la unidad interior de los evangelizadores. Se trata de ese corte brusco que realizamos a veces cuando terminamos una tarea, como si nos estuviéramos sacando un peso de encima. Eso nos lleva poco a poco a convencernos de que las tareas que realizamos no son nuestra vida, nuestra ilusión, nuestra felicidad, no son lo que nos hace bien, lo que nos realiza, lo que nos santifica. Parece que lo nuestro, lo que nos hace sentir vivos, lo que nos restaura, es ese momento en que *terminamos* la actividad. Entonces nos quitamos la sonrisa de la cara y tenemos la cara verdadera. Es como si comenzáramos a ser libres, como si fuéramos nosotros mismos, en ese momento liberador en que podemos volver a casa y dejar de pensar en Dios, en su Evangelio, en sus cosas sagradas.

La prioridad del ser por sobre el hacer nos invita a buscar algunas actitudes *estables*, actitudes de fondo que no se hagan presentes sólo cuando estamos haciendo algo o atendiendo a una persona, e inmediatamente desaparezcan cuando volvemos a nuestra intimidad y accedemos a un momento de libre esparcimiento, sino *que se mantengan cuando cesa la actividad porque son verdaderamente personales, libres, espontáneas*, porque no son pura apariencia en el cumplimiento meramente funcional de un rol. Así se evita arraigar lo que tan bien describe E. Drewermann, al decir que los sacerdotes, luego de haber compartido algunos momentos con otras personas, *cuando vuelven a casa, a su soledad de siempre, se depositan en su sillón y lanzan un suspiro de alivio*²¹. Como si allí, en su sillón materno y acogedor, recu-

²¹ E. DREWERMANN, *Clérigos: psicograma de un ideal*, Madrid, 1995, 242ss.

peraran el sentido real de sus vidas; como si en ese momento volvieran a tener la libertad que perdieron para “adaptarse” esforzadamente a una tarea y a una máscara profesional.

Algunos, más piadosos, hacen un momento de oración cuando vuelven a su soledad, pero en esa oración desaparece por completo su tarea y su misión. Es como si la tarea que realizaron los hubiera alejado de la presencia de Dios, y entonces necesitan rezar el Rosario o cualquier otra oración para “santificarse” o para sentir que no dejan de ser “espirituales”.

Esos cortes bruscos son verdaderamente dañinos, porque nos dividen en dos partes que no se unen. Para ser felices y plenos tenemos que lograr ser los mismos cuando trabajamos y cuando descansamos, cuando oramos y cuando paseamos.

Todo lo que atenta contra la unidad interior no es espiritual. Todo que establece una ruptura entre la tarea y la intimidad, aunque sea la oración personal, aborta el crecimiento espiritual.

Más adelante nos detendremos bastante en la cuestión de la propia identidad, que está detrás de todo esto. Pero ahora simplemente quiero proponer algo que evite esas rupturas negativas. Se trata de un sencillo y muy breve momento de oración “pastoral” realizado después de cada tarea, puede bastar para evitar esta esquizofrenia.

- Cualquiera de las formas de oración que vimos atrás puede servir para este pequeño momento: la intercesión, el agradecimiento, la liberación. Se trata simplemente de no perder la sonrisa, de agradecer a Dios el momento vivido, de reconocer que la misión que

nos confía es preciosa y vale la pena aunque estemos cansados, aunque no seamos del todo auténticos, aunque todavía tengamos que aprender a vivirla bien.

También podemos entregarle al Señor lo que no estuvo bien, para no quedarnos insatisfechos y negativos, etc. Bastan unos minutos para que estemos en paz con nuestra misión, no olvidemos que es inseparable del sentido de nuestra vida en la tierra, y no nos sintamos felices de habernos “liberado” de ella.

3.2. Preparar en la oración privada otro modo de vivir la misión

No cualquier oración personal influye directamente en el modo de vivir las tareas. Sabemos que hay una forma de orar que nos vuelve huraños, antisociales, negativos. Por eso veremos ahora de qué maneras concretar una oración personal puede incidir en la calidad de las tareas y en la profundidad del encuentro con los demás. Esa calidad espiritual se prepara y comienza a ejercitarse en la oración solitaria, aunque luego deba arraigarse y hacerse carne en la actividad.

Por ejemplo, no será fácil contemplar la Palabra de Dios mientras la predico si antes no la contemplé en la soledad, en mi oración personal. No será fácil perdonar a otro que me hizo mucho daño cuando lo encuentre por la calle, si antes no me he detenido a perdonarlo o a motivar ese perdón en la soledad y en el silencio de mi corazón.

Si en la oración privada no preparamos detenidamente un modo más profundo de vivir y de actuar, será muy difícil adquirir los reflejos que nos permitan reaccionar descubriendo a Jesús y entregándonos en sus brazos en medio de una tarea. El hábito de vivir un dinamismo espiritual en la acti-

vidad y en el encuentro con los demás supone que uno lo ha alimentado en la oración solitaria, en la meditación, en la súplica, en la reflexión, en la lectura orante de su Palabra.

También es cierto que si eso que se ha bebido en la oración no se procura ejercitarlo luego en actos cotidianos, ese hábito tampoco se arraiga, no cambia de verdad el corazón y la vida. Pero no hay que saltar el *punto de partida* que está en el silencio del corazón, donde se toman las decisiones más importantes, y que crea las condiciones para vivir la actividad de otra manera.

Pero para evitar confusiones y desilusiones, ante todo hay que insistir en esto: lo que ha de ser vivido en la actividad debe ser “vivido” antes *en la misma oración*. Es decir, no se trata de “prepararlo” en la oración para vivirlo después. De alguna manera hay que lograr vivirlo *ya* en la oración misma. Si no es así, nos quedaremos sólo en los buenos propósitos y nada cambiará. Esta es una clave fundamental en el cambio de hábitos espirituales y pastorales. Pues bien ¿Cómo se logra “vivir” en la oración un nuevo modo de hacer las cosas, si el hecho es que no podemos hacerlas en la oración privada?

Veamos ahora cómo es concretamente esa oración que prepara un modo más espiritual de vivir las actividades y el encuentro con los demás.

a) Cuidar y preparar el corazón

La oración personal tiene la misión fundamental de “cuidar el corazón”. ¿Qué es el corazón? Es mucho más que los sentimientos; es el conjunto de intenciones más profundas que mueven nuestras vidas, es el por qué y el para qué de todo lo que hacemos. En definitiva es lo que realmente estamos buscando cada día, aunque pretendamos ocultarlo detrás

de las apariencias. Si estoy obsesionado por el dinero, hago todo pensando en el dinero, y le doy prioridad a las tareas que pueden darme más dinero, y busco a las personas que puedan ayudarme a obtener más dinero, y escapo de las personas que no puedan aportarme ningún beneficio económico. Pues bien, en ese caso mi corazón es el dinero, se ha identificado con el dinero, aunque por fuera diga que se ha entregado a Dios, o que busca el bien de los demás. Lo mismo sucede si estoy obsesionado por el placer, por la imagen o por el poder.

La oración tiene que llegar a transfigurar el mundo de los deseos. Si es sincera y verdadera, tiene que llegar a lo profundo del propio mundo vital, a las verdaderas intenciones y a los móviles más intensos de nuestras decisiones y búsquedas. Toda relación con Dios auténtica y bien llevada llega a transfigurar los deseos reales y su fuerza vital, de manera que se orienten eficazmente a otorgarle entusiasmo y ganas al cumplimiento de la propia misión y a las tareas concretas.

Lo que a Dios le interesa, más que lo que decimos o hacemos, es el corazón, es decir, nuestras intenciones profundas. Le interesa que hagamos las cosas por amor, buscando realmente su gloria y el bien de los hermanos por encima de todo lo demás. Entonces sí nuestro corazón será para Dios y para los hermanos.

La oración cuida el corazón, alimenta esas intenciones buenas y bellas que ennoblecen nuestra vida, y así todo lo que hacemos tiene un sentido profundo. Sólo así somos personas realmente espirituales. Si en nuestra oración personal adoramos a Dios, pero pretendemos esconder las intenciones torcidas que llevamos dentro, entonces no le estamos entregando a Dios el corazón y estamos lejos de una verdadera espiritualidad cristiana.

Una oración que cuida el corazón es una oración al servicio de una misión bien vivida, porque alimenta las intenciones que le dan valor y belleza a nuestras tareas. Ya decía san Juan de la Cruz: “No pienses que el agradar a Dios está tanto en obrar mucho, sino en hacerlo con buena voluntad” (*Avisos y sentencias*, 56).

Veamos ahora cómo es una oración personal que cuida el corazón:

1. En primer lugar, se trata de ser completamente sinceros con Dios y *reconocer las motivaciones no adecuadas* que tenemos para hacer las cosas. Reconocemos, por ejemplo, que hacemos las cosas sobre todo por vanidad, para obtener reconocimientos, para ser aprobados, para tener un lugar en la sociedad, para ser aceptados. Entonces sufrimos mucho cuando nos rechazan o nos contradicen. O reconocemos que en el fondo siempre estamos deseando algún placer oculto, y entonces tratamos mejor a las personas más atractivas o agradables, y dedicamos menos tiempo y amabilidad a las personas feas o menos interesantes.

Para reconocer esas motivaciones, debemos orar con la Palabra de Dios y dejar que la Palabra ilumine la propia vida, preguntando: ¿qué quieres decirme a mí, Señor, con esta Palabra?, ¿qué estás queriendo tocar y cambiar de mi vida?, ¿qué esperas que te entregue?

Algunos textos muy útiles para esta oración pueden ser: Flp 2; Rm 12; 1 Co 3; Ga 5; Ef 4; 1 Tm 6, 3-10.

Una vez que reconozcamos las motivaciones inadecuadas que a veces o frecuentemente se apoderan de nosotros, hay que lograr lo más importante: abandonarlas, echarlas fuera. Le pedimos al Señor la gracia de recono-

cer la fealdad, la indignidad y la inconveniencia de esas motivaciones, y tratamos de dar el paso de renunciar a ellas.

2. En segundo lugar, cuidar el corazón en la oración es *buscar y alimentar* las motivaciones más bellas y adecuadas para nuestras tareas.

Veamos un listado de motivaciones nobles que podríamos trabajar en nuestra oración y pedirle a Dios, de manera que se vaya despertando el deseo profundo y encarnado de desarrollarlas y de vivirlas en medio de las tareas:

- La gloria de Dios.
 - La difusión del Evangelio.
 - La venida del Reino.
 - La felicidad de los demás.
 - El crecimiento de los hermanos.
 - El embellecimiento de la Iglesia.
 - El mejoramiento del mundo.
 - Que se cumpla la voluntad de Dios.
 - Realizar una misión que Dios me confía.
 - Ser instrumento del Espíritu.
3. Además de las grandes motivaciones que nos mueven a hacer las cosas, están *las actitudes, los valores, las virtudes* que ejercitamos en las tareas, pero que pueden ser alimentadas en la oración.

Algunos textos que podrían utilizarse para esta oración son: 1 Co 13; 2 Co 6, 1-10; 11, 24-33; 1 Tim 3, 2-3; 4, 13-15; 5, 1-2; 6, 11-15; 2 Tm 1, 8; 2, 3-5.9-10.22-24.

También es sumamente útil buscar testimonios atractivos, acudir a las vidas de algunos santos, leer libros, escuchar canciones o ver películas que exalten esos valores, etc.

Por ejemplo, a mí siempre me estimuló recordar a san Francisco Javier, porque me muestra la belleza de un corazón entregado a la misión con fervor, con una intensa pasión por evangelizar. El Papa lo nombró legado suyo para todo el extremo Oriente. Se embarcó, y en el viaje no perdió tiempo. Convirtió a toda la tripulación. Llegado a la India, comenzó una travesía marcada por permanentes gestos de heroísmo, de arrojo sin medidas y de sacrificada valentía. Cruzó ríos caudalosos, desiertos y ciénagas, miles de kilómetros descalzo y agobiado por el hambre y la sed. Predicaba sin pausa, convencía a los indígenas y los bautizaba. Dejó comunidades cristianas, que todavía hoy existen, en Ceylán, Malaca y las islas Molucas. Llegó al Japón y allí introdujo la fe. Cuando salió de Japón había dos mil cristianos, que posteriormente fueron perseguidos. Varios murieron mártires. Para los cómodos y desmotivados evangelizadores del siglo XXI, este testimonio no deja de ser movilizador.

4. Aprender a *contemplar al hermano* como un misterio sagrado.

Ya dijimos que en medio de la actividad uno debe aprender a detenerse ante las personas y a orar en el encuentro con el otro, porque el otro es un misterio.

Pero para adquirir esa capacidad es necesario hacer un aprendizaje en la oración personal, en la cual, al mismo tiempo que contemplamos a Dios, contemplamos al hermano bajo otra luz. Es importante aprender a mirarlo así en la oración para no pretender aferrarlo, clasificarlo

o controlarlo a partir de mis esquemas, y para permitir que sea el Espíritu quien lo configure con sus límites, su cultura, su historia.

En el fondo es dejar que en la oración Jesús nos vaya prestando su mirada, vaya transformando nuestros ojos interiores para contemplar a los demás de otra manera. A partir de una relación íntima y contemplativa con el Señor amante, aprendo a mirar a

la otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo [...] Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias. Puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita (DCE 18).

El Papa, citando a san Gregorio Magno, sostiene que cuando alguien está anclado en la contemplación “le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas” (DCE 7).

Sin embargo, no se puede decir que la dimensión interna que alimenta los actos externos del amor fraterno sea sólo la relación personal con Dios. Hay algo más que es necesario reconocer en la oración personal.

Del amor fundante de Dios brota en el corazón del amado un impulso interior de amor hacia Él –la *dilectio*–. Pero cuando ese amor fundante toca nuestro mundo de relaciones con los demás, entonces surge, antes del acto externo de amor fraterno, un dinamismo amoroso *interno* orientado al hermano, y que es más importante que el movimiento emotivo de compasión por sus miserias. Se trata precisamente de lo siguiente: de una *atención afectiva* puesta en el otro “considerándolo como uno

consigo” (ST II-II, 27, 2). Esta atención amante al otro es el inicio de una verdadera “inclinación” hacia su persona, a partir de la cual buscamos efectivamente su bien a través de obras externas. La aptitud para captar la belleza de los demás –ya que son imagen de Dios– y las distintas manifestaciones de esa belleza, es el sentido estético o contemplativo de la caridad, que nos permite servir al otro no por necesidad o por obligación, sino “porque él es bello”. Por eso, “del amor por el cual a uno le es *grata* la otra persona depende que le dé algo *gratis*” (ST I-II, 110, 1). La palabra “caridad” agrega algo a la palabra “amor”, porque expresa que el ser amado es “caro”: “es estimado como de *alto valor*” (ibid, 26, 3). Se trata de una profundidad contemplativa que ejercitamos en la oración y hace posible que luego, al encontrarnos con los demás, podamos mirarlos con la mirada de Cristo, no ya como objetos de nuestra actividad o como instrumentos para realizar nuestros proyectos, sino como seres sagrados, inmensamente valiosos.

Para que la oración verdaderamente alimente esta mirada, es necesario que nos detengamos, no sólo a interceder, no sólo a agradecer a Dios por esa persona, sino también a contemplar a esa persona, hasta que descubramos que nuestra forma de mirarla se ha transformado con la luminosidad, el amor, la valoración de la mirada del Señor.

b) La oración que prepara una tarea inmediata

Un modo práctico de incorporar nuestras tareas en la oración personal es pedir luz al Señor para discernir adecuadamente cuando estemos planificando o preparando algo, y pedirle fuerza, fervor, generosidad y guía cuando estemos por comenzar esa tarea. Dios, que nos ha dado esa misión, sabe mejor que nosotros lo que hace falta, y él sabe más que

nadie lo que los demás necesitan de nosotros. Por eso es él quien puede iluminarnos y guiarnos. Esa acción de Dios no nos exime de usar nuestra capacidad, nuestra creatividad y nuestra astucia. Al contrario. Se trata de abrirse al Señor para que él bendiga, ilumine y potencie esas capacidades que él nos dio para que podamos utilizarlas lo mejor posible. Dentro de esta oración preparatoria ocupa un lugar importante el discernimiento, que es un proceso sincero y dócil que nos permite reconocer al proyecto *de Dios* y así descubrir qué debemos decir o hacer. Este discernimiento implica también una mirada espiritual sobre la realidad, nos exige orar con la cultura para reconocer los signos de los tiempos, las semillas que está sembrando el Espíritu, los llamados de Dios y su designio en esta situación histórica concreta.

Bajo la luz de Dios y suplicando su ayuda, utilizando todos los recursos que tengamos (y después de consultar a personas que puedan orientarnos) finalmente tomamos una decisión pastoral.

Se trata de pensar, leer, mirar, escuchar, consultar, imaginar, dialogar y discutir para descubrir qué es lo que conviene. Pero también oramos para que el Señor bendiga nuestras capacidades y nos guíe, de manera que usemos bien los dones que nos dio y nos orientemos adecuadamente en el trabajo de preparación y planificación.

En esta oración la Palabra de Dios ocupa un lugar relevante. Es verdad que la Biblia no nos da “recetas” para tomar las decisiones más prácticas, pero también es verdad que la Palabra de Dios no debe quedar lejos de nuestra vida concreta y de nuestro trabajo. Cuando leemos la Palabra de Dios en oración y le permitimos que nos hable, siempre encontramos sugerencias para discernir mejor. A veces nos permite recordar qué es lo que Dios espera de nuestra tarea,

qué es lo que él quiere para su pueblo; otras veces nos ayuda a rectificar alguna intención torcida y a recuperar las motivaciones adecuadas, pero siempre nos ilumina de alguna manera para vivir mejor nuestra misión y tomar las decisiones adecuadas.

Luego, cuando llega el momento de ejecutar una tarea, nos detenemos nuevamente en la presencia del Señor para ofrecerle nuestro trabajo y para pedir luz, fuerza, fervor, de modo que podamos vivir la tarea con las mejores disposiciones y hacer lo que los demás necesitan.

Esta oración antes de cada tarea no es una mera formalidad religiosa. Es determinante para darle un profundo sentido de fe a esa tarea y recordar que es ante todo un proyecto del Padre que realiza Jesús resucitado con el poder del Espíritu. Nosotros somos los instrumentos.

Esta suele ser una frase repetida y algo gastada: “Yo soy simplemente un instrumento de Dios”. Aunque la digamos con los labios, quizás nos molesta que no nos agradezcan, nos duele que nos ignoren, nos angustia cuando no se cumplen nuestros propios planes. Seamos sinceros. Es mejor reconocer nuestras intenciones egocéntricas y tratar de alimentar un verdadero espíritu de “instrumentos”. Se trata de lograr que el hecho de ser instrumentos nos apasione, nos haga felices, se vuelva una mística de nuestra acción. Cuando hemos logrado despertar ese espíritu, entonces se vuelve espontáneo planificar y preparar las tareas invocando la luz del Espíritu. No vaya a ser que estemos planificando un proyecto meramente humano que termine en la nada. También se vuelve espontáneo pedir ayuda en la oración para poder llevarlo a cabo como Dios lo quiere. No vaya a ser que nos desviemos y nos alejemos del camino, y desgastemos nuestras pobres fuerzas en algo inútil.

c) La oración que sana las enfermedades de la actividad

Todos tenemos algunas perturbaciones en el ejercicio de nuestra misión. A algunos nos atormenta la ansiedad, la prisa, el nerviosismo, a otros la desconfianza, el escepticismo, el desánimo; otros tienden a la impaciencia y la negatividad con las personas. Si descubrimos cuáles son nuestros puntos débiles, no es suficiente hacer alguna oración ocasionalmente, cuando nos sentimos mal. Hay que realizar un paciente proceso espiritual que nos lleve a sanar las debilidades y enfermedades de nuestra manera de trabajar.

Una cosa es esa oración que realizamos después de cada tarea, donde tratamos de liberar nuestro interior de cualquier negatividad que haya quedado prendida en el corazón. Pero otra cosa es tomarse en serio las grandes inclinaciones que permanentemente nos acosan, y realizar un largo proceso de liberación. Este camino de oración podría ser una excelente medicina para ir curando poco a poco las enfermedades de la actividad que le quitan fuerza, gozo y fecundidad.

d) Las crisis y los retiros “salvadores”

A veces, cuando una persona ha perdido el fervor o ha entrado en crisis, se le sugiere que haga un retiro espiritual para “cargar la batería”. Quizás en el retiro logre hacer un camino espiritual y asuma un nuevo compromiso con Dios. Quizás se sienta bien y decida seguir adelante. Hasta el último día del retiro parece haber una luz de esperanza. Pero luego vuelve a sus tareas y pronto descubre que siente el mismo desagrado que sentía antes del retiro. No obstante, para cumplir sus buenos propósitos se empeña y persevera en el trabajo. Poco tiempo después las tareas se le vuelven insostenibles y quiere llevar otro tipo de vida. La persona

dice que en realidad está bien con Dios, que tiene su tiempo de oración, y que todo está bien, menos las tareas pastorales, que no le atraen y que vive con mucha tensión interna. Por eso no dicen que no quieren servir a Dios, sino que quieren servirlo de otra manera y en otro estado de vida.

Esto significa que la relación con Dios, la oración, y el modo de llevar los retiros espirituales no son del todo correctos, porque establecen una separación entre la vida espiritual y la misión. Las tareas no se integran en la oración y la oración no se realiza de tal manera que alimente la entrega generosa, feliz y convencida en las tareas. Esa oración quizás sana algunas perturbaciones del corazón, que ayudan a que la persona se sienta en paz con Dios, pero no llega a sanar la actividad.

¿Cómo vivir los retiros espirituales de manera que preparen una entrega más convencida y fervorosa? Hay dos caminos complementarios:

- * Por una parte es necesario vivirlos integrando adecuadamente la misión en los momentos de oración personal dentro del retiro, en la Misa, etc. Si a uno verdaderamente “le duele” la misión que Dios mismo le ha encomendado, sería inconcebible que en un retiro esa misión se colocara entre paréntesis, se olvidara, se apartara. Eso sería negar que la misión es parte esencial de la propia vida. Por eso, necesariamente habrá que dialogar íntimamente con Dios acerca del modo de vivir las tareas, y alimentar en la oración las motivaciones espirituales que permitan darle más calidad al trabajo. En el retiro habrá que enfrentar las motivaciones torcidas que uno tiene en las tareas, el modo de asumir los fracasos y contradicciones, el modo de relacionarse con las personas,

y en general el modo de vivir interiormente las tareas. Descubriendo los puntos débiles que causan amargura, tedio y tensión, habrá que penetrar en sus raíces y sanarlas en la oración, alimentando nuevas motivaciones, actitudes y reacciones.

- * Pero esto no basta si no se busca un modo práctico de vivir esto en la experiencia concreta de trabajo. Lo que uno profundiza en la oración debe ser inmediatamente llevado a la vida cotidiana antes que se diluya en el olvido, porque inmediatamente recuperamos los mecanismos conscientes e inconscientes que nos llevan a obrar de determinada poco sana y feliz.

Por eso, si se hace un día de retiro, hace falta otro espacio equivalente (otro día) en el cual se intente explícitamente vivir lo que uno ha orado en medio de la actividad ordinaria y se termine con un discernimiento sincero. Si se ha hecho una semana de retiro, habrá que establecer una semana de trabajo ordinario donde se verifique el nuevo modo de trabajar y de realizar las diversas tareas. Posiblemente sea necesario que, finalizada esta semana, haya un espacio de diálogo y discernimiento con un guía espiritual.

Este segundo momento, donde uno intenta vivir la tarea del modo nuevo que ha surgido en la oración, es parte integrante esencial del retiro, porque permite arraigar en la vida cotidiana las convicciones espirituales profundizadas en la soledad. Esta verificación activa es indispensable para asegurar que verdaderamente se asuman profundamente nuevas convicciones interiores que transfiguren el cumplimiento de la propia misión. Recordemos que lo que se profundiza en la oración sólo se arraiga en la acción.

3.3. Mejorar la calidad espiritual de la actividad

La espiritualidad sacerdotal no queda encerrada en la oración personal. La espiritualidad es el dinamismo del amor que el Espíritu infunde en nosotros, que se expresa y se alimenta de dos maneras: por una parte en la oración personal privada, y por otra parte en las tareas, en el encuentro con los demás, en el servicio.

Podría decirse que la dimensión espiritual de la formación de un sacerdote es la más englobante, en cuanto alimenta las actitudes profundas que la persona vive en todas las demás dimensiones de la vida. Por otro lado, se afirma que la dimensión pastoral es la finalidad de toda la formación de un sacerdote, porque su misión es parte inseparable de la identidad cristiana y todo crecimiento personal debe orientarse a comunicar el bien que uno ha recibido. Hay que insistir que el discipulado es para la misión.

Pero hay que decir también que en realidad la dimensión pastoral debe impregnarlo todo, y que es igualmente englobante. Ambas dimensiones, la espiritual y la pastoral, deben compenetrarse entre sí y penetrarlo todo. La calidad espiritual de una tarea pastoral y la calidad pastoral de la vida espiritual están profundamente entrelazadas. Hemos visto que, más que las tareas, lo que nos cansa, nos perturba y debilita nuestro fervor son las actividades mal vividas. Por consiguiente, se vuelve necesario darle *calidad* a la actividad.

Vayamos directamente a este punto: ¿De qué manera una actividad puede cargarse de profundidad e intensidad espiritual?

a) Cierta entrega cotidiana

En primer lugar creo que se trata de aprender a encontrar sentido a la actividad cotidiana, a la tarea ordinaria, y de

gustarla, no siempre por los detalles de la tarea sino por el lugar que tiene en el propio corazón. Esto puede lograrse motivándose a través de reflexiones, meditaciones y lecturas que permitan dar algunos pasos:

1. Reconocer con claridad el profundo valor de la entrega de cada día. A veces tenemos la tentación de pensar que, ya que no podemos resolver todos los problemas del mundo, no vale la pena sacrificarse para obtener sólo pequeños resultados. Así miramos el sentido de nuestra vida de un modo meramente empresarial. Hace falta revertir esa mentalidad venenosa y advertir que si bien la propia tarea no resuelve todos los problemas, dedicarse sinceramente a ayudar a algunos pocos a vivir con más dignidad, o a seguir mejor el camino del Evangelio ya justifica la entrega de la propia vida. Así se puede contrarrestar el escepticismo actual, que nos dice que todo es lo mismo, que no se puede cambiar nada, y por lo tanto que no vale la pena intentar algo.
2. Al mismo tiempo, desarrollar un *sentido de misterio* ante los fracasos y la ansiedad. La necesidad de medir y controlar permanentemente el resultado de nuestras tareas nos vuelve obsesivos por los éxitos, olvidando que la misión que Dios nos confía es también un misterio. Sólo Dios sabe cuáles son los efectos profundos que nuestra tarea produce en el corazón de este mundo. Y Dios no falla cuando sus elegidos son dóciles y se entregan con confianza. La tarea de una persona fiel y generosa siempre produce sus frutos más allá de lo constatable. Ningún esfuerzo ofrecido con amor y confianza en Dios se pierde. Todo le aporta algo al universo y somos fecundos de una manera o de otra. Pero tenemos que renunciar a saber con exactitud cómo, cuándo y dónde. Es cierto que cada tanto es necesario evaluar nuestra tarea para tratar de servir mejor a Dios y a los demás, pero sabien-

do que siempre hay mucho más de lo que pueden ver nuestros ojos y escuchar nuestros oídos. Esto al mismo tiempo nos ayuda a no estar demasiado pendientes de lo que opinen de nosotros. Mejor “que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha... Y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6, 3-4).

3. Discernir mejor las tareas necesarias, y *seleccionarlas* adecuadamente para poder centrarnos en lo esencial (EDE 31) y vivir más humanamente y más profundamente la propia misión. Porque “nadie duda entre nosotros de que el ejercicio del ministerio no nos santifica, no nos evangeliza internamente de manera matemática y automática, sino cuando es ejercido en condiciones saludables”²². Cuando las tareas son excesivas o agotadoras, se vuelve muy difícil vivirlas con profundidad espiritual, perjudican la salud psíquica y física de la persona y ya no humanizan al ser humano. Una actividad desproporcionada no tiene “calidad”. De hecho, Juan Pablo II decía, por ejemplo, que el sacerdote debe estar dispuesto a “dejarse devorar” (PDV 28), pero también que “es verdad que estas exigencias han de ser *seleccionadas* y controladas” (ibid).

Una de las condiciones para evitar el estrés negativo, que destruye la salud física y mental, es ponerse sólo metas realistas y bien delimitadas, que permitan un espacio de opciones personales y la preparación cuidadosa para el trabajo. Entonces habrá que replantear algunas opciones y dialogar para establecer las verdaderas prioridades para hoy. Si una tarea sigue siendo parte importante de la propia misión, no queda más que asumirla y motivarse para encontrarle gusto y sentido.

²² J. M. URIARTE, “La caridad pastoral” (cit), 10.

4. Aceptar las tareas necesarias. La pregunta es: ¿qué es lo que nunca debo descuidar, qué es lo que efectivamente puedo hacer? Entonces, busco motivaciones que le den sentido a esa tarea indispensable. Un modo puede ser leer cosas acerca de esa tarea, o buscar luces en la reflexión y la oración. También puede ser útil dialogar con otras personas que realicen esa tarea, para recoger sus motivaciones.

Sólo una vez que logre captar el sentido y la belleza de esa tarea, entonces siguen seis pasos necesarios:

- Acepto que esa tarea integre mi vida.
- Tomo una decisión firme de dedicarme a esa tarea.
- Le destino un tiempo y un horario determinado.
- Renuncio a todas las otras cosas que podría hacer en ese tiempo.
- Me preparo para realizarla lo mejor posible.
- Me entrego a ella con todas las ganas.

b) Algunas claves de la calidad espiritual de las tareas

Supuestos todos estos caminos prácticos, lo más importante es que cada uno logre cargar de hondura y fuerza espiritual la actividad apostólica, uniendo mejor la vida espiritual y la misión concreta. Para ello, a través de la motivación y el ejercicio, hay que aprender dos cosas básicas:

1. A vivir un encuentro *personal* con Jesucristo *en medio de las tareas*. A recuperar la alegría de seguirlo en todo y en medio de cada cosa, a recuperar la conciencia feliz de que él camina conmigo, respira conmigo, vive conmigo, trabaja conmigo. Es volver a convertirse, a escuchar el “sígueme” que me cambió la vida, a declararlo una

vez más Señor de la propia existencia y darle a él el centro también en el trabajo.

No todas las tareas pueden vivirse en diálogo con Jesús, porque a veces requieren una concentración que impide pensar en otra cosa. A veces podemos alimentar la unión con Jesús gracias a pequeñas oraciones o “jaculatorias” que repetimos mientras estamos realizando una tarea, como decir: “Señor, te necesito”. “Gracias por tu amor”. “Ten piedad de mí”. Pero hay una relación constante con Jesús que puede vivirse sin interrupción. Del mismo modo que uno puede realizar una tarea junto con otra persona sin conversar con ella ni mirarla, pero con la satisfacción de no estar solo, de compartir el esfuerzo con él, lo mismo sucede en nuestra relación con Jesús. Yo nunca estoy solo cuando trabajo, siempre estamos nosotros dos, juntos.

Sé con certeza interior que soy amado incondicionalmente por él, pase lo que pase, aunque fracase, aunque los demás me ignoren, me olviden o me agredan, aunque tenga que atravesar situaciones difíciles, más allá de todo y en medio de todo, él estará conmigo. Estaremos juntos.

En todo caso, habrá que reconocer los bloqueos interiores que no nos permiten dejarnos amar, habrá que hacer conscientes las resistencias que ponemos al amor de Dios y trabajarlas en la oración, en la dirección espiritual, y quizás en la terapia si fuere necesario. Así permitiremos que la obra de la gracia que ha tocado nuestra vida pueda expresarse mejor en nuestra emotividad herida y cerrada. Nunca es conveniente permitir que se prolongue indefinidamente una situación de aridez, de oscuridad o de acedia interior, que sólo puede tener una función pasajera en el camino espiritual. Dejar de en-

frentar las causas de esta situación sería exponerse temerariamente a la infidelidad o a un cumplimiento meramente exterior y vacío de la propia misión.

Pero el objetivo de todo camino personal no será alcanzar un alto grado de experiencia espiritual sólo en los momentos de soledad, sino poder vivirla en medio del cumplimiento concreto y cotidiano de la propia misión.

Ni siquiera el discernimiento hecho en diálogo con el Señor es algo exclusivo de los momentos de oración solitaria, porque también *en la misma actividad* el pastor intenta vivir un constante, sereno y sincero discernimiento de sus actitudes, motivaciones y sentimientos. Esto no se puede negar si se reconoce que Jesús habla y ofrece su amor también en medio de la tarea a la cual él mismo nos envía. Hay “una llamada que Dios hace oír en una situación histórica determinada. En ella y por medio de ella Dios habla al creyente” (PDV 10). Hay cosas que él dice “en una determinada circunstancia” (EN 43), y que requieren una “sensibilidad espiritual” (ibid) vivida en la misma actividad mundana. El Espíritu otorga permanentemente luces e impulsos que hay que acoger con docilidad en medio del trajín y el vértigo de la acción; la presencia de Cristo resucitado es tan real en medio de la misión que cumplimos como en los momentos de silencio y quietud. Y si el Señor nos hace llegar sus mociones, llamados, impulsos y signos de amor en medio de la existencia mundana, nuestra respuesta amorosa y profundamente personal debería darse también en medio de esa misma existencia mundana, en la actividad y en el encuentro con los demás.

2. A *detenerse* con disponibilidad en cada tarea y en cada persona y a dejar de resistirse internamente ante las exigencias ajenas. Hay una serie de recursos tanto espiri-

tuales como psicológicos para aprender a detenerse, a vivir el presente, venciendo la ansiedad venenosa. También hay mecanismo para dejar de resistirse tanto, para “aflojarse” ante los requerimientos permanentes de la misión. No desarrollo aquí esos variados recursos porque ya lo hice abundantemente en otras dos obras: *Claves para vivir en plenitud*, Madrid, San Pablo, 2003; *Teología espiritual encarnada*, Buenos Aires, San Pablo, 2004, 84-97. Pero veamos a continuación algunas aplicaciones de dichas actitudes a las tareas cotidianas.

Quien ha caído en las redes de la ansiedad tampoco dedica toda su atención a las personas que trata, y esto perjudica la calidad de su acción evangelizadora. Escucha a las personas pensando en lo que tiene que decir o en lo que tendrá que hacer luego. Así se priva de la riqueza de las relaciones sanas y fraternas. Esa ansiedad no nos permite gozar de lo que hacemos, y provoca una permanente tensión interior. Esa tensión psicológica termina afectando al cuerpo, que no puede resistir esa prisa permanente del sistema nervioso.

Uno logra detenerse plenamente cuando un objeto o una persona ocupa todo el interés por un instante. Ese momento, cuando una sola realidad ocupa nuestra atención, es un tiempo vivido a pleno, con todo nuestro ser unificado en una sola dirección. Allí hemos alcanzado un verdadero encuentro, una fusión, una unión perfecta, aunque sea por un momento. No se trata necesariamente de una quietud física, porque esta experiencia puede producirse también en medio del entusiasmo de una actividad muy intensa.

Si hay alguna urgencia que me llena de tensiones, no podré prestar una atención serena y amorosa a esa persona o a esa cosa. Si hay alguna tarea, otras personas,

otros proyectos que me parecen absolutos, estaré con mi mente ansiosa lejos de este presente, y no podré detenerme en él. Por lo tanto, para entregarme entero a una persona o a una tarea y dedicarle toda mi mente y mis energías interiores, tengo que hacer un acto de renuncia a todo lo demás por un momento.

Lo que me toca vivir, sobre todo si es parte de mi misión, merece ser vivido a pleno. Cuando lo logro, soy feliz, me realizo y maduro en mi actividad. Para ello es necesario aceptar y elegir eso que me toca realizar. Si no lo acepto y no lo elijo, quizás lo haré, pero no lo gozaré, estaré con la cabeza en otra parte y con el corazón angustiado, porque quiero hacer otra cosa.

Cuando alguien adquiere una verdadera habilidad que lo hace feliz, es porque ha dejado de preocuparse por lo que está alrededor, por el éxito, el fracaso, la mirada de los demás, el aplauso o los sentimientos de los demás. El artista ha logrado estar sólo en lo que hace, entregarse de lleno a eso. Es ese presente lo que cuenta, y nada más. Cuando es así, la persona confía en ese dinamismo que se ha apoderado de todo su ser y deja que todo suceda. Nunca terminaremos de desarrollar una habilidad si no llega el momento en que nos entregamos completamente a esa actividad porque sí, y nada más que porque sí. En ese caso uno se olvida de todo lo que hay alrededor, y también del reloj, como si el tiempo no pasara, y no interesara. Tampoco interesa si cometimos errores; eso no nos perturba, ya que sólo interesa lo que está aconteciendo, y no lo que podría ser o lo que debería haber sido. Las grandes obras, las genialidades del arte, las mejores creaciones del hombre, han surgido en momentos receptivos, cuando alguien se ha dejado tomar, se ha dejado poseer por algo o por alguien.

Hay personas que prefieren la ansiedad, el nerviosismo de miles de tareas. Quieren hacerlo todo porque creen que eso es vivir. Pero no hacen nada con verdadera calidad, con un sentido profundo, con verdadero gozo. Es como si vivieran escapando de algo, quizás escapando de sí mismos en ese desorden. Por eso, cuando se liberan de alguna dificultad, necesitan encontrar otra. Pero no advierten que no hay nada más aburrido que la prisa permanente, porque así no pueden gozar de ninguna tarea. La verdadera paz es una agradable calma que nos mantiene fuertes y saludables para poder disfrutar intensamente de todo lo que la vida nos ofrece, también del trabajo. Cuando uno aprende a valorar esa paz, no se hace esclavo de sus planes; puede seleccionar las tareas y dejar para después lo que puede esperar. Así, en su existencia reina un orden lleno de vida. La ansiedad, en cambio, nos convierte en personas superficiales, porque nos lleva a pasar rápidamente de una cosa a la otra, sin llegar a la profundidad de nada. El corazón ansioso no soporta la quietud; pero así no puede gustar del sabor más agradable de las cosas.

Aprender a detenerse en una tarea es también aprender a percibir el inmenso y sagrado valor de cualquier persona que tratemos en esa tarea. Ser contemplativo implica reconocer esa inmensa dignidad de todo ser humano y apreciar los destellos de Dios en cada persona. Eso sólo está logrado cuando somos capaces de ejercitarlo en medio de la acción, sobre todo cuando tenemos la tentación de pensar que los demás no son dignos de nuestra entrega. En ese caso, hace falta desarrollar un “reflejo espiritual” para poder reaccionar a tiempo diciéndonos a nosotros mismos:

Ellos sí que son dignos, lo merecen todo. No por sus méritos, no por sus logros personales o capa-

ciudades, no por sus obras, no por su belleza física. Son inmensamente dignos de que yo les de todo porque son creaturas de Dios, infinitamente amadas, creadas a su imagen, salvadas por la sangre de Jesucristo y llamadas a participar de la plenitud eterna de Dios en su gloria.

Pero si sólo nos ejercitamos para detenernos ante lo que es armonioso y bello según los esquemas de la sociedad consumista, sólo seremos capaces de detenernos ante un cuerpo hermoso, proporcionado, limpio y sano. Nos convertiremos en seres selectivos, que pretendemos elegir a quién amar, y entonces seremos cada vez más egoístas, ciegos e insatisfechos. La liberación del individualismo consumista que nos ahoga se produce cuando yo puedo reconocer que además de mi cansancio está el cansancio de ellos, además de mis deseos están los deseos de ellos, además de mis necesidades están las necesidades de ellos, además de mi hambre y de mi ser están el hambre y la sed de ellos, que son infinitamente valiosos y dignos de vivir mejor. Cuando me abro así al reconocimiento de los otros yo puedo dejar de escapar de ellos, dejo de resistirme ante sus reclamos, puedo aflojarme cuando soy requerido, cuando me desinstalan, cuando me necesitan. De otro modo estaré tenso ante las personas que no me parezcan bellas y agradables, y seré incapaces de ayudarlas gratuitamente. Porque

el amor fiel no está sometido a los vaivenes del afecto. Su punto de partida no reside en el estado afectivo [...] sino en las necesidades de la comunidad, y en el compromiso que ante Jesucristo y ante la Iglesia he contraído con ella. Precisamente por esta inmunidad frente a las oscilaciones del afecto es un amor equilibrado: al abrigo

*de los grandes entusiasmos y de las grandes decepciones*²³.

Vemos así que, junto con el intento de “detenerse” ante cada persona, muchas veces es necesario el intento de “aflojarse” ante esas personas que despiertan un rechazo en nosotros. Hace falta un acto interior por el cual aceptemos a esas personas, las consideremos digna de nuestra atención, y nos “aflojemos” ante ellas por un instante.

Cuando mi riqueza espiritual se expresa y se proyecta en la actividad y en el encuentro no selectivo con los otros, recibo siempre algo nuevo de ese mundo y de esas personas donde explayo la actividad. Me enriquezco permanentemente, porque Dios me hace llegar nuevas luces y nueva vida a través de los demás.

Estamos hablando entonces de una verdadera profundidad contemplativa que se vive en el encuentro con los demás; no sólo en una suerte de observación recogida o intimista, sino en medio de la misma actividad de servicio al hermano. Es una acción en la cual la hermosura y la dignidad del otro son intensamente percibidas por el corazón amante, porque el hermano es contemplado como reflejo de la gloria de Dios. Esta mirada detenida ante el otro puede llegar a convertirse en una verdadera experiencia de altísima mística en medio del encuentro pastoral, otorgándole una calidad espiritual excepcional.

3.4. La oración en medio de la tarea

Llegamos ahora a la culminación de identificación profunda con la propia misión, cuando la relación personalísima

²³ J.M. URIARTE, “La caridad pastoral” (cit),13.

con Dios se hace presente en medio de la realización de las tareas.

Hasta ahora hemos hablado acerca de actitudes interiores y recursos que permitan vivir con más profundidad la actividad y el encuentro con los demás. Pero todavía hemos hablado poco de una oración propiamente dicha. Mencionamos la necesidad de vivir un encuentro personal con Jesucristo en medio de las tareas, de recuperar la alegría de seguirlo en todo y en medio de cada cosa. Pero no hemos dicho cómo se puede vivir concretamente ese encuentro orante sin dejar de prestar a la tarea toda la atención necesaria.

La necesidad de detenerse en cada tarea y ante cada ser humano requiere un doble movimiento:

Por una parte valorar lo que uno tiene delante, aceptando dejar otras tareas y otras cosas para entregarse a esa tarea o a esa persona, sin estar con la mente en otro lugar ni estar deseando hacer otra cosa.

Por otra parte, debilitar nuestras resistencias y esquemas mentales negativos que producen rechazo ante esa persona o esa tarea, de manera que podamos aceptarla sin tensiones dañinas.

¿Cómo lograrlo percibiendo al mismo tiempo toda la densidad de un encuentro con Jesucristo y al mismo tiempo con los demás?

Veamos algunos ejemplos:

a) Ante una persona que me necesita

Por ejemplo, cuando tengamos que estar quince minutos escuchando a una persona con problemas, que requiere

nuestra atención, ese ser humano debe convertirse en lo único que existe en el mundo durante esos quince minutos, y para eso es indispensable entregar esos quince minutos, aceptar “perderlos” sólo con esa persona. Se trata de entrar a fondo en el misterio de ese ser humano, que merece ser atendido. En cambio, si durante esos quince minutos estamos pensando en otra cosa que desearíamos hacer y nos lamentamos por dentro por ese tiempo perdido, sólo viviremos una experiencia negativa, llena de tensión interna, altamente desgastante e inútil. Y no lograremos nada de lo que pretendamos planear con nuestra mente.

Para peor, la tensión interna nos lleva de alguna manera a detestar a la persona que tenemos delante, y a declararla culpable. Lo que nos diga se cargará de connotaciones negativas, y la persona nos parecerá tonta e insignificante. De ese modo, difícilmente se sentirá acogida y comprendida. Posiblemente, sintiéndose despreciado, ese ser humano nos dirá alguna palabra agresiva que nos molestará, y ese momento se volverá muy desagradable. ¿Para qué sirve una experiencia así?

Para lograr valorar y aceptar a esa persona, que puede parecer desagradable, resentida y agresiva, los cristianos tenemos un recurso muy valioso en nuestra relación con Jesucristo, y podemos llegar a reconocerlo a él presente en el hermano que sufre. De ese modo, lo que podría ser un momento desagradable, se convierte en una altísima experiencia espiritual.

Pero hay que advertir cómo esta oración implica tomarse en serio lo que le está sucediendo a la persona. No se trata de evadirse en la presencia de Dios olvidándonos de esa persona que tenemos delante, con su realidad histórica concreta. Es más bien un “encuentro encarnado” con Jesucris-

to; es decir, encarnado en esa situación particular, que puede ser la de un enfermo con todos sus dolores, miedos, angustias y lamentos. En ese caso concreto, el encuentro con Jesucristo no es una conversación con Jesús sobre mis propios asuntos, ni una alabanza profunda mientras finjo que estoy escuchando al enfermo. Más bien se trata de la oración que se realiza en ese mismo encuentro directo con el dolor, convirtiendo en oración lo que estamos viendo y escuchando con interés.

Así, la visita a un enfermo deja de ser una obligación protocolar, el cumplimiento de un compromiso para no quedar mal, o un gesto de lástima, y esa visita adquiere una intensidad espiritual que enriquece la vida y la lleva a sus mayores profundidades.

b) En otras tareas sacerdotales

Un sacerdote puede vivir sus compromisos pastorales como una mera obligación, a veces muy pesada. Podría pensarse que la misión sacerdotal es tan espiritual que su actividad es una permanente oración. Pero eso no es necesariamente así, porque también las tareas más sagradas pueden realizarse mecánicamente. Por otra parte, aunque un sacerdote predique muy bien, porque prepara su predicación, utiliza un lenguaje agradable, una entonación dulce y unos ejemplos atractivos, podría tratarse de un mero profesionalismo y no de una verdadera convicción interior que él está transmitiendo. Pero una actividad vivida de esa manera no es verdaderamente satisfactoria, tarde o temprano se vuelve rutinaria y no alimenta interiormente a la persona. Veamos ahora tres ejemplos de modos concretos como un sacerdote podría darle un profundo sentido espiritual a algunas actividades, en las cuales se puede vivir una preciosa relación personal con el Señor:

En la Misa

¡Señor, cuánta riqueza se encierra en estas historias que están ocupando el templo, que han venido a buscarte en torno al altar! Todo eso Señor, se eleva contigo y penetra en el tabernáculo infinito de tu gloria, en el fuego ardiente y en la luz purificadora de tu amor. ¡Ésta es la fiesta de la vida!

En un Bautismo

Aquí estás, mi Dios, amando a este niño que has creado, tomándolo en tus brazos, haciéndolo entrar en tu intimidad divina, abriéndole las puertas de tu Reino de vida. Aquí estás, penetrando en sus venas con tu gracia, derramando tu propia sangre para hacerlo tu hijo. Aquí estás, abrazándolo con cariño sin límites mientras el agua que se derrama en su cabeza dice: “te amo, mi niño, te acaricio, te doy nueva vida, mi propia vida, soy tu Padre”.

En el Sacramento del perdón

Señor, en este hermano que ha confesado su pecado y recibe tu perdón, está naciendo un mundo mejor. Discretamente, un poco más de belleza y de bondad penetra en este mundo caído. Nace una esperanza mientras estoy trazando la señal de tu cruz y Tú mismo estás diciendo con amor, como el padre que recibe a su hijo perdido: ‘Yo te absuelvo de tus pecados’. ¡Y hay fiesta en el cielo! Por eso sé que vale la pena ser instrumento tuyo, y estar juntos sembrando nueva vida.

3.5. De pronto sólo se trata de escuchar

A veces uno se encuentra de golpe ante un paisaje sorprendente, delante de un panorama encantador. Entonces qui-

siera decir algo, y quizás le gustaría expresarle algo a Dios, pero no le salen palabras. En realidad, no es necesario ni conveniente decir algo, porque está hablando Dios. Sólo hay que “escuchar”.

Lo mismo puede suceder en la oración. No tenemos palabras, no sabemos qué decir. Precisamente, quizás sólo se trata de callar para escuchar lo que él quiere transmitir, para acoger el don divino y dejarlo actuar.

Pues bien, exactamente lo mismo puede suceder en un encuentro con una persona que nos cuenta algo. De pronto no sabemos qué decirle a esa persona, y tampoco atinamos a decirle algo a Dios en ese momento. Porque en realidad tampoco hace falta. Está hablando Dios a través de esa persona, y entonces hay que callar y escuchar. La oración en medio de una tarea o de un encuentro humano no consiste siempre en decirle cosas a Dios, sino en recibir lo que él quiere transmitirnos. Porque la oración es un diálogo donde nosotros hablamos, pero donde lo más importante es escuchar a Dios. Esa persona que Dios me puso adelante es un instrumento de Dios, tiene una misión que cumplir interpe-lándome, trayendo una novedad a mi vida, depositando una pregunta en mi corazón. Dios espera que acoja ese don.

La oración, el encuentro con Dios vivido en medio de una tarea, muchas veces se vive así, sin palabras. Ordinariamente será una combinación de donación y de receptividad, de ofrenda y de acogida. Pero hay ocasiones en las que sólo se trata de permitirle a la otra persona cumplir su propia misión de instrumento del Señor para modelarme a mí. Y se lo permito vaciando el corazón y escuchando con confianza.

RASGOS CONTEMPORÁNEOS DE LA ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL

*P. Cristian Precht Bañados**

Ser sacerdote es un inmenso don del Señor: es un proyecto y un desafío que se vive de cara a los tiempos de la historia. Como toda obra de Dios, el presbiterado tiene ciertos rasgos permanentes y otros rasgos, o acentuaciones, que dependen de los tiempos de Dios y de la Iglesia.

* Nacido en Santiago de Chile el 23 de septiembre de 1940. Ordenado sacerdote el 6 de agosto de 1967. Licenciado en Teología por la Pontificia Universidad Católica de Chile. En 1972 obtiene la Licenciatura en Sagrada Liturgia. Fue Vicario Cooperador en la Parroquia de Santa María Magdalena. Secretario Ejecutivo del Comité Pro Paz. Vicario de la Solidaridad. Vicario de la Zona Oriente de Santiago y como Secretario Pastoral del Arzobispado. Vicario General de Pastoral de la Arquidiócesis. Coordinador responsable del proyecto de Nueva Evangelización; Vicario de Pastoral Juvenil y Vicario de la Esperanza Joven. Durante todos los años de Vicario Pastoral

Hoy vivimos un tránsito cultural de proporciones, propio de un mundo globalizado, que necesariamente incide en nuestra manera de vivir el sacerdocio. Este tránsito se vive de manera más intensa, y hasta dramática, en la ciudad y en la gran ciudad. En América Latina tenemos urbes como Ciudad de México, Bogotá, São Paulo, Buenos Aires, Santiago y tantas más. Pero, además, se da el extraño fenómeno de que en un Continente tan agrario, una cantidad cercana al 80% de sus habitantes, sean hayan optado por vivir en la ciudad.

Por eso nos proponemos describir algunas tendencias del tiempo en que vivimos –especialmente en la cultura urbana– y sacar algunas conclusiones para el ministerio presbiteral. Obviamente, por lo vasto del tema y por la rapidez de los cambios, estas observaciones no son afirmaciones rotundas sino más bien proposiciones para ser discutidas, precisadas, corregidas y complementadas. Y, obviamente, también mis referencias están vinculadas a Santiago de Chile, lo que “estrecha” la visión del desafío que presenta la gran ciudad a nuestro ministerio.

encabezó el Área de Comunicaciones Sociales de la Arquidiócesis. En julio de 1995 es nombrado Secretario General Adjunto y Tesorero del CELAM. En el año 2005 es nombrado Secretario Ejecutivo de la Comisión Nacional para la Canonización del Beato Alberto Hurtado. Y en el año 2006 es confirmado como Vicario para la Zona Sur y, a partir del 1 de enero, nombrado Director del recién creado “Instituto Pastoral Apóstol Santiago”. Es colaborador de las revistas *Medellín* (CELAM), *Servicio* (Conferencia Episcopal Chile), *La Revista Católica* (Seminario de Santiago), *Testimonio* (Religiosos de Chile), *Contactos* (INPAS). Además ha publicado numerosos folletos de formación, en diversos campos de la pastoral.

1. UNA MIRADA AL TIEMPO EN QUE VIVIMOS

Cambia todo cambia

Para comenzar nos situamos en el contexto de este *neo-renacimiento* en que el hombre –varón y mujer– se vuelve en-simismado sobre su grandeza. Y tal como en el primer renacimiento, este tiempo tiene algo de pagano, en el mejor sentido de la palabra. Es decir, tiene muchos dioses, sin ser politeísta, y deja en lugar secundario la referencia al Único Señor.

Estamos encandilados por los logros de la ciencia y de la técnica y nos proponemos construir una torre que llegue hasta el cielo, como en Babel¹, para quitarle a Dios su reinado y *entronizar a la humanidad divinizada*. Dios ha perdido el lugar que tenía en la cultura campesina y, por lo tanto, la Iglesia también ha mudado de lugar en la conciencia de la gente. Sobre todo, en la cultura urbana. Y esto condiciona, necesariamente, nuestros ritos y plegarias y también las expectativas que la gente tiene sobre nuestro ministerio presbiteral.

La nueva generación –a la cual también pertenecemos– está obnubilada por el *manejo del progreso*. Ha comenzado a descifrar el mapa genético y a experimentar con el misterio de la vida buscando clonar al ser humano. Por otra parte, la economía ha alcanzado para algunos el status de ciencia exacta, siendo a la vez filosofía y profecía, y nadie puede ocupar una tribuna si no exhibe su competencia en las cifras que supuestamente indicarían el progreso, aunque no siempre se reflejen en la calidad de vida. En este ambiente han nacido los *hijos del mercado* más individualistas que los hijos del Estado, casi siempre más sociales, y cada uno

¹ Ver Gn 4, 11 ss.

de ellos busca el éxito que la sociedad le debe a sus méritos personales.

En esta misma medida la sociedad y la familia se estrechan, se atomizan... Vivimos en el reino de las “bandejas”² –por horarios de estudio o de trabajo, por preferencias en la programación e la TV, etc., cada uno con la suya– y no tanto de la mesa común que ofrecía una conversación comunitaria con sus correspondientes encuentros, discusiones y reencuentros. Sin embargo, y paradójicamente, en este mundo fragmentado por muchas individualidades, *la familia* se convierte progresivamente en el referente más estable que tenemos. Por esta razón, “sobrecalentamos” *la vida familiar* de tantas expectativas que, a veces, ésta se siente agobiada y no da abasto para responder a todas las demandas. Una buena parte de esta demanda recae sobre la mujer, “gerente de los afectos” y exigida por varios frentes a la vez... Ella es madre, esposa, dueña de casa, cocinera y, cada vez más frecuente, trabaja para añadir sustento al hogar. Todo esto tiene muy desorientado a varón quien no logra asumir su nueva situación menos aún cuando el cambio de roles lo hace asumir nuevas obligaciones domésticas y la cultura ambiente lo induce a desarrollar los rasgos femeninos de su personalidad.

Y, obviamente, en este contexto, que valoriza la individuación (y a veces el individualismo) florece *una mentalidad asistémica que se desafecciona de las instituciones*, las rechaza y quiere contribuir a mostrar su inutilidad o su inconsistencia, como lo hace cierta prensa. Nos referimos a todas

² “Bandejas” o “charolas” en que llevamos los platos de comida... Hoy no es raro ver gente ante la TV y con una bandeja sobre sus rodillas, comiendo la merienda o la cena de la tarde, en vez de poner la mesa familiar.

las instituciones: la familia, la Iglesia, el Estado, los partidos políticos, etc. Lo que vale y se promueve es el individuo, el mundo privado, la iniciativa privada, la privatización de la religión y de las relaciones conyugales. Un ejemplo de lo que decimos se da con respecto al matrimonio en que crece el número de jóvenes que no recurren ni al testigo del Estado ni a la Iglesia para casarse pues, ¿para qué? ¿Qué es lo que ellos pueden añadir al amor que dos personas se profesan?

Otro elemento, que también nos desafía, es el florecimiento de *las minorías sociales*, en todo campo de cosas, desde la nueva conciencia de los pueblos originarios³ –con toda su carga histórica– a las minorías sexuales, o a la gente que se agrupa por intereses diversos desde la promoción de la mujer hasta la ecología, pasando por la derrota del SIDA, el apoyo a la mujer sola y jefa de hogar, los esfuerzos por hacer retroceder el consumo ilegítimo de drogas hasta las tribus urbanas que se expresan en grafitis.

Somos conscientes que este diagnóstico abreviado es mucho más matizado. En el mismo país y en la misma ciudad conviven culturas muy diversas. Junto al ruido de la modernidad tardía –atizada por muchos comunicadores sociales– convive una cultura más tradicional, y las ideologías del pasado reciente pugnan por reconquistar o mantener su vigencia. Tampoco se nos escapa el renacer de la vocación social entre los jóvenes ni el florecimiento de los voluntariados, como hace 50 años en que en vez de “un techo para Chile” hacíamos la campaña de la fonolita y ayudábamos a parar mediaguas... No dejamos de valorar, tampoco, los procesos de individuación (no siempre de personalización)

³ En Chile particularmente mapuche y pascuense, aunque también hay conciencia de las minorías aymaras del norte y otras etnias aún menos numerosas.

y la mayor conciencia de ciudadanía que empieza a existir entre la gente. Y, en el campo religioso, las búsquedas místicas y espirituales que despuntan en medio de tanto pragmatismo y que, paradójicamente, no se buscan (o no se encuentran las respuestas) en las parroquias y las estructuras de la Iglesia, salvo en algunos grupos, movimientos o experiencias más particulares. De ahí la curiosidad por lo que puede ofrecer la sabiduría oriental o de las diversas expresiones del *New Age*.

Pero, lo que parece *prevalecer, al menos a primera vista, es una mentalidad más individualista, subjetiva, atenta al yo más que al bien común*. Y la Iglesia –también nosotros– no escapa de estas realidades en la medida en que está formada por varones y mujeres de este tiempo. Y, por ende, hijos y hermanos de esta misma cultura. Por eso, así como hay ONGs –expresiones neo institucionales de la caridad en el mundo secular– en la Iglesia se desarrollan movimientos y asociaciones que en pequeño (o invocando nuevas estructuras canónicas) quieren vivir sus ideales sin depender directamente de los Pastores inmediatos. Prefieren depender del Papa de Roma o de sus propias jerarquías.

Esta situación también afecta *al magisterio eclesial* pues en una sociedad multicultural hay que aprender a hablar varios idiomas en una misma sociedad... y no siempre se puede hablar en una ciudad con un lenguaje que todos comprendan. Está el lenguaje de los jóvenes, el de los profesionales, el lenguaje mal llamado culto y el lenguaje popular, los lenguajes de los migrantes, etc. La situación se hace más compleja si incorporamos no sólo el lenguaje del Chat y el Internet sino la posibilidad que este medio nos brinda para encontrar “maestros personales”, sustrayéndonos al influjo del maestro común: el párroco, el obispo y hasta el Papa, salvo en momentos muy singulares.

A todo esto se añade *la nueva situación en los medios de comunicación* que poco a poco han pasado de ser comunicadores a contralores e, incluso, a ser inquisidores. “Fiscalizadores” como a algunos de ellos les gusta llamarse, a pesar de no haber sido elegidos para desempeñar esta función ni toleren más contraloría que la propia conciencia. Sin querer queriendo tienden a pasar del cuarto al primero de los poderes, guiados ellos también por intereses económicos y de grupos. En este contexto, cada uno de ellos busca su propio segmento y, en general, es fácil que la verdad periodística se confunda con el *rating* y que algunos consideren legítimo publicar lo que da dinero, así sea difamando. Es raro que pidan disculpas cuando se equivocan y que estas excusas aparezcan con la misma espectacularidad que las acusaciones. Y cuando, en el mejor de los casos se disculpan, el mal ya se ha extendido y los desmentidos no se escuchan.

Es curioso, pero lo que los derechos humanos exigen a todos, especialmente a los gobernantes, en cuanto a presumir la inocencia de un imputado mientras no se demuestre lo contrario, o en cuanto a la prohibición de violar la intimidad de la vivienda y de las comunicaciones⁴ (salvo por orden judicial), algunos no tienen reparo que estos mismos derechos sean violados por los medios públicos de comunicación social, invocando la libertad de expresión y de investigación. Una colusión de derechos entre la salvaguarda de la dignidad persona y la libertad de información...

No, hermanos, no se confundan. Quien escribe es una persona esperanzada, incluso un optimista, convencida de que para poder cantar la esperanza hay que saber detectar la vida en medio de aquellas cosas que la niegan y que, para

⁴ Declaración de los Derechos Humanos, art. 11 y 12.

celebrarla, se requiere la ley del grano de trigo. La Encarnación es silenciosa, vulnerable, escandalosa y a la Pascua sólo se llega por la cruz y el descenso a los infiernos.

Lo que es claro es que estamos en medio de la nueva cultura que antes se designó como *adveniente* y que ya se ha instalado entre nosotros. Esta nos desafía a dar pasos cualitativamente nuevos para enfrentar la evangelización de los tiempos nuevos. En Santiago decimos que queremos “evangelizar el corazón de la cultura”, o bien “el corazón de la ciudad”... y eso significa ser capaces de dialogar con el corazón del varón y de la mujer contemporáneos, el corazón de los jóvenes, el corazón de los comunicadores, de los gestores... y como siempre, privilegiar el diálogo con el corazón de los pobres, que padecen tanto las antiguas como las nuevas pobreza.

2. RASGOS DE ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL

Algunas notas de espiritualidad presbiteral

Así las cosas, cambia todo cambia... y seguirá cambiando con creciente rapidez. Por esta razón hay que volver a mirar nuestra espiritualidad presbiteral, en este nuevo contexto cultural, para ver lo que en ella hay que debe permanecer y lo que debe cambiar para ser mejores discípulos y misioneros del Evangelio. Queremos remar mar adentro en estas mismas aguas procelosas de la historia y volver a echar la red donde tantas noches la hemos tirado en vano para recoger la pesca que nos prepara el Señor⁵. ¿No lo hicieron así los que nos precedieron en tiempos del nazismo, del marxismo o de la seguridad nacional? Y para ir más lejos, ¿no lo hicieron así los “Padres de la Iglesia” de los primeros cinco siglos

⁵ Ver NMI 58.

y los “Padres de la Iglesia” del siglo XX en nuestra Iglesia de América Latina y El Caribe?

Evangelizar el corazón de esta cultura es un llamado a evangelizar nuestro corazón sacerdotal, nuestra vida consagrada, nuestra vocación ministerial. Un llamado a darnos tiempo para orar nuestro ministerio, para que en él la acción no se coma a la contemplación⁶, y para que las soluciones a problemas tan concretos, broten de una mirada-con-Cristo de la nueva realidad que también protagonizamos. Así las cosas: el “¿qué haría Cristo en mi lugar?”⁷ sigue siendo lema y actitud de vida.

Ante la magnitud de los desafíos pastorales que enfrentamos hay quienes pierden el norte de su actuar y no pocos se sienten desconcertados. De ahí la necesidad de subrayar que en esta búsqueda no estamos solos. Antes que nosotros se han reunido nuestros Obispos en el Sínodo de América y el Sínodo sobre el Ministerio episcopal. Junto a la Iglesia Universal hemos preparado y celebrado el Jubileo de la Encarnación y hemos recibido de manos del Papa Juan Pablo el testamento de dicha experiencia de fe, la *Novo Millennio Ineunte*, que tiene gran vigencia para la vida de la Iglesia. Ahora nos preparamos para la V Conferencia Plenaria del Episcopado Latinoamericano y junto a nuestros pastores, nos preguntamos como ser presbíteros—discípulos y presbíteros-misioneros especialmente, en nuestro caso, en los presbiterios locales y en el clero secular. Y para aportar a esa reflexión los invito a subrayar algunas notas de espiritualidad presbiteral.

⁶ Ver NMI 43.1.

⁷ Criterio de acción de san Alberto Hurtado.

2.1 Una vocación apostólica, diocesana y secular

En primer lugar, no hay que olvidar que la nuestra es una vocación apostólica, diocesana y secular, que nos lleva a anunciar el Evangelio en medio del mundo y desde el corazón de una Iglesia Particular. Por lo tanto, hay que evitar la tentación de la *fuga mundi* y la *fuga individualista*, igualmente perniciosas, y que consiste en construirse cada uno su pequeña Iglesia –capilla, parroquia o movimiento– modelada a su imagen y semejanza. También hay que evitar buscar las fuentes de la espiritualidad lejos de nuestro ministerio porque entonces entraríamos en un paralelismo sin destino. En ese sentido, una *Lectio divina* de la II Corintios es más que actual para nuestra espiritualidad, para descubrir en ella como san Pablo se fortalece en medio de contradicciones, escisiones y aún persecuciones. Esta puede ayudarnos a resituar nuestra caridad pastoral que sigue siendo el lugar desde donde se alimenta nuestra espiritualidad presbiteral.

2.2 Ministerio en medio de este mundo

Lo propio nuestro es el anuncio del Evangelio del Reino en un mundo que tiene –como siempre– otros evangelios y otros reinos. Esto no es nuevo. Lo nuevo tal vez es que, pocas veces como ahora, esos otros reinos han tenido tanto marketing y un alcance tan universal, gracias a la globalización de la vida y de las comunicaciones. Lo espontáneo es pensar en tener emisoras de radio y de Televisión, y crear páginas web para vocear nuestro mensaje. No está mal... Pero antes, hay cosas más urgentes que están absolutamente a nuestro alcance, como por ejemplo:

a. El encuentro vital con Jesucristo y la mística cristiana

Hoy existe un gran hambre de nueva espiritualidad que signifique una experiencia de Dios en nuestras

propias vidas. Esta experiencia es esencial para todo ministro pero no se la puede encontrar fuera de los límites de su ministerio. Tiene que ser posible encontrar las semillas de esta nueva espiritualidad en la propia esencia del servicio cristiano. La oración no es una preparación para el trabajo o una condición indispensable para que el ministerio sea eficaz. La oración es vida. la oración y el ministerio son una misma cosa y jamás pueden separarse⁸.

Esta experiencia mística se hace hoy más necesaria pues, precisamente por el pragmatismo reinante y por el subjetivismo ambiente, la gente tiende a refugiarse en experiencias místicas... que encuentra en las escuelas orientales y no en el seno de la propia Iglesia. A nosotros los presbíteros nos perciben como hombres de acción, organizadores, gerentes pastorales, y sienten que la Iglesia enseña moral o que reduce su mensaje a la moral, pero que no aporta las razones profundas de la fe. Es un punto muy serio para un examen de conciencia, y para analizar nuestra vivencia espiritual, nuestro magisterio y nuestras homilías.

En nuestra espiritualidad, entonces, debe explicitarse el encuentro vital con Jesucristo y su seguimiento en un discipulado permanente. No podemos ni debemos callar el amor y la pasión que El suscita en nosotros; y su nombre debe estar continuamente en nuestros labios. El es "el producto" que la Iglesia ofrece al mundo y, sin lugar a dudas, absolutamente el mejor que podemos aportar en nuestro tiempo⁹.

⁸ NOUWEN, *Un ministerio creativo*, PPC 1998, p. 18.

⁹ Cf. *E in Am*, 67.1.

b. La Lectio divina

Es claro que la mística cristiana siempre apunta a la persona y a la historia y no se reduce a una vaguedad de sentimientos de “sentirse bien”. Esta se funda en una relación personal con el Señor, se proyecta en el acontecer —es la Encarnación, es la Pascua, es el don del Espíritu en Pentecostés— y nunca se encierra en espiritualidades narcisistas. La caridad sigue siendo el único termómetro para medir la autenticidad del encuentro con Cristo.

Por eso, la *Lectio divina* es hoy una fuente inmejorable de espiritualidad histórico-caritativa, ya que leemos la Palabra en su propia situación histórica: “qué dice la Palabra”, así como en el contexto de nuestra propia historia: “qué nos dice la Palabra”; oramos desde esa lectura situada *oratio* y buscamos cómo hacer vida o prolongar el sabor de esa palabra: *contemplatio*.

La experiencia de la *Lectio* está vinculada a nuestras homilías que son un reto a nuestra espiritualidad y una exigencia cada vez más aguda de nuestros auditorios. La preparación de la homilía en oración, atentos a los signos de los tiempos y a la comunidad a la cual servimos, es una fuente permanente de espiritualidad y de discipulado misionero. Ello requiere entrar en el misterio... en la buena nueva que Dios tiene para nuestro pueblo hoy día... en la lógica de Dios para articular la vida. Y no sólo morar en los epifenómenos, las anécdotas, los lugares comunes, nuestras preferencias políticas, los enunciados éticos o la superficialidad.

Este punto ha sido muy hablado. Lo importante es tomar decisiones al respecto, máxime ante auditorios que exigen mayor competencia porque no comulgan con ruedas de carreta. Exigen diversidad de “lenguas”, por las subculturas

presentes en nuestros “auditorios”, y mejores contenidos pues mayor es la educación de quienes nos escuchan. Y exigen también más calidad en la transmisión, acostumbrados como están a la imagen televisiva y a una cierta calidad de sonido en emisiones radiales. ¿No es esta una buena razón para hacernos discípulos junto a los hermanos con quienes compartimos este ministerio y preparar la homilía en comunión con otros pastores, diáconos permanentes, religiosos o ministros de nuestras comunidades?

c. La vida a la intemperie

Hay que recordar también que hoy vivimos en una “casa de vidrio”. Siempre la gente se fijó en sus curas: dónde se encontraba su cabalgadura, dónde su camioneta, con quien se junta a comer, a jugar, a beber, quiénes visitaban su casa, cuáles eran sus preferencias... Pero, a la vez, la gente cuidaba a sus sacerdotes y la sociedad los protegía, los sentía propios. Hoy, en cambio, vivimos en medio del mundo, a la intemperie, sin protección alguna y, al revés, bajo el escrutinio de los MCS y con el deseo de ver y nuestras caídas. Estamos en situación semejante a lo que hoy se pide a los líderes del país, a los servidores públicos, en un ambiente que tiende a desacralizar a las personas y a demostrar la inconsistencia de las instituciones. Pues bien, esta misma realidad nos da la posibilidad de vivir con mayor transparencia y humildad, dejando de lado ciertas incoherencias e ingenuidades que muchos cometemos, y sabiendo que nuestra vida está expuesta ante los ojos del mundo global. Una razón más para avivar la calidad de nuestra vida espiritual, de vivir “de cara a Dios”, procurando la paz de la conciencia en medio de esta sobre exposición. Una excelente razón para valorar el que la gente quiera conocer nuestro discipulado y valorar nuestros aprendizajes, presentándonos con el ropaje de hermanos que juntos caminamos en pos del Señor y no como “autoridades” que están sobre los

demás. Es decir, como “amigos” y “servidores” como a Jesús le gusta llamarnos.

De esta observación más bien externa se deriva también otra consideración más teológica. El Concilio Vaticano II nos regaló una conciencia más nítida de la capitalidad de nuestro ministerio. Bien. Pero, esa capitalidad en términos absolutos corresponde al Señor Jesucristo. En nosotros, obispos y presbíteros, se trata de una capitalidad de personas que, a la vez, son discípulos, aprendices, seguidores y, por cierto, hermanos de las personas a quienes sirven. Esto hace que teológicamente nuestro ministerio no nos distancia del pueblo fiel. Somos distintos por vocación pero no tenemos por qué ser distantes. Y hoy existe en el pueblo de Dios, y en la gente en general, una aguda conciencia democrática que tiende a rechazar, y a veces con mucho vigor, cualquier forma de endiosamiento. Y eso también entra en la observación de la “casa de vidrio” a la que providencialmente estamos sometidos.

d. De las sensaciones a las convicciones

Otra fuente de espiritualidad nos la ofrece la demanda actual de mayor competencia en nuestro ministerio que nos obliga a estudiar e incluso a especializarnos. Los presbíteros jugamos en la liga profesional de la fe y de la moral, de la Liturgia y la espiritualidad y no en simples campeonatos de barrio sobre estos temas tan cruciales. Nuestra palabra cuenta. Nos guste o no nos guste, somos un referente del pensamiento de la Iglesia. Por lo tanto, importa mucho lo que decimos al hablar de temas candentes: el matrimonio civil, la bioética, la penalización de los menores, la corrupción, los derechos humanos, por sólo referirme a los que aparecen en la primera página de los diarios. Y si eso es necesario en la temática vigente, se requiere también competencia en nuestra enseñanza y acompañamiento espiritual para ayu-

dar a los fieles a pasar de las sensaciones a las convicciones en el seguimiento de Jesucristo. Esto último es especialmente necesario entre los jóvenes y en la evangelización de la religiosidad popular, que es gran riqueza de la Iglesia.

Una razón más para tomar en serio nuestra formación permanente y aprovechar todas las oportunidades de profundizar nuestra condición ministerial.

e. Desde el corazón de una Iglesia Particular

El individualismo reinante también nos afecta en nuestra vida y ministerio. Es un hecho que nos cuesta trabajar en equipo y vivir en comunión. Además, y lamentablemente, los curas solemos ser la peor cuchilla contra los curas. No pocas críticas que leemos en los medios de comunicación se originan en nuestros comentarios irresponsables, frutos de celos, envidias o simples descalificaciones. Y se da la gran paradoja que quienes mejor saben y sabemos lo que cuesta realizar un ministerio entregado, creativo, estimulante y consecuente... somos los que más criticamos al hermano ante el menor renuncio o el menor descuido.

Hoy más que nunca hay que estrechar la *comunión*, aumentar el amor por el equipo, la comunidad de vida, ser reflejos de la Santa Trinidad. Y aprender a vivir como *discípulos*, como gente que sabe que tiene mucho que aprender de Jesús, del Evangelio, de nuestros Pastores, de los hermanos. Y, por amor de Dios, hacer un voto de santa hermandad en que aprendamos a corregirnos con amor, a llevar las cargas unos de otros, sin jamás erigirnos en jueces de los hermanos ni hacer leña de un apóstol caído.

f. Redescubrir el Evangelio de la comunión

Ante esta realidad es imperioso redescubrir la comunión como un Evangelio, una buena noticia para el mundo, para

la Iglesia, para cada uno de nosotros. Y reconocer que la comunión es hoy la gran profecía que podemos ofrecer a un mundo individualista. Es apuntar al corazón del sistema y no quedarnos en las exterioridades. Si es verdad que la creación es imagen y semejanza de la Santa Trinidad, quiere decir que empezando por el corazón del hombre –varón y mujer– y en todas las realidades del mundo, tanto en el microcosmos como en el macrocosmos, late una estructura trinitaria. Es a ese corazón al que tenemos que apuntar. Y es a ese corazón al que tenemos que convertirnos con la gracia de Dios.

Pero, esto no es *marketing*. No es una oferta para otros. Es un paso a dar por cada uno de nosotros para recrear un presbiterio unido a los co-presbíteros en torno al Obispo en que el “miren como se aman” pueda ser la exclamación de quienes nos rodean.

g. Practicar la espiritualidad de comunión

No es necesario, en este punto, volver a citar in extenso el texto paradigmático de Juan Pablo II¹⁰. Es un texto tan bien armado e inspirado en que no falta ni sobra ninguna palabra. Es la mejor descripción vigente de la espiritualidad de la comunión. En ella el Papa la presenta como la respuesta a los designios de Dios y a los anhelos del hombre, que nos lleva a mirarnos cordialmente, a considerarnos parte unos de los otros, a darnos espacio en nuestro crecimiento y a sentir como propios los éxitos de los demás. Ni más ni menos.

La espiritualidad de comunión se basa en una sabiduría renovada diariamente. Su inicio es el asombro. Porque el tesoro de la dignidad humana en los redi-

¹⁰ Cf. *Novo Millennio Ineunte*, N. 43

midos lo llevamos en vasijas de barro [2 Co 4,7] nos admira sobremanera cuánto resplandece a través de la opacidad del recipiente. Porque, como lo confirma el apóstol Pablo, no pocas veces hacemos lo que no queremos y no hacemos lo que queremos [cf. Rm 7,15]. Por esto nos alegra cada vez que constatamos que alguien hace el bien y se aparta del mal, y que se ha decidido a superar el mal, haciendo el bien.

En los primeros tiempos del cristianismo se acuñó la sentencia: “Viste al hermano - ¡viste a Cristo!”. No queremos pasar de prisa cerca del hermano, con tantas preocupaciones que nublan la mirada; queremos detenernos ante él con corazón contemplativo, acogiendo y admirando a Cristo en él y abriendo el espíritu a la verdad que él aporta. Nunca debiéramos acostumbrarnos al regalo inmerecido que los demás son para mí [...].

No es evidente la generosidad. Mucho menos la gracia. Más natural sería la fragilidad de la inconstancia y, en cierto sentido, el egoísmo. La grandeza humana es siempre una gozosa novedad que viene del Dios vivo, “quien concede al mundo todos los bienes” [Pl. Eucarística N. III]. Quien sepa admirarla atraerá a otros al “Camino” [Acts. 18, 25], siendo una persona positiva, sembrador de esperanza, constructor de historia con el Señor Jesús¹¹.

h. Amar y construir la Iglesia-comunión

En definitiva, se trata de amar y construir la Iglesia comunión. Y para ello, una sugerencia: hace bien hacer una *Lectio*

¹¹ Cardenal FCO. JAVIER ERRÁZURIZ, *Permaneced en mi amor*, Santiago, 2002, N. 26.

ecclesiae, aplicando a la Iglesia Particular los mismos pasos de la *Lectio divina*. Es verdad que la *Lectio divina* se hace sobre un texto escrito. Pero, no es menor verdad que la Palabra revelada se expresa también en la historia de nuestras comunidades. Y es tremendamente edificante escribir los rasgos salientes de nuestra propia Iglesia, desde los tiempos de la Colonia, en que al menos en el caso de Chile, todos nuestros obispos fueron grandes defensores de los indios. En que hubo los fiscales de Chiloé, antecedente local del diaconado permanente. En que hemos tenido pastores que han sido liturgos y animadores sociales, a la vez. Así son los iconos de nuestro presbiterio: D. Manuel Larraín, el Cardenal Silva Henríquez, D. Enrique Alvear, por sólo citar algunos. Y así lo fue especialmente el primer santo varón canonicado en Chile, el P. Alberto Hurtado sj.

Motivados por el impulso de la contemplación de nuestra identidad más honda, podemos dedicarnos decididamente a construir una Iglesia-comunión, parroquias que sean comunidad de comunidades y movimientos, instituciones de Iglesia –Universidad, Colegios y otras obras de bien– que estén regidas por el principio de la comunión, como lo pide el Papa en su carta de inicios del milenio¹².

Pero, cuidado. Estamos en un tiempo en que la mentalidad *asistémica* ha calado hondo. Y, por eso, muchos los laicos, especialmente entre los jóvenes, que son cristianos sinceros y aman a la Iglesia, se echan para atrás cuando sienten que estamos dedicados a alimentar la “institución”. O peor, cuando sienten que defendemos la “institución”. Es la crítica actual a ciertas posturas episcopales en temas valóricos que producen molestia y rechazo precisamente porque no se sitúan entre los discípulos sino que siempre hablan como

¹² Cf. NMI 43.

maestros... Por eso nuestro amor por la Iglesia institución –que también lo tenemos– debe hacer hincapié en la Iglesia-comunión y en las relaciones más personales y respetuosas que existan entre nosotros para que brille especialmente el “evangelio de la comunión” y el “evangelio de la fraternidad”. Y para que nuestra relación institucional se vea como fruto de este amor y no al revés.

Es curioso, en esto hemos vuelto –por otras razones– a los tiempos inmediatamente posteriores al Concilio, al debate sobre carisma e institución. Sólo que ahora este debate se da a nivel de la sociedad global.

En síntesis, estos son tiempos providenciales para vivir en comunidades apostólicas, para fortalecer nuestras comunidades presbiterales y revitalizar las comunidades de consagrados y consagradas. Un tiempo para salir del discurso y pasar a la acción haciendo de la Parroquia una comunidad de comunidades y de los movimientos un lugar de comunión con la Iglesia Particular.

i. Celebrar la Eucaristía con asombro

Al revalorizar la Iglesia-comunión, no podemos olvidar la fuente de espiritualidad que encontramos en la Eucaristía, sobre todo en la vida de un presbítero, como lo recuerda el Papa Juan Pablo en su Carta Encíclica, *Ecclesia de Eucharistía*.

Llama la atención el “gran asombro y gratitud”¹³ con que el Papa nos entrega “su testimonio de fe en la Santa Eucaristía”¹⁴. Su deseo, y nos viene muy bien recordarlo, es precisamente “suscitar este asombro eucarístico” en toda la Iglesia

¹³ Cf EE 5.2; 6.1; 48; 59.1.

¹⁴ EE 59.2.

y, en especial, en los ministros ordenados¹⁵. En eso nos lleva la delantera san Juan María Vianney, patrono de los párrocos, quien pasaba largas horas de contemplación eucarística que se añadían a la devoción orante de la Misa diaria. En ella asumía y sumergía los dolores y problemas que acogía en el confesionario y que muchas veces lo superaban. Pero en esta misma debilidad se hacía fuerte el Señor. La Eucaristía es nuestro don. La Eucaristía es nuestra fuerza. La Eucaristía es la gran pedagoga de la vida en comunión.

En palabras del Papa: “la Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia”¹⁶. Y, si la Iglesia vive de la Eucaristía, quiere decir que de ella vive cada cristiano y, en particular, los ministros ordenados que cada día presidimos su celebración y que encontramos en ella la fuente primera de nuestra vitalidad espiritual.

Tanto el Rostro eucarístico de Cristo como el asombro y la gratitud con que contemplamos y celebramos la Eucaristía son como la síntesis de la *vida de la Iglesia* y de nuestra vida personal. Y para los ministros ordenados vale especialmente lo que nos decía en su Visita a Chile: “un sacerdote vale lo que vale su Eucaristía”¹⁷.

2.3 Al servicio de la humanidad

a. Las nuevas pobrezas

En fin, lo recordábamos al comienzo, nuestro ministerio se desarrolla en medio del mundo en que a las antiguas pobre-

¹⁵ EE 5.2, 5.3.

¹⁶ EE 1.

¹⁷ *Encuentro con los sacerdotes en la Catedral de Santiago*, abril, 1987.

zas, se han sumado las “nuevas pobreza” que hoy reclaman la atención de la Iglesia y sus pastores¹⁸. Estas últimas están representadas por ejemplo, por la soledad y abandono de los ancianos que cada día alcanzan más años pero con menor calidad de vida; por los migrantes y desplazados, por la insidia de la droga, por la cesantía, por la maternidad precoz y otras situaciones que afectan la vida familiar, y por tantas otras causas que afectan incluso a personas que no sufren de pobreza material. Por lo tanto, es hora de redescubrir la opción preferencial por los pobres a favor de las antiguas y de las nuevas pobreza.

No hay Iglesia auténtica si en ella los pobres no se sienten en su casa. Ni hay cristianismo auténtico sin el ejercicio de la caridad, como lo señala el Papa Benedicto en su Carta *Deus Caritas est* situando el ejercicio de la Caridad en el mismo nivel que la proclamación de la Palabra y la celebración de los sacramentos de la fe: “practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a la esencia de la Iglesia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio. La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra”¹⁹. Esta afirmación cualifica directamente la vida de los ministros ordenados con esta trilogía inseparable de Caridad-Palabra y Sacramento.

b. Una nueva imaginación en la caridad

Fuente de espiritualidad será enrolarnos en el ejercicio de la “nueva imaginación de la caridad”²⁰, que privilegia la cercanía a las personas por sobre la eficacia en las acciones. Y

¹⁸ NMI 50.2

¹⁹ Benedicto XVI, DCA (25.12.05), N. 22.

²⁰ NMI 50.2.

no porque la cercanía carezca de eficacia, sino porque la cercanía es el primer signo de la presencia del Reino: “el tiempo se ha cumplido, el Reino está cerca, conviértanse y crean en el Evangelio”²¹. Esta cercanía es la que permite que los pobres “se sientan en su casa”²² en nuestras comunidades, y que jamás sientan la ayuda como algo que les viene desde afuera y menos de arriba para abajo. La cercanía del Reino, en el ministerio de Jesús²³, hace que siempre las personas que reciban su ayuda se conviertan en sujetos de su propia historia, dejando de ser objetos pasivos de una compasión mal entendida. Y por eso cuando Jesús envía a sus discípulos en misión les manda anunciar la cercanía del Reino con su palabra y con sus obras, especialmente a favor de los enfermos.

No se trata de solucionar los problemas del país. No se trata de hacer instituciones inmensas y difíciles de mantener, salvo que Dios lo quiera así. Se trata de mostrar la humanidad de nuestro ministerio, de nuestros sentimientos, de nuestra solidaridad, convencidos de que el pobre es Cristo de manera singular. Y recordando también que

sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio –aun siendo la primera caridad– corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras²⁴.

21 Mc 1,14.

22 NMI 50.3.

23 Cf Mc 1, 15ss.

24 NMI 50.3.

3. CONCLUSIÓN

Como se puede ver, a través de estas sugerencias, no se trata sino de resituar nuestro ministerio y acoger las nuevas formas de la caridad pastoral que sigue siendo el humus determinante de nuestra espiritualidad y, por lo tanto, la fuente de la actitud apostólica de quien tiene que anunciar el Evangelio en medio de las realidades cambiantes del mundo... Una Iglesia que requiere crecer en amor, en ministerialidad, en espiritualidad de comunión... Es decir, de verdaderos discípulos de Jesús al servicio de un mundo cambiante, con grandes mutaciones culturales, en el que –como siempre– el lenguaje de la experiencia mística y de la caridad vivida, tienen la delantera.

Y, para vivir este ministerio apostólico con un corazón de discípulo, los medios de siempre, tan probados en la historia de la Iglesia: la Liturgia de las Horas (haciendo hincapié en la *Lectio*), la Eucaristía (renovada por el “asombro” y el lenguaje celebrativo), la moderación en el comer y en el beber, la sencillez en el vestir... Sin olvidar algunos ritmos vitales, que no hay que descuidar en materia de oración: una mañana a la semana, un día al mes, una semana al año, un mes cada cinco años... Y unas buenas vacaciones, bien descansadas, para reponer las neuronas desgastadas.

María, Madre de los apóstoles, iruega por nosotros!

Para la oración personal

Leer: *Ecclesia in America, Novo Millennio Ineunte, Pastores Gregis.*

1. ¿En qué aspectos concretos ha cambiado mi vida personal y ministerial si la comparo con lo que vivía hace cinco, diez o quince años? Rasgos positivos y negativos.
2. ¿En qué han cambiado mis prácticas espirituales si las comparo con las que tenía hace cinco, diez o quince años?
3. ¿Cuáles son los rasgos de la espiritualidad diocesana-secular que más me alimentan?
4. Si tuviera que pedir tres gracias para ejercer el ministerio presbiteral en el mundo de hoy, ¿cuáles pediría?

Conclusión

CONSOLIDAR LA IDENTIDAD Y MISIÓN DE LOS PRESBITEROS

El Seminario-Taller, en esta primera parte ofrece algunos elementos que ayudan a consolidar la identidad y misión de los presbíteros, centrando su atención en las características del discípulo-presbítero hoy, en los obstáculos, riesgos y desafíos que enfrenta en su vida y en las nuevas perspectivas y tareas que se le presentan en su condición de pastor y liturgo.

1. CARACTERÍSTICAS DEL DISCÍPULO-PRESBITERO HOY

1. El presbítero *participa de una doble consagración*: la primera acontece en el sacramento del bautismo y la segunda en el sacramento del Orden. Con la consagración bautismal participa de la misma dignidad, vocación y destino del Pueblo de Dios; con la ordenación sacerdotal está llamado a una especial relación de amistad y comunión con Jesucristo que imprime la condición de “siervo”, a medida que madura llega a ser “amigo”, hasta que alcanza la característica de “hermano”, siendo éste estadio final el ideal que determina la calidad y

madurez de relación con el Maestro; al mismo tiempo que abre perspectivas para la construcción de relaciones sanas, maduras y transparentes con todos los fieles y personas de buena voluntad, con sus hermanos presbíteros y con el obispo. Esta triple relación garantiza la autenticidad del presbítero como discípulo del Señor, dado que se inspira y alimenta de la comunión con el Verbo, que es por naturaleza relación, expresión y revelación.

2. El presbítero sabe que sin *una intensa y vital relación y comunión con Cristo* no es nada, por eso, su vida se llena de sentido cuando vive en un permanente proceso de “configuración con Él”. En virtud de ellos, vemos necesario conservar y enriquecer aquella teología del sacerdote como signo de Cristo cabeza y guía de la comunidad, desde donde fluye al cuerpo eclesial la vida y la gracia.
3. El presbítero es fundamentalmente *un discípulo de la Palabra*, vive de ella, por eso la lee y medita con frecuencia, la estudia con interés, la ora fervorosamente y la anuncia con convicción. Es el hombre que sabe acoger la Palabra, encarnarla en la vida y hacerla producir con su ministerio. De esta familiar relación con la Palabra depende su crecimiento como discípulo y su compromiso con los retos y exigencias de la misión. Ante la Palabra destaca por su actitud y capacidad de escucha, dejándose penetrar por su dinamismo transformador. Es un oyente y creyente de la Palabra, como María hasta hacer de su vida una ofrenda de amor.
4. *El presbítero es el hombre que ha hecho la gratificante y comprometedor experiencia del Dios Amor dejándose amar.* Es el que se ha dejado seducir por los proyectos de

Dios. Desde esa experiencia ama incondicionalmente y sin reservas a los demás, irradia ternura y misericordia para todos.

5. El presbítero es *el hombre de Iglesia* que tiene la conciencia de haber sido llamado por la Palabra para hacer “casa” con el Maestro, esto es habitar con Él en una relación íntima, duradera y estable, y desde esa experiencia personal de encuentro y conocimiento íntimo con Él se inserta gozosamente en la Iglesia comunidad de los discípulos como pastor y hermano, como guía y animador de la fe.
6. *El perfil mariano del presbítero* es fundamental para su vida y ministerio, pues María no solo es modelo de entrega a la voluntad divina y de servicio a los demás sino educadora y discípula.
7. El presbítero es *un hombre de Dios encarnado en la realidad histórica de su pueblo*, intérprete del clamor de los pobres, solidario con sus luchas en la construcción de un mundo más justo y fraterno, apasionado de la civilización del amor, capaz de promover una vida digna para todos; es un hombre de fe, hábil para intuir la acción novedosa de Dios en el mundo e intérprete de los gemidos del Espíritu; generoso y alegre para entrar en la dinámica viva del Evangelio que le imprime carácter testimonial y martirial a su ministerio y a su experiencia de discípulo, comprende que está llamado a impregnar y a transparentar con su vida el rostro de Cristo; se inserta en la vida del pueblo como un apóstol y enviado, como servidor y testigo del Resucitado.

2. OBSTÁCULOS, RIESGOS Y DESAFÍOS EN LA VIDA DEL PRESBITERO

Obstáculos:

1. Entre los obstáculos para la vivencia del ministerio presbiteral se señalan *el aislamiento* en el que caen algunos, la poca apertura, disponibilidad y comunión con el obispo y el presbiterio, el escaso interés en procesos de pastoral orgánica y planificada.
2. Otros muestran cierta *resistencia para integrarse en los procesos de una verdadera pastoral presbiteral*. Desconocen su valor y lo ampliamente beneficioso que sería para mantener vivo el carisma recibido.
3. Los criterios de una sociedad que promueve el *relativismo ético* y *el relativismo ante la verdad*; formas de vida hedonística y consumista; así como actitudes caudillista, son otros tantos obstáculos que van encontrando los presbíteros hoy.
4. Muchas veces, el neo-presbítero encuentra los mayores obstáculos en el mismo presbiterio diocesano en el que comienza a insertarse, debido a la *indiferencia* con que es recibido, el poco afecto que se le brinda y la escasa participación que ejerce en la elaboración y realización de los proyectos pastorales.
5. A veces se imponen con carácter absoluto *la espiritualidad de determinados movimientos* laicales, exigiendo el sometimiento total del presbítero, como si no tuviera otras tareas y otros grupos a los que debe servir.
6. En nuestros análisis y diagnósticos sobre la realidad socio-ecclesial, muchas veces se insiste en una *visión negati-*

tiva del mundo, de la historia y de la cultura; esto genera una actitud pesimista en el presbítero.

Riesgos:

7. Entre los riesgos que hoy vive un presbítero se señala *el activismo pastoral*, que fácilmente le lleva al cansancio y a la falta de entusiasmo, a la frustración y a la pérdida de entrega y pasión por el reino. Esto trae como consecuencia una preocupante acedia pastoral en el ministerio, una tibieza espiritual y poco fervor en la misión evangelizadora.
8. Una *concepción individualista y aislada* tiende a difundirse como un estilo de la vida sacerdotal para estar a gusto, evitarse problemas en la relación con los demás y eludir las exigencias del trabajo pastoral en conjunto.
9. Fácilmente se asumen formas propias de *clericalismo*, actitudes prepotentes y arrogantes, poco espíritu dialogante con los laicos, son también otros tantos riesgos; de igual manera en algunos casos se da la búsqueda del poder político ostentando algunos cargos de elección popular y en otros surge la tentación de actuar como personajes de la farándula. Probablemente en una equivocada teología de “Cristo Cabeza” está el origen de una visión distorsionada del presbítero que origina formas de *clericalismo y autoritarismo*.
10. Muchas veces, los presbíteros, pueden asumir aquella *actitud de Pedro al negar al Maestro en el relato de la Pasión*. Esto se da, cuando afirman mantener la opción por Cristo pero niegan su adhesión incondicional a la Iglesia, cuando se dejan llevar por la ambición de poder y olvidan su condición de servidores de la comunidad, cuando experimentan miedo frente a lo nuevo que Dios

está gestando en la historia, cuando se apegan al dinero y se dejan encantar por las comodidades y confort del mundo, cuando manifiestan carencia de verdadero espíritu misionero, cuando se aíslan del presbiterio, cuando hacen una clara distinción entre el tiempo dado a la comunidad y el tiempo para sí mismo. Todo esto puede ser consecuencia de una frágil identidad religiosa en la vida de los presbíteros y la búsqueda sucedáneos que den seguridad.

Desafíos:

11. Para el presbítero continúa siendo un desafío la definición de *su identidad y espiritualidad en el contexto de la Iglesia latinoamericana*; de igual manera el redescubrimiento del inmenso valor que tiene la dimensión comunitaria en la vivencia del ministerio sacerdotal.
12. Es un desafío también la lucha por *superar el divorcio entre identidad y misión*, de modo que el presbítero no se quede cumpliendo el rol de un funcionario de la institución sino que sea capaz de actuar y vivir como verdadero discípulo y seguidor de Jesucristo.
13. Frente a las situaciones de conflicto y violencia que se viven en muchos de los países latinoamericanos, es un reto que el presbítero se presente como *artesano de la paz*, agente de reconciliación, constructor de unidad y promotor del desarrollo integral y auténtico.
14. *La formación permanente del presbítero*, es otro de los desafíos muy importantes dada las múltiples exigencias que implica el ejercicio del ministerio sacerdotal en los tiempos actuales. Para ello, es necesario mantener viva la convicción que el presbítero vive en la tensión dinámica de proyecto, como algo inacabado en cuanto está en proceso de madurez y crecimiento.

15. *La previsión social del clero* y la adecuada atención a los presbíteros adultos mayores es otro de los desafíos que está demandando acciones pertinentes, como una exigencia del Mandamiento Nuevo.

3. NUEVAS PERSPECTIVAS Y TAREAS DEL PRESBITERO COMO PASTOR Y LITURGO

Perspectivas:

1. Comprender al presbítero desde *la perspectiva del discipulado*, abre nuevos caminos para una renovada concepción de su identidad y misión a la luz de la teología y la Biblia, del Magisterio y de la praxis evangelizadora; al mismo tiempo, se abren nuevas perspectivas de renovación en la vida de la Iglesia, de los ministerios, carismas y agentes de pastoral, porque se van consolidando la relación con el Padre, con Cristo, con el Espíritu Santo, con la Iglesia, con el mundo.
2. Una *pastoral presbiteral más estructurada* en su naturaleza y finalidad se abre camino en todo el continente, favoreciendo formas cada vez más efectivas de comunión y fraternidad, de respuestas a sus inquietudes espirituales y de apoyo para el mejor desenvolvimiento de sus diversas tareas pastorales.
3. Se abre camino una conciencia creciente que el presbítero es ante todo *un hombre de relaciones* con Dios, con Jesucristo, en la Iglesia y para el mundo. Esto está generando mayor sensibilidad ante la realidad que vive el pueblo de Dios, lo cual está demandando un diálogo más constructivo entre Iglesia y mundo y un compromiso más decisivo a favor de la tarea misionera y evangelizadora.

4. Los nuevos movimientos laicales y las nuevas comunidades eclesiales están siendo un estímulo para que el presbítero recupere su *pasión por el reino*, se entregue con creatividad a la acción evangelizadora

Tareas:

5. Como pastor del pueblo de Dios la tarea del presbítero es *ser testigo del Resucitado*, signo e instrumento de comunión, creativo en la acción pastoral; sabe cuidar, apacentar y conducir al pueblo de Dios en un pleno ejercicio de la paternidad vivida desde la espiritualidad de comunión.
6. También una de sus tareas es *ser “puerta”* como Jesús, en cuanto da seguridad y confianza a las personas, está vigilante y atento a sus necesidades, vive en un permanente y amoroso conocimiento de las personas en su realidad y en su cultura.
7. En cuanto portador de la Buena Noticia, el presbítero es un hombre de esperanza, que sabe infundir optimismo y ánimo ante el fracaso o ante situaciones difíciles o complejas.
8. Al presbítero, como liturgo, le corresponde promover la importancia de la centralidad del misterio pascual como fuente de espiritualidad y de identidad; redescubrir el valor eminentemente trinitario de la vida litúrgica eclesial; y, valorar la Liturgia de las Horas por su dimensión eclesial y por su riqueza espiritual para la vida del presbítero.
9. Toca al presbítero, como educador de la Fe de su comunidad, purificar la religiosidad popular, inculturar la liturgia y propiciar celebraciones alegres, festivas y encarnadas; y hacer de la liturgia la fiesta de la vida.

II. Parte

APROXIMACIÓN A LA REALIDAD HUMANA DEL PRESBITERO

A DIMENSÃO HUMANA DO PRESBÍTERO NA AMÉRICA LATINA: SITUAÇÃO E DESAFIOS

*P. Manoel Godoy**

A CRISE DO PADRE

1. Quando nos propomos a falar da dimensão humana do presbítero, logo nos vêm à mente os desafios atuais, sobretudo em relação à sua vivência afetiva-sexual. O contexto marcado por escândalos de má conduta de alguns presbíteros nos condiciona a uma visão negativa da sua dimensão humana. Conscientes disso, pretendemos tratar desta questão de maneira mais ampla, pois sabiamente nossa tradição eclesial nos alerta para tantos outros possíveis desvios no que tange à nossa dimensão humana, não se restringindo aos sexto e nono mandamentos da lei de Deus e nem mesmo ao terceiro dos sete vícios capitais.

* Pbro. Diocesano. Professor da Universidad Católica de Belo Horizonte - MG. Vigário Paroquial nas dioceses de Guanhães e Belo Horizonte - Minas Gerais.

Como dizia Bernanos, nunca seremos fortes o bastante para colocar o diabo no bolso¹. Sabemos que enquanto caminhamos na terra estaremos sempre em busca da perfeição, pois como nos indica sabiamente a exortação Pastores Dabo Vobis, a medida do humano no presbítero é o Verbo feito carne².

Vivemos um período histórico altamente desafiador, no qual as instituições sobre as quais se firmaram gerações e gerações sofrem uma crise quase sem paralelo na história. Família, Estado, escola carecem de novas abordagens que lhes restituam sua verdadeira função de elementos estruturantes na formação do homem e da mulher de hoje. E a cultura, que vem sendo forjada desde a irrupção do positivismo, obriga também a Igreja a se re-posicionar para que sua missão de dar sentido global à existência humana ganhe novas formas de comunicação, sem perder o que lhe é essencial. Aqui se situa, certamente, a crise do padre, como sublinha bem a psicóloga italiana Luisa Saffiotti:

A crise do padre reflete certamente um momento de transição social, cultural e eclesial. Também a religião deve reencontrar o próprio papel social, e não é fácil. Especialmente porque isto acontece num clima de ampla comercialização das diversas propostas espirituais. São oferecidos roteiros espirituais baratos, que prometem um bem-estar imediato e fácil. O caminho cristão, por outro lado, é mais complexo: a promessa que ele faz do bem passa por uma crise. Deve-se atravessar um morrer

1 BERNANOS, Georges, *Diário de um pároco de aldeia*, 2ª Edição - São Paulo: Paulus, 2000, p. 42.

2 Cf. *Pastores Dabo Vobis* (PDV), 43.

e um fatigar-se que são salutares, mas certamente não fáceis e imediatos. O mundo hoje não acolhe facilmente percursos árduos, penosos, de despojamento. Persiste a fome de algo autêntico e verdadeiro, mas sem a disponibilidade a passar por um caminho duro e uma crise salutar³.

PRESBITERO: DISCÍPULO E MISSIONÁRIO

2. Essa reflexão quer também estar em sintonia com a realização da Vª Conferência do Episcopado Latino Americano a ser realizada, no Brasil, em 2007, sob o Tema: *Discípulos e Missionários de Jesus Cristo, para que nele nossos povos tenham vida. “Eu sou Caminho, a Verdade e a Vida”* (Jo 14,6). A questão do discipulado e da missionariedade, que deve envolver inteiramente a vida do presbítero, será levada em conta, pois sem a maturidade humana suficiente resulta difícil ser discípulo, aquele que é capaz de ouvir os outros e sobretudo o Outro. E o missionário é aquele capaz de levar a Boa Nova aos outros, não só por palavras, mas de maneira especial pelo testemunho de uma vida integrada. Nessa perspectiva, é bom remarcar o que afirmou a PDV: *Sem uma formação humana, toda a formação sacerdotal ficaria privada do seu necessário fundamento⁴*. Assim, à luz do Magistério da Igreja, vamos delineando o ideal presbiteral, sobretudo no que diz respeito ao discipulado e missionariedade, e, adiante, apresentaremos a situação e os desafios atuais frente à realização desse ideal.

³ SAFFIOTTI, Luisa, “Para além da crise”, Entrevista publicada na revista católica *Il Regno*, nº 2 de 2004.

⁴ PDV 43.

O PRESBITERO IDEAL

3. O presbítero deverá ser

capaz de conhecer em profundidade a alma humana, intuir dificuldades e problemas, facilitar o encontro e o diálogo, obter confiança e colaboração, exprimir juízos serenos e objetivos⁵.

Isso exige, segundo a Exortação do Papa João Paulo II, o cultivo de uma série de qualidades humanas necessárias à construção da personalidade: equilíbrio, fortaleza e liberdade, capacidade de suportar o peso das responsabilidades pastorais. O mesmo documento indica os elementos fundamentais que devem constar na educação do presbítero para que este adquira tais qualidades: amor à verdade, lealdade; respeito pela pessoa de cada um; sentido da justiça; fidelidade à palavra dada; verdadeira compaixão; coerência e equilíbrio de juízos e comportamentos. A Exortação papal dá um destaque especial à capacidade de relacionamento com os outros, pois considera o presbítero como um homem de comunhão e, inspirando-se nas cartas pastorais, descreve as exigências para que alguém seja investido do cargo de presbítero na Igreja:

... que o sacerdote não seja arrogante briguento, mas afável, hospitaleiro, sincero nas palavras e no coração, prudente e discreto, generoso e disponível para o serviço, capaz de oferecer pessoalmente e de suscitar em todos relações francas e fraternas, pronto a compreender, perdoar e consolar⁶.

⁵ *Ibidem.*

⁶ *Ibidem.* Cf. também 1 Tm 3,1-5; Tt 1,7-9.

Essa é a base humana sobre a qual a Igreja espera edificar o ideal presbiteral, o homem integrado e aberto à formação permanente, que deve ser a marca do presbítero para os dias de hoje. Em uma palavra, para ser presbítero, é preciso antes ser homem realizado e integrado em todas as suas dimensões.

O PRESBITERO E SUA INSERÇÃO NA VIDA HUMANA

4. O Concílio Vaticano II, no documento específico sobre a ordem presbiteral, também destaca que o presbítero, antes de tudo, deve ser um homem profundamente integrado na vida de todos aqueles aos quais ele dedica sua vida.

Não poderiam ser ministros de Cristo, se não fossem testemunhas e dispenseiros de outra vida que não a terrena, mas nem sequer poderiam servir aos homens, caso se mantivessem alheios a sua existência e condições de vida⁷.

Essa inserção do presbítero no mundo, intensificada nas décadas que seguiram ao Concílio, não ficaria sem trazer resultados concretos, no que diz respeito às transformações no modo de exercer o ministério presbiteral e, mais ainda, no modo mesmo de concebê-lo. Como bem afirmou Jeannine Marroncle,

A sacristia e a casa paroquial foram ocupadas pelos fiéis, dentro de uma nova prática pastoral, enquanto os padres abandonaram a aura de sacralidade intocável que os reservava exclusivamente para o altar. O pastor do rebanho não

⁷ *Presbyterorum Ordinis*, 3.

*caminha mais à frente, solitário comandante, mas junto do rebanho, como convém à metodologia pastoral mais moderna. O contato menos hierárquico, mais próximo e direto, cria laços mais humanos e aí, inevitavelmente, afloram os sentimentos e a afetividade*⁸.

Os presbíteros passam a ser homens como os outros homens, de acesso mais fácil e sujeitos à influência de tudo o que constitui o mundo, de sua cultura, leis e hábitos. O axioma joanino –estar no mundo sem ser do mundo– irrompe nesse contexto como um dos grandes desafios a que todos cristãos estão submetidos, mas de maneira peculiar os presbíteros. Como afirmava o Papa Paulo VI: *Distinção não é separação. Nem é indiferença, temor ou desprezo. Quando a Igreja afirma a sua distinção da humanidade, não se opõe, aproxima-se dela*⁹.

O PRESBITERO E AS MUDANÇAS CULTURAIS

5. Destacamos aqui a influência fortíssima da cultura contemporânea no *modus vivendi* dos presbíteros. Como qualquer outro ser humano, os presbíteros sofrem condicionamentos das mudanças culturais nas últimas décadas.

Como bem expressava um jornalista brasileiro, por ocasião da virada do milênio,

Talvez no futuro, quando se escrever a história definitiva deste século, quando se quiser destacar o que aconteceu de mais importante, vai-se chegar

⁸ MARRONCLE, Jeannine, *O Homem Proibido: sobre a afetividade sacerdotal*, Petrópolis: Vozes, 1992, orelha primeira do livro.

⁹ PAULO VI, papa. *Ecclesiam suam*, 36.

a conclusão de que esta foi a era do comportamento: a que reformou a velha ordem moral, instituindo novas atitudes e condutas sexuais, psicológicas e culturais. Num processo às vezes dramático de desconstrução e reconstrução, o homem e principalmente a mulher deste mundo pós-moderno transformaram suas concepções de família, suas relações afetivas, a maneira de se vestir, de fazer sexo, seus hábitos e atitudes comportamentais enfim - pelo menos como tendência ou possibilidade, quando não como realidade. Com destaque especial para os anos 60, essa revolução nem sempre silenciosa subverteu códigos, derrubou preconceitos e tabus, legitimou “desvios”, rejeitou convicções estabelecidas, transformou reivindicações em direito e lançou novas convenções, entre elas o respeito às minorias e aos grupos discriminados, a emancipação da mulher, a liberação da sexualidade e do prazer, o direito ao orgasmo, a aceitação do homossexualismo, o divórcio, a relativização da virgindade, a rediscussão da fidelidade conjugal¹⁰.

Frente a tudo isso, as conhecidas revoluções sócio-políticas e econômicas são até redimensionadas. E para uma instituição e seus membros que se servem e muito dos elementos culturais para a transmissão do seu conteúdo doutrinal, a revolução dos costumes se apresenta como um grande desafio. Essa revolução também apresenta como seu grande pano de fundo a emergência da subjetividade, conforme a busca de autonomia e a autoafirmação de homens e mulheres enquanto pessoas do-

¹⁰ VENTURA, Zuenir. “Muda tudo, estilo de vida, família, sexo e moral”. Periódico “O Globo”, sessão comportamento, p. 15, 1999.

tadas de direitos inadiáveis. O episcopado do Brasil, nesse caso, faz uma distinção muito pertinente:

*Há uma situação cultural de individualismo, que tem aspectos positivos, enquanto promove a individualidade, e que não deve ser confundida com o egoísmo, atitude moral negativa, que rompe os laços de solidariedade com o próximo*¹¹.

O certo, porém, é que uma onda individualista alastrou-se na sociedade e contaminou os presbíteros, que preferem viver sua vida num relacionamento com o presbitério muito diferente daquele surgido no imediato pós-Concílio.

OS PRESBITEROS ESPECIALISTAS

6. Essa perspectiva cultural que privilegia o indivíduo, fazendo frente aos movimentos coletivistas da década de sessenta, ganhou como slogan o conhecido *sem medo de ser feliz*. A busca da felicidade bastante individualizada se tornou um objetivo predominante também entre os presbíteros que, em termos eclesiais, radicalizaram o conhecido “carreirismo” institucional por um lado e, por outro, a acomodação da vida e do ministério às novidades tecnológicas –celulares, laptops, sons e câmeras digitais– fazendo surgir o “presbítero high tec”; ou, ainda, o *padre midiático-carismático –pop star–*, que adota novas formas de anunciar Cristo e que, para isso, ocupa os ‘areópagos modernos’ da mídia¹². No Brasil, a

¹¹ Diretrizes Gerais da Ação Evangelizadora da Igreja no Brasil 2003-2006. Série documento (71). São Paulo: Paulinas, 2003, n. 66.

¹² Valle, Edênio (org). *Padre, você é feliz? Uma sondagem psicossocial sobre a realização pessoal dos presbíteros do Brasil*, São Paulo: Loyola, 2003, p. 124.

partir de algumas pesquisas, também se detectou um tipo de presbítero que tenta exercer seu ministério de tal forma que fica resguardada sua privacidade e individualidade. Conhecidos como “padre light” são os presbíteros que articulam bem seu tempo, dividindo-o entre o exercício do ministério e o tempo dedicado à sua vida particular. Não se trata de padres em crise, tampouco frustrados ou infelizes. Segundo o Pe. Edênio, o *padre light* é o presbítero sobrecarregado que encontrou um meio de se defender do estresse¹³. Mas, de todas as caracterizações conhecidas sobre o clero atual, a que apresenta mais chances de futuro e tem se tornado como a onda mais forte junto aos presbíteros e a dos padres especialistas. Trata-se daqueles que valorizam mais a competência profissional.

No mundo atual que exige, sempre mais, especialização nas atividades profissionais, também os presbíteros podem se tornar ‘especialistas’, aprofundar sua preparação (pastoral) num determinado campo?,

pergunta o padre Antoniazzi. Ele crê que sim e afirma: A valorização das qualidades pessoais parece uma tendência forte e difundida entre os novos presbíteros¹⁴. De fato, parece que estamos vivendo uma corrida bastante grande aos títulos universitários, não só no campo da teologia. O certo é que estamos vivendo, como já se convencionou a chamar, mais que uma época de mudanças, uma verdadeira mudança de época, quanto ao modo de ser presbítero e de exercer o ministério presbiteral. Em princípios da década de noventa, o Papa João Paulo II dizia:

¹³ *Ibidem*, p. 123.

¹⁴ *Ibidem*, p. 124.

Nestes anos mais recentes e de várias partes, chamou-se a atenção para a necessidade de voltar ao tema do sacerdócio, enfrentando-o de um ponto de vista relativamente novo e mais adaptado às circunstâncias eclesiais e culturais. O acento deslocou-se do problema da identidade do padre para os problemas relacionados com o itinerário formativo ao presbiterado e com a qualidade de vida dos sacerdotes¹⁵.

Se, por um lado, essa afirmação continua tendo seu valor, por outro, parece-nos que a questão da identidade presbiteral não está de forma alguma resolvida.

A QUESTÃO DA IDENTIDADE PRESBITERAL

7. Com uma série de interrogantes, Pe. Edênio, já no final da década de oitenta, apresentava as questões que constituem a essência da definição da identidade pessoal de cada ser humano, portanto também dos presbíteros:

A identidade representa questão crucial no processo de realização e maturação do ser humano. Quem sou? O que me motiva e define? Como me posiciono no mundo? Que valores me orientam? Que forças movem meus sentimentos, minhas idéias, minhas opções de fundo? Onde estão as certezas que dão fundamentação e rumo à minha ação? Quais as ambigüidades, as penumbras, os conflitos que tornam pesado o meu existir? Que é 'outro' para mim? Quem é meu interlocutor, meu companheiro? A quem amo? Para quem e para que existo? Que sentido dou à minha

¹⁵ PDV, 3.

*vida? O que é para mim história e tempo? Que transcendência a experiência me ensinou a assumir como realidade última? Quem é o Deus em quem acredito?*¹⁶.

Por muito tempo, na Igreja, quando se tentava enfrentar essas questões em relação aos presbíteros, projetavam-se modelos idealizados de presbíteros, que mais se adequavam às necessidades institucionais, mas não respondiam ao desafio da originalidade de cada um. Nas últimas décadas, essas questões passaram a incomodar muito mais inúmeros presbíteros, que procuravam articular sua realização pessoal às reais necessidades da Igreja. Na perspectiva conciliar, *a identidade do padre passa em sua definição pela comunhão dos presbíteros entre si e com o bispo no serviço à comunidade*¹⁷. Hoje, porém, muito se perdeu dessa perspectiva e se retoma a questão da identidade presbiteral numa ótica muito mais subjetiva, do direito de cada um ser feliz. É o novo lado da antiga crise. Creio que Luisa Saffiotti sintetizou muito bem essa questão que afeta tão de cheio a vida dos presbíteros. Ela diz que precisamos prestar atenção a alguns sintomas, dentre os quais

os momentos de dúvida, quando é posta em discussão a própria identidade e a própria vocação, o próprio papel, o modo de desempenhar o ministério. Este é o aspecto mais evidente. Depois a dúvida pode ficar mais ampla e envolver mais em geral o aspecto institucional, a Igreja

16 COMISSÃO NACIONAL DE PRESBITEROS - CNP. *Presbíteros do Brasil construindo história. Instrumentos preparatórios aos Encontros Nacionais de Presbíteros*, São Paulo: Paulus, 2001, p. 90.

17 *Ídem*, p. 93.

na qual se exerce o ministério, a época em que vivemos. Ao lado disso, há sintomas que dizem respeito à estrutura cotidiana da vida: podem ser momentos de excessivo cansaço, fraqueza existencial, momentos latentes ou não de depressão; ou o excesso de trabalho, a procura obsessiva de atividades que parecem justificar a própria existência, a fuga de todo espaço vazio ou sossegado de silêncio e de reflexão. Este último sintoma –o excesso de trabalho– é hoje muito difundido e não apenas no padre¹⁸.

Parece que se confundiu o otium cum dignitate com o sétimo vício capital e uma pessoa só se sente valorizada quando pode ostentar uma agenda cheia, e não quando usa o tempo para aprender a contemplar, a fazer intervalos de introspecção, até mesmo para saber avaliar com alegria os passos dados na missão. O medo da aposentadoria tem se tornado um carrasco para muitos.

Luisa Saffiotti, continuando a alertar para alguns sintomas da crise na vida dos padres, destaca ainda uns comportamentos paradoxais, que se constata em muitos presbíteros, que alternam aquilo que ela chama de

formas diversas de isolamento face às relações, de fechamento sobre si mesmos, uma forma de autismo espiritual e pessoal pela qual a pessoa se subtrai às relações e aos contatos que poderiam ser um núcleo de apoio, as amizades familiares e do ministério

¹⁸ SAFFIOTTI, Luisa, *op. cit.*, p. 2.

com formas opostas, tais como

*agir com impulsividade e impetuosidade, de maneira compulsiva, dando sempre vida a novas iniciativas, jogando-se em relações sempre novas, também afetivamente envolventes, sem nenhum critério*¹⁹.

Em ambas as situações o presbítero está exposto a comportamentos de tipo fuga de si mesmo e a relações-refúgio, que o afundam ainda mais na crise.

IDENTIDADE E INTIMIDADE

8. Profundamente ligada ao desafio da identidade presbiteral está a questão relativa à sua intimidade. Diz-se mesmo que

*son dos caras de la misma moneda, van de mano: la una es parte esencial de la otra. La mayoría de los hombres, por ejemplo, no consiguen una intimidad madura si no tienen una profunda conciencia de su yo, de su propia identidad*²⁰.

No caso do presbítero esse desafio se torna emblemático e já foi assim expresso:

Sendo o papel sacerdotal, em todos os tempos e religiões, um dos papéis sociais antropologicamente mais esvaziadores do núcleo íntimo da pessoa, é mister quem, no caso do padre católi-

¹⁹ *Ibíd*em, p. 3.

²⁰ SAMMON, Seán, *Un corazón indiviso - El sentido del celibato*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 2003, p. 41.

*co, embora também ele se enquadre nesta determinação sociológica, se recuse o primado ao que despersonaliza, e se dê ênfase crescente ao que fomenta o 'ser-assim' de cada um*²¹.

É comum se ouvir em reunião do clero a reclamação pelo excesso de trabalho, o sufocamento por que passam os presbíteros pela demanda imensa de solicitações pastorais, a perda de espaço onde ele possa ser ele mesmo, cultivar sua intimidade. Essa situação tem levado muitos presbíteros a dar respostas, por vezes, extremadas. Uns confundem intimidade com preservação individualista, esquecendo-se de que somente salva sua vida quem a perde por causa do evangelho (cf. Mc 8,35). Ou, como diz o poeta:

*O que a gente retém só para si é o que se corrompe dentro de nós como água-parada. O que a gente deixa passar para os outros é o que lava nossa intimidade como água que corre. Tudo o que é retido se deteriora até desintegrar-se, e o próprio coração se converte em carcereiro. Tudo o que é apresentado cresce sem fim com vida própria, e o nosso coração se converte em criador. Guardar-se inteiramente para si é a única forma de perder-se eternamente na esterilidade da morte. Perder-se inteiramente a si mesmo é a única forma de ganhar-se eternamente no Reino da Vida*²².

Outros esbarram numa preocupação narcisista de defesa de um espaço pessoal que mais esconde e ameaça do

²¹ *Ibidem*, p. 94.

²² BUELTA, Benjamín González, *Salmos nas margens da cultura e do mistério*, São Paulo, Paulinas, 1997, pp.138-139.

que revela e faz crescer. O verdadeiro cultivo da intimidade inclui pudor, direito à privacidade, não redução à função; e se caracteriza como *aprimoramento da autoconsciência como reserva desde a qual um ser humano, permanecendo ele mesmo, pode se abrir inteiramente ao outro e a Deus*²³. A posse da intimidade é *conditio sine qua non* para que a pessoa se abra desarmada ao relacionamento com o outro, para o cultivo de verdadeiras amizades, frente às quais podemos nos apresentar sem nossas máscaras, sem nossas defesas habituais, sem nos sentirmos ameaçados.

*Um sacerdote cujas necessidades de intimidade estejam terrivelmente desprovidas pode dar ouvidos à voz errada e sair em busca do que já está potencialmente em seu coração*²⁴.

Intimidade é união com o outro, é comunhão, e nossa alma foi programada para essa intimidade. Fracassar aqui pode nos levar a experiências equivocadas. Por outro lado, a vivência de uma verdadeira intimidade só pode estar alicerçada numa real maturidade emocional, base para uma vida espiritual e intelectual autênticas. É nesse contexto que emerge o valor e a possibilidade de amizades íntimas na vida do presbítero. Como afirma o Pe. Cozzens:

O que está faltando para muitos sacerdotes, acredito eu, é a experiência da união, da intimidade de uma comunhão santa com alguns bons amigos. Por si só, sem uma profunda e autêntica

²³ CNP, *op. cit.*, pp. 94-95.

²⁴ COZZENS, Donald B., *A face mutante do sacerdócio*, São Paulo, Loyola, 2001, p. 49.

*amizade humana, a intimidade com Deus experimentada na oração, nos sacramentos e nas práticas devocionais deixa o espírito ligeiramente fora de equilíbrio*²⁵.

E ele é bastante contundente, quando alerta:

*Necessidades de intimidade não satisfeitas, acreditado, levaram inúmeros sacerdotes a pensar que só conseguiriam encontrar uma verdadeira realização no casamento ou, no caso do sacerdote de preferência homossexual, numa relação sexualmente ativa com outro homem*²⁶.

O cultivo de amizades íntimas nem sempre é tão simples para os presbíteros. Durante seu aprendizado, ele não estará livre de equívocos e de ambigüidade, mas o isolar-se não é menos perigoso, pois quanto mais o padre estiver distante, inacessível, maior é o fascínio que ele provoca, sobretudo nas pessoas com as quais partilha seu trabalho pastoral. Um bom caminho de discernimento pode ser esse: *Não se deve confundir o que é sagrado durante o exercício da função sacerdotal com a sacralização da pessoa do padre*²⁷. O padre será sempre um sinal que transcende a sua pessoa, mas nunca deixará de ser o homem, com tudo o que isso significa.

MATURIDADE HUMANA PRESBITERAL

9. Cabe aqui uma palavra sobre a correlação entre a maturidade humana e a ministerial. É bom lembrar que antes de ser padre, é preciso ser cristão e antes de ser

²⁵ *Ibidem*, p. 47.

²⁶ *Ibidem*, p. 52.

²⁷ MARRONCLE, Jeannine, *op. cit.*, p. 18.

cristão, ser humano²⁸. Somente sobre fundamentos sólidos humanos se pode edificar o verdadeiro presbítero, pois este deverá ter condições de colocar a totalidade de sua vida sob o dinamismo do Espírito. É claro que por maturidade entendemos hoje mais claramente que se trata de um processo, que nos acompanha a vida inteira, “desde la cuna hasta el ataúd”. Mas esse processo não caminha por si só, sem o concurso da pessoa humana. A capacidade de tomar decisão, de assumir a vida nas próprias mãos, confiando na presença permanente de Deus, faz parte do dinamismo do processo de maturação humana. Esta é construída a partir da tomada de posição pessoal e do relacionamento com os outros, na base do diálogo e do compartilhar a vida com os demais.

Por outro lado, esse processo, no caso do presbítero, não pode ser tão indefinido, pois ele tem responsabilidades inadiáveis no exercício do ministério. Para isso, ele contará com a graça de seu estado ministerial e deverá estar aberto para, em comunhão com seus irmãos de presbitério e com os leigos com quem trabalha pastoralmente, aprofundar o sentido transcendental de seu chamado ao ministério sacerdotal. A maturidade espiritual acompanha o todo do processo de maturidade humana. A experiência de Deus, que o presbítero deverá ser portador, não é feita senão na relação de abertura à sua realidade como pessoa, com os outros e com o totalmente Outro. Portanto, o presbítero deverá ter um senso profundo de realismo em relação a si mesmo, suas ambigüidades e potencialidades, e com a realidade que o cerca. Conhecer-se é fundamental no processo de auto-aceitação em vista da maturidade humana e espiritual.

²⁸ Cf. GÜNTHER, Lendbrald, *Boletim das Fraternidades Jesus Cáritas*, Edição brasileira, n° 117 - março de 2004, p. 75.

Só aplicamos a medicina correta quando detectamos com precisão onde estão nossos pontos fracos. Nada mais prejudicial nesse ponto do que a camuflagem do que se é, verdadeira e profundamente. Deixar aflorar o que somos, com nossas emoções e sentimentos, para resgatar tudo o que nos edifica e trabalhar o que nos destrói.

A não-repressão do que se sente traz consigo a possibilidade de superação do que é negativo na pessoa e de redimensionamento das aspirações de um eu-ideal distanciado do que a pessoa realmente sente e quer, isto é, de seu eu-ideal²⁹.

AFETIVIDADE, SEXUALIDADE E GENITALIDADE

10. Podemos dizer que levamos essa riqueza de vida, contida na experiência humana dos presbíteros, parafraseando o apóstolo dos gentios, em vasos de barro. Isso fica bastante evidente quando o presbítero, ainda que experimentado e realizado, comete uma falha quanto à dimensão humana, ainda mais se esta falha estiver diretamente relacionada com sua afetividade, sexualidade e genitalidade. É pertinente distinguir essas dimensões, pois

cualquier reflexión en torno a la sexualidad requiere un contexto, un marco de referencia que nos ayude a tener una perspectiva de la cuestión. Hoy en día sigue habiendo muchas personas que tienen una visión restrictiva de la sexualidad, equiparándola al comportamiento genital. Pasa lo mismo con el concepto de intimidad. Si una per-

²⁹ CNP, *op. cit.*, p. 104.

*sona dice que ha llegado a intimar con otra, muchos se imaginan que se está acostando. Esta visión estrecha de las cosas no nos ayuda a valorar la complejidad y la riqueza de nuestra sexualidad*³⁰.

Há uma vivência diferenciada da afetividade e da sexualidade, segundo os diversos estágios do processo de amadurecimento humano. No caso do presbítero, têm se tornado um grande desafio para a Igreja saber lidar com essa dimensão desde o processo formativo. Os rapazes, na sua maioria, nos chegam com vivências nem sempre bem sucedidas no campo afetivo e sexual. O clima social e a cultura de hoje favorecem experiências de toda ordem e nada mais complexo que refazer caminhos mal começados nesse campo. As experiências deixam marcas que nem sempre são explicitadas no campo próprio da formação presbiteral. Esconde-se muito de tudo o que se vive e experimenta nessa dimensão, devido aos tabus e aos interditos da instituição. Diz-se que a religião, muitas vezes, favorece mesmo esse ocultamento, por meio de práticas piedosas. Aqui e acolá emerge um comportamento presbiteral que torna claro o que estava velado, e não poucas vezes nos surpreendemos com quem isso se sucede. São pessoas que aparentemente demonstravam ter atingido um grau elevado no processo de maturidade humana e sexual.

PRESBITEROS E A QUESTÃO DE GÊNERO

11. A relação entre os padres e as mulheres está sempre em busca de uma base de serenidade, e tem melhorado muito nos últimos tempos, apesar de todo o desafio que isso

³⁰ SAMMON, Seán, *op. cit.*, p. 16.

ainda significa³¹. O amor celibatário e o cultivo de autênticas amizades exigem, como já dissemos, uma capacidade de relacionar-se bem com a questão da identidade e da intimidade. O conhecer-se é fundamental, sobretudo no que diz respeito à nossa sexualidade. A psicanálise nos ajudou e muito a desvendar zonas bastante obscuras de nossas vidas e, mais recentemente, tem se desenvolvido bastante a consciência de que homens e mulheres têm um lado feminino e masculino inconscientes. Se todos somos andróginos, como afirmam os psicólogos,

para establecer una relación de intimidad madura entre dos personas, ambas tienen que haber conseguido un cierto nivel de integración de sus dimensiones masculina y femenina. Esta integración nos ayuda a comprender mejor el origen de los estereotipos sexuales. Nos ayuda también a desechar las imágenes distorsionadas de lo que debe ser un hombre o una mujer³².

Nas relações de gênero, é possível desenvolver uma intimidade madura, desde que homem e mulher se conheçam e estejam dispostos a externar claramente seus sentimentos, evitando camuflagens e jogos afetivos, que mais servem para um manipular o outro. No processo de seu autoconhecimento, o presbítero precisa ter claro que carrega consigo uma aura de homem proibido, interdito, e que isso favorece o desenvolvimento de

³¹ Vale a pena a leitura do livro já citado de Jeannine Marroncle, *O homem proibido* - sobre a afetividade sacerdotal. Nele, a autora apresenta alguns relatos de mulheres que tiveram relações afetiva-sexuais, e algumas até genitais, com sacerdotes e analisa as conseqüências dessas relações.

³² *Ibidem*, pp. 64-65.

um fascínio, sobretudo em mulheres que não conseguiram integrar-se e amadurecer ou que passam por momentos afetivos difíceis. Todos vivenciamos fases evolutivas no processo humano de amadurecimento e essas fases estão impregnadas de sentimentos opostos e até antagonísticos, como o amor e o ódio. Saber superar a antinomia inconsciente típica das primeiras fases evolutivas de todo o ser humano é condição essencial para atingir a maturidade humana e espiritual. Somente o presbítero que vivenciou bem esse processo pode cultivar a intimidade com uma mulher, mesmo sabendo que não está isento de risco, mas com segurança e confiança na sua capacidade de superação de qualquer situação mais conflitiva. Os casos que conhecemos de conduta inadequada, que se caracterizam como patologias de natureza sexual, tais como a pedofilia e a efebofilia³³, são exemplos de falhas na conquista de uma intimidade madura. Porém, é preciso estar atendo porque não são as únicas formas de extravasamento dessa patologia. A busca pelo poder, o comportamento autoritário, a falta de capacidade de relação serena com pessoas de ambos os sexos, o apego ao dinheiro ou às próprias idéias, podem se constituir em outras manifestações da mesma

³³ Seán Sammon chama a atenção para a necessária distinção entre pedofilia e efebofilia. Diz ele: “Pedofilia se refiere a um adulto que experimenta urgencias sexuales recurrentes e intensas, y fantasias eróticas focalizadas hacia menores prepúberes. La edad de éstos se suele fijar arbitrariamente en los trece años o menos. El adulto debe ser al menos cinco años mayor. Por tanto, utilizamos el término pedofilia cuando un niño o niña antes de la pubertad es el objeto de la fantasía, o el participante en la conducta. Efebofilia es un término que utilizamos cuando nos referimos a un adulto que experimenta urgencias sexuales recurrentes e intensas, y fantasias eróticas focalizadas hacia un menor púber o adolescente. La edad se establece arbitrariamente entre los catorce y los diecisiete años. El adulto debe ser al menos cinco años mayor”. *Op. cit.*, pp. 127-128.

patologia. Acreditamos, contudo, que o relacionamento íntimo entre o presbítero e a mulher não só é viável, mas necessário para uma vida afetiva equilibrada e serena, do ponto de vista humano e espiritual. Aqui se pode falar de celibato como vivência sadia e autêntica da dimensão humana do presbítero. Porém, é preciso ter claro

que o celibato, para ser realizador da pessoa, supõe a superação das inconsistências afetivas mais básicas de nossa evolução. Sem isto, por maior que seja nosso idealismo, força de vontade e mesmo nossa confiança no Senhor e nossa dedicação ao Reino, não poderemos superar o desafio da intimidade e chegar a uma reciprocidade em que estamos inteiros, crescendo sem machucar e sem usar o outro, especialmente a mulher³⁴.

NECESSÁRIO CULTIVO DA SOLIDÃO

12. Além de tudo isso, é preciso um cultivo da verdadeira e sã solidão. Esta é extremamente benéfica para qualquer ser humano, e no caso do presbítero ela ganha caráter de necessidade intrínseca à sua missão. Uma solidão sadiamente cultivada pode ajudar o presbítero a viver na fidelidade ao seu “amor primeiro”, à sua vocação, e a rever suas atitudes de maneira mais profunda. Como afirmava o papa João Paulo II:

A solidão oferece oportunidades positivas para a vida sacerdotal: aceita com espírito de oferta e procurada na intimidade com Jesus Cristo Senhor, a solidão pode ser uma oportunidade para a

³⁴ CNP, *op. cit.*, p. 96.

*oração e o estudo, como também uma ajuda para a santificação e o crescimento humano*³⁵.

Foi bastante enfático ao afirmar: ... *não é capaz de verdadeira e fraterna comunhão, quem não sabe viver bem a própria solidão*³⁶. Importante ressaltar que a solidão não é a mesma coisa que vida fechada, isolamento. Solidão não se confunde com um mundo perdido, mas antes com um mundo bem encontrado, onde os frutos que dela brotam servem a todos, àquele que a cultiva e aos que o cercam.

Talvez, tenha sido Henry J. M. Nouwen o que mais bem definiu a importância da solidão na vida do presbítero, quando diz:

*Estou seriamente convencido de que a delicadeza, a ternura, a tranqüilidade e a liberdade interior de aproximar-nos uns dos outros ou de afastar-nos uns dos outros são alimentadas na solidão. Sem a solidão, começamos a apegar-nos uns aos outros; começamos a preocupar-nos com o que pensamos e sentimos a respeito uns dos outros; rapidamente ficamos desconfiados uns dos outros ou irritados uns com os outros; e começamos, muitas vezes de maneira inconsciente, a esmiuçar uns aos outros com uma hipersensibilidade fadigante. Sem a solidão, conflitos superficiais facilmente tornam-se sérios e causam dolorosas feridas*³⁷.

³⁵ PDV, 74.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ NOUWEN, Henry J.M., *Pobres palhaços em Roma, Reflexão sobre solidão, celibato, oração e contemplação*, Ed. Vozes, Petrópolis, 1997.

Solidão, portanto, não deve ser confundida com vida solitária. Pelo contrário, ela é espaço autêntico somente na vida daqueles que sabem conjugar bem os dois pólos supra citados: o da identidade e o da intimidade. Tal experiência de integração ganha sentido mais profundo quando centrada numa espiritualidade e mística capazes de orientar profundamente a vida do presbítero. Essa vivência transcendental carrega consigo a experiência da solidão, da renúncia e da cruz, que emerge de uma vida centrada num projeto claro em vista do Reino. Isso é fundamental na vida do presbítero, pois ele certamente conhecerá momentos em que percebe que seus ideais e metas propostos para si no começo de sua vida ministerial não podem ser alcançados em curto prazo ou, nem poderão mesmo ser concretizados. Como suportar as frustrações, a pobreza de soluções para problemas imensos que se nos antepõem, se não se atingiu a capacidade de vivenciar um processo profundo de autoconhecimento e de compartilhar a vida com alguém na intimidade?

Esse processo de autoconhecimento, vivido e experimentado por aqueles que sabem cultivar uma verdadeira e autêntica solidão, foi sintetizado muito bem por Pe. Edênio, psicólogo que tanto tem nos ajudado no acompanhamento dos presbíteros no Brasil:

O auto-conceito adulto abrange o gostar de si, o sentir-se bem consigo mesmo, a capacidade de ser e de sentir-se feliz. Esta positividade em relação a si próprio é distinta do apego infantil à necessidade de ser amado e protegido; é algo criativo que leva ao engajamento da vida e à orientação dela em direção a objetivos que transcendem pulsões e satisfações apenas imediatas. A causa do Reino, o compromisso da libertação, o serviço aos irmãos

*têm aqui espaço psicológico para a dinamização válida do projeto existencial do padre. Projeto que, sem dúvida alguma, no nível psicológico pode permitir plena realização de sua pessoa*³⁸.

Enfim, faz-se urgente uma mística pascal, que nos enraíza na experiência da kenosis e que nos faz superar a lógica do sucesso, a busca frenética de resultados e a fixação numa lamentação estéril.

O PRESBITERO NÃO PODE VIVER SEM AMOR

13. Não podemos, porém, nos esquecer que só se entende a missão presbiteral na perspectiva do mandamento maior: amor a Deus acima de tudo e amor aos irmãos na medida do amor de Jesus pela humanidade. E isso se prova na convivência, na partilha de vida. Não basta amar, é preciso provar. E como testemunhar esse amor se não se sabe amar concretamente as pessoas? Como afirma São João, o critério de veracidade do nosso amor a Deus está exatamente no amor aos irmãos. A experiência do amor aos outros não pode ser genérica e deve ser vista no prisma do mistério da redenção. Fundamental lembrar as palavras do papa João Paulo II, na sua encíclica *Redemptor Hominis*.

O homem não pode viver sem amor. Ele permanece para si próprio um ser incompreensível e a sua vida é destituída de sentido, se não lhe for revelado o amor, se ele não se encontra com o amor, se o não experimenta e se o não torna algo seu próprio, se nele não participa vivamente. E por isto precisamente Cristo Redentor revela ple-

³⁸ CNP, *op. cit.*, p. 105.

namente o homem ao próprio homem. Esta é –se assim é lícito exprimir-se– a dimensão humana do mistério da redenção. Nesta dimensão o homem reencontra a grandeza, a dignidade e o valor próprio da sua humanidade (n. 10).

Nessa dimensão redentora do amor, emergem valores essenciais para o relacionamento humano, tais como sinceridade, ternura e desarmamento, pois o amor significa abertura, vulnerabilidade, disponibilidade e confissão. Para isso, faz-se necessário um verdadeiro processo de reconciliação conosco mesmo, com os outros e com Deus. Nesse contexto, podemos aceitar que “A conversão é a descoberta da possibilidade do amor”³⁹.

Essa dimensão da fé é essencial na cura terapêutica de qualquer presbítero. Com muita propriedade, depois de vários anos de trabalho de recuperação de padres que apresentaram problemas patológicos de natureza sexual, numa clínica nos Estados Unidos, Luisa Saffiotti afirma:

O caminho da cura é também terapêutico, mas a dimensão decisiva é de caráter espiritual. Muitos tinham perdido todo sentido de espiritualidade: o caminho da fé é o primeiro a perder-se e o último a ser recuperado. Muitas vezes se manifestam compreensíveis raivas para com Deus, mesmo muito fortes: muitos atravessaram o contraste dilacerante de quem falou muitas vezes do amor de Deus, enquanto carregava uma experiência vivida de violências sofridas e depois também praticadas⁴⁰.

³⁹ Nouwen, Henry J.M., *Intimidade - ensaios de psicologia pastoral*, São Paulo, Loyola, 2001, 2ª Edição, p. 36.

⁴⁰ Saffiotti, Luisa, *op. cit.*

SABER LIDAR COM AS FRAQUEZAS

14. Nesse contexto, julgamos fundamental o papel da Igreja na busca de solução para as patologias de natureza sexual junto aos presbíteros. Faz-se necessário e urgente um novo modo de falar da crise e do escândalo. Deve-se evitar o fomento de um clima de silêncio e de encobrimento e com a mesma determinação não sucumbir à linguagem fácil e escandalizadora da mídia. O espírito de discernimento é também fundamental, pois não se pode tratar todos os fenômenos como se fossem da mesma natureza, tal como se fez entre pedofilia e orientação homossexual, entre pedofilia e efebofilia, entre sexualidade e genitalidade. Seguramente podemos afirmar que um primeiro passo para uma reta formação da dimensão humana do presbítero está na informação ampla e adequada de tudo o que envolve a alma humana, suas alegrias e tristezas, suas potencialidades e ambigüidades, sua pobreza e sua riqueza, sobretudo como ser criado por Deus.

URGENTE PASTORAL PRESBITERAL

15. Gostaria de concluir essa pequena reflexão sublinhando a urgente promoção de uma verdadeira pastoral presbiteral. Por pastoral presbiteral, podemos entender:

*cuidado-acompanhamento, pessoal e comunitário, integral e orgânico que uma Igreja particular oferece aos seus pastores, para que estes se sintam tratados e vivam como pessoas, conheçam Jesus Cristo, sejam como Ele, vivam e ajam como Ele, de modo que possam dedicar-se plenamente ao ministério de Pastores que Deus e a Igreja lhes confiaram em prol da comunidade*⁴¹.

⁴¹ VILLALTA, Guido, *La Pastoral Sacerdotal en América Latina y El Caribe*, Boletim Celam 282 (1999), 34.

Há anos a CNBB vem desenvolvendo essa pastoral e com frutos significativos. Realizamos, nesse ano de 2006, o 11º Encontro Nacional de Presbíteros, que se constitui num momento importante de partilha das experiências das diversas modalidades de trabalho junto aos presbíteros: associações diocesanas, grupos de fraternidade, que seguem as espiritualidades de Charles de Foucauld, Antoine Chevrier, Focolarinos e outras, encontros com presbíteros por faixa etária, etc. Depois de anos de experiências percebe-se que elas são mais eficazes na medida em que conseguem fomentar entre os presbíteros o companheirismo, o gosto por compartilhar a vida e a missão. Quanto mais os presbíteros se ajudam, se apóiam, mais bem realizam aquilo que comporta seu ministério. Aqui se entende bem a afirmação do Papa João Paulo: *O ministério ordenado tem uma radical forma comunitária e pode apenas ser assumido como obra coletiva*⁴². E essa perspectiva é acentuada pelo papa, num primeiro plano, em relação ao bispo e ao presbitério, estendendo-a a todo o povo de Deus. É na profunda comunhão com seus irmãos de presbitério que o padre poderá encontrar um ponto de apoio humano e espiritual para vivenciar, na devida medida, as alegrias e tristezas, as vitórias e os fracassos de sua missão. Por outro lado, a vivência comunitária com seus irmãos de sacerdócio exige também maturidade, capacidade de tolerância; numa palavra, mística cristã. Na visão do psicólogo,

Somente pessoas realmente amadurecidas podem viver e construir comunidade. Maturidade que exige libertação para uma coerente independência no pensar, agir e sentir. E, muito especialmente,

⁴² PDV, 17.

*sentido crítico e dinâmico dos mecanismos de avaliação de si mesmo e das pessoas e situações. Sem esquecer um grau satisfatório de amadurecimento afetivo e emocional, sem o qual não seria apto para participar e construir comunidade*⁴³.

Poderíamos dizer, não estaria apto para exercer o ministério presbiteral, pois, ainda que para o presbítero diocesano não haja a cobrança de uma vivência em comunidade com seus irmãos de ministério, há sim a necessidade de um testemunho de abertura para o outro, como sinal da vida fraterna querida por Nosso Senhor.

A título de contribuição, gostaria de retomar as pistas surgidas nos encontros nacionais de presbíteros do Brasil, bem como as que vieram da 42^a Assembléia Geral da CNBB, que tratou do tema da vida e ministério dos presbíteros, em 2004. As pistas que seguem se referem à reflexão diretamente relacionada com a busca do aprimoramento humano e cristão dos presbíteros⁴⁴.

ALGUMAS PISTAS PARA A PASTORAL PRESBITERAL

- Desenvolver a consciência da identidade pessoal, superando a dicotomia entre missão e vida pessoal.
- Compreender a dimensão humano-afetiva de forma equilibrada, sem tabus ou relativismo, aprofundando a dimensão relacional de alteridade. Tendo como eixo integrador a dimensão nupcial do celibato.

⁴³ Monteoliva Ramos, Pe. José María, *Felicidade Humana e Vida Religiosa*, São Paulo, Loyola, 1994, p. 93.

⁴⁴ CNBB, *Vida e ministério dos presbíteros*. Série Estudos, 88, São Paulo, Paulus, 2004, pp. 30-31.

- Ter e fazer amigos, cultivando relações de complementariedade interpessoal. Que o presbitério seja o ambiente, o lugar e o ombro onde o presbítero possa reclinar a cabeça e o coração.
- Garantir desde o seminário a formação para a doação total, sem aburguesamento ou falsas seguranças, sabendo que a promessa evangélica é o cêntuplo já nesta terra, com perseguições.
- Formar para os valores humanos tais como a coerência, sinceridade, justiça, partilha, senso de humanidade, confiança mútua. O presbítero seja homem da Palavra e de palavra.
- Estabelecer, desde o seminário, parâmetros de organização e disciplina, construindo um projeto de vida, levando em consideração as várias dimensões da pessoa humana e tendo como eixo integrador a dimensão espiritual. Autodisciplinar-se frente aos meios de comunicação social, de maneira especial, a televisão e a internet.
- Superar as distâncias entre sacerdotes jovens e idosos, sentindo-se todos co-responsáveis na missão, amando de corpo e alma a Igreja local.
- Trabalhar permanentemente as motivações vocacionais e evangélicas que levam a concretizar a opção vocacional e sustentar o exercício ministerial.
- Buscar ajuda no diretor espiritual e nos movimentos de espiritualidade sacerdotal, a fim de “reanimar o dom de Deus que está em ti” (2 Tm 1,6) e alcançar maior equilíbrio psico-afetivo.

Há muitas outras pistas, como por exemplo: manter compromisso com a comunidade-povo; aprofundar o sentido da incardinação numa Igreja particular; cultivar a atitude

de discipulado, de aprendiz: de Deus, da Palavra, dos/as irmãos/ãs, consciente de que só quem é discípulo faz discípulos/as (cf. Is 50,1-4 e Mt 13,52).

COMECEMOS O DEBATE

Não sou psicólogo, apenas acumulo experiência de trabalho com os presbíteros do Brasil, no âmbito da formação presbiteral em algumas dioceses e junto ao Setor de Vocações e Ministérios da CNBB. No âmbito latino-americano, minha vivência se resume ao bom tempo que representei o Brasil na OSLAM e outros encontros continentais. Consciente dessa limitação, procurei evitar pontos muito particulares da realidade brasileira, ressaltando os que me parecem servir de conexão com a realidade de outros países de nosso Continente e nos possibilitam o diálogo sobre nossa situação e desafios. A mudança de época que vivemos nos toca a todos latino-americanos e caribenhos, pois a cultura na qual nossos povos foram engendrados, apesar de suas diferenças, têm laços muito estreitos, mais do que podemos perceber.

Para ser discípulo e missionário, nesse continente marcado fortemente, por um lado, pela desigualdade social e, por outro, pela riqueza das expressões religiosas e evangelizadoras, todo fiel batizado, mas de maneira muito mais urgente, os presbíteros precisam assumir o desafio de buscar com tenacidade o equilíbrio nas relações e a maturidade humana.

5

IDENTIFICAR LOS PRINCIPALES PROBLEMAS QUE EXPERIMENTAN LOS PRESBITEROS DESDE LA DIMENSIÓN HUMANA

*Mons. Anuar Battisti**

*Levanta marcos para ti,
coloca indicadores no caminho,
presta atenção ao percurso,
ao caminho por onde andares
(Jr 31,21)*

Esta pequena reflexão é fruto de uma pesquisa (consulta) a um grupo de trinta sacerdotes de várias regiões do Brasil, que participaram do 11^a Encontro Nacional de Presbíteros. Perguntados sobre os desafios e perspectivas do ministério presbiteral a partir da Dimensão Humana, responderam:

* Arcebispo de Maringá, Responsable por la Sección de Seminarios y Ministerios Ordenados del CELAM.

1. O Seminário precisa oferecer uma visão integral da afetividade e sexualidade. Formar para uma vida de sacrifício, e aberta para a doação gratuita. Em muitos casos se observa uma carência forte na formação e preparação para o celibato. Se observa a existência de uma mentalidade em não considerar o Presbítero como pessoa, com sentimentos e desejos, valorizando sim mais a instituição.

Outra lacuna é a formação permanente para a vivência do Ministério e o próprio carisma do celibato. Viver o celibato como valor e elemento integrador da vida afetiva do Presbítero.

2. Dificuldade em manter o equilíbrio humano-afetivo numa sociedade consumista, mercantilista, hedonista, marcada pela banalização das relações e exacerbação do sexo por uma cultura erotizada e apelativa, que influencia e causa insegurança nos Presbíteros. Na mesma direção o Presbítero é desafiado pelas mudanças e transformações da sociedade globalizada, midiática.
3. Outro problema enfrentado pelos Presbíteros é a forte presença do homossexualismo na sociedade e no clero. Falta transparência e valorização dos valores éticos e morais. O relativismo social afetou diretamente a vida dos presbíteros. Os escândalos sexuais têm causado na Igreja e nos presbíteros um enorme descrédito por parte do povo de Deus e da Sociedade. Por isso cai sobre todos nós a pergunta: Como recuperar a credibilidade da Igreja neste contexto dos escândalos sexuais? Um problema grande é a falta de uma espiritualidade para o presbítero diocesano, encarnada na realidade, marcada pelo discipulado e fecundado na pessoa de Jesus, amado e bom pastor. O ativismo leva à infidelidade aos deveres de estado, a oração, meditação, confirmação

pessoal, direção espiritual... O aburguesamento tem levado muitos presbíteros a um estilo de vida anti-evangélica e de minimização do próprio ministério.

ALGUMAS PERSPECTIVAS A PARTIR DA DIMENSÃO HUMANA

1. Repensar o modelo de formação presbiteral onde o formando seja sujeito e protagonista da sua formação inicial e permanente.
2. Enfrentar com coragem os temas da formação humana afetiva e sexual desde a etapa inicial da formação, tratando sem preconceitos ou tabus.
3. Orientar a formação para um estilo de Seminário inserido na vida da comunidade eclesial. Abertura ao novo e acolhimento do diferente deve ser uma característica do Seminário e do futuro Presbítero.
4. Aproveitar melhor os recursos das ciências (psicologia, antropologia, sociologia) enriquecendo com a dimensão mística da fé.
5. Planejar a formação a partir de uma moral positiva, como a beleza do amor e da gratuidade.
6. Criar e fortalecer a Pastoral Presbiteral como caminho para evitar o individualismo, promover a partilha de vida e atividades, integrando e fortalecendo a fraternidade Presbiteral.
7. Reaviver a espiritualidade, mística do Presbítero Diocesano a partir da caridade pastoral, na dedicação de servidor da comunidade e modelo de discípulo.

8. Fortalecer a experiência de “grupos de vida” no seminário afim de que haja uma continuidade na vida de Presbítero, proporcionando assim a convivência fraterna e evitando o individualismo.
9. Reaviver a mística presbiteral, tendo como modelo Cristo, Bom Pastor. Inspirar-se na fortaleza e humanidade dos “Padres do deserto”, fazendo crescer o espírito orante.
10. Criar espaço e condições para o diálogo, entre os presbíteros e dos presbíteros com o bispo, especialmente nos momentos de crise.
11. Usar as ciências e terapias alternativas como apoio ao processo de maturidade humano-afetivo dentro do programa de formação permanente.
12. Assumir com caridade e franqueza os casos dolorosos, oferecendo oportunidade para a reabilitação em centros especializados.
13. Olhar dos bispos para seus formandos e presbíteros, como ovelhas que precisam de pastor que as ame, que as cuide nos momentos de glória e de dor.

Na contemplação do Ministério Presbiteral e pessoa do Presbítero mostro alguns desafios apresentados pelo psicólogo Padre Edênio Valle, ao presbítero neste tempo de mudanças:

1. Antes de buscar segurança no seu *status* ou atrás de sinais exteriores de autoridade, busque uma vivência genuína da sua fé, que é chamado a partilhar com a comunidade, sendo para ela referência de autenticidade;
2. Antes de se fechar no ativismo ou de buscar simplesmente salvar sua própria saúde e seu bem-estar, organize seu

tempo e seus interesses de tal forma que permaneça aberto às pessoas, aos jovens, aos novos questionamentos da época em que estamos vivendo;

3. Antes de se limitar a manter um relacionamento de subordinação ao bispo e de autoridade “sobre” os fiéis, antes de manter relações apenas formais ou superficiais com os colegas, descubra a riqueza das relações fraternas, adultas, com outros padres e com leigos e leigas; não faça dos colaboradores apenas empregados ou “meninos de recado”, mas se relacione com eles como com pessoas com quem pode viver um diálogo respeitoso e crítico e uma amizade verdadeira;
4. Assim poderá efetivamente seguir a Jesus, imitá-lo em suas atitudes, ter a sua ternura para com as pessoas, e fazer a experiência da “generatividade”, da fecundidade espiritual e afetiva; lançará sementes, não apenas de flores, que “passa o vento e já não existem mais” (Sl 103,15), mas de árvores e de pessoas;
5. Antes de fazer de seu ministério apenas um desempenho profissional cuidadoso e competente, faça dele realmente a realização da sua vida, sem se esvaziar no cardo de “funcionário de Deus”, mas indo sempre além na busca da comunhão com os outros e o Outro;
6. Sem se decepcionar com os obstáculos próximos e imediatos, sem olhar apenas miopeamente para eles, levante seu olhar para a colheita futura, o horizonte do Reino de Deus, e tenha a paciência histórica do agricultor que semeia, rega, aduba, cuida, para conseguir o resultado. (*Valle, Edênio e outros; Padre, você é feliz? Loyola, 2004.*)

CONCLUSÃO

Como conclusão retomo uma breve reflexão de Maria Clara Lucchetti Bingemer, teóloga brasileira, que ao analisar o perfil do Padre e a sua identidade conclui: “Os padres são seres misteriosos por vários motivos.

Em primeiro lugar porque intrigam as pessoas. Em uma sociedade do lucro, do sucesso e do erotismo como é a nossa, é algo esperado que escandalize boa parte das pessoas o fato de que alguém saudável e inteligente escolha um caminho de vida baseado na pobreza, na humildade, na castidade e no serviço. Neste sentido, o padre, talvez hoje mais que nunca, é sinal de contradição. É misterioso, neste sentido, porque é diferente; porque ninguém entende bem o por quê de sua vocação e sua missão. É a nosso ver, é altamente positivo que assim seja. O seguimento de Jesus Cristo promete ser sinal de escândalo e estranhamento para todos. Os padres, que desejam configurar-se a Cristo, não poderiam estar fora de tal situação.

Por outro lado, o padre é um ser misterioso, porque seu segredo está no mistério de salvação que dá vida ao mundo: o próprio mistério de Deus revelado em Jesus Cristo e confirmado a cada passo e a cada momento por seu Espírito, que habita em cada um de nós, que preside e dirige a Igreja e que foi derramado sobre toda história e toda carne. O padre é alguém especialmente chamado, juntamente com todos os batizados, a dar testemunho deste mistério, que é o sentido maior e a mola propulsora de sua vida de serviço e relação. Homem que administra os mistérios divinos, o padre é ou deve ser alguém que deles vive. Se assim não for, seu sacerdócio não poderá realizá-lo e seu serviço não levará a bom porto o povo que lhe foi confiado” (*Medeiros, Kátia Maria e Fernandes, Silvia Regina; O Padre no Brasil: interpelações, dilemas e esperanças, Loyola, 2005.*)

Conclusión

ALGUNOS PROBLEMAS Y DESAFÍOS DESDE LA DIMENSIÓN HUMANA

La reflexión de los participantes en el Seminario-Taller, en esta segunda parte, se centra en la identificación de algunos problemas y desafíos que enfrentan los presbíteros desde su condición humana.

1. PROBLEMAS QUE AFRONTAN LOS PRESBÍTEROS

1. *La familia* juega un papel determinante en la vida del presbítero y en la configuración de su personalidad. De la experiencia que haya vivido en el hogar dependerá la calidad de las relaciones que creará y de su madurez afectiva. Si es una familia en crisis su influencia puede ser negativa.
2. *La formación humano-afectiva* sigue siendo deficiente en la fase inicial del camino al presbiterado, no se asume de modo integral ni con el apoyo de las ciencias humanas, por eso no se tiene una adecuada comprensión de las personas en cuanto a su realidad, sus sentimientos, valores, sus deseos, sus limitaciones, sus vacíos, sus aspiraciones y expectativas, etc.

3. La notoria tergiversación de la sexualidad humana que se da hoy, es un problema que puede influir en la vivencia plena y gozosa de su consagración celibataria. Los graves escándalos de sacerdotes pederastas y homosexuales en los últimos años, no sólo han perjudicado la imagen de la Iglesia y de los presbíteros, sino que han dejado al descubierto enormes fallas en el proceso de formación humano-afectiva.
4. El presbítero muchas veces se siente influenciado por una *mentalidad individualista y relativista*, producto de la sociedad contemporánea. La mentalidad individualista dificulta la consolidación de relaciones auténticas que conduzcan a la adquisición de personalidades sólidas, abiertas y solidarias; la construcción de relaciones sanas maduras, generadoras de amistades leales y duraderas; y la capacidad de dar y recibir afecto. La mentalidad relativista puede llegar al ámbito de la moral y de la verdad, dando cabida a la pérdida del sentido del pecado y negándose al ejercicio de la “*diaconía de la verdad*”.
5. *La sobrecarga de tareas pastorales y el escaso sentido de organización y planificación* puede incidir negativamente en la vida personal del presbítero y en el crecimiento de su espiritualidad; algunas veces, hasta puede buscar el activismo con el afán de saciar la sed de autoestima y de reconocimiento social; incluso hasta puede convertirse en un problema para las exigencias de su vida con Dios y las tareas pastorales que está llamado a desempeñar. Esta situación genera el llamado *bourneout* o estrés laboral del sacerdote.
6. Los presbíteros experimentan *dificultades para el ejercicio de una verdadera introspección*, que les lleve al encuentro consigo mismos, a la aceptación de su propia

realidad y al descubrimiento de las zonas más oscuras de su personalidad. Esto puede explicar la actitud defensiva para proteger su mundo interior, la poca disponibilidad para buscar ayuda, para confiar en el acompañamiento del director espiritual y buscar la solución de sus problemas en compañía de los otros.

7. *El pragmatismo pastoral* puede ser otro de los problemas que experimentan los presbíteros en el ejercicio de su ministerio, ya que muchas veces van buscando recetas pastorales o prefieren lo más fácil, sin apoyarse en una verdadera estructura mental de carácter espiritual-teológico-pastoral que favorezca una comprensión más amplia y efectiva de las diversas situaciones. Este fenómeno puede llevar hasta el mismo “desencanto pastoral”.
8. Muchas veces *no se cultiva con espíritu evangélico y eclesial la fraternidad sacerdotal*, ya que con cierta frecuencia se alimentan rivalidades y divisiones, se mantiene prejuicios y se suscitan envidias y resentimiento entre los presbíteros.
9. Fácilmente el presbítero puede caer en una *vida paralela o doble vida*, cuando no es transparente ni exigente consigo mismos, cuando no es coherente entre lo que dice, hace y piensa. Muchas veces se les puede aplicar el cuestionamiento que Jesús hizo de los escribas y fariseos de su época (Mt 23). Muchas veces se impone el criterio de lo que más gusta y da felicidad, renunciando al esfuerzo, a la austeridad y al sacrificio. Esto sucede porque no se llegó a asumir los valores de la vida humana, cristiana y presbiteral. La falta de “unidad de vida” es un problema frecuente y dañino (PO 14).
10. Fácilmente el presbítero puede *acostumbrarse a lo sagrado* y a las “cosas religiosas”, la rutina y la indiferencia

puede invadirlo, puede refugiarse en una fácil relación con Jesús y descuidar su relación con el absoluto de Dios Padre. Con tal actitud pierde el sentido de la alteridad con Dios, el santo temor de Dios, una actitud reverencial y de asombro ante su presencia. Resulta más fácil la relación con Jesús que con el absoluto del Padre.

11. La situación de *extrema pobreza de nuestros pueblos* afecta también al presbítero en cuanto le ofrecen un doble peligro: o que se insensibiliza ante la miseria o que ceda a la tentación de transformarse en un agente de la promoción social, pero con detrimento de su misión religiosa.

2. DESAFÍOS QUE HAN DE ENFRENTAR LOS PRESBITEROS

1. Abrirse a la fecunda experiencia de una *obediencia gozosa y madura* en sintonía con una libertad responsable, desde la formación inicial hasta la formación permanente. Habrá que encontrar el camino pedagógico que responda a ese desafío.
2. Favorecer la rica *experiencia humana del encuentro* consigo mismo, con los demás y con Dios.
3. Promover experiencias de intimidad y *comunión en el presbiterio*, de tal manera que la fraternidad sacramental sea una realidad.
4. Integrar diversas instancias en un *efectivo y afectivo acompañamiento al presbítero*, comenzado desde la responsabilidad que le compete al obispo hasta el apoyo de expertos en el campo de las ciencias humanas, pasando por el consejo presbiteral y los responsables de la pastoral presbiteral.

5. Cultivar en todos los presbíteros y en el presbiterio el inmenso valor de la *soledad apacible* y el silencio fecundo como mediaciones para un sano equilibrio emocional, una gozosa apertura a los demás y una rica relación con Dios.
6. Acompañar el proceso de *transición entre la vida del seminario y la vida pastoral*, de tal manera que se pueda dar una gradual inserción en el presbiterio y en la realidad de la Iglesia particular.

III. Parte

LA DIMENSIÓN ECLESIAL EN LA VIDA DE LOS PRESBITEROS

EL PRESBITERO, GESTOR DE COMUNIÓN Y COMUNIDAD. EN CUANTO DISCÍPULO Y MISIONERO DE JESUCRISTO, PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN ÉL TENGAN VIDA

*Mons. Oscar Mario Brown**

1. INTRODUCCIÓN

El tema que nos ocupa exige recordar las líneas esenciales de la eclesiología del Vaticano II, que parte de la misión del Hijo de Dios y del Espíritu Santo y la Iglesia, para llevar a los hombres a Dios.

* Monseñor Oscar Mario Brown Jiménez nació en la ciudad de Panamá, República de Panamá. El 20 de enero de 1974 se ordenó como presbítero. El 22 de febrero de 1986 se ordenó como Obispo titular de Scilio y auxiliar de la arquidiócesis de Panamá. Ha ejercido la docencia en el Seminario Mayor de San José, en Panamá, y en la Universidad de Santa María la Antigua (USMA) Ha sido rector del Seminario Mayor de San José, por un total de nueve años. A partir del 11 de febrero de 1995 es el cuarto Obispo de Santiago de

La Iglesia es, en Cristo, “como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). Este sacramento de unidad existe para la salvación del mundo. Para cumplir su misión, cuenta con un sacerdocio jerárquico o ministerial, que sirve a la Iglesia y al mundo haciendo presente a Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, a la que ama con caridad pastoral.

Empezaremos, pues, indagándonos sobre la identidad y misión de la Iglesia, misterio de comunión y misión, para terminar centrándonos en el ministro de esa comunión, el sacerdote ministerial, el presbítero, gestor de comunión y comunidad, discípulo y misionero de Jesucristo, para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida.

2. LA IGLESIA DEL VATICANO II

Como ya se señaló, la Iglesia

es en Cristo como un Sacramento o señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano. Es fruto de la libre voluntad salvífica del Padre, quien, llegada la plenitud de los tiempos, nos envió a su Hijo y su Espíritu Santo, para que recibiéramos la condición de hijos suyos adoptivos. Cristo envía a su Iglesia, con el poder del Espíritu Santo, a hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, y enseñándoles a observar todo lo aprendido de Él (cf. Mt 28:16-20).

Veraguas. Preside la Conferencia Episcopal de Panamá en el trienio 2004-2007. Igual servicio presta en los departamentos de Doctrina de la Fe, Vocaciones, Seminario y Clero y la Comisión Nacional de Animación Misionera (Co.N.A.M). Es licenciado en Teología, por la Universidad Católica de Chile, y en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma.

Jesucristo trae el Reino de Dios, que tiene una fase presente y otra futura. Es don y tarea. La Iglesia es el instrumento para realizarlo. El tiempo de la Iglesia es el que media entre la ascensión del Señor y su segunda venida o parusía. Es el tiempo de la efusión del Espíritu, el tiempo de la misión. En este tiempo, Cristo reina hasta someter a todos sus enemigos bajo el escabel de sus pies. Vencida la muerte, recapitulará en sí todas las cosas, y entregará el Reino al Padre (cf. 1 Co 15:20-27).

La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, al que nos incorporamos por los sacramentos de iniciación cristiana: el bautismo, la confirmación y la primera eucaristía. Es visible y espiritual, al mismo tiempo. Posee un elemento humano y otro divino. En el símbolo de la fe la confesamos como una, santa, católica y apostólica.

Constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, permanece en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él, aunque puedan encontrarse fuera de ella muchos elementos de santificación y de verdad que, como dones propios de la Iglesia de Cristo, llevan a la unidad católica (LG 8).

La Iglesia es el Pueblo de Dios y todas las personas están llamadas a integrarse en esta unidad católica, a la cual pertenecen de varios modos o están ordenados tanto los fieles católicos, como los otros cristianos, como finalmente todos los hombres, en general, llamados a la salvación por la gracia de Dios. Se habla entonces de incorporación plena o parcial a la sociedad de la Iglesia. En el primer caso, se aceptan todos los medios de salvación establecidos en ella, la misma profesión de fe, los mismos sacramentos y el regimen eclesiástico. Sin embargo, la Iglesia mantiene vínculos con los cristianos no católicos y con los no cristianos. Su índole misionera la proyecta hacia el mundo entero.

El pueblo de Dios está formado por los fieles laicos, e.d., todos los bautizados, el ministerio jerárquico, formado por obispos, presbíteros y diáconos, llamados a prestar el servicio de la autoridad, y los consagrados, que pueden ser religiosos o seculares.

3. LA IGLESIA EN SU MISIÓN, SU ÍNDOLE ESCATOLÓGICA Y SU PROTOTIPO

Puesto que la Iglesia es un misterio de comunión con la Santísima Trinidad y con los hombres y misterio de misión, todos en ella están llamados a desarrollar personal y comunitariamente la semilla de santidad recibida en el bautismo, hasta alcanzar la madurez de Cristo. En palabras del Apóstol de los gentiles, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu” (2, Co 3:17-18).

En virtud de la comunión de los santos, se da un vínculo estrecho entre la Iglesia peregrinante y la Iglesia celestial. Poseen en común las cosas santas, la vida de Dios y el fruto del Espíritu –amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí– y la común unión entre los santos.

Finalmente,

María, la Madre de Dios, es tipo y figura de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo, porque en el misterio de la Iglesia que, con razón también es llamada madre y virgen, la Santísima Virgen María la precedió, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre, pues creyendo y obedeciendo, engendró

en la tierra al mismo Hijo del Padre... así también la Iglesia... es Madre, por la palabra de Dios fielmente recibida; pues por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y también ella es Virgen que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, e imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad (LG 63-64).

4. EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO VIVO, CAMINO DE CONVERSIÓN, COMUNIÓN Y SOLIDARIDAD

Toda vocación humana auténtica es vocación a la santidad, a participar en la vida del mismo Dios. Por eso, parte del encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, comunión y solidaridad. Este encuentro puede realizarse a través de mediaciones históricas, como personas, acontecimientos o cosas. Lo importante es que se cumpla. En el caso de los discípulos de Emaús, p.e., la mediación de la Sagrada Escritura y la fracción del pan permitieron a los discípulos reconocer al Señor en el misterioso peregrino que les interpretó las Escrituras (cf. Lc 24:13-35).

El encuentro con Jesucristo vivo, misionero del Padre para la salvación del mundo, activa un proceso de conversión radical, que involucra a toda la persona, con sus criterios, sus valores y su conducta. No se puede conocer a Cristo, sin amarlo. No se le puede amar, sin servirle. No se puede servirle, sin convertirse. La conversión de Zaqueo (Lc19:1-10) ilustra bellamente estos axiomas.

El hombre convertido depone públicamente sus ídolos y da su adhesión al Dios único y verdadero, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se incorpora a la Iglesia, sacramento de comu-

nión y misión, por los sacramentos de la iniciación cristiana, y comparte la vocación y misión de la Iglesia: ser señal o sacramento de la unión con la Santísima Trinidad y de todo el género humano.

En las diócesis, los obispos deben sentirse especialmente llamados a promover la comunión, para asegurar la eficacia de la nueva evangelización, que es evangelización de la cultura y de las culturas, nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión.

Con la cooperación de sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos, el obispo debe elaborar “un plan de acción pastoral de conjunto, que sea orgánico y participativo, que llegue a todos los miembros de la Iglesia y suscite su conciencia misionera” (EA 36).

De igual manera, cada ordinario fomentará en sacerdotes y fieles la convicción de que

la diócesis es la expresión visible de la comunión eclesial, que se forma en la mesa de la Palabra y de la Eucaristía en torno al Obispo, unido con el Colegio episcopal y bajo su Cabeza, el Romano Pontífice. Ella, en cuanto Iglesia particular, tiene la misión de empezar y fomentar el encuentro de todos los miembros del Pueblo de Dios con Jesucristo, en el respeto y promoción de la pluralidad y la diversidad, que no obstaculizan la unidad, sino que le confieren el carácter de comunión (EA 36).

Los obispos tienen como inmediatos colaboradores a los presbíteros, quienes deben ser signos de comunión con ellos, dentro del presbiterio.

El presbítero debe ejercer su ministerio con caridad pastoral, sobre todo en la comunidad confiada a su cuidado, a la

que conduce al encuentro con Jesucristo, Buen Pastor. Su vocación le exige ser signo de unidad, por ello se abstendrá de participar en política partidista, que puede dividir la comunidad. Es importante desarrollar una pastoral de acompañamiento sacerdotal que ayude a los sacerdotes a crecer en el seguimiento de Cristo, sumo y eterno sacerdote, que siempre buscó cumplir la voluntad del Padre. El ejercicio mismo del ministerio sacerdotal debe servir al sacerdote para crecer en santidad, como mostraremos más adelante (VI).

El ámbito de actividad de los presbíteros es inmenso. La caridad pastoral evitará que dispersen sus energías, pues unificará todos sus esfuerzos hacia la meta de lograr el mayor bien de la grey, aun al precio de la propia vida. Mientras más se configuren con Cristo, Cabeza, Siervo, Pastor y Esposo de la comunidad, mayor será su caridad pastoral.

Constructores de comunión, como testigos y discípulos de Cristo misericordioso, deben ser instrumentos de perdón y reconciliación para los fieles, en el espíritu del Evangelio.

Constructores de solidaridad en el Pueblo de Dios que peregrina en América, deben ser capaces de percibir los desafíos del mundo actual y compartir las angustias y esperanzas de sus gentes, sobre todo, los más pobres.

Guías y pastores de la comunidad, se esforzarán por discernir y ordenar los carismas de los fieles para obtener el mayor fruto posible. Esto garantizará una mejor utilización de los agentes de pastoral.

5. LA IGLESIA, CASA Y ESCUELA DE LA COMUNIÓN

Supuesto el encuentro con el Cristo pascual, el que padeció, murió y resucitó, y atendidas las prioridades pastorales señaladas en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* (NMI),

podremos afrontar el desafío pastoral de hacer de la Iglesia, en el nuevo milenio, la casa y la escuela de la comunión, para ser fieles al designio de Dios, y, a la vez, responder a las esperanzas del mundo actual. Este es el marco situacional y doctrinal del presbítero, gestor de comunión y comunidad, en cuanto discípulo y misionero de Jesucristo, para que nuestros pueblos, en él, tengan vida.

Empezamos por recordar las prioridades pastorales. En primer lugar, la vocación universal a la santidad. Esta es un corolario de nuestra participación en la santidad de Dios por los sacramentos de iniciación cristiana. Urge que desarrollemos esta semilla gratuita mediante una opción definitiva y reiterada.

Seguimos luego con la oración. El Espíritu Santo es maestro de oración. Guiados por él, nuestras comunidades cristianas llegarán a ser auténticas “escuelas de oración”, donde se cultive la oración de alabanza, adoración, contemplación, bendición y acción de gracias, por las iniciativas salvíficas de Dios y, como consecuencia, la oración de petición de ayuda y de intercesión. No debemos olvidar que los cristianos que descuidan la oración son, no sólo cristianos mediocres, sino “cristianos en riesgo” (NMI 34).

La importancia pastoral de la eucaristía dominical se hace patente cuando uno recuerda que ella es el lugar privilegiado donde se anuncia y se cultiva constantemente la comunión.

Precisamente a través de la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad (NMI 36).

Otras prioridades pastorales igualmente importantes son el sacramento de la reconciliación, el primado de la gracia

(sin Cristo no podemos hacer nada), la escucha de la Palabra de Dios y el anuncio de la Palabra o la pasión por evangelizar.

Para asumir el desafío de hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión, necesitamos cultivar una espiritualidad de la comunión como norma educativa en todos los ambientes donde se forman los cristianos, hombres y mujeres, los ministros ordenados y laicales, los consagrados y los agentes de pastoral, y donde surgen las familias y las comunidades.

Cuando nos mueve la espiritualidad de la comunión, contemplamos afectuosamente el misterio de la Santísima Trinidad que habita en nosotros y en los hermanos que nos rodean. Soy capaz de sentir existencialmente al hermano de fe en la profunda unidad del Cuerpo místico de Cristo, en quien no hay libre y esclavo, hombre y mujer, judío y gentil, rico y pobre, sino la unidad que trasciende todas las divisiones y barreras. Siento que el hermano me pertenece como los miembros de mi cuerpo. Puedo compartir sus alegrías y sus tristezas; adivinar sus deseos, responder a sus necesidades, y ser su amigo entrañable. Merced a la espiritualidad de la comunión, todo lo que hay de bueno y positivo en el otro se me vuelve transparente y asequible. Puedo verlo, valorarlo y acogerlo como don de Dios, un regalo para mí, y no sólo para el hermano que lo ha recibido expresamente. En fin, la espiritualidad de la comunión me lleva a aceptar plenamente al hermano, ayudándolo a desarrollar sus cualidades y a superar sus defectos, evitando rivalidades, envidias y suspicacias. Ella enlaza la comunión efectiva con la afectiva, y es auxiliada por los instrumentos de cogobierno previstos por el derecho canónico, como los consejos presbiterales y pastorales (cf. NMI 43-45).

6. EL PRESBITERO, GESTOR DE COMUNIÓN Y COMUNIDAD

Si todos los fieles cristianos estamos llamados a la santidad, esta vocación atañe de manera particular a los presbíteros. En efecto, se los llama a ser santos, no sólo por razón de su bautismo, sino por exigencias que derivan del sacramento del Orden, que los constituye en instrumentos vivos de Cristo, Sacerdote eterno, para proseguir en el mundo su obra.

Lo específico de la vida espiritual de los presbíteros nace del hontanar de su consagración, que los configura con Jesucristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, a la que ama con caridad pastoral.

De igual manera, los configura para la misión o ministerio propio de los presbíteros, capacitándolos para ser “instrumentos vivos de Cristo, Sacerdote eterno”, y para actuar “personificando a Cristo mismo”.

Finalmente, los configura con Cristo en toda su vida, llamada a ser manifestación y testimonio original del radicalismo evangélico. Veamos cada uno de estos aspectos.

6.1. La configuración con Jesucristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, a la que ama con caridad pastoral

En virtud de la consagración sacramental, el sacerdote se configura con Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, y recibe por gracia una “potestad espiritual”, con la que participa en la autoridad con que Cristo conduce la Iglesia, mediante su Espíritu.

Merced a esta consagración, la vida espiritual del sacerdote queda caracterizada por la conducta propia de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, y que se resume en su caridad pastoral.

Jesús es Cabeza de la Iglesia, su Cuerpo, precisamente por su condición de Siervo del Señor. Su servicio consiste en dar la vida para el rescate de todos (cf. Is 52:13-53:12). Este servicio lo cumple mediante su misterio pascual, como Sumo Sacerdote y Víctima a la vez. Con una sola oblación, ofrecida una vez por todas, donde no ofrece la sangre de becerros, ni de machos cabríos, sino su propia vida, nos alcanza el perdón de los pecados y la comunión con Dios. Por esto es el Sacerdote consumado, causa de salvación eterna para cuantos le obedecen, y Cabeza de la Iglesia (cf. Hb 5:7-10; Hb 10:12-14; Col 1:18-20; Ef 1:7-10; Fil 2:6-11).

La autoridad concebida así, como servicio a la Iglesia, hasta la entrega de la propia vida (cf. Jn 15:13), debe caracterizar la vida espiritual de todo sacerdote, precisamente porque está configurado con Jesucristo, Cabeza y Siervo de la Iglesia.

Prestará este servicio con sencillez y humildad, sin codicia, ni orgullo; guardándose de tiranizar la grey, antes bien, convirtiéndose para ella en un dechado que la inspire en su servicio al mundo, llamado a realizarse plenamente en Dios (cf. 1 P 5:1-4).

Los mismos contenidos de la imagen de Jesucristo, Cabeza y Siervo, los transmite la imagen de Jesucristo, Pastor de la Iglesia: Jesús es el buen pastor, no sólo de Israel, sino de toda la humanidad (cf. Jn 10:11, 14,16). Vive continuamente la “caridad pastoral”. Es solidario con las multitudes que están agobiadas, como ovejas sin pastor. Conoce las ovejas; las reúne; busca a las dispersas y descarriadas, cura a las enfermas; a todas las conduce a las fuentes de la vida, es decir, al misterio de su pasión, muerte y resurrección. En efecto, Él es el buen Pastor que ha dado la vida por las ovejas, el que se ha dignado morir por su grey.

Su obra continúa en la Iglesia a través de los apóstoles, los obispos y los presbíteros. Configurados con Cristo, buen Pastor, deben imitar y encarnar su misma caridad pastoral.

Los textos sagrados también sugieren que el amor de Cristo a la Iglesia se caracteriza por una entrega similar a la del esposo hacia la esposa. Y es que Cristo es “el verdadero esposo, que ofrece el vino de la salvación a la Iglesia (cf. Jn 2:11). Es esposo que ama a la Iglesia, y se entrega por ella para santificarla y purificarla, con el agua y la palabra. Y es el Amigo del Esposo, que se presenta la Iglesia a sí mismo, resplandeciente, inmaculada y santa (cf. Ef 5:25-27). Puesto que la Iglesia es su Cuerpo, Cristo Cabeza, la alimenta y la cuida, entregando su vida por ella (cf. Ef 5:29). Se espera del sacerdote que sea imagen patente de Jesucristo, Cabeza y Pastor, Esposo y Amigo del Esposo de la Iglesia. Se encuentra en esta situación sponsal ante la comunidad, por exigencia de su configuración con Cristo, bajo todos estos títulos. No sólo está en la Iglesia, como un miembro más, sino al frente de ella. En su vida espiritual debe encarnar el amor de Cristo Esposo por la Iglesia Esposa. Testigo del amor de Cristo Esposo, debe amar al pueblo con magnanimidad, abnegación, altruismo, fidelidad y ternura de esposo, de padre y de madre, como Dios (cf. 1 Ts 2:1.12).

El dinamismo interior que mueve la vida espiritual del presbítero en su condición de configurado con Cristo, Cabeza y Pastor, es la caridad pastoral, regalo gratuito del Espíritu Santo, que le permite compartir la misma caridad pastoral de Jesucristo, pero exige y aguarda su respuesta libre y responsable.

Esta consiste en la total donación de sí a la Iglesia. Se trata de un ministerio de amor que le exige al presbítero una comunión efectiva y afectiva con su Obispo, el presbiterio y el pueblo.

El primer destinatario de la caridad pastoral del presbítero, en realidad es Cristo, pues sólo si el sacerdote ama y sirve a Cristo, Cabeza y Esposo, podrá amar y servir a la Iglesia, cuerpo y esposa. Esto lo enseña explícitamente Jesús al confiar a Pedro la tarea de apacentar la grey sólo después de cerciorarse por tres veces de que lo ama con un amor de predilección (cf. Jn 21:15-17).

La caridad pastoral brota del sacramento del Orden, pero halla su expresión suprema en la Eucaristía. En efecto, en ella se hace presente de nuevo el don total de Cristo a la Iglesia. Al celebrar con fe la Eucaristía, el sacerdote crece en caridad pastoral, y da una impronta sacerdotal a toda su existencia.

Finalmente, la caridad pastoral es la fuerza interior que puede unificar las múltiples y variadas actividades del sacerdote. En efecto, la opción fundamental de “dar la vida por la grey” es un poderoso imán que polariza con su magnetismo las actividades más heterogéneas, y asegura la armonía y el equilibrio espiritual de la vida del sacerdote.

Veamos ahora cómo el presbítero sigue a Cristo, mediante el ejercicio de su ministerio.

6.2. El presbítero sigue a Cristo, mediante el ejercicio de su ministerio

Así como el Espíritu Santo ha consagrado a Cristo para la misión de evangelizar, y crea un vínculo indisoluble entre consagración y misión, de igual manera, la misión del presbítero, su ministerio, está bajo el influjo santificador del Espíritu Santo. Hay, por lo tanto, una relación estrecha entre la vida espiritual del presbítero y el desempeño de su ministerio. Al ejercerlo, debe conformar su vida con el misterio de la cruz del Señor. De este modo, crecerá en santidad. En la

base de esta relación, se encuentra, otra vez, la caridad pastoral conferida por el sacramento del Orden. En efecto, en el ejercicio de su ministerio, el sacerdote manifiesta la caridad pastoral de Jesucristo, Cabeza y Pastor, que sirve por amor hasta donar la propia vida. Para ello es esencial que el sacerdote crezca continuamente en la conciencia de ser ministro de Jesucristo, por su consagración sacramental y su configuración con El, Cabeza y Pastor de la Iglesia. A este respecto, vale la pena recordar que el grado de santidad del ministro afecta realmente la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y el gobierno de la comunidad en el amor.

El ministro también debe recordar, con gratitud, la gracia de su elección para el ministerio. Al ejercer el ministerio santamente, expresa su amor y servicio a la Iglesia, pero también a Jesucristo, Cabeza, Pastor y esposo de la Iglesia, “como respuesta al amor precedente, libre y gratuito de Dios en Cristo”.

De la mano del Concilio Vaticano II, vale la pena profundizar en la relación de la vida espiritual del sacerdote con el ejercicio de su triple ministerio: la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y el servicio de la caridad.

1. *Por la predicación de la Palabra nomine Christi et nomine Ecclesiae*

Por ser el sacerdote ministro de la Palabra, heraldo del Evangelio del Reino, debe adquirir familiaridad personal con la Palabra, con corazón dócil y orante, para que ella lo penetre y engendre en él “la mente de Cristo” (1 Co 2:16), y pueda dar testimonio del Evangelio con sus palabras y acciones. Permaneciendo en la Palabra se acreditará como verdadero discípulo del Señor, y podrá vencer las tentaciones del Adversario. Fiel creyente de la Palabra, sabe que no es su dueño, y procura servirle. Por lealtad al Pueblo de Dios, no sólo evan-

geliza, sino que es evangelizado. Ama y respeta la tradición viva de la Iglesia y su Magisterio, que ayudan a interpretar rectamente la Palabra, y custodian su sentido auténtico.

El presbítero, discípulo y misionero de Jesucristo, instruye en nombre de Cristo, el Maestro, Transmite con júbilo la Palabra de Dios recibida. Medita la ley del Señor, y procura creer lo que lee, enseñar lo que cree, y practicar lo que enseña.

Su doctrina es alimento para el Pueblo de Dios, y su vida, acicate para los discípulos de Cristo. Con su palabra y ejemplo, ayuda a edificar la Iglesia de Dios como casa y escuela de comunión.

2. Por la celebración de los sacramentos in persona Christi Capitis

Con respecto a la celebración de los sacramentos, hemos de señalar que la vida espiritual es moldeada por las exigencias y los rasgos de los diversos sacramentos celebrados y vividos. La exhortación apostólica Pastores Dabo Vobis destaca de un modo especial la importancia del sacramento de la penitencia. Llega a afirmar que si un sacerdote no se confiesa o se confiesa mal, su condición de sacerdote y su mismo ministerio sufrirían menoscabo, y la comunidad a la que sirve, no dejaría de advertirlo.

Como discípulo y misionero de Jesucristo, al presbítero le toca santificar al pueblo en Nombre de Cristo. Por su ministerio, culmina el sacrificio espiritual de los fieles que será ofrecido sobre el altar por las manos del sacerdote, en celebración incruenta.

Plenamente consciente del significado de esta acción salvadora, debe imitar lo que conmemora al celebrar el misterio de la pasión y muerte salvíficas del Señor y su resurrec-

ción gloriosa, esforzándose por aniquilar el mal en su propia vida y caminar en una vida nueva.

Incorpora a los hombres en el Pueblo de Dios por el bautismo para el perdón de los pecados. Por el sacramento de la penitencia perdona los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia: unge a los enfermos con el óleo Santo. Celebra los ritos sagrados. Ora a Dios con alabanzas, bendiciones, acciones de gracia, súplicas e intercesiones por el Pueblo de Dios y el mundo entero, recordando siempre su vocación y misión recibidas de Dios, que lo ha elegido y llamado de entre los hombres, para colocarlo al servicio de ellos en las cosas de Dios. La caridad pastoral será el motor que pone en marcha su actividad, y la mayor gloria de Dios, su punto focal.

3. Por el gobierno de la comunidad “para encarnar y difundir la misericordia del Padre”

Finalmente, al gobernar a su grey, el presbítero debe actualizar la autoridad y el servicio de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, reuniendo “la familia de Dios, como una fraternidad animada en la unidad” y conduciéndola “al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo” (PDV 26). Para cumplir, debe brillar por su fidelidad, coherencia, sabiduría, hospitalidad, afabilidad, firmeza doctrinal en las cosas esenciales y flexibilidad en lo accidental, desprendimiento personal, paciencia, fortaleza y confianza en la divina providencia.

Examinemos ahora el nexo de la consagración sacerdotal y el testimonio del radicalismo evangélico en toda su vida.

6.3. El Presbítero sigue a Cristo radicalmente, a través de la observancia de los consejos evangélicos

Todos los cristianos están llamados a vivir el radicalismo evangélico, en virtud de su consagración por los sacramen-

tos de iniciación cristiana. En el caso de los sacerdotes, la exigencia es doble, pues no sólo están “en” la Iglesia, por su bautismo, sino “al frente” de ella, por el sacramento del Orden, que los configura con Cristo, Cabeza y Pastor, y los capacita para vivir la caridad pastoral. Se espera de ellos que muestren virtudes como la fe, la humildad, la misericordia y la prudencia, y que presten especial atención a los consejos contenidos en el Sermón del Monte (Mt 5-7).

La enseñanza sobre los consejos evangélicos de obediencia, castidad y pobreza, en la espiritualidad del sacerdote, es iluminadora.

1. La obediencia

En PDV se afirma que la obediencia del sacerdote es apostólica, en la medida en que éste reconoce, ama y sirve a la Iglesia en su estructura jerárquica. El ministerio lo ejerce en comunión con el Obispo diocesano, el Colegio Episcopal y el Sumo Pontífice. Como el presbítero forma parte de un presbiterio, su obediencia tiene una dimensión comunitaria. Por eso mismo, es solidaria. Finalmente, posee pastoralidad, no vacila en dejarse consumir por las necesidades y exigencias de la grey.

Ser discípulo y misionero de Cristo obediente, hoy por hoy significa tener, como bautizado y sacerdote ministerial, las mismas actitudes que Cristo exhibe en el relato de las tentaciones, inmediatamente después de ser bautizado en el Jordán por el Bautista.

El relato es una síntesis de todo lo que aconteció a lo largo de la vida del Señor, en cuanto Cristo, Mesías o Ungido con el Espíritu. El planteamiento fundamental es: ¿para qué sirve la unción con el Espíritu? ¿Acaso para servirse a sí mismo, como se plantea en el relato de la pasión, cuando sacer-

dotes, soldados, un delincuente y el populacho emplazan al Señor a salvarse a sí mismo y a sus acompañantes, si es el mesías? ¿O será que este poder es para servir a Satanás, adversario de nuestra salvación?

Jesús responde al Maligno apelando a las Escrituras, que muestran que el auténtico poder del rey o ungido del Señor está en servir a Dios con lealtad, pues El es el auténtico soberano del Pueblo de Dios, y el rey es su lugarteniente. No olvidemos que los reyes de Israel eran llamados hijos de Dios en sentido metafórico (cf. Sal 2:7). Este servicio se traduce en una obediencia incondicional a Dios (cf. S 15:16-23). La complacencia que expresa Dios en Jesús, el Cristo, nace de este manantial, como se puede ver en los cuatro cánticos del Siervo de Yahvé (Is 42: 1-7;49:1-9;50;4-9; 52:13-53:12) y, sobre todo, en el texto de Is 61:1-3, que el Señor lee al iniciar su ministerio en Nazareth (cf. Lc 4:16-19): La Unción con el Espíritu es un dinamismo recibido de lo alto para prestar un servicio: redimir a cautivos y oprimidos, evangelizar a los pobres, dar la vista a los ciegos y anunciar a todos la remisión de todas las deudas, sobre todo, la más radical, la del pecado. En el día de Jesús se cumple esta palabra. Así lo muestra el resto del Evangelio de Lucas.

El cristiano, como Jesús, también ha sido ungido con el Espíritu, por su bautismo. Es otro Cristo. Sobre esta unción, el sacerdote jerárquico recibe la unción que le confiere el sacramento del orden. Está en la Iglesia, por su bautismo y al frente de ella, por su ordenación sacerdotal. Si de Jesús de Nazareth se ha dicho que Dios lo ungió con el Espíritu Santo y lo llenó de poder, y Jesús pasó por el mundo haciendo el bien y curando a todos los que habían caído en el poder del demonio, porque Dios estaba con él (cf. Hch 10:38), cabe afirmar lo propio de cada cristiano, fiel a la gracia bautismal y, a fortiori, del presbítero, que a esta primera gracia añade la del sacramento del orden.

En Is 53:10-12 se anuncia que el humilde Siervo de Yahvé, inocente y obediente, que sufre vicariamente por la multitud culpable, será reivindicado con gloria, honor y poder, por parte de Dios, que es precisamente lo que nos describe el libro de Daniel (7:13-14).

Jesús elige obedecer a Dios antes que a los hombres. Es la piedra rechazada por los arquitectos convertida en piedra angular (cf. Sal 118:22). Dios lo ha acreditado con milagros, sobre todo, la resurrección.

En Fil 2:6-11, hallamos una doctrina similar: Jesús es obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Por eso, recibe el nombre (Título de Mesías y Señor) que está por encima de todo nombre, de modo que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos.

Especial ponderación recibe la obediencia de Jesús en la epístola a los Hebreos, donde se recuerda que durante su vida terrena Jesús dirigió súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas, a aquel que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su humilde sumisión. Y aunque era Hijo de Dios, aprendió por medio de sus propios sufrimientos el significado de la obediencia. Así, llegado a la consumación (como sacerdote y víctima) se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, porque Dios lo proclamó Sumo Sacerdote, según el orden de Melquisedec (cf. Hb 5:7-10).

Los apóstoles, por su parte, predicán con soberana libertad (parresía) el misterio de Jesucristo, Señor y Salvador, conscientes de que “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”, y que Dios ha enviado el Espíritu Santo a los que le obedecen (Hch 5:29,32).

Para concluir, diríamos que, en el mundo de hoy, hay una presencia fuerte de secularismo, que reivindica la autono-

mía absoluta de lo temporal, el relativismo, que niega la existencia de verdades absolutas, el agnosticismo, que rechaza la posibilidad racional de conocer a Dios y el ateísmo práctico o teórico.

Asumir el desafío de ser discípulos y misioneros de Cristo obediente en un mundo así exige recordar que en la vida siempre estamos obedeciendo a algo o a alguien. Nuestra autonomía es relativa, nunca es absoluta. Estamos condicionados por la herencia, el ambiente, la educación, la moda, los medios de comunicación social, los prejuicios, los presupuestos, etc. Todo esto nos resta objetividad. Lo más grave es que a veces, ni siquiera somos conscientes de estos factores que condicionan nuestros juicios. La pregunta de Jesús a la Samaritana (Jn 4) sobre sus maridos o baales la ayudó a descubrir su miseria y abrirse a la misericordia de Dios. Para ser discípulos y misioneros fieles y coherentes de Cristo obediente en el mundo de hoy, necesitamos desenmascarar los ídolos contemporáneos, que reclaman nuestra obediencia para esclavizarnos, y volvernos al Dios vivo y verdadero, que en Cristo se nos ha revelado como Camino, Verdad y Vida (Jn 14:6).

2. La Castidad

Del celibato sacerdotal se afirma que es un “estímulo de la caridad pastoral” (PDV 29) y una fuerte interpelación ante un mundo hedonista que idolatra la genitalidad (cf. *Pastores gregis* 21).

Ser discípulo y misionero de Cristo casto, como ministro ordenado, en el mundo contemporáneo, en que varias veces algunos sacerdotes han sido protagonistas de situaciones escandalosas, con razón o sin ella, exige claridad doctrinal sobre la virtud de la castidad practicada por Cristo y la ley del celibato eclesiástico.

El Catecismo de la Iglesia Católica (CC 9) explica que

la castidad significa la integración lograda de la sexualidad en la persona y, por ello, en la unidad interior del hombre, en su ser corporal y espiritual. La sexualidad, en la que se expresa la pertenencia del hombre al mundo corporal y biológico, se hace personal y verdaderamente humana cuando está integrada en la relación de persona a persona, en el don mutuo total y temporalmente ilimitado del hombre y de la mujer. La virtud de la castidad, por tanto, entraña la integridad de la persona y la integralidad del don (CC 2337).

Lo primero significa que la persona casta preserva la integridad de las fuerzas de vida y amor que se le han confiado. De este modo, asegura la unidad de su ser. Rechaza todo lo que pudiera menoscabarla, como la vida o el lenguaje doble.

Como la castidad es un proceso vital, se puede crecer en ella hasta alcanzar la madurez. Es una escuela de autodonación de la persona. A ello apunta el dominio de sí. El que la practica llega a ser ante el prójimo testigo de la fidelidad y la ternura de Dios. En esto consiste la integralidad de la autodonación de la persona.

La virtud de la castidad es muy importante para cultivar la amistad con las personas, sobre todo, con Cristo casto, pues nos permite seguir e imitar estrechamente a quien nos ha elegido como amigos, se ha donado íntegramente por nosotros, nos ha comunicado su condición divina y destinado a dar un fruto imperecedero. La castidad establece vínculos de comunión espiritual que ni la muerte puede destruir (cf. Jn 15).

Todo bautizado es llamado a la castidad. El cristiano se ha revestido de Cristo (Ga 3:27), modelo de toda

castidad. Todos los fieles de Cristo son llamados a una vida casta, según su estado de vida particular. En el momento de su bautismo, el cristiano se compromete a dirigir su afectividad en la castidad (CC 2348).

La castidad debe calificar a las personas según los diferentes estados de vida: a unas, en la virginidad o en el celibato consagrado, manera eminente de dedicarse más fácilmente a Dios solo, con corazón indiviso; a otras, de la manera que determina para ellas la ley moral, según sean casadas o celibatarias. Las personas casadas son llamadas a vivir la castidad conyugal; las otras practican la castidad en la continencia (CC 2349).

Con la ordenación diaconal, los aspirantes al sacerdocio ministerial en la Iglesia católica romana se comprometen a guardar el celibato durante toda la vida. Esta es una ley de la Iglesia. Pero debemos recordar que el celibato también es un carisma, es decir, un don del Espíritu, recibido con una finalidad social: Fecundar la Iglesia con nuevos hijos, engendrados y criados por la predicación de la Palabra, la celebración del misterio pascual de Cristo en los sacramentos y el testimonio de la fe pascual de la Iglesia.

Sólo los que han recibido el carisma del celibato podrán observar fielmente la ley eclesial del celibato ministerial. Quien no posee el carisma y se atreve a comprometerse públicamente a guardar esta ley incurre en grave temeridad, pues no podrá cumplir con sus exigencias con las solas fuerzas de la naturaleza. Se expone entonces a caer en la ambigüedad, la duplicidad o graves escándalos, que no sólo lo mancillarán a él, sino a toda la comunidad cristiana y, de un modo particular, al sacerdocio jerárquico. Mucho ha sufrido la Iglesia recientemente por este motivo.

Por eso, conviene recordar que, en la situación actual del sacerdocio ministerial en el rito romano, se presuponen en los candidatos dos carismas: el de sacerdocio y el de celibato. Pudiera ser que una persona tenga el primero, pero carezca del segundo, aún después de pedirlo con insistencia, y esforzarse por obtenerlo. En este caso, supuesta su transparencia con los formadores, es mejor reorientarla hacia un ministerio laical. Siempre será mejor un buen laico comprometido que no un mal sacerdote. Sea esta la ocasión de ponderar con vehemencia la importancia de la sinceridad de los estudiantes con sus formadores y obispos, pues estamos hablando de una realidad que pertenece al fuero interno de la persona, y sólo ella puede franquear la entrada a este dominio. El amor a la Iglesia, el deseo de evitar escándalos y la felicidad futura del aspirante deberían allanar todas las dificultades que puedan presentarse en este campo.

3. La Pobreza

Se valora la pobreza evangélica afirmando que

prepara al sacerdote para estar al lado de los más débiles; para hacerse solidario con sus esfuerzos por una sociedad más justa; para ser más sensible y más capaz de comprensión y discernimiento de los fenómenos relativos a los aspectos económicos y sociales de la vida; para promover la opción preferencial por los pobres (PDV 30).

Para que el sacerdote pueda ser discípulo y misionero de Cristo pobre debe cultivar conscientemente los mismos sentimientos de Cristo, quien siendo de condición divina, no hizo alarde de ello, sino que se humilló, tomó la condición de siervo y se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz (cf. Fil 2:6-8). Siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8.9). Y ha elegido identificarse con los pequeños (cf. Mt 25:31-46).

Jesús nació pobre, sufrió como pobre, y vivió una vida pobre y oculta durante treinta años. Ejerció un extenso ministerio, durante tres años, en los que evangelizó a los pobres, dio la vista a los ciegos y redimió a quienes eran cautivos de diversas dolencias, en el triduo pascual nos redimió de la dolencia más radical, la del pecado.

En su ministerio, privilegió a los pobres, cuyas dolencias curó, aun contra prejuicios institucionales.

En su humanidad, nos mostró la gloria de Dios, como amor fiel que brilla en las tinieblas del mundo. Pudimos contemplarla en Belén, como la omnipotencia de Dios reducida, por amor a los hombres, a la impotencia de un niño recién nacido y envuelto en pañales. En el tabor, la admiramos en el brillo deslumbrante de los hábitos de Jesús y su rostro transfigurado. Y en el Gólgota la adoramos en el rostro desfigurado del Siervo de Dios, despreciado, desecho de hombres, varón de dolores ante quien se oculta el rostro. La omnipotencia de Dios se manifestó allí en la impotencia de un varón semidesnudo, clavado en una cruz, coronado de espinas y con el costado herido. Se trata del amor manifestado como la vida que se entrega voluntariamente: la Sangre, y se comunica libremente: el Espíritu.

Pero ese Jesús pobre materialmente es el Rey del universo. Así lo anuncia el letrero que corona su cruz, en latín, griego y hebreo. El es el único Salvador de todo el que siente la necesidad de un Médico y un Redentor.

Que lo contemplen los pobres de nuestro tiempo de globalización y mercados abiertos, sujetos sólo a las exigencias de la oferta y la demanda, del tráfico de armas y estupefacientes, de la marginación, la desnutrición y la cultura de la muerte. Que a través de nosotros conozcan el rostro compasivo de Cristo pobre entre los pobres, por nuestra

caridad fraterna y creativa, que no se conforma, sólo con la eficacia de las ayudas prestadas, sino que sabe solidarizarse con el que sufre, “para que el gesto de ayuda sea sentido, no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno” (NMI 50).

6.4. Pertenencia y dedicación del presbítero a la Iglesia Particular

Es esencial en la vida espiritual del sacerdote la dimensión eclesial. Su pertenencia a una Iglesia particular es un auténtico valor espiritual. La configuración propia del sacerdote y su vida espiritual presuponen el compartir con el Obispo, en el único presbiterio, la atención pastoral al pueblo de Dios en las condiciones históricas y ambientales concretas de la Iglesia particular. Esto de ninguna manera, la cierra a la misión universal, pues como enseña el Concilio:

El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara para una misión limitada y restringida, sino para la misión universal y amplísima de salvación “hasta los confines de la tierra (PDV 32).

Por lo tanto, la vida espiritual de los sacerdotes debe estar profundamente imbuida del impulso misionero.

7. CONCLUSIÓN

Nuestro itinerario nos ha mostrado que la Iglesia es, en Cristo, “como un sacramento o señal de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1).

Llama a todos los hombres a la salvación a través de la participación en el misterio pascual de Cristo, que nos introduce en la comunión de vida de la Santísima Trinidad, y nos

hace capaces de construir comunidades auténticamente humanas y cristianas, en solidaridad con Jesucristo y otros hombres, por el Espíritu Santo.

La Iglesia es sacramento de unidad, casa y escuela de comunión, que proclama, celebra y vive esta realidad. Y el presbítero es un cristiano configurado con Jesucristo por su bautismo y el sacramento del orden, en cuanto Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, al servicio de este misterio de comunión y misión.

El presbítero es gestor de comunión y comunidad, mediante la predicación de la Palabra, en nombre de Cristo y de la Iglesia; por la celebración de los sacramentos in persona Christi Capitis; y mediante el gobierno de la comunidad para encarnar y difundir la misericordia del Padre.

De este modo, y mediante la observancia de los consejos evangélicos de pobreza, obediencia y castidad, sigue a Cristo, como discípulo y misionero, y robustece la vida del Pueblo de Dios, misterio de comunión y misión.

De cara al futuro, urge plantearse la exigencia de crecer como discípulos y misioneros de Jesucristo, en nuestra condición de obispos y sacerdotes, para que nuestros pueblos tengan vida en Él.

Documentos

EA: *Ecclesia in America*

NMI: *Novo Millenio Ineunte*

PDV: *Pastores Dabo Vobis*

LG: *Lumen Gentium.*

Conclusión

ACENTOS ECLESIOLOGICOS Y PROBLEMÁTICAS PARTICULARES

La tercera parte del Seminario-Taller, dedicada a la dimensión eclesial en la vida de los presbíteros, estudia algunas problemáticas particulares que encuentra el presbítero al interior de la Iglesia; así mismo, algunos rasgos eclesiológicos que habría que enfatizar para que el presbítero llegue a ser realmente constructor de comunión y formador de la comunidad.

1. RASGOS ECLESIOLOGICOS MÁS RELEVANTES HOY

1. En una Iglesia Misterio, Comunión y Misión, el presbítero está llamado a ser testigo del Absoluto con una gran capacidad de asombro, instrumento de comunión, consciente de su responsabilidad misionera. Porque el presbítero en la medida en que está unido íntimamente a Cristo será gestor de comunión y constructor de comunidad incluso hasta la oblación de la propia vida.
2. *La Iglesia, “casa y escuela de comunión”, no solo ad intra sino en el mundo gestando la comunión y la solidaridad,*

construyendo comunidades y haciendo posible la civilización del amor. Ese es el horizonte eclesiológico en el que se ha de situar la identidad y misión del presbítero hoy

3. *La comunión eclesial* que es camino a la misión, haciendo del presbítero el hombre que cultiva la solicitud por la Iglesia universal y vive un espíritu genuinamente católico. En esa perspectiva la misión evangelizadora del presbítero es realizada *in nomine Christi et nomine Ecclesiae*.
4. *La vocación universal a la santidad* de todo el pueblo de Dios como participación en la santidad de Dios a través de la vida sacramental. Para el presbítero ésta es una exigencia fundamental no solo en virtud del bautismo sino por las exigencias que brotan del sacramento del Orden.
5. El presbítero es el *esposo que ama a la Iglesia* universal, a la Iglesia particular y a la comunidad cristiana en la que vive y trabaja como heraldo del Evangelio. Este amor esponsal generará pasión por la Iglesia, radicalidad por el reino y entrega incondicional a la misión evangelizadora.
6. *La dimensión contemplativa* es esencial al ministerio presbiteral para hacer fecunda su acción pastoral y asumir a la Iglesia en su realidad humana y divina.

2. ALGUNOS DE LOS PROBLEMAS QUE AFRONTA EL PRESBITERO AL INTERIOR DE LA IGLESIA

1. A veces las *estructuras pastorales se hacen pesadas* para el presbítero por lo excesivo del elemento burocrático, juricista y organizativo que lleva al límite de un conjunto de pastorales y no una pastoral de conjunto.

2. La acentuación del *individualismo*, *el aislamiento*, *la insolidaridad* y *las actitudes dominantes* propias de un señor feudal, son otros de los problemas que afrontan los sacerdotes al interior de la Iglesia.
3. Las situaciones de *extrema pobreza* en que viven muchos sacerdotes.
4. Algunas veces *el obispo no conoce bien a sus presbíteros* o asume una actitud de vigilante y no de padre, pastor y amigo; a ello hay que unir la incoherencia de vida y la falta de comunión y unidad entre los mismos obispos
5. Los planes pastorales, algunas veces no logran interesar y entusiasmar a los presbíteros como instrumentos de comunión eclesial y de acción evangelizadora orgánica y eficaz.
6. Algunas de las instancias pastorales u organismos para la evangelización, como los Consejos pastorales no son tomados en cuenta por los presbíteros.
7. Hace falta clarificar muchas identidades en el Iglesia (la de la misma Iglesia, la del cristiano, la del sacerdote, etc.).
8. Hay con frecuencia desencanto pastoral y falta de conversión pastoral.

IV. Parte

**PRESBÍTEROS CON CORAZÓN
Y MENTALIDAD MISIONEROS,
PARA QUE NUESTROS PUEBLOS
EN JESUCRISTO TENGAN VIDA**

LA IDENTIDAD RADICAL DEL PRESBITERO: SER MISIONERO

*P. Juan Gorski, M.M**

Originalmente, hace más de medio año, se me pidió presentar algunas reflexiones sobre “La dimensión misionera del presbítero: una exigencia en tiempos de globalización”. ¿Implica esto que si no fuera por el contexto de la globalización, el presbítero no tendría que ser misionero? De todos modos, después se cambió el tema a

* El Padre Juan Gorski es Misionero de Maryknoll, la Sociedad Misionera Católica de los Estados Unidos. Desde su ordenación sacerdotal en 1963 ha servido como misionero en Bolivia. En 1967 fue nombrado Director Nacional de Catequesis Rural. Realizó estudios avanzados en el Instituto de Pastoral Catequética de Estrasburgo, Francia. De 1968 a 1974 se dedicó a la formación renovada de evangelizadores aymaras desde su identidad cultural. A partir de los comienzos de 1975 fue Secretario Ejecutivo del Departamento de Misiones del CELAM, hasta la Conferencia de Puebla. En Puebla fue asesor de las Comisiones sobre la “Evangelización de la Cultura” y

“La dimensión misionera del presbítero: testimonio personal y animación misionera a la luz del tema de la VCG”. Veo una cierta ambigüedad en la frase “dimensión misionera”, porque la palabra “dimensión”, según los diccionarios, puede entenderse de dos modos: como la medida externa de la extensión de un objeto, o como uno de los elementos o factores que constituyen la plenitud de una entidad. En esta ponencia acepto la segunda definición. Pues teológicamente el carácter misionero no es algo externo a la existencia e identidad presbiteral, sino más bien constituye su identidad radical. Es lo que vamos a explorar en esta ponencia, siguiendo en gran parte el pensamiento de Juan Pablo II y de Benedicto XVI.

Podemos plantear nuestra reflexión desde dos perspectivas: ¿Es el presbítero fundamentalmente un pastor llamado a asumir ciertas responsabilidades misioneras?, o más bien ¿Es el presbítero fundamentalmente un misionero llamado a asumir ciertas responsabilidades pastorales?

“Criterios y Dimensión Universal de la Evangelización”. Después de otros años de servicio evangelizador en el Altiplano, fue a Roma para profundizar y sistematizar sus conocimientos teológicos, obteniendo su Doctorado en Misionología por la Pontificia Universidad Gregoriana. En 1985 fue nombrado Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias en Bolivia. Desde 1989 es Profesor catedrático e Investigador en la Misionología, el Ecumenismo y la Inculturación en la Universidad Católica Boliviana en Cochabamba. Ha sido invitado a dar cursos o conferencias sobre temas misionológicos en todos los continentes. Sus escritos en castellano e inglés han sido publicados en catorce países de América, Asia y Europa, y han sido traducidos a otros cinco idiomas (alemán, francés, italiano, polaco y portugués). En octubre de 2000 fue electo Presidente de la nueva Asociación Internacional de Misionólogos Católicos en su Asamblea Constitutiva en Roma, sirviendo en ese puesto hasta octubre de 2004. En junio de 2005 fue nombrado asesor misionológico-teológico a la Dirección Nacional de las Obras Misionales Pontificias en los Estados Unidos.

Hay una clara enseñanza en los documentos recientes del Magisterio sobre la identidad profundamente misionera del sacerdocio ministerial (del obispo y presbítero). Esta enseñanza se fundamenta en lo más central de la doctrina cristiana: el misterio de la Trinidad revelado en el misterio pascual de Cristo.

Sin embargo, sigue el peso del modo preconiliar de pensar y de actuar, viendo el sacerdocio ministerial como esencialmente “pastoral”, al cual se añade “una dimensión misionera”. Esto se ve particularmente en las orientaciones sobre la educación de los presbíteros, según las cuales son formados a ser primeramente “pastores” de los que ya son fieles católicos, sirviéndolos en la administración de las parroquias, más que misioneros llamados a evangelizar a los que están lejos.

NUESTRA METODOLOGÍA

Partimos de un examen de los documentos del Magisterio sobre el tema para ver básicamente lo que afirman. Después intentamos comprender el pensamiento teológico que subyace esta enseñanza magisterial, punto por punto.

Mis Tesis:

1. El presbítero es fundamentalmente misionero, con frecuencia llamado a asumir ciertas responsabilidades pastorales.
2. Cada presbítero es llamado a ser un misionero *Ad gentes*; algunos presbíteros son llamados a ser misioneros *Ad gentes ad extra*; de estos, algunos llamados a ser misioneros *ad vitam*.
3. El encuentro personal con Cristo viviente es central en la actividad misionera. La misión parte de la experiencia

de Cristo. Su fin último es la comunicación de esta experiencia a los evangelizados, quienes en su turno se vuelven misioneros.

4. El presbítero, con y bajo el obispo, es responsable de la entrega de la Tradición apostólica y de la comunión eclesial. Así, por el anuncio del Evangelio y por los sacramentos, está al servicio de la plena participación humana en el misterio pascual de Cristo, la inserción en la vida trinitaria.

Vamos a explorar esta problemática paso por paso:

El Concilio Vaticano II ha cambiado profundamente el modo de pensar en la Iglesia y en la misión evangelizadora de la Iglesia. Juan Pablo II y Benedicto XVI han profundizado en este pensamiento. Intentaré exponer a continuación sus elementos principales:

1. La Iglesia peregrina es misionera por su naturaleza (AG 2). Veremos a continuación que el término “misionera” tiene un sentido muy específico en el Decreto *Ad gentes*, reiterado por Juan Pablo II.
2. El Decreto afirma que hay una sola tarea evangelizadora de la Iglesia, pero el modo de ejercerla se diferencia según la situación concreta de los pueblos y grupos humanos (AG 6, RMis 33):
 - a. La evangelización de los que todavía no conocen a Cristo, o apenas lo conocen, se llama la “actividad misionera”, cuyo fruto es el nacimiento de Iglesias autóctonas en las diversas culturas;
 - b. La evangelización continua y progresiva de los que ya son fieles católicos, miembros de comunidades eclesiales maduras en la fe, se llama “actividad pastoral”.

3. El Papa Juan Pablo II en RMis 33 reitera esta distinción e introduce dos modificaciones importantes:
 - a. Llama la actividad misionera en su sentido específico la “misión *Ad gentes*”;
 - b. Introduce otra categoría como término medio entre las dos categorías de misión y pastoral: la nueva evangelización de los que ya no son cristianos.
4. En la misma Encíclica (n. 37) el Papa afirma que la “misión *Ad gentes*” no se reduce al vasto *ámbito geográfico* (pueblos jamás o apenas evangelizados en sus culturas), sino más se extiende a *otros ámbitos sociales* (nuevas estructuras de relaciones humanas, como los fenómenos de la urbanización, de las migraciones, de los jóvenes, y de los pobres) y *culturales* (los medios de comunicación, el compromiso por la justicia y la paz, la promoción de la mujer y del niño, la ecología, las investigaciones científicas, las relaciones internacionales, etc.).
5. El Concilio (AG 2) afirma que “La Iglesia peregrina es misionera por su naturaleza puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre”. Este texto es muy importante no sólo porque afirma la identidad radicalmente misionera de la Iglesia, sino también porque la fundamenta en el misterio trinitario, en la misión del Hijo y del Espíritu.
6. En los documentos del Magisterio sobre el sacerdocio ordenado hay varias afirmaciones constantes:
 - a. La misión de la Iglesia se fundamenta en las misiones del Hijo y del Espíritu Santo;
 - b. La misión de los ministros ordenados se fundamenta particularmente en la misión de Jesús;

- c. La misión de los ministros ordenados también se fundamenta en la misión de los Doce Apóstoles;
- d. La primacía del anuncio evangélico en el ministerio de los presbíteros.

Primero exploraremos la segunda, tercera y cuarta afirmaciones en lo que sigue. Finalmente exploraremos cómo el ministerio sacerdotal se fundamenta también en la misión del Espíritu.

1. LA IDENTIDAD MISIONERA DEL PRESBITERO SE BASA RADICALMENTE EN LA IDENTIDAD MISIONERA DE JESÚS

- a. El entendimiento jurídico tradicional de esta fundamentación del ministerio sacerdotal

En la tradición constante católica y ortodoxa, el ministerio de los ordenados al sacerdocio ministerial (obispos y presbíteros) toma su origen en el ministerio de Cristo y de los Apóstoles. Durante muchos siglos, la teología católica del occidente entendió esto de un modo jurídico y verticalista:

- a) El Padre confiere su autoridad al Hijo;
- b) El Hijo confiere su autoridad a los Apóstoles;
- c) Los Apóstoles confieren ésta autoridad a sus sucesores.

Este modo de comprender la verdad revelada sobre la continuidad del ministerio apostólico en la Iglesia no es falsa, pero me parece incompleta y pobre. Corresponde al lenguaje de cierta cultura y cierta época en la historia. La Declaración *Mysterium Ecclesiae* de la Congregación para la Doctrina de la Fe (emitida el 24 de junio de 1973) admite el condicionamiento histórico-cultural de los enun-

ciados doctrinales del Magisterio¹. Este texto invita a un esfuerzo teológico y eclesial para expresar la doctrina de la fe “de una manera más plena y más perfecta” dentro de un “contexto más amplio de la fe y de los conocimientos humanos”.

Veremos a continuación cómo el teólogo Joseph Ratzinger (35 años antes de ser electo Papa) hizo esto en una obra sobre el sentido teológico del ministerio sacerdotal, partiendo de la autoconciencia de Jesús histórico.

- b. Una alternativa: fundamentar el ministerio sacerdotal en la historicidad de Jesús

Una alternativa al modo jurídico de entender teológicamente el ministerio apostólico es una comprensión histórica de la persona de Jesús, de la conciencia que tuvo de su propia identidad, y de su intención al instituir el ministerio de los Doce [identificados como “los Apóstoles” en la teología de Lucas, que ha influenciado tanto la tradición de la Iglesia].

Es obvio en los estudios bíblicos actuales que Jesús tuvo la conciencia de tener una relación muy especial y única con Dios, la de ser “hijo del Padre”. [No creo que sea

¹ El texto dice: “...Por lo que se refiere a este condicionamiento, se debe observar ante todo que el sentido de los enunciados de la fe depende en parte de la fuerza expresiva de la lengua en una determinada época y en determinadas circunstancias. Ocurre además, no pocas veces, que una verdad dogmática se expresa en un principio de modo incompleto, aunque no falso, y más adelante, visto en un contexto más amplio de la fe y de los conocimientos humanos, se expresa de manera más plena y perfecta (citado en P. HÜNERMANN, *Enchiridion Symbolorum, Definitionum et Declarationum de rebus Fidei et Morum*, n. 1266 [Herder, Barcelona, 1999]).

necesario fundamentar esta observación detalladamente en el contexto concreto de esta ponencia.] Esta conciencia de ser “el Hijo” tiene implicaciones importantes para nuestra comprensión de cómo los seres humanos son llamados a participar en la vida pascual y trinitaria, siendo “hijos (e hijas) en el Hijo”. Es central en el pensamiento de Juan Pablo II cuando habla del “fin último de la misión” (tocaremos este punto abajo). Un aspecto básico del ser del Hijo es recibir la vida del Padre, someterse a la voluntad del Padre. La obediencia es central en la filiación. Tiene sus implicaciones con respecto al fin del ministerio apostólico: conducir a los pueblos a la “obediencia de la fe”. Es “ser partícipes en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo” (RMis 23).

La identidad misionera del presbítero en la teología de Benedicto XVI, antes de ser Papa

Joseph Ratzinger hace unos 35 años enfatizó otro aspecto fundamental de la conciencia de Jesús sobre su identidad: el de “ser enviado”:

Jesús entiende a sí mismo como a uno que cumple una misión... Él sabe que Él es el que ha sido enviado. Es una realidad total. Su “ser enviado” no viene como una modificación de su “ser ya constituido”. Su ser es “un ser enviado”, un ser-que-viene-de-otro y un ser-enviado-a-otros. La estructura fundamental de los ministerios cristianos se vuelve clara una vez que se capta esta comprensión que Jesús ha tenido de sí mismo.

Es en este momento de ser-enviado que descubrimos el significado, la definición y la constitución del sentido del oficio cristiano de ministerio. Es sólo partiendo del objetivo orientador de este oficio, un obje-

tivo que refiere directamente a la auto-comprensión y a la misión de Jesucristo, que podemos comprender este ministerio².

Ratzinger sigue exponiendo la intención de Jesús en la institución del ministerio apostólico:

Es este concepto de misión, de “ser enviado”, que constituye el corazón de la definición del ministerio en el Nuevo Testamento... La obra entera de este oficio es finalmente dirigido al gran objetivo final de congregar la humanidad dispersa alrededor de la mesa de Dios y de unificar a los hombres en el hombre nuevo, Jesús. La liturgia del sacerdote cristiano es y siempre será la liturgia cósmica: congregar a los pueblos del mundo en la gran multitud del universo entero que rinde culto a Dios (Rm 15,16; Ap 5)³.

Finalmente Ratzinger explicita la consecuencia de este hecho teológico: el sacerdote del Nuevo Testamento es esencialmente misionero:

Si el ser sacerdotal es precisamente un ser-enviado, entonces ser sacerdote necesariamente significa ser-para-otros... Si el sacerdote es... un predicador y

² RATZINGER, Joseph. *Priestly Ministry - A Search for its Meaning*, Sentinel Press, New York, 1970, pp. 7 y 10 [=El ministerio sacerdotal: buscando comprender su sentido. La traducción es mía. ¿Existe una versión española?].

Además de los 40 textos en el Evangelio de Juan en que Jesús afirma que es el enviado del Padre, hay otros en los Sinópticos en que Jesús dice “Yo he sido enviado” o “Yo he venido” o su equivalente (ver Mc 1,38; 2,17; 10,45; 12,2-8; Mt 5,17; 10,34; 11,27; Lc 4,17-21; 9,48; 10,16; 12,49; 19,10; ver también Rm 8,3; Ga 4,4; 2 Co 8,9; Fil 2,7; Jesús también es llamado “apóstol” en Hb 3,1.

³ *Ibidem*, p. 10.

heraldo del Evangelio, y si además, el concepto de misión, de ser-enviado, es la clave para comprender su ministerio, Él es esencialmente un 'misionero' de la Buena Nueva. Esta visión entonces lleva consigo consecuencias pesadas con respecto a la forma de existencia sacerdotal y al modelo de educación para la existencia sacerdotal⁴.

Un elemento integral y fundamental en la “misioneridad” del presbítero es la centralidad del ministerio de la evangelización, el ministerio de la palabra. Ratzinger sigue:

Hay una discusión en el derecho canónico y en la teología dogmática. Se pregunta si el ministerio de la palabra pertenece primeramente al oficio de pastor o al oficio de sacerdote. El ministerio de la palabra tiene la peculiaridad de no parecer entrar correcta y enteramente en cualquiera de estas dos alternativas. El documento conciliar sobre el ministerio y vida de los sacerdotes ofrece la base para la siguiente solución. La Palabra, entendida en toda su profundidad, parece ser el más amplio y más comprensivo de los tres factores mencionados. La Palabra parece ser la fuente y el fundamento de los oficios de sacerdote y pastor. Esta relación es tal que estos dos oficios son dos formas de articular el cumplimiento dinámico de la Palabra. Es de la Palabra que surgen estos dos oficios y les confiere su sentido, y que por consiguiente abarca ambos⁵.

Lo que afirma Ratzinger sobre la primacía del ministerio de la palabra en la vida del sacerdote por supuesto se fundamenta en el Decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis* (n. 4):

⁴ *Ibidem*, pp. 11 y 18.

⁵ *Ibidem*, p. 23.

... los presbíteros, como cooperadores de los obispos, tienen como obligación principal el anunciar a todos el Evangelio de Cristo, para constituir e incrementar el Pueblo de Dios, cumpliendo el mandato del Señor: “Id por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15). Porque con la palabra de salvación se suscita la fe en el corazón de los no creyentes y se robustece en el de los creyentes, y con la fe empieza y se desarrolla la congregación de los fieles, según la sentencia del Apóstol: “La fe viene por la predicación, y la predicación por la palabra de Cristo” (Rm 10, 17). Los presbíteros, pues, se deben a todos, en cuanto a todos deben comunicar la verdad del Evangelio que poseen en el Señor. Por tanto, ya lleven a las gentes a glorificar a Dios... e invitar... a todos a la conversión y a la santidad.

2. LA IDENTIDAD MISIONERA DEL PRESBITERO FLUYE TAMBIÉN DEL MINISTERIO DE LOS APÓSTOLES

Aquí llamamos la atención sobre otra verdad fundamental afirmada en los documentos del Magisterio sobre el ministerio sacerdotal ordenado. Este ministerio fluye del ministerio de los Apóstoles. En el Nuevo Testamento el término “apóstol” tiene varios sentidos. Cuando el Magisterio afirma que la vertiente apostólica del ministerio ordenado, usa el término “Apóstol” no en el sentido amplio (diferentes tipos de heraldos del Evangelio, enviados por las diversas Iglesias locales, ver Hch 14,14; Rm 16,7; Ef 4,11, etc.), sino más bien en un sentido más restringido⁶. La teología del Magisterio se basa en la teología de Lucas⁷, en que el término “los

⁶ Ver LG 19, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 858, 880, etc.; los Doce fundamentan la apostolicidad eclesial.

⁷ Ver J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, Ed. San Pablo, Madrid, 2005, pp. 36-41.

Apóstoles” significa estrictamente los Doce, los testigos elegidos que conocieron a Jesús histórico desde su bautismo hasta su muerte y resurrección⁸.

Pedro mismo fue misionero *ad extra*; ¿y el resto de los Doce?

En el pensamiento teológico popularizado particularmente desde el siglo IV, se creía que los Doce, enviados según Mt 28 a anunciar el Evangelio a todos los pueblos, literalmente habían salido a hacer esto según la conclusión canónica de Mc 16. Sabemos con bastante seguridad histórica que, entre los Doce, Pedro sí había ejercido un ministerio evangelizador en varias partes (en Antioquía, según Ga 2,11-14, en Corinto, según 1 Co 1,12, en Asia menor, según los destinatarios de la primera carta atribuida a él, 1 P 1,1) hasta su martirio en Roma. Hay tradiciones antiguas sobre la actividad misionera de Juan en Éfeso y de Tomás en la India. En siglos posteriores se forjaron leyendas atribuyendo la fundación de Iglesias importantes a otros de los Doce, como la de España atribuida a Santiago y la de Bizancio por Andrés. Pedro y Pablo sí ejercieron un ministerio misionero itinerante, evangelizando a los diversos pueblos. Eran los prototipos y ejemplares por excelencia de la misión apostólica *Ad gentes*⁹.

8 Pablo también se considera “apóstol” porque había visto al Señor resucitado. Lucas parece repetir una tradición de Antioquía que le confiere este título en Hch 14,14; es una excepción a su teología básica según la cual sólo los Doce son Apóstoles.

9 Dos observaciones más: es interesante que la Iglesia de Roma atribuya su fundación precisamente al testimonio (martirio) de estos dos Apóstoles. Es también interesante que Pedro y Pablo parecían ver su misión apostólica más como misioneros itinerantes que como “pastores instalados” (en Jerusalén Pedro actuaba como cabeza del colegio apostólico, pero Santiago actuaba como pastor de la comunidad; la Carta de san Ignacio de Antioquía a la Iglesia en Roma sugiere la persistencia allá del modelo judaico de un colegio presbiteral y todavía no el modelo helénico de un episcopado monárquico).

Los Doce, testigos directos de Jesús en su ministerio histórico y en su resurrección: peritos en el encuentro personal con Jesús

La misioneridad del ministerio sacerdotal no sólo sigue el ejemplo del apostolado de Pedro y Pablo. Se fundamenta más radicalmente en el ministerio de los Doce conferido por Jesús como los testigos escogidos para “estar cerca de Él”. La experiencia irrepetible del encuentro personal con Jesús histórico desde su bautismo hasta su exaltación (Hch 1,22) fundamenta la fe de la Iglesia. Estos Doce fueron enviados como heraldos del Evangelio para convocar a los dispersos, los dispersos de las doce tribus de Israel. Fueron constituidos como colegio apostólico que participará en el juicio final. En los Hechos de los Apóstoles leemos que “los Apóstoles y ancianos” se encuentran en Judea, mencionados juntos hasta el llamado “Concilio de Jerusalén”. Si no salieron como misioneros itinerantes, ¿Qué hicieron ellos para ser considerados como fundamentos de la Iglesia?

Los Doce, responsables de la plasmación de la Tradición apostólica

Aquí ofrezco una reflexión muy personal. Teológicamente, algo muy importante aconteció en los primeros 20 años después de la resurrección del Señor. Se plasmaron los elementos principales de la predicación cristiana: cómo Jesús de Nazaret es el Mesías, en quién se cumple lo escrito en “la Ley, los Profetas y los Salmos” (cf. Lc 24, 27 y 44). Este *kerygma* ya tenía su forma sustancial antes de Pablo, quien recibió una tradición ya elaborada por los primeros discípulos judeocristianos (cf. 1 Co 11 y 15). Aunque Pablo desarrolló a su modo los elementos básicos de la doctrina cristiana, él no la inventó¹⁰. Yo sospecho que el gran aporte

¹⁰ Ver R. PENNA, *Un cristianismo posible. Paulo de Tarso*, Madrid, 1992, pp. 42-49.

histórico del colegio apostólico de los Doce fue la dirección de esta obra teológica fundamental: la elaboración de la gran Tradición Apostólica (primeramente oral y vivida) que constituiría la base doctrinal del anuncio del Evangelio a las naciones. Fue una obra indispensable para el anuncio del Evangelio, particularmente antes de que fueran escritos los libros del Nuevo Testamento.

Factores en la Tradición apostólica: recordar a Jesús y conocer las Escrituras

Dos factores necesarios hubieran entrado en este proceso. El primero era la memoria de los hechos y dichos de Jesús histórico. Los Doce eran los testigos expertos en esto, y sin este testimonio no es posible un encuentro con Jesucristo viviente. El segundo factor era el buen conocimiento de los escritos del Antiguo Testamento. ¿Podemos atribuir esto directamente a los Doce? Parece que más bien ellos hubieran contado con la colaboración de otros discípulos judeocristianos conocedores expertos en las Escrituras, tal vez la “multitud de sacerdotes” conversos de Hch 6,7 [en esto, no podemos descartar la influencia de las claves interpretativas dadas por Jesús mismo]. Opino personalmente que el oficio de los obispos y sus colaboradores presbíteros como los responsables de la conservación y transmisión fiel de la Tradición doctrinal de la Iglesia (por palabra, sacramento y comunión eclesial), fluye de esta obra apostólica. El oficio apostólico fundamental de ser testigos de Jesús resucitado es históricamente único, una experiencia irrepetible. Pero el oficio de ser responsables fieles de la Tradición apostólica es, y tiene que ser, transmitido de una generación a otra en la Iglesia y anunciada a los pueblos para que participen plenamente en el misterio pascual de Cristo.

Veo entonces dos modos en que los ordenados al ministerio sacerdotal continúan el oficio ministerio apostólico de los

Doce. Algunos, como Pedro y Pablo, son llamados a ser “misioneros *Ad gentes ad extra*” (según la tradición, Pedro combinó en su persona tanto el ministerio misionero como el oficio pastoral, más al nivel universal que local). Otros son llamados a ejercer su ministerio misionero, también *Ad gentes*, a partir de un oficio pastoral local. Todos los ordenados son obligados a conservar y transmitir fielmente la Tradición doctrinal de la Iglesia para que las personas y pueblos vivientes se encuentren con el Cristo viviente¹¹.

La intención original de Jesús al instituir a los Doce: “congregar a los dispersos”

Otra dimensión del ministerio propio de los Apóstoles se basa en la intención de Jesús al instituir a “los Doce”. Estudios exegéticos recientes, ya bien conocidos por Ratzinger en lo citado arriba, nos muestran que esta intención original de Jesús fue escatológica, la de “congregar a los dispersos”. Para Jesús, el gobierno definitivo de Dios sobre el mundo, el “Reino de Dios”¹² es impensable sin el cumplimiento de las esperanzas proféticas sobre la reunión y reconstitución de las doce tribus de Israel (cf. Jr caps 3, 18 y 31; Ez 36; Is 27;

11 Es interesante observar que las más antiguas tradiciones del Nuevo Testamento describen el ministerio apostólico con imágenes misioneras, del pescador (Mc 1,17) y sembrador (Mc 4; 1 Co 3,5-9, etc.). Las tradiciones posteriores, reflejando las necesidades de las comunidades ya formadas, introducen la imagen del “pastor” (Jn 10, Hch 20,28; 1 P 2,25; Hb 5,4 etc.), posiblemente basada en la preocupación misionera de Jesús por “las ovejas dispersas de Israel (cf. Mt 10,6).

12 Jesús tuvo conciencia de la llegada en su propia persona de la manifestación poderosa y definitiva de la victoria final de Dios (llamada el “día de YHVH” en los profetas y el “Reino de Dios” en el mensaje de Jesús). Mientras que el Bautista enfatizaba una conversión motivada por la severidad del juicio de Dios, Jesús enfatizó que el poder de Dios se manifiesta supremamente en la misericordia, dadora de la vida.

Si 36)¹³. Durante su ministerio público, Jesús entonces envió a los Doce a “las ovejas dispersas de Israel”. En el mensaje de Jesús, los dispersos son llamados no sólo a librarse de la antigua esclavitud del pecado sino también a participar gozosamente en el banquete del Reino, en que los pobres, sufridos y hambrientos serán nutridos en la mesa que Dios mismo les prepara. Antes de la manifestación poderosa de la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte, se da prioridad a la convocación de los dispersos de las doce tribus de Israel. Esta es la misión original y pre-pascual de los Doce.

La Iglesia apostólica, formada por el pensamiento teológico de Jesús, ve en el evento de su muerte y resurrección, su misterio pascual, la realización definitiva de esta victoria de Dios, llamada el “Día de YHVH” en las Escrituras. El Día de YHVH es el día de los gentiles¹⁴. Así, Cristo resucitado ahora envía a los Doce a anunciar el Evangelio a los dispersos de todas las naciones, a llamarles a la conversión. Así serán convocados todos los pueblos a participar en la vida pascual y al banquete del Reino. La Buena Nueva del “Rei-

¹³ Ver J. MEIER, *Un judío marginal* (Estella, Ed. Verbo Divino: 2003), vol. III, p. 268.

¹⁴ En ese día los diversos pueblos verán la epifanía de la gloria de Dios, oirán su palabra y la aceptarían, caminarán en el camino que Dios les preparó, y llegarán a la casa de Dios, casa de oración para todos los pueblos, y serán invitados a sentarse en la mesa del Reino con los santos de Israel. Ver los estudios de J. JEREMÍAS, *La promesa de Jesús a los paganos*, Ed FAX (Madrid: 1977), de C.H. DODD, *According to the Scripture. The Substructure of New Testament Theology*, Nisbet (Digswell Place, Reino Unido: 1961); también R. PENNA, *Paul the Apostle. Jew and Greek Alike*, Liturgical Press (Collegeville, MN-USA: 1996). Espero poder publicar próximamente un estudio sobre la “primera inculturación del Evangelio”, cómo los primeros discípulos judocristianos hicieron una “relectura” de la historia religiosa cultural de Israel a la luz de su conocimiento del misterio pascual de Cristo.

no de Dios”, elemento básico en el *kerygma* de Jesús destinado a Israel, se transforma en la Buena Nueva del “Señorío de Jesucristo” en la predicación apostólica a las naciones. El *kerygma* apostólico pos-pascual ya no es “el Reino de Dios está cerca” sino “Jesús es el Señor”. El Reino ahora se personaliza en Jesús. Dios reina en Jesús crucificado y resucitado. Su reino se extiende a todo el universo, a toda la historia. Cristo reina sobre las personas y los pueblos no por la imposición de una fuerza externa, sino más bien por una entrega personal, confiada, libre y responsable. Esta entrega se llama “conversión”, y es suscitada por el anuncio del Evangelio. Es una participación plenamente humana en el misterio pascual.

Así los Doce tienen un oficio fundamental en la historia de la salvación. Son los testigos directos y personales de Dios revelado en la persona de Jesús. Es un testimonio históricamente único e irrepetible. Son los instrumentos elegidos de la revelación definitiva de Dios en Jesús. Son los enviados para reunir a los dispersos por una predicación que invita a la fe. Son el colegio que reúne a los fieles alrededor de la mesa del Señor, para que sean nutridos por la misma vida de Cristo. Por el ministerio de los presbíteros, con y bajo los obispos, sigue esta misión apostólica.

3. LA PRIMACÍA DEL MINISTERIO DE LA PALABRA EN LA IDENTIDAD MISIONERA DEL PRESBITERO

El Decreto *Presbyterorum ordinis* (n. 4) afirma que “los presbíteros, como cooperadores de los obispos, tienen como obligación principal el anunciar a todos el Evangelio de Cristo, para constituir e incrementar el Pueblo de Dios, cumpliendo el mandato del Señor: “Id por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15). El n. 6 reitera la primacía del ministerio de la palabra: “... los hombres son

atraídos a la fe y a los sacramentos de la salvación por el mensaje evangélico...”. Exploraremos las implicaciones de estas afirmaciones después de considerar algunos factores que van en contra de la primacía del ministerio de la palabra.

La “crisis de la palabra” en el funcionalismo moderno y el ritualismo costumbrista

En los años después del Concilio, muchos han dado más importancia a la “ortopraxis” que a la “ortodoxia”, debido en parte a la mentalidad popularizada por las “teologías políticas” y tal vez más fundamentalmente, a la influencia fuerte del funcionalismo típico de la cultura de la modernidad. Así en la misionología moderna algunos ven como el fin de la misión la promoción del bienestar humano, la liberación y el desarrollo de los pobres y oprimidos a través de las fronteras culturales y sociales “al servicio del Reino”. Lo que es “útil” es de gran valor en la cultura moderna. Esta mentalidad, basada en ciertos valores positivos, sin embargo conduce a una “crisis de la palabra” que, en mi opinión, está ligada a la crisis en vocaciones sacerdotales, particularmente a la vocación sacerdotal misionera *ad vitam*. Si la misión es promover el bienestar humano personal y social, ¿no pueden hacerlo también los misioneros o voluntarios laicos? ¿Por qué es necesario un compromiso vitalicio vivido en el celibato como sacerdote misionero?

Aparte de este “funcionalismo social”, debemos preguntar si la evangelización como tal es de tanta prioridad entre las ocupaciones habituales de nuestros presbíteros. ¿No dan muchos presbíteros una mayor prioridad a la administración de sus parroquias y a la atención a las solicitudes sacramentales de sus feligreses?

Explicaré a continuación por qué considero tan importante el anuncio explícito del mensaje evangélico en la actividad

misionera y en el ministerio presbiteral. Partimos del fin último de la misión.

El anuncio evangélico al servicio de la plena participación humana en el misterio pascual

Según la Encíclica *Redemptoris Missio* de Juan Pablo II, “el fin último de la misión es hacer participar [a las personas y pueblos] en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor” (RMis 23).

Esta afirmación resuena con la definición de la “evangelización” propuesta en el *Instrumentum Laboris* (1973) de la Asamblea del Sínodo de los Obispos de 1974: “la evangelización es todo lo que [la Iglesia] hace para promover la participación de la gente en el misterio de Cristo”¹⁵.

Concretamente, yo veo el anuncio explícito del Evangelio como una dimensión fundamental en el ministerio sacramental porque éste está al servicio de una participación plenamente humana en el misterio pascual de Cristo. Sin este anuncio evangélico y la respuesta de fe que él suscita, no veo cómo la gente pueda participar plenamente en este misterio de salvación. No veo cómo la gente pueda experimentar un encuentro personal con el Cristo viviente y hacerse sus discípulos¹⁶.

¹⁵ Citado en CAPRILE, Giovanni, *Il Sinodo dei Vescovi, III Assemblée Generale (1974)*, Ed. Civiltà Cattolica, Roma, 1975, p. 920. El texto en latín: *Vox 'evangelizationis' significat igitur complexum omnium activitatum quibus homines ad participandum mysterium Christi adducuntur.*

¹⁶ No digo que sin una fe explícita la salvación es imposible (muchos buenos teólogos y misioneros sí lo creyeron en siglos pasados, y es un pensamiento todavía presente en algunos textos del Concilio). No dudamos de la misericordia de Dios quien tiene sus modos para salvar a las personas con solo una “fe implícita”. La teología católica

¿Qué significa “la participación plenamente humana” en el misterio pascual?

Cuando hablo de una participación plenamente humana, hablo de una participación que es consciente, libre, responsable, gozosa y generosa. Debe ser vivida en toda la integridad de la vida humana: en cuerpo, alma y espíritu, desde la identidad cultural, en las relaciones sociales e interpersonales, aquí y ahora en la historia y en comunidad¹⁷.

desde Sto. Tomás de Aquino ha propuesto varias teorías sobre esto. Pero yo creo que una consecuencia no imaginada de este énfasis en la suficiencia de una fe implícita para la salvación ha sido una minimización de la importancia de la fe *explícita* en una revelación objetiva e histórica. Para mí el problema principal no es la salvación eterna de las almas de los individuos, sino más bien su participación plena e histórica en el misterio pascual. Pues si la salvación fuese reducida a lo que pasa a los individuos después de la muerte, ¿sería históricamente necesaria la Iglesia, sería urgente la actividad misionera? Yo creo que Dios prefiere salvarnos en la historia, en y desde nuestra humanidad. Una cosa es ser salvado de la muerte eterna, y al final es lo más importante. Otra cosa es participar activamente en la vida divina como hijos y discípulos del Señor.

¹⁷ Este modo de pensar tiene su historia en el pensamiento de la Iglesia.

Como yo lo recuerdo, uno de los primeros conceptos inculcados tradicionalmente en la teología moral es la distinción fundamental entre el “acto humano” y el “acto de hombre”. Para la validez de ciertos sacramentos y la atribución de culpa moral a las personas, un acto tiene que ser no sólo un “acto de hombre” sino realmente un “acto humano”, realizado con suficiente conocimiento y plena libertad, sin temores ni presiones externas.

Así mismo, la Constitución del Concilio sobre la Liturgia enfatizó la importancia del concepto de la “participación”. Declaró que el objetivo básico de la renovación litúrgica es la de capacitar y facilitar la participación activa y plena de los fieles en el culto divino, “consciente, devota y fructuosamente” (*Sacrosanctum Concilium*, nn. 11 y 14). La misma Constitución que colocó el misterio pascual en el mismo centro de los contenidos de la teología católica, también introdujo el término “participación” en el vocabulario del Magisterio.

El Nuevo Testamento describe de diversas maneras la participación plenamente humana de los evangelizados. Son términos que suponen una adhesión consciente, libre, responsable y gozosa:

“la obediencia de la fe” (Rm 1,5; 15,18; 1 P 1,2; etc.);
“invocar el nombre del Señor” (Rm 10,13; 1 Co 1,2; etc.);
“alabar al Señor” (Lc 19,37; Rm 15,11; Ap 19,5; etc)

Estos términos y otros implican un anuncio evangélico fructífero, uno que suscita una participación activa en el misterio de Cristo.

El fin de la misión: la obediencia filial, participación en la vida trinitaria

En un sentido más radical, la obediencia de la fe, la sumisión consciente y libre al Evangelio es una participación del creyente en la vida divina, en el misterio de la Trinidad. Pues cuando participamos por la gracia en la vida divina, no tomamos las veces del Padre, quien es el origen, fuente y causa de toda vida, divina y creada. El Padre ama dando vida. Más bien tomamos las veces del Hijo, quien ama recibiendo todo del Padre, sometiéndose en amor sacrificado a la voluntad del Padre. El Espíritu Santo nos atrae a la unión con el

Aquí en América Latina, la teología de la liberación insistió en la “concientización” y la “participación”. Se urgió formar una comprensión crítica de la realidad que lleve a un compromiso responsable y solidario para la transformación de la sociedad; todas estas son dimensiones de una “participación” en las decisiones que afectan su vida social. Creo que la insistencia del Papa en el concepto de la “solidaridad” en su doctrina social es otra expresión de la participación humana e histórica en lo social. La Conferencia de Puebla (n. 319 *et alibi*) relacionó esta aspiración humana hacia la participación en la vida social con la participación litúrgica y pastoral en la Iglesia, y más profundamente, la participación en el misterio pascual.

Padre en y por medio del Hijo. El Espíritu nos lleva a la semejanza con Dios haciéndonos semejantes al Hijo, quien aceptó la forma de siervo para salvarnos y revelarnos al Padre. Aceptando ser criaturas conscientes de nuestras limitaciones y mortalidad, revelamos al Creador. Aceptando ser siervos, revelamos a nuestro Señor. Aceptando ser discípulos, revelamos a nuestro Maestro. Aceptando ser Hijos obedientes, revelamos al Padre. Jesús en su aceptación obediente de la solidaridad completa con nosotros “en forma de siervo”, hasta la muerte en Cruz, reveló su verdadera identidad de Hijo obediente al Padre, y así reveló al Padre. Confiendo el don total de la vida divina –el don personal del Espíritu de Dios– en la resurrección de la carne y sangre de Jesús, el Padre revela a su Hijo. Es en la muerte y resurrección de Cristo, el misterio pascual, que se revela el misterio de la Santísima Trinidad. La vida trinitaria no es una abstracción conceptual; es más bien la vivencia de relaciones.

Otro nombre para esta clase de participación en el misterio pascual es el *discipulado*, el seguimiento de Cristo, lo que el Concilio llamó “la vocación universal a la santidad”. Pero no somos discípulos del Señor sólo como individuos, sino más bien como miembros de una comunidad de sus discípulos: la Iglesia. El Espíritu Santo actúa en el mundo y en la Iglesia atrayendo a las personas y los pueblos al misterio pascual de Cristo. Nos atrae concretamente al cuerpo glorificado de Cristo, que en el Nuevo Testamento es el nombre dado a la Iglesia y a la comunión eucarística. Así en el designio de salvación la Iglesia es necesaria porque la participación plenamente humana e histórica es necesaria.

Así veo la centralidad del anuncio del Evangelio en el ministerio sacerdotal, radicalmente misionero. Pero veo que este ministerio también implica una fidelidad a la acción del Espíritu entre los pueblos.

4. EL MINISTERIO SACERDOTAL ACOMPAÑA LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

En un texto citado arriba, el Concilio afirmó que “la Iglesia peregrina es misionera por su naturaleza puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre”. Ya hemos visto que en los documentos del Magisterio sobre el ministerio sacerdotal, se afirma que éste tiene su origen en la misión del Hijo, la misión conferida en primer lugar a los Apóstoles, una misión cuyo elemento fundamental es el anuncio del Evangelio. Pero los mismos documentos no ofrecen una reflexión sobre cómo el ministerio sacerdotal tiene su origen en la misión del Espíritu Santo. Ofrezco a continuación mis reflexiones misionológicas sobre este aspecto.

Es evidente en la teología católica que el Espíritu Santo acompaña, dirige y vivifica el testimonio apostólico, la acción misionera de la Iglesia, la que está al servicio de la participación plenamente humana en el misterio pascual de Cristo. Es el Espíritu quien corrobora y garantiza la fidelidad de la jerarquía ordenada en la enseñanza de la doctrina de la fe y en la administración de los sacramentos de la fe.

Pero debemos recordar que el Espíritu “alguna vez también anticipa visiblemente a la acción apostólica” (ver AG 4). Según la Constitución *Gaudium et Spes* (n. 22) y la enseñanza constante de Juan Pablo II (particularmente en su teología del Espíritu Santo y en el contexto del diálogo interreligioso), esta acción del Espíritu más allá de los límites visibles de la Iglesia no es algo excepcional o infrecuente. Ese texto afirma: “debemos creer que el Espíritu Santo, en modos de Dios conocido, ofrece a todos [no sólo a los cristianos] una participación en el misterio pascual de Cristo”.

Así vemos que el Espíritu está atrayendo a todos a participar en el misterio pascual de Cristo. Entonces, ¿Por qué es necesaria la mediación del ministerio apostólico de la Igle-

sia? Juan Pablo II nos ilumina otra vez con lo que afirma en su Encíclica sobre el Espíritu Santo. Cuando habla del testimonio del Espíritu Santo en la historia, añade que “el testimonio apostólico asegura su expresión humana en la Iglesia y en la historia de la humanidad” (*Dominum et Vivificantem*, n. 5) ¿Por qué es necesaria esta expresión humana de la obra del Espíritu? A mi parecer es necesaria porque es indispensable para la plena participación humana en el misterio pascual. Este ministerio apostólico, actualizado en el ministerio episcopal y presbiteral, es lo que humaniza la obra del Espíritu en la historia.

Así veo yo cómo el ministerio sacerdotal tiene su origen no sólo en la misión del Hijo, sino también en la misión del Espíritu Santo. Veo esto como algo bastante evidente en la enseñanza de la misionología. Pero no creo que los futuros sacerdotes generalmente estén bien preparados en su formación teológica para ser fieles colaboradores misioneros del Espíritu en su acción más allá de los límites visibles de la Iglesia.

El discernimiento misionológico presbiteral de la acción del Espíritu entre los pueblos

Habiendo considerado esta acción del Espíritu entre los pueblos del mundo, antes del anuncio explícito del Evangelio, podemos concluir que el ministerio del presbítero no se limita a la formación cristiana de los fieles practicantes, de “los que están cerca”. Su misión apostólica le urge a “congregar a los dispersos”, a “los que están lejos”. Esto implica un acercamiento a los que todavía no han sido evangelizados, o apenas evangelizados en su situación cultural (sea su cultura antigua o nueva) o que ya no se consideran cristianos católicos (una situación de “nueva evangelización” en los términos de la RMis 33). El misionero está atento a su experiencia humana del Espíritu, expresada en el lenguaje y símbolos de su propia cultura y religiosidad (o secularidad).

Detecta auténticos elementos de la única salvación pascual en esa experiencia. Promueve un diálogo entre su experiencia de Dios y la experiencia cristiana de Dios. Formula un anuncio de la Buena Nueva en palabras y signos comprensibles en su cultura, así suscitando la fe, que es conversión y entrega personal a Jesucristo (*Puebla*, 358). Finalmente, conduce a los conversos “al ingreso de la comunidad de los fieles que perseveren en la oración, en la convivencia fraterna y celebran la fe y los sacramentos de la fe, cuya cumbre es la Eucaristía” (*Puebla*, 359).

Otro servicio presbiteral misionológico: la tarea de la inculturación

La constitución de una comunidad eclesial no es el fin del proceso de evangelización. Ella no se constituye como el “clono” de un modelo eclesial importado, o como “sucursal local” de una estructura monocultural mundial. Más bien esta Iglesia local está llamada a inculturar la fe en la cultura de su pueblo (ver *Santo Domingo*, 55, 58 etc.). Nacida en su propia cultura, del Espíritu y de la siembra de la Palabra, esta Iglesia particular autóctona (AG 6) es el sujeto propio de la inculturación (*Santo Domingo*, 230). La inculturación implica un diálogo tripolar entre tres experiencias fundamentales: la experiencia de Dios al interior de las diversas culturas, la experiencia irrepetible de los Apóstoles y las Iglesias apostólicas, y la experiencia más amplia de la Iglesia universal, en el tiempo y espacio. Supone una triple fidelidad: fidelidad a los pueblos vivientes, fidelidad a la Tradición apostólica, y fidelidad a la comunión eclesial universal¹⁸. Es evidente que los fieles insertados en su propia cultura (los

¹⁸ Sobre este “diálogo tripolar” ver mi ponencia pronunciada en el encuentro del CELAM en Oaxaca (México) sobre la “Teología India”, abril de 2002. Entiendo que los documentos de este encuentro y de otro diálogo del CELAM sobre este tema en Riobamba (Ecuador) han sido publicados ya.

presbíteros autóctonos también son fieles) son los “expertos” en la primera experiencia. Son ellos quienes realizan una relectura de la propia cultura a la luz su conocimiento de Jesucristo. Los sacerdotes ordenados, obispos y presbíteros, tienen la obligación de ser fieles a su ministerio apostólico, “expertos” en su conocimiento de la Tradición y en la vivencia de la comunión eclesial local y universal. Así el presbítero desempeña una responsabilidad muy importante, la de “humanizar” la obra del Espíritu, en la inculturación del Evangelio en las culturas particulares. La inculturación tiene como finalidad no meramente el respeto a las culturas; es una exigencia básica para que la gente pueda participar más plenamente en el misterio pascual de Cristo, y vivan el discipulado desde su propia identidad cultural.

El servicio presbiteral de la formación misionera *Ad gentes* en la Iglesia particular

La evangelización no llega a su término con la constitución de una Iglesia local preocupada sólo de la atención pastoral a los ya evangelizados. No existe sólo para perpetuarse a sí misma. Más bien cada Iglesia local nace para ser misionera *Ad gentes* a los que están cerca y a los que están lejos. El Papa Juan Pablo II nos recordó que “la formación misionera del Pueblo de Dios es obra de la Iglesia local... Esta labor ha de ser entendida no como algo marginal, sino central en la vida cristiana” y que “las Iglesias locales han de incluir la animación misionera como elemento primordial de su pastoral ordinaria...” (RMis 83). El Papa también insistió que la actividad misionera en su sentido específico, la misión *Ad gentes* no se restringe al “ámbito geográfico”: la evangelización de pueblos todavía no evangelizados en su identidad cultural (RMis 34 y 37). Es cierto que en América Latina existen situaciones de primera evangelización, particularmente las de ciertos pueblos indígenas y poblaciones afroamericanas y asioamericanas. Pero la misión *Ad gentes* abarca también amplios “ámbitos sociales y cultura-

les” necesitados de una evangelización original¹⁹. Incluye también la “nueva evangelización” de los que efectivamente han dejado de ser cristianos. Es por eso que digo que cada presbítero es llamado a ser “misionero *Ad gentes*”, aunque no necesariamente *Ad extra*. Así cada Iglesia local inculturada, deseando que todos los grupos humanos lleguen al encuentro personal con Jesús, “envía como misioneros a los que recibieron el Evangelio, con el ansía de que todos los pueblos sean ofrecidos a Dios y que todos los pueblos le alaben” (*Puebla*, 360).

Es cierto que cada cristiano es llamado a ser misionero. Pero los presbíteros, con y bajo los obispos, ejercen un ministerio apostólico particular, el de ser responsables por la entrega fiel (tradicón) de la doctrina de la fe y de los sacramentos de la fe, y de la comunión eclesial local y universal. Es un ministerio indispensable en el discernimiento de la acción del Espíritu entre “los que están lejos”, en la inculturación y en la animación misionera *Ad gentes*.

RECAPITULACIÓN

La Iglesia es misionera por su naturaleza. Por consiguiente, los ministerios en la Iglesia también son misioneros por su naturaleza.

La actividad misionera, la “misión *Ad gentes*” se distingue de la actividad pastoral; se dirige a la evangelización de los que no conocen a Cristo o apenas los conocen.

¹⁹ Los “ámbitos sociales” incluyen nuevas estructuras de relaciones humanas, como los fenómenos de la urbanización, las migraciones, las nuevas culturas de los pobres y de los jóvenes, etc. Los “ámbitos culturales” incluyen los desafíos y oportunidades presentados en los medios de comunicación, el compromiso por la justicia y la paz, la promoción de la mujer y del niño, la atención a la integridad de la creación, las investigaciones científicas, las relaciones internacionales, etc. (RMis 37).

La actividad misionera *Ad gentes* abarca tres ámbitos: lo geográfico, lo social y lo cultural.

La misión de la Iglesia se fundamenta en las misiones del Hijo y del Espíritu Santo.

El ministerio sacerdotal se basa radicalmente en la identidad de Jesús, el “enviado del Padre”.

El ministerio presbiteral, con y bajo el ministerio de los obispos, se fundamenta más directamente en el ministerio de los Apóstoles:

- a. Congregar a los dispersos en la comunión de un solo Pueblo de Dios;
- b. Ser testigos fieles de su encuentro personal con Jesucristo;
- c. Reinterpretar la historia religiosa y cultural de su pueblo a la luz de su conocimiento de Cristo;
- d. Anunciar el mensaje evangélico en palabras y signos comprensibles en su cultura, así suscitando la fe, que es conversión y entrega personal a Jesucristo;
- e. Reunir a los dispersos a la comunión eclesial;
- f. Presidir la comunidad eclesial, unida en la oración y en la fracción del pan;
- g. El fruto de esta acción apostólica: hacer discípulos, llamados a ser misioneros a los demás;
- h. Ofrecer a los pueblos, ya obedientes al Evangelio de Cristo y santificados por el Espíritu, como ofrenda agradable a Dios (ver Rm 15,16, 1 Co 15,24-28; Ap 5).

El ministerio sacerdotal también está al servicio de la acción del Espíritu entre los pueblos, asumiendo responsabilidades misionológicas en el discernimiento de la experiencia

religiosa y cultural del pueblo a la luz de Cristo, en la inculturación y en la animación misionera *Ad gentes* en las Iglesias particulares.

CONCLUSIÓN

Es obvio que teológicamente la actividad misionera, la evangelización de los pueblos, es anterior a la atención pastoral a los ya evangelizados. La Iglesia es misionera antes de ser una estructura de atención pastoral. Pero pensamos en los misioneros como una raza aparte. No estamos acostumbrados a mirar al presbítero principalmente como un misionero, un evangelizador de “los que están lejos”, uno llamado como apóstol a “congregar a los dispersos”. Más bien lo consideramos normalmente como el “pastor” de una comunidad ya evangelizada, ya formada. Además la formación teológica impartida a los futuros presbíteros enfatiza el ministerio pastoral y prácticamente hace caso omiso a la formación misionológica y misionera.

¿Es necesario que cada presbítero tenga que salir “más allá de las fronteras” de su diócesis o país para que sea misionero? Si consideramos el ejemplo de los Doce, que constituyen el fundamento paradigmático para el ministerio sacerdotal, la salida misionera *Ad gentes ad extra* es históricamente clara particularmente en caso de Pedro²⁰. Por supuesto, cada presbítero, llevando en su corazón la solicitud por la evangelización de todos los pueblos, ha de ser dispuesto gustosamente a responder a una vocación de ser misionero *ad extra* (PO 10). El Papa Juan Pablo II ha abierto la perspectiva sobre la “misión *Ad gentes*”. No abarca sólo el ámbito geográfico de zonas humanas todavía no evangelizadas. Abarca también nuevos ámbitos sociales y culturales, “nue-

²⁰ ¿Sería exagerado imaginar que uno de cada doce presbíteros tenga una vocación misionera *ad extra*?

vos areópagos” y situaciones descristianizadas que piden una “nueva evangelización”. ¿Acaso no existen múltiples situaciones que piden una actividad misionera *Ad gentes* en cada una de nuestras Iglesias locales?

En esta ponencia ofrezco mis reflexiones como misionólogo sobre el tema que el DEVYM-CELAM me pidió, la “Dimensión misionera del presbítero”. Tomé la libertad de transformarlo en la “Identidad radicalmente misionera del presbítero”, porque esto lo dice mejor. He podido ofrecer para su reflexión un marco teológico para explorar como la misión de la Iglesia, y concretamente la misión de los ministros ordenados, fundamentada en el ministerio apostólico de los Doce, tiene su origen en las misiones del Hijo y del Espíritu Santo. En particular he querido explorar la importancia del anuncio evangélico en el ministerio de los presbíteros, colaboradores de los obispos en el servicio misionero. Considero este ministerio sacerdotal indispensable para la participación plenamente humana en el misterio pascual, indispensable para que los evangelizados lleguen a ser discípulos y misioneros de Cristo.

Reconozco que no he podido desarrollar todas las consecuencias prácticas de estas reflexiones. Por ejemplo, cómo el presbítero, fundamentalmente misionero, concretamente está llamado también a asumir ciertas responsabilidades pastorales en la Iglesia local. Sólo he podido sugerir algunas dimensiones de la deseada formación misionológica y espiritual del presbítero.

Hacemos nuestro el acto de agradecimiento con que el apóstol Pablo expresó su vocación sacerdotal, “la gracia que me ha sido otorgada por Dios, de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Rm 15, 16).

LOS SACERDOTES *FIDEI DONUM*. EN LA ÉPOCA DE LA GLOBALIZACIÓN, DE LA INTERDEPENDENCIA Y DE LA UNIVERSALIZACIÓN

*Mons. Paolo Mietto**

1. El mandato de Jesucristo: *Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos* (Mt 28,19), ha sido obedecido con *parresía* desde los tiempos apostólicos y sigue siendo hoy llevado adelante con entusiasmo por los sucesores de los Apóstoles y por los primeros colaboradores de ellos como

* Nacido en Pádova (Italia) el 26 de mayo de 1934. Ordenación sacerdotal en Viterbo: 30 de marzo de 1963. Estudios de filosofía y teología en el Instituto filosófico-teológico “San Pedro” de los Josefinos en Viterbo. Doctor en teología moral en la Academia Alfonsiana en Roma. Su ordenación Episcopal se realizó en Roma, el 22 de octubre de 1994. Ha sido Vicario Apostólico de Napo desde 15 de agosto de 1996 y, en la actualidad desempeña el cargo como Responsable de la Sección de Vida Consagrada en el CELAM, desde 2003.

son los presbíteros. ¿Cómo no reavivar este mandato hoy, en vísperas de la VCG que nos llama todos a ser *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida?*

2. En los últimos siglos de la historia de la Iglesia, hasta 50 años hace, parecía que sólo los religiosos estaban llamados a dejar su tierra para ir a hacer discípulos a todos los pueblos. En efecto la evangelización en nuestro continente se realizó principalmente por medio de misioneros franciscanos, dominicos, mercedarios, jesuitas, etc.

1. EL INICIO

3. El Papa Pio XII un 21 de abril del año 1957, escribió la famosa encíclica *Fidei Donum, Encíclica sobre las misiones, especialmente en África* con la que, entre otros aspectos y exhortaciones,
 - a) en primer lugar motiva de manera luminosa la misión como exigencia que tenemos los cristianos de mostrar el agradecimiento al Señor por el don de la fe recibido,
 - b) en segundo lugar corresponsabiliza a los Obispos (Nº 11) como sucesores de los Apóstoles y como pastores de la Iglesia Universal a preocuparse de las Iglesias de África, y añade: *El soplo misionero, al animar el conjunto de vuestras diócesis, será para vosotros una prenda de renovación espiritual* (Nº 15).
 - c) en tercer lugar, para animar a los obispos, indica el ejemplo de “algunos obispos que autorizan a algunos de sus sacerdotes, aun a costa de sacrificios, a partir para ponerse, durante un tiempo limitado, al servicio de los Ordinarios de África” (Nº 17) y ex-

horta vivamente a enviar misioneros (sacerdotes diocesanos, religiosos y laicos).

4. Diez y ocho meses después, el anciano Papa entregaba su bella alma a Dios y le sucedía Juan XXIII, quien convocó y abrió el Concilio Vaticano II. En este histórico acontecimiento eclesial el decreto sobre la *Actividad misionera de la Iglesia (Ad Gentes)* recogió totalmente los deseos e indicaciones de Pio XII:

Como crece cada vez más la necesidad de trabajadores en la viña del Señor y los sacerdotes diocesanos desean también ellos participar más en la evangelización del mundo, el santo Sínodo desea que los obispos, considerando la gravísima escasez de sacerdotes que impide la evangelización de muchas regiones, envíen a algunos de sus mejores sacerdotes que se ofrezcan para la obra misionera, debidamente preparados, a las diócesis que carecen de clero, para ejercer allí, al menos temporalmente, el ministerio misional con espíritu de servicio (38/d).

5. La gran novedad de la *Fidei Donum* ha sido que la obra misionera no estaba ya de cierta manera reservada a las Congregaciones Misioneras o a los institutos de vida consagrada en general, siendo que éstos, como dirá Juan Pablo II son *para la Iglesia universal, a través de su misión en una Iglesia particular*¹, sino que cada Obispo con esta Encíclica ha recibido el llamado a preocuparse de la Iglesia Universal en virtud de su propio orden episcopal. El Concilio en el Decreto sobre *La actividad misionera de la Iglesia (Ad Gentes)* explicita claramente el funda-

¹ *Discurso a los Superiores Generales, 24/XI/1978.*

mento de esta realidad teológica expresada ya en *Lumen Gentium* 23 (que en la nota 33 cita la *Fidei Donum*) y en *Christus Dominus* 6 (que también cita en la nota 7 la Encíclica *Fidei Donum*):

Todos los obispos, como miembros del Cuerpo episcopal, sucesor del Colegio de los Apóstoles, han sido consagrados no sólo para una diócesis determinada, sino para la salvación de todo el mundo (AG 38/a).

Por su parte la Exhortación Apostólica post-sinodal *Pastores Gregis* en su numeral 65 reproduce y amplía este principio teológico, que también consta en el *Código de Derecho Canónico* (c. 782,2), con notable diferencia respecto al Código anterior que reservaba al Papa esta responsabilidad de la Iglesia universal y de todas las Iglesias.

Desde esta identidad y misión de los Obispos viene su autoridad y misión de enviar sacerdotes diocesanos a tierra de misiones. Estos sacerdotes empezaron a llamarse *Sacerdotes Fidei Donum*.

En víspera de la VCG es de esperar que los Obispos que se reunirán en Brasil renueven la conciencia de su corresponsabilidad a nivel mundial a fin de que cada Obispo de nuestro “Continente de la esperanza”, a partir de ese acontecimiento del Espíritu como será la VCG, sienta un nuevo empuje para ir superando la actitud de “recibir” sacerdotes *Fidei Donum*, transformándose en Iglesia que “envía” sacerdotes *Fidei Donum*.

6. El decreto conciliar sobre el *Ministerio y vida de los presbíteros (Presbiterorum Ordinis)* recoge claramente la doctrina de la dimensión misionera de la ordenación sacerdotal, análoga a la de los obispos:

El don espiritual que recibieron los presbíteros en la ordenación los prepara no para una misión limitada y reducida, sino para una misión amplísima y universal de salvación hasta los extremos del mundo (Hch 1,8)... En efecto el sacerdocio de Cristo, del cual han sido hechos partícipes los presbíteros, se dirige a todos los pueblos y de todos los tiempos... Los presbíteros, pues, han de recordar que deben llevar en su corazón la preocupación por todas las Iglesias. Por tanto, los presbíteros de las diócesis que tienen mayor abundancia de vocaciones, si su obispo se lo pide o se lo permite, deben estar dispuestos de buena gana a ejercer su ministerio en las regiones, misiones u obras con escasez de clero (PO 10).

Este numeral se encuentra presente también en el numeral 32 de la *Pastores dabo vobis* de Juan Pablo II

2. VALIDEZ, FRUTOS Y ACTITUDES

7. En el año 1991, Juan Pablo II firma la Encíclica *Redemptoris Missio* en la que leemos:

En la Encíclica Fidei Donum, Pío XII, con intuición profética, alentó a los obispos a ofrecer algunos de sus sacerdotes para un servicio temporal a las Iglesias de África, aprobando las iniciativas ya existentes al respecto. A veinticinco años de distancia, quise subrayar la gran novedad de aquel Documento, que ha hecho superar 'la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia'². Hoy se ven con-

² En nota hace referencia al *Mensaje para la Jornada Mundial por las Misiones* del año 1982.

firmadas la validez y los frutos de esta experiencia (RM 68).

Vale la pena poner en evidencia los diferentes aspectos positivos que Juan Pablo II menciona en este numeral como fruto de la experiencia de los sacerdotes *Fidei Donum*.

- a) En primer lugar *el vínculo de comunión entre las Iglesias*. Las que daban y las que recibían yuda de sacerdotes (en efecto empezaron a llamarse Iglesias Hermanas; daban generosa y gozosamente acogida no sólo a sacerdotes, sino también a fieles laicos, seminaristas, familias de la otra Iglesia, etc...);
 - b) En segundo lugar *la valiosa aportación al crecimiento de comunidades eclesiales necesitadas mientras los presbíteros Fidei Donum encuentran en ellas frescor y vitalidad de fe*. En efecto, desde el comienzo de su Encíclica, Juan Pablo II había sintetizado todo esto en el gran lema: *La fe se fortalece dándola (RM 2)*. ¿Cómo no ver en todo esto una grande oportunidad generada por la globalización, la interdependencia, la internacionalización?
8. Por otro lado la RM indica también algunos criterios y condiciones para el mejor éxito de la experiencia *Fidei Donum*:
- a) *Enviar sacerdotes escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que los espera*. La experiencia de 50 años confirma que no se deben enviar sacerdotes no integrados en su diócesis, sacerdotes con problemas de personalidad o de fe o de Iglesia, etc.

- b) *Deberán insertarse en el nuevo ambiente de la Iglesia que los recibe, con ánimo abierto y fraterno, y constituirán un único presbiterio con los sacerdotes del lugar, bajo la autoridad del obispo.* Cuántos problemas evitaría la fiel observancia de este principio!

3. LA EXPERIENCIA EN AMÉRICA LATINA

9. Están aquí resumidos, como ejemplo, los datos correspondientes al número de sacerdotes *Fidei Donum* presentes en América Latina y Caribe provenientes de sólo dos países: España (datos: a diciembre 2005) e Italia (datos: a diciembre 2004) (Tabla 1.); en la tabla sucesiva están los mismos, distribuidos por país (Tabla 2).

Tabla 1

	desde ESPAÑA	desde ITALIA	Desde ESPAÑA + ITALIA: Países con mayor presencia de Sacerdotes <i>Fidei Donum</i>
TOTAL 1.108	725	383	
Países con mayor presencia de sacerdotes <i>Fidei Donum</i>	Perú 121 Venezuela 85 Brasil 76 Puerto Rico 64 Ecuador 56	Brasil 218 Argentina 29 Ecuador 25 Bolivia 22 Perú 19	Brasil 294 Perú 140 Venezuela 101 Ecuador 81 Puerto Rico 65
Número de países con sacerdotes <i>Fidei Donum</i>	20	18	

Tabla 2

SACERDOTES FIDEI DONUM PARA AMÉRICA LATINA Y CARIBE

	Desde ESPAÑA	Desde ITALIA
ARGENTINA	52	29
BOLIVIA	24	22
BRASIL	76	218
CHILE	54	07
COLOMBIA	23	05
COSTA RICA	19	—
CUBA	14	06
ECUADOR	56	25
EL SALVADOR	07	01
GUATEMALA	25	09
HONDURAS	18	01
MEXICO	29	04
NICARAGUA	13	02
PANAMA	09	—
PARAGUAY	06	05
PERÚ	121	19
PUERTO RICO	64	01
REPUBLICADOMICANA	16	04
URUGUAY	14	09
VENEZUELA	85	16
	<hr/> 725	<hr/> 383

4. ACERCÁNDONOS AL 50 ANIVERSARIO DE LA FIDEI DONUM

10. En este contexto no podemos pasar por alto el hecho que también en el reciente Sínodo de los obispos sobre *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia*, estuvo presente el tema de los Presbíteros *Fidei Donum*; así como en una de las 50 *Proposiciones* presentadas por los Padres Sinodales al Santo Padre al final del Sínodo. Dice la Proposición N° 38:

La asamblea sinodal expresa intensa gratitud, aprecio y voluntad de animar a los sacerdotes, en especial a los presbíteros Fidei Donum, ministros de la Eucaristía, que con competencia y generosa dedicación edifican la comunidad con el anuncio de la Palabra de Dios y del Pan de Vida.

11. Con ocasión de los 50 años de la Encíclica *Fidei Donum* se ha organizado en Italia un congreso con el tema: *Desde la fecunda memoria a la perspectiva audaz* en el mes de noviembre 2005. El congreso ha reconocido que la experiencia de los sacerdotes *Fidei Donum* se ha convertido y sigue convirtiéndose en un recurso muy provechoso para las Iglesias que los envían. Además ha destacado cómo en estas Iglesias se fue disponiendo un proyecto articulado y homogéneo que comprende diferentes etapas, como: Sensibilización de la comunidad cristiana - Preparación al envío/llegada - Acompañamiento durante los años de experiencia (diversificado según las diferentes situaciones de la evangelización que la *Redemptoris Missio* explicita en su numeral 33) - Regreso a la Iglesia de origen/despedita - Acompañamiento en esta última etapa.
12. Merece reproducir aquí –como óptima síntesis– las sabias indicaciones que constan en el numeral 17 del *Directorio para el ministerio pastoral de los obispos* publicado en el año 2005. En el numeral 17/e se lee:

El vínculo de comunión entre las Iglesias se pone en evidencia por los sacerdotes Fidei Donum, elegidos entre aquellos idóneos y suficientemente preparados, mediante los cuales las diócesis de antigua fundación contribuyen eficazmente a la evangelización de las nuevas Iglesias y, a su vez, reciben lozanía y vitalidad de fe de aquellas jóvenes comunidades cristianas.

Cuando un clérigo idóneo (sacerdote o diácono) manifiesta el deseo de formar parte de los sacerdotes Fidei Donum, el obispo, en cuanto sea posible, no niegue el permiso, aunque esto pueda comportar sacrificios inmediatos para su diócesis, y provea a determinar sus derechos y deberes mediante una convención escrita con el Obispo del lugar de destinación. Al traslado temporal se podrá proveer sin recurrir a la excardinación, de modo que al retorno el clérigo conserve todos los derechos que le corresponderían si se hubiese quedado en la diócesis.

También los obispos de las jóvenes Iglesias de misión incrementarán el don de sacerdotes a otras zonas del país, del mismo o de otros continentes menos evangelizados o con menos personal al servicio de la Iglesia.

El Obispos estará ampliamente disponible para acoger en la propia diócesis a los sacerdotes de los países de misión que piden hospitalidad temporal por motivos de estudio o por otros motivos. En tales casos, los Obispos interesados estipularán una convención para concordar los varios sectores de la vida del presbítero. A este fin observarán las normas establecidas por la Congregación para la Evangelización de los Puebros³.

Hoy los presbíteros no van sólo de Norte a Sur, de Este a Oeste, sino que ya se notan numerosas inversiones de caminos.

³ Se refiere a CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, *Instrucción sobre el envío y la permanencia en el extranjero de los sacerdotes del Clero diocesano de los territorios de misión*, Ciudad del Vaticano, 25 de abril del 2001.

Sería útil y oportuno, por ejemplo, hacer una estadística de cuántos sacerdotes *Fidei Donum* han salido de Brasil, o de Colombia o de Argentina o en general de América Latina y Caribe como misioneros *Ad gentes* hacia Asia o África o Oceanía, y comprobar cómo estas salidas han enriquecido no sólo a las Iglesias de destino, sino también las mismas Iglesias particulares de donde han salido⁴.

5. HACIA ADELANTE

13. Cuánto más un sacerdote se hace discípulo de Cristo, más se hace misionero.

En la *Redemptoris Missio* Juan Pablo II concluye su enseñanza expresando un deseo: *Que el espíritu de servicio aumente en el presbiterio de la Iglesias más antiguas y que sea promovido en el presbiterio de las Iglesias más jóvenes* (ReMi 68).

Las Iglesias de América Latina y El Caribe son Iglesias jóvenes si miramos a la cantidad de presbíteros *Fidei Donum* recibidos en 500 años aun sólo desde España e Italia⁵.

⁴ Por ejemplo en Brasil, según los últimos datos del COMINA, son 1844 los misioneros y misioneras que viven y laboran fuera del Brasil, sin embargo estos datos se refieren casi sólo a religiosos y religiosas, no propiamente a sacerdotes del clero diocesano.

⁵ En San Salvador de Bahía, Brasil, se realizó del 29 de enero al 3 de febrero de 2006 una reunión sobre los sacerdotes *Fidei Donum* italianos presentes en América Latina y en El Caribe, cf. PONTIFICIA UNIÓN MISIONAL, *Omnis Terra*, marzo 2006, pp. 124-130 (*De la memoria fecunda a las perspectivas valientes*, síntesis del P. Vito del Prete, PIME).

Tiene por ende toda su legitimidad la fuerte motivación dada por S. E. El Card. Tomko en el COMLA 5 en Belo Horizonte (Brasil, 1995) (y repetida después por su sucesor el Card. Sepe): Si América Latina y Caribe tiene cerca del 50% de católicos del mundo, es su vocación ser misionera fuera de sus fronteras.

Y en efecto el lema del COMLA 6 (CAM 1) en Paraná (Argentina, 1999) ha sido: *América con Cristo... sal de tu tierra.*

¿No están los sacerdotes de Latinoamérica y Caribe llamados a vivir la experiencia del *Fidei Donum*, como verdaderos y maduros discípulos y misioneros de Cristo en su país y afuera?

Conclusión

IMPULSAR LA DIMENSIÓN MISIONERA DE LOS PRESBITEROS

La cuarta parte del Seminario-Taller, que se llamó “Presbíteros con corazón y mentalidad misioneros, para que nuestros pueblos en Jesucristo tengan vida”, estudió en un primer momento los criterios para impulsar la dimensión misionera y señaló los signos del cambio de época como oportunidad para la misión del presbítero.

1. CRITERIOS PARA IMPULSAR LA DIMENSIÓN MISIONERA DEL PRESBITERO DESDE LA IGLESIA PARTICULAR

1. Reconocer el valor y la importancia de la *Iglesia particular* como sujeto responsable de la misión *Ad gentes*, para trabajar en armonía y coordinación con otras instancias eclesiales creadas para el mismo fin, ya sea por la Iglesia universal o la Iglesia local.
2. Asumir desde el *Plan Pastoral diocesano* la dimensión misionera como el eje transversal y vertebrador de todo el proceso evangelizador y misionero que se impulsa desde la Iglesia particular.

3. Favorecer *experiencias de acción misionera* entre las parroquias de la misma diócesis y entre diversas diócesis, ya sea del mismo país o más allá de las fronteras, de modo que se mantenga viva y operante la conciencia misionera en todo el pueblo de Dios, en los agentes de pastoral, en los presbíteros y en los miembros de la vida consagrada.
4. Integrar la dimensión misionera en los *procesos de formación* del Pueblo de Dios y de todos los agentes de pastoral, particularmente en los candidatos al ministerio ordenado, a la vida consagrada y al compromiso laical.
5. Abrir espacios para una mayor *participación de los laicos y laicas* en las tareas misioneras de la Iglesia particular y en las acciones de la pastoral ordinaria.
6. Reconocer como principio fundamental que la conciencia misionera se despierta y madura mediante el *encuentro personal con Jesucristo vivo*; por lo tanto, será necesario favorecer e impulsar estos encuentros en todos los miembros del Pueblo de Dios y en todos los llamados a una vocación específica, pues en el corazón de toda vocación es conatural la misión.
7. Impulsar la creación y formación de verdaderos *equipos misioneros* al estilo del apóstol Pablo. Ello comporta la planificación, asignación de tareas, el surgimiento de tareas específicas, un trabajo en unidad y diversificado.
8. Despertar el compromiso y la responsabilidad que tienen las Iglesias particulares para *dar desde la pobreza* su aporte generoso a la misión, a pesar de su carencia de agentes de pastoral y de recursos económicos (DP 368).

9. Enviar a los “sacerdotes que se ofrezcan para la obra misionera, debidamente preparados, a las diócesis que carecen de clero, para ejercer allí, al menos temporalmente, el ministerio misional con espíritu de servicio”.
10. Generar una dinámica de *sensibilización misionera* a mediano y largo plazo en todo el Pueblo de Dios y en sus agentes de pastoral.
11. *Impregnar de espíritu misionero toda la parroquia* con el fin que ella permanezca en “estado de misión”. Un lugar importante le corresponde a la Infancia Misionera
12. *Crear en los seminarios y otros centros de formación la conciencia de que el presbítero se forma para servir a la Iglesia universal:*

Todos los sacerdotes deben tener corazón y mentalidad misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más alejados y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente (Rmi 67).
13. Involucrar más activamente a las *Conferencias Episcopales* para impulsar la misión *Ad gentes* mediante una adecuada coordinación
14. Favorecer, desde la *formación permanente del presbítero*, un adecuado conocimiento de la cultura contemporánea y suscitar una actitud de dialogo maduro y sereno que lleve a evangelizar los nuevos areópagos.
15. *Partir de la situación concreta* que viven las personas, las familias y los pueblos en el anuncio del Evangelio.

2. SIGNOS DEL "CAMBIO DE ÉPOCA" COMO OPORTUNIDADES PARA LA MISIÓN DEL PRESBITERO

1. En la época actual, por la fuerza de la secularización y de un laicismo radical, la Iglesia va perdiendo cada vez más sus privilegios, su posición de prestigio y dominio sobre la sociedad aunque mantenga altos índices de credibilidad; esta realidad *redimensiona la figura del presbítero y su misión* abriendo caminos para un testimonio y para una presencia más discreta, sencilla y humilde, en clave de servicio y levadura que fermenta.
2. Estamos pasando de una fe como dato cultural y de tradición a una fe más personalizada y de opción libre, que ayudará a madurar al creyente y a generar testigos convencidos de lo que creen; esta realidad repercute en *la exigencia de un talante más maduro del presbítero* y una relación más adulta con los demás.
3. Se aprecia una mayor sensibilidad de los jóvenes en temas tan importantes como el de la vida, el medio ambiente, las relaciones interpersonales, el amor solidario por los pobres; esta realidad le abre un campo interesante y desafiante al presbítero para *proyectar "una nueva imaginación de la caridad"*.
4. *La valoración de la subjetividad del individuo* está creando nuevas sensibilidades en el trato y el respeto de la persona, que el presbítero deberá tomar en cuenta a la hora de hacer la propuesta del Evangelio; al mismo tiempo, la conciencia del respeto de la dignidad humana y de sus derechos, constituye una nueva realidad con la que debe contar hoy el presbítero.
5. *Ante la crisis que vive la familia*, los grupos parroquiales se vuelven puntos válidos de referencia para el crecimiento.

to de las personas, particularmente para los jóvenes. Esta realidad desafía la misión del presbítero, hacia un trabajo más personalizado con sus fieles y una apertura a los carismas que el Espíritu va suscitando en ellos.

6. *Los medios de comunicación social* constituyen una nueva oportunidad para impulsar la evangelización, un desafío para formar el sentido crítico en los creyentes y en los profesionales y técnicos de la comunicación. Hay que integrar entonces, las nuevas tecnologías en las tareas de evangelización y asumirlas como una estupenda oportunidad para la acción pastoral, al mismo tiempo que facilitan la comunicación y la interdependencia entre los pueblos y culturas haciendo más factible la universalidad y el conocimiento recíproco.
7. En la época actual, los hombres y mujeres de hoy piden un *nuevo lenguaje en la tarea evangelizadora*; así mismo están exigiendo nuevos métodos y nuevas expresiones que sean significativas. Estas exigencias demandan un presbítero que sea más testigo que maestro, que dé muestras de credibilidad en su estilo de vida y coherencia total. Por eso es que ante la ausencia de paradigmas válidos de referencia las personas buscan modelos creíbles. Un ejemplo de ello ha sido Juan Pablo II, Madre Teresa de Calcuta, Mons. Oscar A. Romero, etc.
8. El creciente *pluralismo religioso* constituye un signo desafiante para la Iglesia católica y para la acción evangelizadora que promueve el presbítero.

V. Parte

ALGUNOS DESAFÍOS PARA LOS PRESBITEROS DE HOY

EL MUNDO DE LOS JÓVENES URBANOS: RETOS PARA EL PRESBITERO DISCÍPULO Y MISIONERO DE JESUCRISTO

*Mons. Miguel Ángel Morán Aquino**

INTRODUCCIÓN

La II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en el documento de Medellín, invitaba a los pastoralistas a “auscultar atentamente las actitudes de los jóvenes que son manifestaciones de los signos de los tiempos: la juventud anuncia valores que renuevan las diversas épocas de la historia” (*Medellín, Juventud*, 13).

* Mons. Miguel Ángel Morán Aquino (51), El Salvador, es licenciado por el “Ateneo Antonianum” de Roma en Teología Dogmática. Formador del Seminario San José de la Montaña como profesor, prefecto de estudios, administrador y vicerector hasta 1990. Desde 1991 a 1994 fue párroco en “San Miguel Arcángel”, Santa Ana y en 1995 fue invitado a volver al Seminario como vicerector, cargo que ejerció hasta cuando fue ordenado Obispo de la diócesis de San Miguel en el año 2000. Actualmente en la Conferencia Episcopal de

En Puebla hubo una doble opción preferencial: por los pobres y los jóvenes (*Puebla*, 1134-1205) como sujetos de la Evangelización en el continente; pero la opción por los pobres, por su actualidad y por las discusiones que suscitó, hizo que la opción por los jóvenes pasara a un segundo plano. Tanto que en Santo Domingo, después de presentar las características de la juventud con sus rasgos negativos y positivos, se reconoce que con frecuencia se quedó en el plano afectivo sin aterrizar a lo efectivo (*Santo Domingo*, 114); por ello se pide que haya “acompañamiento y apoyo real con un diálogo mutuo entre jóvenes, pastores y comunidades”.

La realidad de la juventud actual y la nueva situación, que se ha presentado con el neo-liberalismo y la post-modernidad, constituyen para el sacerdote nuevos desafíos para su misión a los que debe dar una respuesta. El capital humano de nuestro Continente de la Esperanza aún es joven y

nos compromete a dar una respuesta gozosa y misionera desde la riqueza de la Buena Nueva, a quienes buscan a tientas satisfacer su sed de sentido, de humanidad, de felicidad y de trascendencia (Documento de Participación: “Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe”, 32).

Se ha dicho que el joven post-moderno es narcisista, es decir, no escucha a nadie sólo escucha sus deseos, sus gustos... ¿realmente los jóvenes son indiferentes frente a lo social, político, religioso, etc.?

El Salvador, es Presidente de la Comisión de Laicos; Presidente del Instituto de Previsión Social del Clero; Vicepresidente de la Comisión de Seminarios; Delegado ante el CELAM y Responsable de la sección de Pastoral Vocacional del DEVYM.

1. EL DESAFÍO DE LA CULTURA URBANA-POSTMODERNA

Los jóvenes son sensibles a los cambios e influyen en gran medida en su modo de pensar, sentir, percibir y actuar.

Es evidente la diferencia entre un joven de la ciudad y uno del campo. En la ciudad la vida es más compleja. La mayoría de las vocaciones sacerdotales y religiosas surgen del medio rural.

1.1. ¿Qué entendemos por cultura?

Es la manera como un grupo de personas vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida.

En toda cultura hay a la base un sistema de valores, de significados, de cosmovisiones que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y los estilos de vida. La cultura abarca toda la vida de las personas y de los grupos. Engloba diferentes dimensiones: el trabajo, la diversión, la relación con Dios y la naturaleza, la búsqueda del desarrollo, la relación entre las personas.

El Papa Pablo VI señaló que “la ruptura entre el Evangelio y la cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo” (*Evangelii Nuntiandi*, 20); y el Papa Juan Pablo II presentó la inculturación como uno de los aspectos fundamentales de la acción evangelizadora de la Iglesia (*Redemptoris Missio*, 52).

1.2. La cultura urbana

La cultura urbana no puede entenderse independientemente de la modernidad que tiene como hechos sociales básicos la industrialización y la urbanización y de sus consecuencias religiosas: la secularización y la desacralización. El sujeto decide lo que es bueno y lo que es malo. Surgen ciertos mitos, entre ellos: el mito del “progreso infinito” como si lo más importante para el hombre fuera el progreso económico y

científico. El mito del “Estado” con diferentes matices: napoleónico, totalitario, nazi, fascista, marxista, liberal, etc.

La cultura anterior se sustituye por lo que ofrece la razón, el saber, la tecnología, la ciencia, la democracia y el desarrollo. El nuevo modelo que mueve a la modernidad es el capitalismo. Pero la modernidad no dio respuesta a todos los anhelos, no resolvió los problemas del hombre y fue sustituida por el relativismo, el subjetivismo y el irracionalismo.

El relativismo que considera que todo es válido. Algo es bueno si me gusta y me da placer. Es el fruto de la crisis de las ideologías. Antes el joven, al menos encontraba ciertas visiones totalizantes. Hoy esas visiones (socialista, democrática, liberal, etc.) han entrado en crisis. Las crisis de las ideologías trae como consecuencia un excesivo relativismo, cada cual puede pensar lo que quiera, organizar su vida como quiera. Desafortunadamente, el joven va a encontrarse con los fundamentalismos fanáticos, cerrados.

Todas las condiciones eran propicias para que surgiera el individualismo, el escepticismo y una religiosidad intimista volcada a la satisfacción de los gustos personales e impulsos emocionales (Empresas religiosas). A esto se le llama post-modernidad o anti-modernidad o re-modernidad.

Los jóvenes se encuentran así en una sociedad secularizada, donde ya lo religioso no impone las leyes a los demás sectores (político, económico, social, cultural, científico, etc.).

1.2.1. El utilitarismo

Se considera ético lo que es útil; se busca el máximo rendimiento con el mínimo de costos. El sentido de la vida pasa a un segundo plano. Se pierden los vínculos familiares, la identidad cultural y se cae en el anonimato. El individuo es absorbido por el grupo.

1.2.2. El consumismo

La sociedad postmoderna tiende a producir cosas en abundancia y esta producción exige consumo; el consumo a su vez exigen producción...y así sucesivamente. La persona se convierte en un esclavo de la producción. Pero para atraer a los consumidores se “bombardean” los sentidos y los sentimientos con la propaganda; al no tener los medios para satisfacer las necesidades creadas cae en depresión o delinque para poseer lo que desea.

2. CARACTERÍSTICAS DE LA CULTURA POSTMODERNA

- Inmediatismo (compromisos a corto plazo).
- Un joven fragmentado.
- Sin un proyecto de vida
- Individualismo.
- Ambiente erotizado.

2.1. Rasgos de la sub-cultura juvenil

Maneras de pensar: culto a la persona; dificultad para el raciocinio lógico; entienden más los signos que las palabras abstractas (lo sustituye por un lenguaje simbólico para expresar sus nuevas vivencias); preferencia por lo vivencial sobre lo conceptual; desconfiados de lo que no comprenden; rechazo del mundo adulto, lo normativo y lo establecido; discernimiento por impresiones; sentido de riesgo y aventura; capacidad de procesar y recibir mucha información.

2.1.1. Valores

Desapego de las cosas pero consumo exagerado; valor del presente; búsqueda de amigo especial y camaradería; solidaridad con el grupo, aún en lo negativo; sensibilidad por

ciertos valores (paz, justicia, ecología); juzgar lo sexual más por el amor que por las normas externas.

2.1.2. Comportamientos

Afán de novedades y sensaciones fuertes; buscar protagonismo en los grupos; convivir con el ruido; más festivos que alegres; relaciones intensas, pero fugaces; temor al futuro; se siente bien en pequeños grupos.

2.1.3. Símbolos

La música le da la posibilidad de matizar el volumen, la modulación, la rapidez más los efectos de luz le garantizan un placer sensorial múltiple; el tatuaje y perforaciones le identifican con el grupo que domina y defiende un determinado territorio o barrio; el carro que le da la sensación de fuerza, velocidad, facilidad de desplazamiento, independencia, mejora su imagen y le asegura una posición social; el cine y la televisión que le ofrecen dinero fácil al participar en los concursos; la computadora; el celular; la noche que le aleja de la familia y puede transgredir las leyes mediante el robo, el sexo, la droga, etc.; cuidado del cuerpo e imagen (dietas, gimnasio); videojuegos.

Toda esta ambivalencia y problemática explica las dificultades que tienen los jóvenes para establecer vínculos sólidos, estables y satisfactorios.

A las nuevas generaciones les impacta la ausencia casi total de escrúpulos para transgredir normas morales que, por otro lado, se siguen predicando. Este doble discurso de la sociedad que se expresa en códigos morales y jurídicos y se transmite a través de la educación, la familia, etc. va generando ese sentimiento de vacío y escepticismo. Consecuencia: escepticismo y falta de compromiso.

2.2. Con relación a la comunidad

No son dados a los compromisos políticos, más bien, existe un rechazo frente a los político. Prevalecen para ellos otros compromisos fundamentados en nuevos códigos culturales. Les interesa más la ecología y el envejecimiento de la sociedad que la política. Sus ideales son amor, paz, tolerancia, defensa de los animales.

3. DESAFÍOS Y RETOS PARA EL PRESBITERO

- El joven necesita tener una experiencia fuerte de fe que dé seguridad y fundamento a todas sus respuestas. Debemos proponerle una experiencia de encuentro vivo y auténtico con Jesucristo para ser discípulo y misionero.
- Necesita aceptar la pluralidad cultural en la expresión de la fe.
- Para el joven, lo difícil adquiere un carácter de desafío apasionante, por tanto proponerle la vivencia de la santidad que les haga sensibles a los problemas sociales.
- Para mantenerse fiel a los principios y ante la necesidad de apoyo precisa de un grupo, en donde pueda tener vivencias, crear nuevo lenguaje, confrontarse con la vida eclesial y con sus expresiones. Solo, queda expuesto y casi sin oportunidades de crecer.
- Es necesario fortalecer la familia. Hoy la vida del joven no se desarrolla tanto en la casa, sino en la calle, la escuela, en los lugares de entretenimiento, etc. La falta de socialización con los hermanos, porque cada vez son menos los hijos, puede superarse en el grupo juvenil que le permita, también la educación en valores comunitarios.

- El joven necesita ser sensible a las necesidades de los pobres. El contacto con ello será el mejor cuestionamiento y respuesta al contexto cultural de una sociedad de consumo.

CONCLUSIÓN

Esta es la realidad nueva en la que se desarrollan las actuales generaciones adolescentes y jóvenes. Es necesario humanizar la ciencia, la tecnología, el arte, etc. y utilizarlos para el bien de la familia humana, lo más fácil es satanizarlos. A todos estos desafíos tenemos que responder con un nuevo ardor, es decir, con entusiasmo y pasión, porque en la Nueva Evangelización hemos avanzado en nuevos métodos, nuevas expresiones, pero necesitamos más entusiasmo.

Es una realidad innegable de que los jóvenes son “una gran fuerza social y evangelizadora” (cf. *Ecclesia in America*, 47). Gran bendición de Dios fue la iniciativa del Siervo de Dios Juan Pablo II de establecer las Jornadas Mundiales y continentales de la Juventud invitándoles a ser valientes, a apreciar el valor del compromiso para toda la vida, a no temer al encuentro con Jesucristo vivo. Imposible olvidar la XX Jornada Mundial de la Juventud en Colonia con el Papa Benedicto XVI donde les dijo: “Estad plenamente convencidos: Cristo no quita nada de lo que hay de hermoso y grande en vosotros...” (*Discurso en la Fiesta de acogida en el Embarcadero del Poller Rheinwiesen*, Colonia, 18 de agosto de 2005).

La preparación hacia la VCG es una oportunidad para que los jóvenes reafirmen su vocación de “discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”.

10

PRINCIPALES RETOS QUE PRESENTA EL MUNDO DE LOS JÓVENES AL PRÉSBÍTERO

*Mons. Juan Abelardo Mata**

1. LA GLOBALIZACIÓN

1.1. Estamos viviendo un cambio de época

Considerando el mundo actual de la juventud, constatamos que se da un verdadero cambio de época, en cuanto se viven momentos de “innovación en tanto que se han trastocado los sistemas de valores”; es decir, que lo que hasta hace poco tiempo daba sentido a un modo de ser, juzgar, actuar y valorar, entra en conflicto con otro modo de ser, juzgar, actuar y valorar, que pretende que lo que es estable y firme, ya no lo sea.

* Nacido en Managua, Nicaragua el 23 de junio de 1946. El 7 de diciembre de 1965 ingresó en el noviciado Salesiano de Ayagualo e hizo la primera profesión religiosa el 8 de diciembre del año siguiente. Realizó los estudios de Filosofía en el Instituto Filosófico Salesiano de Guatemala en 1967-1969. Terminó sus estudios de

Este cambio de época está marcado principalmente por los fenómenos (que también son desafíos) de globalización, de relativismo, de secularismo, de pluralismo religioso, que repercuten, quíerese o no, en la vida de los jóvenes, favoreciendo una creciente y exagerada pérdida de valores, presentándose al sacerdote un verdadero desafío a la hora de acompañar a los jóvenes en la parroquia urbana. *Son realidades que desbordan a la hora de actuar, ya que salen de los cauces normales de nuestra atención pastoral.*

1.2. El avance tecnológico

Es una época de condicionamientos extremadamente exigentes a causa de las aplicaciones tecnológicas del saber o los saberes. Es un momento histórico que busca generar conocimientos y por eso el ser humano transforma sus tecnologías, pero al mismo tiempo se ve transformado por ellas. Por esta razón están cambiando nuestras maneras de percibir las cosas, actuar y valorar, que repercuten en nuestra psiquis y en nuestras vivencias. Se corre a tal velocidad que el que no se mete en el tren corre el riesgo de quedar en el anquilosamiento.

teología en el Instituto Teológico Salesiano de Guatemala. Recibió la ordenación sacerdotal el 15 de agosto de 1976. De 1979 a 1982 hizo estudios de Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma, estudios que perfeccionó en Tierra Santa. En 1982, obtuvo la Licenciatura en Sagrada Escritura. Nombrado Obispo de Estelí, el 13 de febrero de 1988, es consagrado en Managua el 19 de marzo de ese mismo año. De 1977 a 1978 fue Consejero Escolástico en la Parroquia de la Divina Providencia, Guatemala. Profesor de Sagrada Escritura en el Instituto Teológico Salesiano de Guatemala, 1982-1988. Miembro del consejo del Instituto Teológico Salesiano de Guatemala, 1982-1988. Obispo auxiliar de Managua 1988-1990. Secretario General de la Conferencia Episcopal de Nicaragua, 1999-2002.

1.3. A nivel económico

Constatamos que a nivel económico las grandes empresas transnacionales *hacen del mundo entero un gran taller y un gran mercado*, al que concurren todos, pero se corre el riesgo enorme de imponer como *ley suprema y única ley del mercado*; de que se acepte el lucro por el lucro, lo cual es una idolatría; y el consumismo por el consumismo, lo que favorece el interés particular de algunos individuos, grupos, naciones en detrimento de las grandes mayorías; como está sucediendo actualmente en nuestros países.

1.4. A nivel social y político

Constamos que a nivel social y político la globalización facilita, profundiza y universaliza el encuentro con los individuos y los grupos humanos, entrañando posibilidades nunca antes vistas. A nivel político, la globalización reclama un gobierno mundial, porque hace emerger la cuestión del bien universal, el cual necesitaría una autoridad única, para la que no estamos preparados, ni las condiciones están dadas; por otra parte, se corre el riesgo y así se ve, que se pretende crear un hombre sin Dios, sin referencia a la trascendencia, más que a la técnica. El hombre sin Dios se diluye. Una sociedad sin Dios se disuelve. Un gobierno sin Dios va a la ruina.

1.5. Humanizarla mediante el amor, la justicia y la solidaridad

La globalización ha significado para unos pocas vidas y creatividad, avance y realización, pero para una gran mayoría es egoísmo y frustración, exclusión y muerte. La globalización no es ni buena ni mala, será lo que la gente y los impulsores hagamos de ella. *El reto y desafío es humanizarla, regulándola por la justicia y la solidaridad.*

Es un fenómeno que facilita y posibilita el encuentro con los hombres, pueblos y naciones, pero que necesita un alma

solidaria que la libere del egoísmo que clausura y margina a la mayoría. Por tanto, el reto es globalizar la justicia, la nueva civilización del amor. Urge un alma solidaria que ayude a favorecer la fraternidad universal de los hijos de Dios.

Este fenómeno está mostrando sus consecuencias buenas y malas que reclaman de la Iglesia y de los jóvenes respuestas correspondientes en la acción misionera.

2. RELIGIOSO

2.1. *A nivel religioso* constatamos que están produciéndose encuentros significativos entre las grandes religiones a nivel mundial y de los grandes movimientos espirituales. Esto nos hace plantearnos problemas estrictamente religiosos y nos preguntamos: ¿cuál es la concepción de Dios válida para todos los hombres del mundo y de todos los tiempos? ¿Cuál es el verdadero Dios y cuál es la verdadera religión? A este nivel se plantea el fondo de la pregunta y se debe dar la respuesta más profunda, porque el hombre sin Dios se disuelve. La globalización promueve la idolatría del lucro y el dar relevancia a las religiones que favorecen el crecimiento económico, las cuales se rinden al “dios” dinero o capital. También defiende un modelo ético basado en el consenso social y político: así pues, el lucro, el poder y el placer se han convertido en tres ídolos supremos.

2.2. Pensamiento religioso débil y confuso

Cada quien elabora su “dios” según su propio gusto y plasma sus convicciones en la religiosidad *Light* y en la trivialización de la religiosidad de *New Age*. *Este pensamiento débil y confuso* hace que la expresión religiosa no esté ligada a lo institucional o confesional, respondiendo más a un sentimiento religioso que a la búsqueda de Dios como persona, como verdad y fuente de orden social, sino mas bien

responde a unas características olísticas, eclécticas y seculares, originándose así un supermercado religioso que desconcierda a los jóvenes.

Este es uno de los grandes desafíos que se nos presentan en estos tiempos, con una característica de difusión global y de conflicto, porque no sólo se trata de enfrentar un problema global, sino un problema religioso como tal.

2.3. Relativismo religioso

La pregunta fundamental es: ¿existe una religión verdaderamente única? o ¿es que todas las religiones son auténticas y tienen igual validez que las otras?, ¿hay que aceptar un relativismo religioso de manera que ninguna religión pueda considerarse como verdadera, sino que todas tengan el mismo valor y puedan subsistir juntas? Este hecho, quiérase o no, afecta negativamente el mundo juvenil y hay que asumirlo con toda la seriedad que implica.

Este pluralismo religioso nos lleva a aceptar que la cuestión no está en que si nuestra sociedad o nuestros jóvenes del tiempo actual creerán, sino en qué creerán frente a un mercado religioso de los que ofertan “el cambio triunfal” de los dioses, que lleva desde las mitologías, religiones y los cultos pre-cristianos, tanto de Europa como de nuestra América, pasando por las religiones orientales, a la magia, al ocultismo y a las sectas satánicas. Esto está aumentando preocupantemente. Ante este mercado de creencias y religiones, donde la fe católica quiere presentarse como una más, alguien decía: *Cuando los hombres dejen de creer en Dios, no es que no crean en nada, sino que creen en cualquier cosa* (cf. Ex 32).

Estamos en la era del “teoplasma”, que es una especie de plastilina religiosa a partir de la cual cada uno fabrica sus

dioses a su propio gusto y antojo, adaptándolos a sus conveniencias propias. Hay que plantearse la verdad religiosa.

Si la Iglesia Católica insiste en proclamar que hay una sola religión verdadera, es porque confiesa a Jesucristo como único salvador, al cual hemos acogido con humildad y agradecimiento frente a Quien nos confesamos criaturas y pecadores y a Quien seguimos buscando cada día para crecer en comunión con Él.

3. EL SECULARISMO Y CÓMO SE MANIFIESTA

3.1. Creciente mentalidad secularista

Constatamos una mentalidad cada día más secularizada que poco a poco ha venido marcando el corazón de los individuos, familias, comunidades y sociedades enteras, en la que hombre y sociedad se bastan a sí mismos: *se vive como si Dios no existiera*; todo se concibe sin referencia a Dios.

Este fenómeno, que no es otra cosa más que el endiosamiento del hombre, es la falsa idolatría de él mismo, quien ha llegado a no interesarle la pregunta por Dios. La discusión de la verdad de Dios, de su presencia, de su inmanencia, de su absolutidad, de su cercanía, no le interesa. Le importa que Dios no tenga ninguna intervención en sus ideas, ni en sus proyectos, ni en sus acciones cotidianas: *el hombre y el cosmos son suficientes*.

El secularismo es un desafío mayor porque en él no se discute el tema de Dios: no le interesa, simplemente lo ignora. No usa la lucha violenta, directa y frontal como los ateismos de los inicios del s. XX. Procede sin combate. Acepta un “dios” que no perturba su estilo. Un “dios” acomodado según a cada quien le convenga. Lo acepta si se incorpora a

su mundo como un elemento más de su visión inmanentista. El secularismo no dice que Dios ha muerto, simplemente lo ignora y vive como si Él no existiera.

3.2. Medios de comunicación: principales difusores

Constatamos que los mayores difusores del secularismo, de la mentalidad globalizante, del pluralismo y relativismo religioso son los medios de comunicación, atraídos por la abundancia de los bienes, el bienestar, el consumo, el enriquecimiento y alimentación de su capital mediante la difusión de realidades superficiales, de sensacionalismo, de amarillismo, promoviendo un verdadero libertinaje de expresión. Al secularismo le conviene que Dios no intervenga en la solución de los problemas del hombre: los problemas del hombre se tratan y se resuelven en la economía, en la política, en los centros científicos y en los medios de comunicación. Lo que le interesa es prescindir y, aunque no de frente, atacar a Dios, ya que éste le “ofende”.

3.3. La familia es la más afectada

Constamos que la institución más afectada por el secularismo es la *familia*, la cual está siendo profundamente herida por la ideología de género, que pretende que la vida sexual se ubique en el nivel de la elección cultural y no en la integridad físico espiritual. Esta ideología está promoviéndose y extendiéndose por medio de leyes apoyadas por organismos e instituciones de mucho poder en el orden internacional, produciendo así una violencia cultural y política que pretende desmontar pieza por pieza el edificio de la familia, fundamentada en el matrimonio de un “hombre y una mujer”. Utilizando como instrumento la manipulación intelectual, mediante una ambigüedad tecnológica y jurídica, por la cual se pretende relativizar y destruir conceptos, principios y valores, ofrece una gama de semi verdades o verda-

des a medias (de genero, derechos sexuales, derechos reproductivos, derechos a decidir), que son verdaderamente un lenguaje confuso y ambiguo, y por ser un lenguaje confuso y ambiguo es un lenguaje de las tinieblas.

3.4. Promotores de la cultura de la muerte

Constamos que estas mentalidades de la globalización y del secularismo promueven una cultura de la muerte, promovida mediante fuertes campañas anti natalistas a favor del aborto, de la planificación familiar indebida, del divorcio, del sexo libre, creando parejas que no fecundan, haciendo creer a los jóvenes y a la gente que la calidad de vida depende de que haya menos gente, o, en otras palabras, de reducir el derecho de todo hombre a la vida.

3.5. La conciencia de los jóvenes profundamente erosionada

Asistimos a una cultura en que los jóvenes han vendido incorporando en su “yo” personal una falsa identidad, promovida por algunos medios de comunicación social, que están ejerciendo una influencia dominante en su conciencia, asumiendo en su pensar y actuar mensajes subliminales, ambiguos y falaces (engañosos). Entre ellos señalo solamente algunos:

“Todo vale”. “Lo que importa es lo que hoy se vive y lo que se experimenta a lo inmediato”. “No importa hacia donde se va, lo que importa es disfrutar hoy”. “Consumir lo que gusta, no importa lo que se consume, porque lo importante es consumir”. “Lo que importa es vivir lo que se siente”. “Pruébalo y ya me dirás”. “Todo mundo lo hace, ¿por qué tú no?”. “Lo importante es comportarse al estilo de cada quien, creer en el “dios” que le parezca a cada uno”.

Vivimos en una cultura donde ciertas mentalidades intolerantes y excluyentes intentan de muchas formas callar la voz de Dios en los jóvenes; quieren hacer de Dios el gran ausente de la cultura, de la vida y la conciencia de ellos.

3.6. Enseñanza de la Iglesia conforme a la ley natural

Constamos que existe cierta oposición o descontento en ciertos sectores cuando la Iglesia ilumina desde el Evangelio temas que afectan la vida y la dignidad humana y *acusan* a la Iglesia de querer imponer sus ideas y valores confesionales. Pero lo cierto es que estas mentalidades sin Dios no entienden o no quieren entender que lo que la Iglesia enseña no está en contra de la naturaleza, sino que está conforme a la ley natural; es decir, conforme a la naturaleza y dignidad de toda persona humana. En otras palabras, el Evangelio no nos separa del mundo (“no te pido, Padre, que los saques del mundo, sino que en medio de él den testimonio de mi”) sino que nos sumerge en él, para transformarlo desde la raíz de la fe, que es la tarea propia, vocación y misión de la Iglesia.

Por ultimo, es en este escenario globalizado y secularizado que constatamos que el egoísmo reemplaza el amor; el individualismo a la solidaridad. Encontramos jóvenes con una voluntad debilitada, con una afectividad capturada por nuevos ídolos, como son la droga, la sexualidad, el alcoholismo, el esoterismo, el secretismo religioso e incluso el satanismo.

Constamos gran numero de niños que nacen fuera del matrimonio, jóvenes en uniones libres que nunca se afianzan o que nunca contraen matrimonio eclesiástico. Cada vez son más frecuentes las rupturas conyugales; los compromisos serios y permanentes se vuelven relativos, volubles, marginales, variables, cambiantes y poco firmes.

4. OTROS

Concretamente, en nuestras parroquias urbanas nos encontramos con fenómenos que al mismo tiempo son desafíos para el acompañamiento de los jóvenes. Entre ellos tenemos los siguientes:

Políticos

Las heridas, el dolor, las secuelas heredadas de la guerra, se ha traducido en una tremenda polarización e instrumentación política de los jóvenes. En efecto, proyectos, becas, empleos, huelgas, financiamientos, medios de información alteran o disminuyen la verdad de acuerdo a sus intereses políticos.

Sociales

- *La desintegración familiar*, abandono de los hijos, ya sea de parte del padre o de madre.
- Maltrato de los padres hacia los hijos y los hijos hacia los padres de familia.
- *Pérdida de autoridad de los padres de familia, tutores o profesores en las escuelas.*
- Falta de formación espiritual de los padres hacia los hijos y una falsa autonomía que permite que sus hijos hagan lo que les parezca sin ninguna orientación o formación hacia una jerarquía de valores.
- Matrimonios de hecho a temprana edad y relaciones sexuales irresponsables, divorcios inconvenientes y planificaciones familiares inmorales.
- Violencia intra familiar e infidelidad conyugal debido a la decadencia de los valores humanos en las familias.

PRINCIPALES RETOS QUE PRESENTA EL MUNDO DE LOS JÓVENES AL PRÉSBÍTERO

- Falta de comunicación entre padres e hijos.
- Ignorancia y analfabetismo, consumismo (moda, alcohol, drogas, etc.). Baja autoestima en jóvenes, que lleva al suicidio.
- Rebeldía en los jóvenes y dificultad para tratarlos.
- La corrupción en todos los ámbitos que afecta a los jóvenes.

Economía

- Pobreza y desempleo.
- Trabajos mal remunerados.

Cultural

Pérdida de valores morales, culturales y religiosas.

11

LA FORMACIÓN PERMANENTE DEL PRESBITERO EN LOS PRIMEROS CINCO AÑOS DE ORDENACIÓN, EN CLAVE DEL TEMA DE LA V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE

*P. Gustavo Zanchetta**

*Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras,
y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor.*

INTRODUCCIÓN

Con estas palabras, pronunciadas por el obispo en la liturgia de la ordenación sacerdotal¹, quiero iniciar esta reflexión sobre la formación permanente durante el primer quinquenio de vida ministerial enmarcándola en el espíritu de comunión eclesial que vivimos en esta pre-

* Padre Gustavo Oscar Zanchetta. Nacido en Rosario, Provincia de Santa Fe, Argentina, el 28 de febrero de 1964. Ordenado sacerdote

paración hacia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

Considero que esa expresión de la liturgia de la Iglesia define con claridad el *itinerario* de la vida presbiteral en el cual, bajo la acción del Espíritu del Señor y su santa operación, vamos haciéndolo vida en el seno de la Iglesia, pueblo de Dios, desde donde se comprende y explica el sentido de nuestro ministerio (cf. LG 10). Así, vamos *conformando* toda nuestra persona con el misterio de la cruz del Señor. Y por ello, la formación permanente la definiremos, en primera instancia, como aquel sendero que durante toda la vida hemos de recorrer los sacerdotes si queremos ser fieles al don y al misterio de nuestra propia vocación.

Precisamente el tema de la V Conferencia General de nuestros pastores nos motiva a que pensemos en profundidad la temática de la formación permanente de los presbíteros en clave de *discipulado* y de *misión*². Así pues, el Cardenal Francisco Errázuriz Ossa, presidente del CELAM, nos recuerda en la presentación del Documento de Participación que “somos discípulos y misioneros de Jesucristo cuando nuestro

el 13 de diciembre de 1991. Licenciado en Teología con especialización en Teología Fundamental por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. En la actualidad desempeña su ministerio presbiteral como párroco de dos parroquias, docente en el Instituto “Espíritu Santo” donde se forman los seminaristas y laicos de la Diócesis de Quilmes y en la Universidad Católica de La Plata. En la Conferencia Episcopal Argentina se desempeña como Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN) y Director del Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros (SNFPP) desde agosto del año 2000.

1 *Pontifical Romano I*, Buenos Aires 2005², p. 123.

2 CELAM, *Fichas de trabajo para suscitar aportes al Documento de Participación de la V CG*, N° 17.

testimonio y nuestra misión evangelizadora se realiza verdaderamente por Él, con Él y en Él, que es nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida”³.

Desde esta perspectiva, entonces, centrar la mirada en el primer quinquenio de vida presbiteral y reflexionar sobre lo que significa en concreto la formación permanente no será otra cosa que ir a la raíz misma de la vocación sacerdotal (cf. PO 3). Allí convergen el llamado de Cristo Sacerdote y Pastor de su pueblo y la respuesta libre y generosa de los discípulos que han escuchado y han querido ser dóciles y disponibles porque han descubierto, como el Apóstol, que “nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una nueva Alianza, no de la letra, sino del Espíritu” (2 Co 3,6).

Así pues, para ser fieles a esa primera inspiración del llamado de Dios, se nos pide a los sacerdotes latinoamericanos que en el contexto actual *reavivemos* el don recibido, como invita Pablo a Timoteo, y lo sepamos traducir en gestos y palabras que expresen nuestra caridad pastoral. Para ello, y poniéndonos en marcha hacia la V Conferencia General, se ve conveniente para la vida y ministerio del presbítero

profundizar todavía más el camino espiritual como discípulo y misionero de Jesucristo, para poder configurar su vida cada vez más al estilo y a las características de Jesús, el Señor y Maestro, que lavó los pies a sus discípulos (Jn 13,12-15)⁴.

³ CELAM, *Documento de preparación hacia la Vª Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, pp. 6-7, Buenos Aires, 2005.

⁴ *Ibidem*, N° 74.

1. LA FORMACIÓN PERMANENTE EN LOS PRIMEROS CINCO AÑOS DE MINISTERIO PRESBITERAL⁵

El Papa Juan Pablo II nos ha marcado en *Pastores dabo vobis* no sólo un itinerario a recorrer sino el espíritu mismo de la formación permanente en conformidad con lo que el Apóstol recomienda encarecidamente al discípulo:

No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunica por intervención profética mediante la imposición de las manos del colegio de presbíteros. Ocupate de estas cosas; vive entregado a ellas para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Vela por ti mismo y por la enseñanza; persevera en estas disposiciones, pues obrando así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen (1 Tm 4,14-16).

El apóstol pide a Timoteo que *reavive*, o sea, que vuelva a encender el don divino, como se hace con el fuego bajo las cenizas, en el sentido de acogerlo y vivirlo sin perder ni olvidar jamás aquella *novedad permanente* que es propia de todo don de Dios –que hace nuevas todas las cosas (Ap 21,5)–, y, consiguientemente, vivirlo en su inmarcesible frescor y belleza originaria.

Pero este *reavivar* no es sólo el resultado de una tarea confiada a la responsabilidad personal de Timoteo, ni es sólo el resultado de un esfuerzo de su memoria y de su voluntad. Es el efecto de un dinamismo de la gracia, intrínseco al don de Dios: es Dios mismo, pues, el que reaviva su propio don, más aún, el que distribuye toda la extraordinaria ri-

⁵ Esta etapa se ubica, generalmente, entre los 25 y los 35 años de edad. No abordaremos en este trabajo el caso particular de las llamadas “vocaciones adultas”, cuyo tratamiento exige algunas consideraciones especiales.

queza de gracia y de responsabilidad que en él se encierran” (PDV 70).

De aquí surge lo que podríamos llamar una *actitud primaria* para abordar el tema de la formación permanente; la necesidad de considerar el valor de la misma a partir de la experiencia fundante de la propia vocación. Porque es desde las primeras resonancias del llamado de Dios, como hemos señalado precedentemente, donde se puede comprender con claridad un itinerario de vida que permanentemente requiere ser alimentado, renovado, revisado y ofrecido como don de Dios para todos los hombres.

La experiencia fundante es esa piedra de toque en la fe del discípulo donde se encuentra el cimiento que sustenta toda su vida ya que convergen en el mismo la gratuidad de la llamada, que es desafiante y prometedora, y la libre respuesta del hombre que se atreve a “dar razón de la esperanza” (1 P 3,15).

También expresaba con claridad el Papa Juan Pablo II que no se puede concebir la formación permanente de los sacerdotes como un proceso cerrado en sí mismo sino en continua apertura a lo que el Espíritu de Dios va suscitando y a la vez exigiendo en el ejercicio del ministerio, y señala:

Los padres sinodales han expuesto la razón que muestra la necesidad de la formación permanente y que, al mismo tiempo, descubre su naturaleza profunda, considerándola como fidelidad al ministerio sacerdotal y como proceso de continua conversión. Es el Espíritu Santo, infundido con el sacramento, el que sostiene al presbítero en esta fidelidad y el que lo acompaña y estimula en este camino de conversión constante. El don del Espíritu Santo no excluye, sino que estimula la libertad del sacerdote a su ministerio, es más, a su

propio ser. Es, pues, amor a Jesucristo y coherencia consigo mismo. Pero es también un acto de amor al pueblo de Dios, a cuyo servicio está puesto el sacerdote (PDV 70).

Llegados a este punto es importante resaltar que el don y el misterio de la vida del presbítero se expresan y se comprenden desde la *caridad pastoral*, entendida como aquel *principio interior* y *virtud* que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor. Se trata de la participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero (cf. PDV 23).

Como sugiere Mons. Juan María Uriarte, Obispo de San Sebastián y un gran animador de la formación permanente,

todo en la vida del presbítero está ordenado a la caridad pastoral. En otras palabras, las diversas opciones o actividades del presbítero deben constituir bien una condición previa para la caridad pastoral, bien una consecuencia de la caridad pastoral, bien un estímulo para la caridad pastoral, bien algo, que sea coherente con la caridad pastoral, bien, al menos algo positivamente compatible con la caridad pastoral. No puede haber nada en la vida de un presbítero que sea incompatible con la caridad pastoral⁶.

Y entonces concluimos precisamente ubicando la formación permanente en íntima relación con este principio interior que se traduce como don y tarea ya que el

⁶ URIARTE, J. M., *Ministerio presbiteral y espiritualidad*, San Sebastián, 2003⁵, p. 60.

alma y la forma de la formación permanente del sacerdote es la caridad pastoral: el Espíritu Santo, que infunde la caridad pastoral, inicia y acompaña al sacerdote a conocer cada vez más profundamente el misterio de Cristo, insondable en su riqueza (cf. Ef 3,14ss) y, consiguientemente, a conocer el misterio del sacerdocio cristiano. La misma caridad pastoral empuja al sacerdote a conocer cada vez más las esperanzas, necesidades, problemas, sensibilidad de los destinatarios de su ministerio, los cuales han de ser contemplados en sus situaciones personales concretas, familiares y sociales.

A todo esto tiende la formación permanente, entendida como opción consciente y libre que impulse el dinamismo de la caridad pastoral y del Espíritu Santo, que es su fuente primera y su alimento continuo (PDV 70).

2. LA CONTINUIDAD ENTRE FORMACIÓN INICIAL Y PERMANENTE

Avanzando en nuestra reflexión se impone establecer esta relación integral entre formación inicial y permanente ya que ambas constituyen momentos de un mismo itinerario vocacional que, progresivamente, y no exento de dificultades, va conformando la identidad del presbítero en su totalidad. *Pastores dabo vobis* advierte que

precisamente porque la formación permanente es una continuación de la del seminario, su finalidad no puede ser una mera actitud, que podría decirse, profesional, conseguida mediante el aprendizaje de algunas técnicas pastorales nuevas. Debe ser más bien el mantener vivo un proceso general e integral de conti-

nua maduración, *mediante la profundización, tanto de los diversos aspectos de la formación –humana, espiritual, intelectual y pastoral– como de su específica orientación vital e íntima, a partir de la caridad pastoral y en relación con ella* (PDV 71).

Este proceso gradual y progresivo se refiere, naturalmente, a las cuatro dimensiones fundamentales de la vida del presbítero según nos orienta *Pastores dabo vobis*. A continuación nos detendremos a examinarlas a la luz de lo que venimos reflexionando sobre la formación permanente de los presbíteros jóvenes en América Latina en los encuentros de Pastoral Presbiteral promovidos por el Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM⁷.

2.1. La dimensión humana de la formación sacerdotal

En su relación con la Diócesis y en concreto con las comunidades a las que ha sido enviado el neopresbítero, como así también con el obispo y el presbiterio, es necesario un conocimiento profundo y una serena aceptación de sí mismo que le permita y lo abra a comprender y aceptar a los demás, con una permanente actitud de apertura, escucha y diálogo con todos. Por eso, el sacerdote enriquece su propia humanidad y la hace más auténtica y transparente, en un creciente y apasionado amor al hombre (cf. PDV 72).

En esta etapa primera de la vida ministerial es cuando se verifican con más claridad algunos pilares que marcarán al presbítero durante toda su vida, como son el entusiasmo, la sinceridad, la creatividad, la apertura, el equilibrio afectivo para vivir su vocación celibataria (cf. PDV 29) y una gran capacidad para insertarse en la cultura de su tiempo y dis-

⁷ Cf. DEVYM-CELAM, *Reaviva el don de Dios*, Bogotá, 2003, pp. 185-300.

cernir las luces y sombras de la misma a la luz del Evangelio y la vida de la Iglesia (cf. EN 19-20; EA 70). Es el inicio de una vida nueva, soñada, esperada y rezada, que empieza a hacerse realidad con toda su fuerza y energía.

También es cierto, y se ve con preocupación, que los primeros años de ministerio suelen, en muchos casos, estar marcados por una cierta inmadurez afectiva, un activismo desorganizado, poca capacidad para administrar el tiempo y una personalidad frágil y vulnerable ante las adversidades o las dificultades de la vida. A esto se suma la tendencia al autoritarismo en desmedro del trato amable y la capacidad de escuchar a los hermanos y dialogar con ellos.

2.2. La formación del presbítero en su dimensión espiritual

Cuando se refiere a este punto, el Papa Juan Pablo II insiste sobre el valor de cuidar el don recibido ya que se trata del Espíritu de Dios que ha consagrado al sacerdote configurándolo con Jesucristo Cabeza y Pastor. Y esto trae como una consecuencia inmediata: ese vínculo intrínseco y misterioso debe ser asimilado y vivido de un modo personal. Esto implica plena conciencia y libertad de respuesta para vivir la comunión de amor que el Señor ha generado en el momento de la ordenación. Y esa respuesta de amor ha de traducirse en la asimilación, por parte del sacerdote, de los sentimientos y actitudes de Jesucristo (Flp 2,5). Al respecto, recuerda el Papa lo que decía san Carlos Borromeo a sus sacerdotes:

¿Ejerces la cura de almas? No olvides por eso el cuidado de ti mismo, y no te entregues a los demás hasta el punto de que no quede nada tuyo para ti mismo. Debes tener ciertamente presente a las almas, de las que eres pastor, pero sin olvidarte de ti mismo” (cf. PDV 72).

Una mirada sobre lo que vamos viviendo en los últimos años nos permite afirmar que en el llamado *clero joven* hay una conciencia del don recibido y un deseo muy marcado de compartirlo en forma entregada y generosa. No obstante también se verifica una notable falta de *mística* y una integración suficiente entre identidad sacerdotal y actividad pastoral, lo cual pone en tensión la vivencia y el ejercicio del ministerio.

Por ello, la formación permanente de los jóvenes presbíteros tiene delante de sí el desafío de ayudar a consolidar en ellos su identidad y misión a partir de una profunda interiorización de la palabra de Dios. Luego habrá que saber acompañar el desarrollo de la disponibilidad para el servicio, a la manera de Jesús, buscando una experiencia personal de Dios, a través de la oración. Esto consolidará sin dudas el ejercicio vivencial de la confianza en Dios y facilitará el aprendizaje continuo de vivir sencillamente, con capacidad de desprendimiento y espíritu misionero⁸.

2.3. La dimensión intelectual de la formación

Pastores dabo vobis señala en este punto que

la perseverancia en el estudio teológico resulta también necesaria para que el sacerdote pueda cumplir con fidelidad el ministerio de la Palabra, anunciándola sin titubeos ni ambigüedades, distinguiéndola de las simples opiniones humanas, aunque sean famosas y difundidas. Así podrá ponerse de verdad al servicio del pueblo de Dios, ayudándolo a dar razón de la esperanza cristiana a cuantos se la pidan (1 P 3,15). (PDV 72).

⁸ Cf. *Boletín Oslam*, N° 42, p. 31.

Al respecto se constata en nuestras Iglesias particulares un clero joven despierto y con buena capacidad de diálogo con los hombres y la cultura de hoy, al tiempo que con capacidad para hacer una lectura crítica de las realidades actuales. También se verifica, en algunos casos, una actitud superficial e indiferente frente a la realidad, poca lectura, carencia suficiente de información general y actualizada, y poca habilidad para análisis serios de coyuntura⁹.

2.4. El aspecto pastoral de la formación permanente

Esta dimensión del proceso formativo es iluminada por *Pastores dabo vobis* desde la *caridad pastoral*, entendida como

un don y un deber, una gracia y una responsabilidad, a la que es preciso ser fieles, es decir, hay que asumirla y vivir su dinamismo hasta las exigencias más radicales. Esta misma caridad pastoral, como se ha dicho, empuja y estimula al sacerdote a conocer cada vez mejor la situación real de los hombres a quienes ha sido enviado; a discernir la voz del Espíritu en las circunstancias históricas en las que se encuentra; a buscar los métodos más adecuados y las formas más útiles para ejercer hoy su ministerio (PDV 72).

La experiencia de los últimos años nos señala que los jóvenes sacerdotes van asimilando con toda su fuerza el ideal de pastor que *da su vida por las ovejas* (Jn 10,11). Esto le permite sugerir respuestas y saber acompañar los problemas de la gente contribuyendo a construir una Iglesia dinámica que esté realmente comprometida con el hombre y especialmente con los pobres, de cara a los profundos desafíos del mundo de hoy. También es cierto que, a veces, no logran

⁹ Cf. DEVYM-CELAM, *Reaviva el don de Dios*, Bogotá, 2003, pp. 188-195.

articular su actividad pastoral en una unidad de vida, lo cual genera, en no pocos casos, un activismo desenfundado que agota físicamente y ahoga espiritualmente¹⁰.

Por eso se insiste en que la formación permanente ha de colaborar para que el neopresbítero sepa insertarse en la comunidad donde desempeña su ministerio. Habrá que ayudarlo para que sea sensible a la problemática que vive su comunidad y participe solidaria y corresponsablemente con el propio obispo y sus hermanos sacerdotes, laicos y consagrados.

3. CRITERIOS Y LÍNEAS DE ACCIÓN PARA CONSOLIDAR LA FORMACIÓN PERMANENTE EN ESTA ETAPA

Llegados a este punto conviene, entonces, resaltar algunas líneas fundamentales en este proceso personal y eclesial que denominamos *formación permanente* a fin de cuidar y reavivar este don de Dios, que es la vocación al presbiterado, y ofrecerlo generosamente en servicio a nuestro pueblo (cf. DMVP 71).

La formación permanente se ha de instrumentar en una acción pastoral concreta que podemos denominar *pastoral presbiteral*. La misma será una acción conjunta y orgánicamente planeada a partir del obispo de la diócesis, su consejo presbiteral y aquellos colaboradores inmediatos que, trabajando en equipo, promuevan una praxis eclesial a favor de la persona del presbítero, ayudándolo y acompañándolo a vivir con alegría y esperanza su ministerio, como así también a superar en comunión fraterna las dificultades y momentos de crisis¹¹.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Cf. *Boletín Oslam*, N° 46, pp. 4-11.

En este sentido será bueno dejar en claro que, si bien es el propio presbítero el responsable en la Iglesia de su formación permanente (cf. PDV 79), se trata de una responsabilidad de toda la Iglesia particular, bajo la guía del obispo, la que tiene el cometido de estimular y cuidar la formación permanente de los sacerdotes (cf. PDV 78), y que adquiere una relevancia capital para los presbíteros en sus primeros años de ministerio. Es muy importante al respecto insistir en que, si bien el obispo es ayudado por su consejo presbiteral y por otros sacerdotes en el acompañamiento de la vida de los presbíteros, hay un rol de paternidad pastoral que resulta indelegable e insustituible¹². Al respecto encontramos en la exhortación apostólica *Pastores gregis* la siguiente afirmación:

El afecto especial del obispo por sus sacerdotes se manifiesta como acompañamiento paternal y fraterno en las etapas fundamentales de su vida ministerial, comenzando ya en los primeros pasos de su ministerio pastoral. Es fundamental la formación permanente de los presbíteros, que para todos ellos es una vocación en la vocación, puesto que, con la variedad y complementariedad de los aspectos que abarca, tiende a ayudarles a ser y actuar como sacerdotes al estilo de Jesús (PG 47).

El obispo, entonces, como buen pastor, buscará estar cerca para conocer a sus hermanos presbíteros, para comprender sus historias, sus vidas, sus deseos, ansias, bloqueos y limitaciones. Igualmente será bueno que los sacerdotes que colaboran con el obispo en este ejercicio de acompañar a otros hermanos, constituyan un equipo que se dedique especialmente a la formación permanente en la propia diócesis, promoviendo distintas instancias que faciliten una instrumentación planificada y orgánica (cf. DMVP 81-86).

¹² Cf. *Boletín Oslam*, N° 42, p. 32.

Entre estos medios hay uno que conviene subrayar y para lo cual habrá que disponer de personas idóneas y con gran experiencia de vida y ministerio presbiteral: *la dirección o acompañamiento espiritual*. Se trata, como señala *Pastores dabo vobis*, de un medio clásico que no ha perdido nada de su valor, no sólo para asegurar la formación espiritual, sino también para promover y mantener una continua fidelidad y generosidad en el ejercicio del ministerio sacerdotal (cf. PDV 81).

Y pensando concretamente en los primeros cinco años de ministerio quiero hacer presente una reflexión que ofreció Dom Anuar Battisti, arzobispo de Maringá, Brasil, en el Encuentro de Pastoral Presbiteral realizado en san Pablo en septiembre del 2004:

Estos primeros años son la base de inserción en la que se afirma y solidifica el ejercicio de la misión y el sentido de pertenencia al presbiterio. Es la fase de los primeros éxitos y fracasos. Momento para consolidar algunas actitudes, donde se deben armonizar las dimensiones esenciales de su proyecto de vida. Uno de los grandes riesgos de esta etapa es que saliendo del seminario, el neopresbítero se sienta prontamente saciado, quedando de esta manera indiferente a la necesidad de ayuda en el proseguimiento de su formación¹³.

Por eso es muy importante saber acompañar estos primeros pasos donde, por una parte, sea el presbiterio la *familia sacramental* donde el neopresbítero encuentre cauces de vida y se sienta contenido en el afecto, la confianza y la ayuda fraterna (cf. PDV 74). Por otra, no es menos relevante la

¹³ Cf. *Boletín Oslam*, N° 45, p. 16.

urgencia de que el presbiterio, a través de sus mecanismos propios de comunión, ayude al propio obispo a discernir los primeros destinos pastorales y su posterior seguimiento. En este sentido en muchas diócesis existen *referentes* que en nombre del pastor de la diócesis acompañan a los sacerdotes cercanamente. No obstante, como ya se ha señalado, nunca podrán suplir el rol de la *paternidad sacramental* que el obispo ejerce como Jesús, Buen Pastor.

Finalmente, considero oportuno recordar que en la formación permanente, especialmente en los primeros años, existe una instancia de crecimiento, maduración y discernimiento que no es otro que las comunidades a las que es enviado el sacerdote a vivir su ministerio. Será en ese *contacto vital* con el pueblo de Dios en donde los presbíteros, junto a otros consagrados y laicos, descubran espontáneamente una instancia de formación que es la vida eclesial delineada desde la *espiritualidad de comunión*¹⁴. Por eso resultan tan importantes los primeros destinos ya que habrá que buscar una inserción pastoral que favorezca un clima formativo de permanente relación y apertura al don que Dios nos hace en su pueblo.

4. CONCLUSIÓN: EL DESAFÍO DE LA FORMACIÓN PERMANENTE PARA TODA LA VIDA

A modo conclusivo me parece oportuno señalar que, de cara al acompañamiento que cada Diócesis busca concretar para los sacerdotes en sus primeros años, quede muy clara, como ya se ha mencionado precedentemente, la relación de mutua complementariedad entre la formación iniciada en el seminario y el proceso formativo que abarcará distintas etapas en la vida del presbítero.

¹⁴ Cf. NMI 43-45.

En *Pastores dabó vobis* se enfatiza que

la formación permanente es un deber, ante todo para los sacerdotes jóvenes y ha de tener aquella frecuencia y programación de encuentros que, a la vez que prolongan la seriedad y solidez de la formación recibida en el seminario, lleven progresivamente a los jóvenes presbíteros a comprender y vivir la singular riqueza del don de Dios —el sacerdocio— y a desarrollar sus potencialidades y aptitudes ministeriales, también mediante una inserción cada vez más convencida y responsable en el presbiterio, y por tanto en la comunión y corresponsabilidad con todos los hermanos.

Si bien es comprensible una cierta sensación de saciedad, que ante ulteriores momentos de estudio y de reuniones puede afectar al joven sacerdote apenas salido del seminario, ha de rechazarse como absolutamente falsa y peligrosa la idea de que la formación presbiteral concluya con su estancia en el seminario (PDV 76).

Esta relación entre formación inicial y permanente no es simplemente operativa ni puramente pedagógica. Se trata más bien de un *enfoque* desde el cual se articula un proceso formativo que en distintos momentos de la vida del sujeto reclama las respuestas propias de todo itinerario vocacional.

Por eso considero un acierto de gran valor el planteo de continuidad que, sobre este tema, ofrece el P. Amedeo Cencini, sacerdote canosiano italiano que tanto contribuye a la formación sacerdotal y religiosa en la actualidad.

Reflexionando acerca de los desafíos de la formación permanente con relación a los jóvenes presbíteros en sus primeros pasos de vida ministerial, la perspectiva que plantea

el P. Cencini es referirse a una *actitud* a formar desde el seminario y que habrá de cultivarse toda la vida, pero con especial atención en los primeros tiempos: la *docibilitas*¹⁵. Se trata de una actitud que nace de la libertad del sujeto para dejarse educar y acompañar por otros, por la vida misma, aprendiendo de la experiencia. Es una iniciativa inteligente, vivaz, profunda, propia del espíritu sapiencial.

Por ello la *docibilitas*, a diferencia de la *docilitas*, que sería un término con un sentido menos eficaz, pasivo, y de acogida dócil y obediente, es el término y la mediación entre la formación inicial y la permanente. Es decir, la formación inicial tiene el desafiante cometido de formar en la persona del futuro presbítero esta actitud.

Y entonces, la formación permanente cobrará sentido en la medida en que acompañe un proceso ya iniciado donde se ayude a hacer crecer la *docibilitas* que se irá afianzando en el sujeto como libertad inteligente y coherencia interior y ayudando a la persona a descubrir sus inconsistencias¹⁶.

Entiendo que esta actitud que nos propone el P. Amedeo Cencini, en el ámbito de la formación humana, es la *llave* que nos permitirá, en un futuro próximo, cultivar en nuestras Iglesias particulares un amor mayor y una pasión por el acompañamiento de la vida y el ministerio de nuestros sacerdotes. Amor y pasión que se hacen más indispensables en los primeros años para afianzar nuestra entrega a Dios y a su Pueblo Santo con la suficiente lucidez para cuidar el don recibido y no lamentarnos por haber omitido gestos concretos y palabras oportunas.

¹⁵ Cf. CENCINI, A., *Los sentimientos del Hijo*, Salamanca, 2000, pp. 193-201.

¹⁶ Cf. *Revista Pastores*, N° 30, Buenos Aires, 2004, pp. 12-23.

Si la formación permanente logra cultivar en estos primeros pasos de sacerdocio una *docibilitas* que se traduzca en entusiasmo por la propia vocación, habremos acertado porque facilitaremos que el Espíritu del Señor y su santa operación lleven a buen término la obra que Él ha comenzado en nosotros.

Con las palabras del Apóstol quiero terminar esta reflexión que simplemente intenta ser una puerta que se abre a un mundo de posibilidades sobre el cual tenemos y queremos involucrarnos con seriedad y responsabilidad:

No nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza. No te avergüences, pues, ni del testimonio que has de dar de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero; sino, al contrario, soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio, ayudado por la fuerza de Dios, que nos ha salvado y nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia que nos dio desde toda la eternidad en Cristo Jesús (2 Tm 1,7-9).

Conclusión

ACOMPAÑAR A LOS PRESBITEROS PARTICULARMENTE EN SUS PRIMEROS AÑOS DE MINISTERIO

La quinta parte del Seminario-Taller, estudió algunos desafíos para los presbíteros de hoy, particularmente para los que viven sus primeros años de ministerio; y aquellos retos que les plantean particularmente los jóvenes de hoy.

1. DINAMISMOS QUE MUESTRAN LOS PRESBITEROS EN LOS PRIMEROS CINCO AÑOS DE MINISTERIO

1. Los primeros años de ministerio son fundamentales para la vida espiritual y pastoral del presbítero; se caracterizan por la generosidad y el entusiasmo.
2. El joven presbítero es un *apasionado por Cristo*, entregado al apostolado, vive alegre y entusiasta, celebra con fervor los sacramentos, particularmente la Eucaristía.

3. Su presencia da un impulso a la pastoral y una mayor organización de la vida parroquial, participa activamente de la vida pastoral de la Iglesia.
4. La relación con los laicos, las familias y los jóvenes lo entusiasman.

2. VACÍOS Y NECESIDADES

1. *La inserción en el presbiterio* y en el camino pastoral de la Iglesia particular no es realizada adecuadamente ni hay criterios que la orienten
2. *El acompañamiento al neopresbítero* no se da de modo sistemático y programado. En cualquier programa que se pretenda realizar con él habrá que involucrarlo afectiva y efectivamente
3. No se continúa trabajando en *la interiorización de los valores* de la vida sacerdotal acentuados durante la formación inicial.
4. No siempre se comprende que *la Formación Permanente* es parte de la dinámica de la vocación.
5. No se selecciona adecuadamente al párroco que recibe al nuevo sacerdote. Es necesario comprender que su principal tarea es la de introducirlo en la vida de la Iglesia diocesana.
6. El acompañamiento no es sólo una actualización doctrinal sino un estar *atento al modo como vive el ministerio* el neo-presbítero y al descubrimiento de aquellos problemas internos que puedan emerger en la acción pastoral y en su vida personal.

3. EXIGENCIAS QUE LOS JÓVENES PLANTEAN A LOS PRESBITEROS

1. Dado que el tiempo de la adolescencia en los jóvenes de hoy se ha prolongado, tal realidad está planteando *situaciones inéditas en el acompañamiento* y discernimiento vocacional de los jóvenes
2. Los jóvenes al ingresar a cualquier centro de formación presbiteral pareciera que se distancian del contexto cultural de donde provienen y en otros casos, pareciera que se da un bloqueo o retraso en su proceso de madurez. Esta realidad está exigiendo una *seria formación humana* y un agudo sentido de observación a sus motivaciones y conductas para brindarles un acompañamiento adecuado y eficaz
3. El joven exige del *presbítero que sea un auténtico testigo* de Jesucristo, un apasionado por el Reino, un fiel servidor de la Iglesia y muy solidario con los hombres sus hermanos. Además los jóvenes quieren ver en él a una persona normal, abierta, contenta, feliz, dialogante, que les orienta, da seguridad en sus vidas y es un referente importante; debe también mostrar una experiencia de fe adulta. Cuando los jóvenes lo ven ocupado, tenso, agitado, siempre de prisa, agotado, sin tiempo para ellos, se convierte en antitestimonio y simplemente se alejan.
4. Habrá un permanente cuestionamiento para el presbítero, si este es capaz de dejarse interpelar por los jóvenes, lo mismo si descubre que los que han estado en contacto con él, llegaron a ocupar el campo de la política, de la economía, de las posiciones de mando o de influencia en la sociedad.

5. El presbítero no debe perder los vínculos con su propia generación cultural; esto le permitirá conocer que se están dando cambios profundos entre los jóvenes, de modo que tenga la capacidad de acercarse respetuosamente a ellos para conocerlos y acompañarlos.

LISTA DE PARTICIPANTES

- Mons. Andrés Stanovnik, obispo de Reconquista, Argentina y Secretario General del CELAM.
- Mons. Julio Cabrera, obispo de Jalapa, Guatemala y Presidente del DEVYM.
- Mons. Anuar Battisti, arzobispo de Maringa, Brasil.
- Mons. Paolo Mietto, obispo-vicario de Napo, Ecuador.
- Mons. Miguel Ángel Moran, obispo de S. Miguel, El Salvador.
- Mons. Oscar Mario Brown, obispo de Santiago Veraguas, Panamá.
- Mons. Juan Abelardo Mata, Obispo de Estelí, Nicaragua.
- P. Gilson Luiz Maia, Secretario Ejecutivo del DEVYM-CELAM, Brasil.
- P. Fidel Oñoro, Director del CEBIPAL, CELAM, Colombia.
- P. Víctor Manuel Ruano, Vicerrector Académico del ITEPAL - CELAM, Guatemala.
- P. Manoel Godoy, profesor de Teología Pastoral, Brasil.

- P. Juan Gorski profesor de misionología, Bolivia.
- P. Gustavo Zanchetta, Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de Ministerios, Argentina.
- P. Victor Fernández, profesor y decano de la Facultad de Teología, Argentina.
- P. Cletus Kiley, Secretario Ejecutivo de la Comisión de Pastoral Sacerdotal de los Estados Unidos.

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	9

I. Parte

IDENTIDAD Y MISIÓN DE LOS PRESBITEROS

1. ¿TAMBIÉN TÚ ERES DE SUS DISCÍPULOS?	
El presbítero como discípulo del Señor, desde la perspectiva juánica	13
Introducción	13
1. Un punto de partida	17
1.1. ¿Quién eres tú, Pedro?	17
1.2. La necesidad del discipulado del Pastor	21
1.3. El del presbítero: un discipulado que suscita discipulado	23
2. La configuración del discipulado en Juan a partir de su contexto comunitario	26
2.1. Desafíos que debe enfrentar la comunidad del discípulo amado en su proceso de formación	26
2.2. La comunidad y sus pastores	30
3. Hacerse buena oveja para poder ser buen pastor: las coordenadas del discipulado en Juan	32
3.1. Primera coordenada del discipulado: los discípulos están en lugares clave del Evangelio	34
3.2. Segunda coordenada del discipulado: los discípulos conviven establemente con Jesús	35
3.3. Tercera coordenada del discipulado: los discípulos se distinguen de los demás porque “creen” en Jesús	36

3.4. Cuarta coordenada del discipulado: los discípulos tienen dificultades para comprender a Jesús, pero el Maestro los conduce para que logren conocerlo	38
3.5. Quinta coordenada del discipulado: la relación de fe y de conocimiento es dinamizada por el amor ..	41
4. En conclusión	45
Anexo. Ejercicio de <i>Lectio Divina</i>	47
La excelencia del pastor (Jn 10,11-18)	47
1. Contextualicemos	49
“Pastor” indica relacionalidad	49
En la historia de la revelación aparece con frecuencia esta imagen	50
La gran responsabilidad de un pastor: la vida de la oveja	51
La premura del Pastor: un amor que vivifica	52
2. El tema central de Juan 10,11-18.....	53
El verdadero pastor (Jn 10,11-13).....	54
La excelencia del Pastor (Jn 10,14-18).....	56
3. Cultivemos la semilla de la Palabra en la vida	62
4. La oración de un discípulo-pastor	62
2. LA IDENTIDAD ESPIRITUAL DEL PRESBITERO	65
1. Situación	65
1.1. Problema de fondo: los complejos y contradicciones que debilitan la identidad espiritual	66
1.2. Primer síntoma: la acedia pastoral que mata el fervor evangelizador	68
1.3. Segundo síntoma: el individualismo consumista que impide la espiritualidad de comunión y la pastoral orgánica	71
2. Alimentar una identidad clara y firmemente aceptada	74
2.1. Cómo se constituye la propia identidad	76
2.2. La identidad religiosa	82
2.3. Elementos centrales de la autoidentificación	86
2.4. Reconocer, aceptar y gozar la propia identidad pastoral	91
2.5. La identidad del sacerdote	99

3. Orar con la propia identidad pastoral	115
3.1. Llevar las tareas a la oración privada	117
3.2. Preparar en la oración privada otro modo de vivir la misión	129
3.3. Mejorar la calidad espiritual de la actividad	142
3.4. La oración en medio de la tarea	152
3.5. De pronto sólo se trata de escuchar	156
3. RASGOS CONTEMPORÁNEOS DE LA ESPIRITUALIDAD PRESBITERAL	159
1. Una mirada al tiempo en que vivimos	161
Cambia todo cambia	161
2. Rasgos de espiritualidad presbiteral	166
Algunas notas de espiritualidad presbiteral	166
3. Conclusión	181
Para la oración personal.....	181
Conclusión. CONSOLIDAR LA IDENTIDAD Y MISIÓN DE LOS PRESBITEROS	183
1. Características del discípulo-presbítero hoy	183
2. Obstáculos, riesgos y desafíos en la vida del presbítero	186
3. Nuevas perspectivas y tareas del presbítero como pastor y liturgo	189

II. Parte

APROXIMACIÓN A LA REALIDAD HUMANA DEL PRESBITERO

4. A DIMENSÃO HUMANA DO PRESBITERO NA AMÉRICA LATINA: SITUAÇÃO E DESAFIOS	193
A crise do padre	193
Presbítero: discípulo e missionário	195
O presbítero ideal	196
O presbítero e sua inserção na vida humana	197
O presbítero e as mudanças culturais.....	198
Os presbíteros especialistas	200
A questão da identidade presbiteral	202
Identidade e intimidade	205

Maturidade humana presbiteral	208
Afetividade, sexualidade e genitalidade	210
Presbíteros e a questão de gênero	211
Necessário cultivo da solidão	214
O presbítero não pode viver sem amor	217
Saber lidar com as fraquezas	219
Urgente pastoral presbiteral	219
Algumas pistas para a pastoral presbiteral	221
Comecemos o debate	223

5. IDENTIFICAR LOS PRINCIPALES PROBLEMAS QUE EXPERIMENTAN LOS PRESBITEROS DESDE LA DIMENSIÓN HUMANA	225
Algumas perspectivas a partir da Dimensão Humana	227
Conclusão	230

Conclusión. ALGUNOS PROBLEMAS Y DESAFÍOS DESDE LA DIMENSIÓN HUMANA	231
1. Problemas que afrontan los presbíteros	231
2. Desafíos que han de enfrentar los presbíteros	234

III. Parte

LA DIMENSIÓN ECLESIAL EN LA VIDA DE LOS PRESBITEROS

6. EL PRESBITERO, GESTOR DE COMUNIÓN Y COMUNIDAD. EN CUANTO DISCÍPULO Y MISIONERO DE JESUCRISTO, PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN ÉL TENGAN VIDA	239
1. Introducción	239
2. La Iglesia del Vaticano II	240
3. La Iglesia en su misión, su índole escatológica y su prototipo	242
4. El encuentro con Jesucristo vivo, camino de conversión, comunión y solidaridad	243
5. La Iglesia, Casa y Escuela de la Comunión	245
6. El presbítero, gestor de comunión y comunidad	248

6.1. La configuración con Jesucristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, a la que ama con caridad pastoral.....	248
6.2. El presbítero sigue a Cristo, mediante el ejercicio de su ministerio.....	251
6.3. El Presbítero sigue a Cristo radicalmente, a través de la observancia de los consejos evangélicos	254
6.4. Pertenencia y dedicación del presbítero a la Iglesia Particular	263
7. Conclusión	263

Conclusión. ACENTOS ECLESIOLÓGICOS Y PROBLEMÁTICAS PARTICULARES 265

1. Rasgos eclesiológicos más relevantes hoy	265
2. Algunos de los problemas que afronta el presbítero al interior de la Iglesia	266

IV. Parte

PRESBÍTEROS CON CORAZÓN Y MENTALIDAD MISIONEROS, PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN JESUCRISTO TENGAN VIDA

7. LA IDENTIDAD RADICAL DEL PRESBÍTERO:	
SER MISIONERO	271
Nuestra metodología	273
1. La identidad misionera del presbítero se basa radicalmente en la identidad misionera de Jesús	276
La identidad misionera del presbítero en la teología de Benedicto XVI, antes de ser Papa	278
2. La identidad misionera del presbítero fluye también del ministerio de los Apóstoles	281
Pedro mismo fue misionero <i>ad extra</i> ; ¿y el resto de los Doce?	282
Los Doce, testigos directos de Jesús en su ministerio histórico y en su resurrección: peritos en el encuentro personal con Jesús	283
Los Doce, responsables de la plasmación de la Tradición apostólica	283
Factores en la Tradición apostólica: recordar a Jesús y conocer las Escrituras	284

La intención original de Jesús al instituir a los Doce: “congregar a los dispersos”	285
3. La primacía del ministerio de la palabra en la identidad misionera del presbítero	287
La “crisis de la palabra” en el funcionalismo moderno y el ritualismo costumbrista	288
El anuncio evangélico al servicio de la plena participación humana en el misterio pascual	289
¿Qué significa “la participación plenamente humana” en el misterio pascual?	290
El fin de la misión: la obediencia filial, participación en la vida trinitaria	291
4. El ministerio sacerdotal acompaña la acción del Espíritu en la Iglesia y en el mundo	293
El discernimiento misionológico presbiteral de la acción del Espíritu entre los pueblos	294
Otro servicio presbiteral misionológico: la tarea de la inculturación	295
El servicio presbiteral de la formación misionera <i>Ad gentes</i> en la Iglesia particular	296
Recapitulación	297
Conclusión	299

8. LOS SACERDOTES *FIDEI DONUM*. EN LA ÉPOCA DE LA GLOBALIZACIÓN, DE LA INTERDEPENDENCIA Y DE LA UNIVERSALIZACIÓN 301

1. El inicio	302
2. Validez, Frutos y Actitudes	305
3. La Experiencia en América Latina	307
4. Acercándonos al 50 Aniversario de la <i>Fidei Donum</i>	308
5. Hacia adelante	311

CONCLUSIÓN. IMPULSAR LA DIMENSIÓN MISIONERA DE LOS PRESBÍTEROS 313

1. Criterios para impulsar la dimensión misionera del presbítero desde la Iglesia particular	313
2. Signos del “cambio de época” como oportunidades para la misión del presbítero	316

V. Parte
ALGUNOS DESAFÍOS
PARA LOS PRESBITEROS DE HOY

9. EL MUNDO DE LOS JÓVENES URBANOS: RETOS PARA EL PRESBITERO DISCIPULO Y MISIONERO DE JESUCRISTO	321
Introducción	321
1. El desafío de la cultura urbana-postmoderna	323
1.1. ¿Qué entendemos por cultura?	323
1.2. La cultura urbana.....	323
2. Características de la cultura postmoderna	325
2.1. Rasgos de la sub-cultura juvenil	325
2.2. Con relación a la comunidad	327
3. Desafíos y retos para el presbítero	327
Conclusión	328
10. PRINCIPALES RETOS QUE PRESENTA EL MUNDO DE LOS JÓVENES AL PRESBITERO	329
1. La globalización	329
1.1. Estamos viviendo un cambio de época	329
1.2. El avance tecnológico	330
1.3. A nivel económico	331
1.4. A nivel social y político	331
1.5. Humanizarla mediante el amor, la justicia y la solidaridad	331
2. Religioso	332
2.2. Pensamiento religioso débil y confuso	332
2.3. Relativismo religioso	333
3. El secularismo y cómo se manifiesta	334
3.1. Creciente mentalidad secularista	334
3.2. Medios de comunicación: principales difusores	335
3.3. La familia es la más afectada	335
3.4. Promotores de la cultura de la muerte	336
3.5. La conciencia de los jóvenes profundamente erosionada	336
3.6. Enseñanza de la Iglesia conforme a la ley natural	337
4. Otros	338

11.LA FORMACIÓN PERMANENTE DEL PRESBITERO EN LOS PRIMEROS CINCO AÑOS DE ORDENACIÓN, EN CLAVE DEL TEMA DE LA V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE	341
Introducción	341
1. La formación permanente en los primeros cinco años de ministerio presbiteral.....	344
2. La continuidad entre formación inicial y permanente ..	347
2.1. La dimensión humana de la formación sacerdotal	348
2.2. La formación del presbítero en su dimensión espiritual	349
2.3. La dimensión intelectual de la formación.....	350
2.4. El aspecto pastoral de la formación permanente ..	351
3. Criterios y líneas de acción para consolidar la formación permanente en esta etapa	352
4. Conclusión: el desafío de la formación permanente para toda la vida	355
 Conclusión. ACOMPAÑAR A LOS PRESBITEROS PARTICULARMENTE EN SUS PRIMEROS AÑOS DE MINISTERIO	359
1. Dinamismos que muestran los presbíteros en los primeros cinco años de ministerio	359
2. Vacíos y necesidades	360
3. Exigencias que los jóvenes plantean a los presbíteros...	361
 LISTA DE PARTICIPANTES	363